



P e n s a m i e n t o s s i l e n c i a d o s

Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño

REPRESENTACIONES, EMERGENCIAS Y RESISTENCIAS DE LA CRÍTICA CULTURAL

Mujeres intelectuales en América Latina y el Caribe

Nelly **Prigorian**

Carmen **Díaz Orozco**

[Editoras]

**REPRESENTACIONES, EMERGENCIAS
Y RESISTENCIAS DE LA CRÍTICA
CULTURAL**

Representaciones, emergencias y resistencias de la crítica cultural : mujeres intelectuales en América Latina y el Caribe / Beatriz Sarlo ... [et al.] ; coordinación general de Nelly Prigorian ; Carmen Díaz Orozco.
- 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2017.
Libro digital, PDF - (Antologías del pensamiento social latinoamericano y caribeño / Gentili, Pablo)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-722-256-2

1. Crítica Cultural. 2. representaciones. 3. Intelectuales. I. Sarlo, Beatriz II. Prigorian, Nelly , coord. III. Díaz Orozco, Carmen , coord.
CDD 306

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Feminismo / Mujeres Intelectuales / Literatura / Pensamiento Cultura/
Violencia / Pensamiento Decolonial / Políticas de la Diferencia /
Representaciones / Pensamiento Crítico / América Latina

**Colección Antologías del Pensamiento Social
Latinoamericano y Caribeño**

Serie Pensamientos Silenciados

**REPRESENTACIONES, EMERGENCIAS
Y RESISTENCIAS DE LA CRÍTICA
CULTURAL**

**MUJERES INTELECTUALES EN AMÉRICA LATINA
Y EL CARIBE**

**Nelly Prigorian
Carmen Díaz Orozco
(Editoras)**

**Beatriz Sarlo
Marta Traba
Márgara Russotto
Mírla Alcibíades
Sara Castro-Klaren
Sylvia Molloy
Beatriz González-Stephan
Josefina Ludmer
Marilena Chauí
Miriam Muñiz Varela
Nelly Richard**



CLACSO

Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño

Serie Pensamientos Silenciados

Director de la Colección: Pablo Gentili

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual:

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Núcleo de diseño y producción web:

Marcelo Giardino - Coordinador de Arte

Sebastián Higa - Coordinador de Programación Informática

Jimena Zazas - Asistente de Arte

Rosario Conde - Asistente de Programación Informática

Producción Paula D'Amico

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



Biblioteca Virtual de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.

Primera edición

Representaciones, emergencias y resistencias de la crítica cultural : mujeres intelectuales en América Latina y el Caribe (Buenos Aires: CLACSO, julio de 2017)

ISBN 978-987-722-256-2

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

ÍNDICE

Presentación	11
---------------------	----

REPRESENTACIONES

Beatriz Sarlo Decir y no decir: erotismo y represión (en <i>Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930</i> , 1988)	35
---	----

Marta Traba Mirar en Caracas (en <i>Mirar en Caracas. Crítica de arte</i> , 1974) Finale: Allegro con Fuoco	59
--	----

EMERGENCIAS

Márgara Russotto Introducción (en <i>Tópicos de retórica femenina</i> , 1946)	77
Las Especificidades	85
I. La Tradición Reformista del Feminismo Latinoamericano	85
El Afán de Totalidad	105
II. La Escritora y la Diferencia	105

Mirla Alcibiades
La Familia de la Élite Venezolana se incorpora a la vida Pública
(en *La heroica aventura de construir una república. Familia-nación en el ochocientos venezolano (1830-1865)*, 2004) | 123

Sara Castro-Klarén
La crítica literaria feminista y la escritora en América Latina
(en *Narrativa femenina en América Latina. Prácticas y perspectivas teóricas*, 2003) | 179

Sylvia Molloy
La política de la pose (en *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*, 2012) | 197

RESISTENCIAS

Beatriz González-Stephan
Cuerpos de la nación: Cartografías disciplinarias (en *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, 1994) | 211

Josefina Ludmer
Tretas del débil (en *La sartén por el mango*, 1984) | 245

Marilena Chauí
El discurso competente (en *Cultura e democracia*, 2007) | 253

Miriam Muñiz Varela
El Fármakon Colonial: *The Bioisland* (en *Adiós a la Economía*, 2013) | 265

Nelly Richard
Escenario democrático y política de las diferencias
(en *La insubordinación de los signos*, 1994) | 297

Sobre las autoras | 309

Sobre las editoras | 315

PRESENTACIÓN

Esta antología debe mucho a las observaciones y precisiones de la Dra. Eleonora Cróquer Pedrón (Universidad Simón Bolívar, Venezuela) a quien agradecemos su visión de la problemática relacionada con las escritoras femeninas que aquí presentamos porque la misma ha sido capital en la articulación de la propuesta.

De cara a la prolífera producción y relevancia indiscutible de algunas voces/miradas de mujeres intelectuales de América Latina y el Caribe de las últimas décadas del siglo XX, que despuntan desde diversos ámbitos académicos locales y metropolitanos como una posible constelación de pensamiento crítico, el presente volumen persigue una reunión de textos fundamentales producidos en el campo heterogéneo y heterodoxo de la “crítica cultural”. Desde esta transversalidad de las Humanidades, en gran medida atravesada por los problemas económicos, políticos, sociales y culturales que ya el latinoamericanismo de los años setenta había adelantado como agenda común para las naciones del continente, las mujeres que traemos a colación en este volumen –algunas más conocidas que otras y muchas marcadas por la persecución política, el exilio y otras experiencias de represión y desarraigo– despliegan una reflexión crítica potente acerca de problemas neurálgicos de la cultura en América Latina y el Caribe, desde una conciencia lúcida y manifiesta de su propia condición de mujeres en la lucha por un espacio de enunciación –e interpretación– singular en la cultura. Son pioneras, en este sentido, de una reflexión presente y porvenir en torno a algunos de los más relevantes debates acerca de la identidad latinoamericana, las diferencias culturales, sociales y subjetivas que la tensionan, las marcas de género, raza y nación que se des-

prenden de su historia, así como de otros asuntos más contemporáneos, propuestos como alternativas políticas a partir del agotamiento de los marcos epistemológicos más tradicionales del saber académico: cuerpo, género, sexualidad, poder, economía, etcétera.

Desde esta perspectiva, la presente propuesta de antología persegue más el diseño de una coincidencia entre discurso y posición, repetida en el trabajo de algunas intelectuales neurálgicas del pensamiento que nos ocupa, que una compilación de autoras desconocidas distribuida de manera estadística en cuanto a presencia regional equitativa. Lo que proponemos es una serie de textos ensayísticos y académicos de crítica cultural escritos por mujeres de alguna manera emblemáticas, como emergencia de un nuevo sujeto autoral de/en la crítica (la mujer traductora, analista y/o lectora de la cultura latinoamericana) y un nuevo discurso plagado de problemas, a través del sesgo que determina su personalísimo “punto de vista”, su estilo.

En efecto, muchos de los nombres que consideramos al respecto no son ni extraños, ni desconocidos en el campo del pensamiento latinoamericano contemporáneo. No podríamos tampoco afirmar que el de estas mujeres haya sido un pensamiento “sumergido” o “silenciado”, en los términos en los que se suele asumir esta categoría. Sin embargo, queremos recuperar de ellas los trabajos por los que merecieron una distinción ineludible en el campo donde se abrían paso con no pocas dificultades: sus producciones más relevantes, sus momentos más significativos y de ruptura: la singularidad de su estilo. Por otra parte, dado el creciente y manifiesto conservadurismo que, en nuestros días, tiende a desdibujar, difuminar y borrar genealogías y herencias críticas en el campo de las Ciencias Sociales y las Humanidades, estamos convencidas de la urgencia y necesidad de recuperar lo que, de lo contrario, quedará sumergido en el más absoluto de los olvidos. En vista de ello, aun cuando trataremos de cubrir un radio amplio de acción, nuestro criterio fundamental de selección depende del impacto y la trascendencia de los planteamientos, problemas y maneras de abordar el análisis que hicieron escuela a partir de la intervención académica de algunas autoras, de algunos textos que abrieron, efectivamente, camino hacia investigaciones y estudios posteriores en todo el continente y más allá de sus fronteras.

En vista de los enfoques interdisciplinarios de los trabajos aquí agrupados, hemos decidido concentrar los textos en tres grandes bloques: Resistencias, Emergencias y Representaciones. Comenzaremos, precisamente, por este último, al que tan poco espacio se suele otorgar en el mundo de razonamientos científicos de las ciencias sociales y que, por lo mismo, ocupa el último lugar a la hora de priorizar las temáticas de cualquier trabajo como el que a continuación les presen-

tamos. En cuanto al orden interno de cada capítulo, hemos optado por presentar a las autoras por orden alfabético para así evitar asociaciones tendenciosas que pongan en entredicho la relevancia de unas sobre otras. Es nuestro deseo que esta polifonía de voces femeninas de América Latina y el Caribe sobrepase el carácter arbitrario que suele endilgársele a los trabajos de este género y venga a colmar un silencio injustificado, como lo demuestra la solidez de las propuestas que conforman esta selección.

REPRESENTACIONES

Beatriz Sarlo (Argentina, 1942), escritora y latinoamericanista ampliamente reconocida por sus investigaciones en torno a la cultura latinoamericana y los vínculos estrechos que guarda con los procesos sociales y políticos que la atraviesan. También destaca por su labor como directora del Centro Editor de América Latina y de la Revista *Punto de vista*. Ha escrito numerosos libros sobre literatura argentina, modernidad y postmodernidad que, entre otras cosas, han introducido a teóricos del marxismo, como Raymond Williams y Walter Benjamin, para el estudio de las representaciones en el continente. De entre la heterogeneidad y complejidad de su producción destaca *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* (1988). De cara a los intereses de esta antología, hemos elegido el Capítulo III de este libro. “Decir o no decir: Erotismo y represión”, probablemente el más femenino del conjunto. Más que por filiaciones de género, el capítulo interesa porque muestra las estrategias discursivas de Sarlo para hacernos incursionar en el panorama cultural de la Argentina martinfierrista de la mano de tres escritoras de la época: Norah Lange, Alfonsina Storni y Victoria Ocampo.

En esta labor, el despunte biográfico resulta imprescindible para trazar las vicisitudes de estas mujeres en una sociedad, cuyo espacio literario no se destacó por ser receptivo con el género femenino. O más precisamente: se trata de una sociedad que mira con buenos ojos la incursión de Norah y de Victoria en el campo intelectual de su época, siempre y cuando se ubiquen en un lugar próximo a las funciones tradicionales de su sexo –al menos en lo que concierne a su relación con la literatura, aunque no solamente–. Se acepta que las mujeres escriban siempre y cuando al hacerlo lo hagan como mujeres; esto es, sin estridencias, ni rupturas incómodas. La poesía de Lange, por ejemplo, está asediada por las restricciones de una producción que ella sabe que va a ser leída por sus padres y amigos martinfierristas. En consecuencia, es una poesía deserotizada que cuando habla del amor debe despersonalizarse porque su familia “fija las condiciones y su moral pone los límites dentro de los cuales es legítimo y aceptable

la expansión de los sentimientos” (Sarlo: 75). La mujer –afirma Sarlo– será vista como naturaleza, mientras que el hombre será asumido como cultura: “Opera [la mujer] en el río de la evolución y no en el torrente de la fractura” (Sarlo: 71).

De fracturas, en cambio, están hechos los poemas de Alfonsina y aunque su transgresión no es de forma sino de contenido, exhibe la diferencia de su voz poética como una virtud. No le interesa borrar su sensualidad tras el escudo ultraísta, como lo había hecho Norah Lange, más bien ubica esa sensualidad/sexualidad en el centro de su poesía y la enarbola como un valor. Su poesía reivindica la diferencia, los lugares de la mujer; sus acciones y cualidades actúan contra la moral, la psicología de las pasiones y la retórica convencionales.

De allí su cercanía con Victoria Ocampo para quien la escritura (y por razones diferentes) y el trabajo editorial se plantean como la promesa de un goce al que jamás tuvo acceso libremente. Escribir lo que le viene en gana, editar lo que le hubiera gustado leer en su cárcel de niña rica y rebelarse contra lo que se espera de su condición femenina, tales son las coordenadas de su relación con la literatura. De allí que elija el ensayo, género masculino por excelencia, y en ese gesto incomode a sus contemporáneos porque sitúa, a la mujer que es ella, en el ámbito de las ideas y no de los sentimientos tal y como se espera de su condición de género. Por no seguir las pautas que respetó Norah Lange, Alfonsina Storni y Victoria Ocampo fueron vistas como mujeres anómalas. Por desmadejar la enmarañada trama de los procesos de modernización Latinoamericanos, Beatriz Sarlo merece el lugar que ocupa en los anales del pensamiento femenino de la segunda mitad del siglo XX.

Marta Traba (Argentina, 1930), poeta, narradora y crítica de arte contemporáneo latinoamericano, que por distintas razones pelegrinó por muchas ciudades del Mundo, desde Buenos Aires –donde estudió Filosofía y Letras– hasta Montevideo, Caracas, San Juan de Puerto Rico, Washington, Princeton, París, Barcelona, siendo Bogotá la ciudad que más se benefició con su presencia, donde fundó en la Universidad Nacional de Colombia el Museo de Arte Moderno de Bogotá. Durante muchos años, colaboró como columnista de la revista *Semana*, el periódico *El Tiempo* y con el programa sobre el arte en la Televisora Nacional. Participó en las principales polémicas sobre el arte contemporáneo latinoamericano y los distintos movimientos artísticos en Colombia. Entre sus numerosas obras –poéticas, narrativas y ensayísticas– destacan *El Museo Vacío* (1958), *La Pintura Nueva en Latinoamérica* (1960), *Los Cuatro Monstruos Cardinales* (1965), *Dos Décadas Vulnerables en las Artes Plásticas Latinoamericanas* (1973), *De la Mañana a la Noche* (cuentos) (1986) y *Arte en América Latina (1900-1980)* (1994).

De su extensa bibliografía destacan dos textos: *Mirar en Bogotá* (1976) y *Mirar en Caracas* (1974). Hemos elegido fragmentos de este último como parte de esta Antología (Prólogo y “Finale: Allegro con fuoco”, que funge de Epílogo de la obra), por cuanto en ellos se exponen las contradicciones inherentes al devenir de la relación de mutua complacencia entre el arte/artista y el poder dominante, político y/o económico, en una sociedad. El libro reúne una serie de ensayos que describen los procesos artísticos venezolanos y exponen las preocupaciones de la autora sobre la posibilidad de convertir a las obras de arte en un mero objeto decorativo, desvinculado absolutamente de la realidad del país.

Traba sostiene que Caracas es una ciudad cosmopolita de grandes contrastes, proyectada al futuro, que ha roto con el pasado, pero donde coexisten situaciones dispares y antagónicas. Desde su angustia por un proyecto social viable y, sobretodo, no dependiente, posa su mirada crítica sobre la ciudad y el arte de vanguardia en su afán de mirar exclusivamente hacia el futuro, carente de memoria y ansias de parecerse a la vanguardia internacional, a riesgo de confundirse con ella.

Con cierto desprecio a la personalidad, se intenta convertir a Caracas en un no-lugar, que podría ser confundida con cualquier urbe de Europa o de Estados Unidos, salvándose uno que otro rasgo distintivo, como la estatua de María Lionza cubierta de flores y coronas en medio de una modernísima autopista. La búsqueda frenética de lo nuevo, incapacita a la vanguardia de actos de reflexión y de creación de comunidades en las cuales pudiera ser expresada y representada.

A juicio de Traba, la vanguardia tiene la posibilidad de “educar el ojo” pero también, devenir en el relleno de los vacíos culturales de las clases dirigentes. La sociedad rica caraqueña es la que formula las demandas culturales. Así, las minorías creativas son estimuladas por las minorías adineradas, convirtiendo al artista en objeto dócil a la manipulación, exigiendo al arte la neutralidad de vida apolítica apta para la diversión y juegos ópticos. En estas condiciones la obra de arte pierde de vista “a quién representa, qué dice y cuál es el destino de su mensaje” (Traba: 21).

La crítica de la autora se centra más en el arte cinético, aseverando que el Cinetismo en Venezuela es el arte oficial y, como respuesta general a la situación cultural del país, es inadecuado, más allá de cualquier consideración estética y artística del movimiento. A través de él, la clase dirigente –económica y política– trata de proyectar una imagen progresista del país. Su ruptura irrevocable con lo tradicional resultó ser la más utilitaria para construir la imagen del país que, de hecho, no existía.

Para Marta Traba, Caracas es una ciudad inventada, que pasa por encima de sus realidades y contradicciones, es una ilusión que poco tiene que ver con Venezuela y su realidad de país rural y emotivo, ajeno a la frialdad de las formas cinéticas. Los grandes contrastes se dan precisamente en la provincia venezolana donde han “plantado” obras magníficas, como el Museo Cinético en Ciudad Bolívar, pero que resultan delirantes y desvariantes en su contexto, sobrepasando el surrealismo, es una “ciencia ficción” de mayor distanciamiento con la realidad, que tampoco induce a la reflexión.

Más allá de sus posiciones sobre la vanguardia y, particularmente sobre el arte cinético en Venezuela, Marta Traba es la irreductible exponente de la idea del compromiso que debe tener el arte con la sociedad y, sobre todo, la independencia que debe sostener frente a los poderes dominantes de esta, *so pena* de devenir en el artículo decorativo que combina con el sofá y formar parte de “el discreto encanto de la burguesía”.

EMERGENCIAS

Márgara Russotto (Italia, 1946), se ha desempeñado como poeta, profesora universitaria y crítico literario. Ha sido reconocida con el Premio de Poesía de la Bienal “José Rafael Pocaterra” por su obra *Brasa* (1979); con el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal por *Tópicos de la retórica femenina* (1993); y con el Premio de Poesía de la Bienal “José Antonio Ramos Sucre” por *Épica mínima* (1996). De entre su producción también destacan los poemarios *Restos del viaje* (1979), *Viola d'amore* (1986) y *Éxtasis*. Poemas apócrifos de Sor Juana (2000).

Fue profesora de la Universidad Central de Venezuela (UCV), institución desde la cual impulsó nuevas áreas de investigación en el campo de los estudios de la mujer y de su contribución a la Literatura latinoamericana del siglo XIX. Su libro *Tópicos de Retórica Femenina* no solo destaca por haber obtenido, en Venezuela, el Premio Municipal de Investigación Literaria en 1993, sino, y sobre todo, porque constituye uno de los estudios de género fundadores del campo en la cultura venezolana del siglo XX. Para esta antología, hemos incluido la parte más teórica de este libro – “Introducción”; “Las Especificidades”; “I. La Tradición Reformista del Feminismo Latinoamericano”; “El Afán de Totalidad” y “II. La Escritora y la Diferencia” – porque en ella convergen los alcances y características de su objeto de estudio. Con él, Russotto logra impulsar un interés, inusitado hasta entonces, por nuevas áreas de investigación en el campo del análisis de las producciones literarias escritas por mujeres mediante un enfoque comparativo entre Brasil, Hispanoamérica y el Caribe. Con el auxilio de una

novedosa batería de herramientas metodológicas la autora logra desentrañar la apretada urdimbre de lugares comunes que han marcado la manera de entender la actividad literaria femenina en el Continente. Así, identifica los fundamentos de su trabajo crítico a partir de distinciones terminológicas indispensables para su análisis de los “Núcleos de formación de la voz femenina”; establece una capital distinción entre *literatura femenina*, *literatura feminista* y *escritura femenina* y dirige su atención hacia esta última, la única capacitada, según afirma, para comprender el tono que distingue a la literatura escrita por mujeres de otros ejercicios discursivos. Así, examina algunos aspectos de la relación mujer/literatura partiendo del análisis retórico de algunas escritoras latinoamericanas quienes, marcadas por su relación con la historia y con la sociedad, reestructuran tanto los códigos discursivos como sus propias técnicas de producción literaria. El resultado es una lectura desprejuiciada e independiente que revaloriza la problemática de la escritura hecha por mujeres y su original situación en América Latina y que, por lo mismo, resulta ineludible en una propuesta como la que nos ocupa.

Mirla Alcibiades (Venezuela, 1953), investigadora venezolana jubilada del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” (CELARG), que actualmente se desempeña como investigadora independiente. En 1993 recibió el premio de investigación auspiciado por la Academia Venezolana de la Lengua en ocasión del Centenario de *El Cojo Ilustrado* de Caracas. Formó parte del equipo editor del *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* (DELAL) como Asistente de la Coordinación Académica. Es secretaria, por Venezuela, de las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (Jalla). En los últimos años se ha destacado como amena columnista del diario “El Nacional” de Caracas, desde donde semanalmente expone parte de su sorprendente tarea de investigación; es asidua colaboradora de revistas especializadas, tanto de su país, como del resto del continente y de Europa. Son conocidas sus compilaciones sobre Sor Juana Inés de la Cruz y José Carlos Mariátegui, amén de otros títulos, entre los que destacan: *Publicidad, comercialización y proyecto editorial de la empresa de cigarrillos El Cojo* (1997); *Manuel Antonio Carreño* (2005); *Periodismo y literatura en Concepción Acevedo de Tailhardath* (2007); *Venezuela en José Martí* (2010); *Carlos Brandt* (2010); *Mujeres e Independencia: Venezuela 1810-1821* (2013).

Fue ganadora de la Primera Edición del prestigioso Premio Internacional de Ensayo “Mariano Picón Salas” que otorga el Estado Venezolano, a través de la Fundación CELARG, con un trabajo que le ha valido el merecido reconocimiento de la crítica especializada, tanto de su país, como del extranjero: *La heroica aventura de construir una*

república: familia-nación en el ochocientos venezolano (1830-1865) (2004). Para esta antología hemos incluido el capítulo V “La Familia de la Élite Venezolana se incorpora a la vida Pública”. Son sobradas las razones por las que hemos elegido este texto como parte de nuestra selección. En primer lugar, destaca la precisión conceptual de su trabajo de investigación; a esto se añade el respeto por la referencia exacta de los materiales que Alcibíades rastrea en los fondos bibliohemerográficos que frecuenta, sin olvidar su empeño por dibujar la trama del suceso editorial que la ocupa y que otorga a sus investigaciones un marcado acento de relato policial, tal y como finalmente lo certifica el minucioso trabajo de archivo que parece exhumar materiales preteridos por los estudios literarios y que está en la base de todas sus publicaciones académicas.

Es innegable la contribución de este texto a los Estudios Críticos en América Latina; así, despunta porque analiza el importantísimo papel que juega el patriciado ilustrado en la reconstrucción de lo nacional y en un contexto marcado por la bota militar propio de las cruzadas postindependentistas. Su contribución más relevante consiste en el análisis y el despliegue de un vocablo que será capital a todo lo largo del ochocientos venezolano. Se trata del empleo del término “moral” y de los sujetos que fungieron de receptores de este discurso: mujeres, patricios e infantes. El papel de esta tríada y las relaciones que entreteje con una moralidad amén de cívica, religiosa, es analizado por nuestra autora desde la intimidad del espacio doméstico de la época; a partir de entonces, afirma Alcibíades, la familia se convertirá en el modelo de la patria anhelada y la mujer en responsable de la formación de los futuros conductores de la nación.

Este texto despunta por varias razones; en primer lugar, porque aborda problemas que no habían sido atendidos por la historiografía venezolana (normalmente ocupada en la reseña heroica de la historia política) desde una perspectiva de género. En este sentido, Alcibíades abre un nuevo atajo para entender las ideas que forjaron las bases de la nación moderna en Venezuela:

Hasta donde tengo noticias, el tema que desarrollo en estas páginas no ha sido tomado en cuenta por los estudiosos de la etapa de formación del Estado venezolano en el siglo XIX. Afanados (y atrapados) en investigaciones que privilegian acercamientos consensualmente aceptados (mayoritariamente la economía, la política y las acciones militares) y, en una significación menor, la historia regional y el abordaje de cuestiones relativas a la educación, han concedido poca estima a lo relacionado con los estudios de género, de mentalidades y las historias de vida [...] así como ha sido manifiesta la timidez cuando se trata de explorar otras estrategias a las que la élite dirigente echó mano en su propósito de consolidar el recién creado Estado. (p. XIII)

Alcibíades explora algunas de estas estrategias: un novedoso archivo de fuentes literarias producidas entre los años treinta y sesenta y cinco del siglo XIX, periodo al que ciñe su investigación y durante el cual se produjeron los primeros textos en los que se pensó, no solamente en la educación femenina, sino en las relaciones que entretienen madres, hijos y espacio doméstico. La laboriosísima tarea de otorgar al niño y al adolescente su correspondiente lugar en el entramado social; la no menos complicada de definir los límites entre lo público y lo privado y de ubicar a lo femenino “en el centro de la periferia”, de convertir a la mujer en la reina del hogar y en responsable de la primera educación de los futuros conductores de la patria. Fue así como se vio en la familia nuclear el modelo en pequeña escala de la república que se ambicionaba. Para esa misión se pensó en las mujeres de la élite. Ellas serían, entonces, las responsables de formar a los venezolanos que estarían dispuestos a deponer la violencia de sus pasiones en beneficio del progreso del colectivo.

Para ello, [se] fundaron escuelas, colegios, imprentas, hospitales, caminos, escribieron poemas, novelas, piezas teatrales, ensayos; legaron a la posteridad partituras, pinturas, libros; y, en definitiva, todo aquello que las posibilidades del momento y del espíritu humano confiado en el futuro puede legar [...] comprobaron que, para ser héroes, se podía prescindir del odio y de las ambiciones políticas y, por eso, estuvieron ciertos de que querían cambiar la destrucción por la construcción y que, también, era una heroica aventura ésa de construir una república. (Alcibíades: 376-377)

Sara Castro-Klaren (Perú, 1941) es teórica y profesora de cultura y literatura latinoamericana en la Universidad Johns Hopkins donde fundó y dirigió el Programa de Estudios Latinoamericanos. Nacida en Distrito de Sabandía, enseñó en varias instituciones educativas, como Georgetown, Stanford y Dartmouth, y se desempeñó como Jefe de la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso durante dos años (1984-1986). Fue editora del *Manual de Estudios de América Latina*, preparado por la Biblioteca del Congreso y publicado por la Universidad de Texas Press. Sus publicaciones más destacadas son: *El mundo mágico de José María Arguedas* (1973), *Understanding Mario Vargas Llosa* (1990), *Escritura, Sujeto y transgresión en la Literatura latinoamericana* (1989), editora junto con Silvia Molloy y Beatriz Sarlo de *Latin American Women Writers* (1991); editora y articulista de *Narrativa femenina en América Latina: prácticas y perspectivas teóricas* (2003). Es autora de numerosos artículos sobre la historia cultural y la literatura colonial y contemporánea de América Latina y el Caribe.

A través del estudio de textos sobre la subordinación de la mujer en la literatura femenina, Castro-Klaren articula un proyecto más am-

plio emprendido por el feminismo latinoamericano y que consiste en generar espacios de expresión y posibilidades de acción para la mujer rechazando, al mismo tiempo, la subvaloración del feminismo latinoamericano por parte de las teóricas norteamericanas y europeas, y no sin antes señalar las diferencias conceptuales que los separan, refiriéndose al carácter histórico del concepto de género. Destaca Castro-Klaren en su aproximación a la teoría del género, que esta resulta insuficiente en su capacidad explicativa y limitada en cuanto a su orientación en una acción política efectiva. Por otro lado, resalta que la estética, en cuanto a la narrativa latinoamericana, se define por su continuidad con temas no solo de género, sino también de etnicidad y justicia social. La preocupación de la autora se centra en la conformación de una memoria perdurable, a partir del estudio de la escritura de mujeres y la crítica feminista, y su pregunta por la posibilidad de una posterior acción sobre el mundo. Para esta antología hemos seleccionado la Introducción de su libro *Narrativa femenina en América Latina. Prácticas y perspectivas teóricas*.

En 1984 Sara Castro-Klaren colabora con el artículo “La crítica literaria feminista y la escritora en América Latina” para el libro *La Sartén por el Mango*, texto que aborda la doble negatividad que enfrentan las autoras latinoamericanas en cuanto a su derecho de articular la palabra, problemática todavía no superada ni resuelta.

La autora se vale del análisis y la reflexión sobre la problemática de la escritura femenina y la respectiva crítica sobre la misma, producida en la cultura occidental a partir de la diferenciación mental en base a la identidad sexual y a los roles sociales impuestos. La propia caracterización de la escritura como escritura femenina, con sus inseparables atributos como “la estética femenina”, “la imaginación femenina”, “la identidad femenina”, termina aniquilando la posibilidad de la auto-realización para las escritoras. La femineidad en términos occidentales es la desviación de lo universal, que representa tentaciones sensuales fuera del ámbito de la razón y de la realidad, de allí que la herencia sobre lo femenino tiene el acento negativo y la mujer es vista como un sujeto incompleto. Toda experiencia física de la mujer deviene, entonces, en un mundo estéril y cerrado, que fija aún más los estereotipos tradicionales, elevando a la mujer a concepto universal y en contrapartida al hombre. De esta manera se niega la posibilidad de explorar otros asuntos o compartir el conocimiento de la mujer, descalificado sistemáticamente por inadecuado o poco elaborado.

La autora plantea la necesidad de deconstrucción de la oposición masculino/femenino para poder percibir el sujeto femenino, construyendo un lugar contrario simbólico, un lugar donde el deseo de la mujer, el mismo tan incomprensible para el hombre, pueda pasar del

sexo a la formulación de una figura que permita cautivar nuevas re-apropiaciones dentro del sistema humanista.

Esta re-apropiación pasa por la recuperación de los contenidos históricos desde la marginalidad, posicionándose en el otro lugar del “contrato simbólico”, quebrando lo establecido por el discurso dominante y creando, en palabras de Sara Castro-Klaren, el lugar de una nueva palabra escrita. La misma palabra, el acceso y el uso de la cual le fue negado a los indios, mestizos y mulatos de la colonia, y en consecuencia, negándoles la historia, el conocimiento y, desde luego, el poder.

La escritura desde la colonia enfrenta sistemas cerrados del discurso dominante y la necesidad de recuperación de los contenidos históricos suprimidos por la cultura occidental, recuperando al ser como sujeto capaz de organizar la escritura.

Para los años 60 América Latina logró articular un lenguaje propio para expresar su propio mundo, su propia historia, su propia experiencia, más allá de la herencia del Occidente, sin embargo, el mismo sigue signado por una tradición masculina y machista. De allí que la autora insista en la necesidad de la búsqueda del lugar desde donde la mujer pueda expresar su autenticidad femenina y articular la palabra, re-inscribiendo la experiencia de la mujer como sujeto. En otras palabras, la escritora latinoamericana debe enfrentar y vencer la doble negatividad, por ser mujer y por ser mestiza.

Sylvia Molloy (Argentina, 1939), escritora argentina radicada en Estados Unidos desde hace más de treinta años. Profesora Emérita de la Universidad de New York, institución en la cual coordinó, durante varios años, el Programa de Escritura Creativa en Español. Ha sido también profesora en las universidades de Princeton y Yale y, pese a la brevedad de su producción narrativa, se ha destacado con algunos títulos, entre los que destaca *En Breve Cárcel*, escrita en 1981, aunque la censura del régimen militar en su país, restringió su circulación confinándola a una recepción de “entendidas”. En 2002 publica *El Común Olvido*, novela a la que le sigue el libro de relatos *Varia Imaginación* en 2003 y la obra *Desarticulaciones* en 2010. Reconocida por su trabajo de crítica literaria con la aparición, en 1979, de *Las letras de Borges y Acto de presencia*, en 1996. Ha sido, también, coeditora de los libros *Women's Writing in Latin America* (1991) e *Hispanism and Homosexualities* (1998).

En esta selección hemos incluido su trabajo teórico más revelador: *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad* (2012). El volumen reúne una serie de artículos que Molloy escribió y publicó entre 1983 y 2000 e invita a conocer a fondo las líneas de investigación centrales de su autora, ofreciendo a los especialistas una problemática

tradicionalmente confinada al “closet de la crítica”: por una parte, lo concerniente a los estudios *Queer* y al homoerotismo y, por la otra, la trama que subyace a los conceptos de género y nación. En este sentido, los ensayos aquí reunidos hacen una lectura diferente a la tradicionalmente propuesta por el canon literario en América Latina: leen el reverso de la cultura, lo dicho a media voz, lo oculto en las poses y lenguajes de los cuerpos, atienden al diagnóstico de la simulación para vehicular la construcción de identidades alternativas.

Molloy interroga los detalles: las lagunas cronológicas que casualmente omiten episodios cruciales en las vidas de Teresa de la Parra y Lidia Cabrera en la Edición que la Biblioteca Ayacucho dedica a la escritora venezolana; la confirmación de la existencia de “otro” Rodó, escamoteado en los Cuadernos Personales del escritor; las rarezas de Delmira Agostini, quien a los 16 años empezó a escribir bajo el seudónimo de Joujou para posteriormente arremeter contra el patriarcado de la poesía modernista; las sustituciones discursivas de la poesía de Amado Nervo en manos de Alejandra Pizarnik, el secuestro de la voz femenina de una tísica europea en *De sobremesa*, de José Asunción Silva.

La propuesta de Molloy agrega otras novedades: leer los textos olvidados de autores menores del modernismo, como Atilio Chiápori, Federico Rahola o Augusto D’Halmar, tras la búsqueda de aquello que la “buena literatura” reprime, porque ellos

revelan, mejor que en los textos que la crítica ha canonizado, las tensiones de las construcciones de género, sus aspectos más problemáticos, sus intersecciones con otros discursos, sus puntos de fricción ideológica que desbordan, de hecho, en un campo cultural infinitamente más rico que el que suele reconocérsele a la literatura de fin de siglo. (180)

Pero donde mayormente aflora el entusiasmo analítico de la Molloy es frente a la controversial figura de Oscar Wilde, de allí que sea este el capítulo que hemos elegido para esta selección, “La Política de la Pose”. Su punto de partida es la pregunta por las reacciones y distanciamientos que produce la indumentaria del inglés en la famosa crónica donde José Martí lo presenta al mundo hispánico. La extravagancia de sus terciopelos y sedas funge de puñetazo que “hiere los ojos” del cubano y, en este gesto, Molloy ve las tensiones que se articulan alrededor de la figura del homosexual; su condición de extranjero en una sociedad que aún no puede nombrarlo porque el concepto está en vías de formulación, aunque los lenguajes del cuerpo lo prefiguren. Y es aquí donde el examen de la pose adquiere una dimensión inusitada, ya que devela el modo en que las economías del deseo marcan las políticas culturales del modernismo. Molloy sostiene que la pose

nos enseña a mirar de otra manera. Entrena al ojo que ve en nuevas prácticas de percepción de la otredad. En este sentido, la pose supone una teatralidad, una puesta en escena tradicionalmente negada a lo masculino que, sin embargo, no solo hace posible la construcción del concepto de homosexualidad sino la de su sujeto problematizado.

Partiendo del despunte de la materia que analiza, la autora desbroza las características del “voyeurismo” finisecular afirmando que, mientras “La exhibición, como forma cultural, es el género preferido del siglo XIX, la escopofilia, es la pasión que la anima” (43). En este contexto, no solo pone de manifiesto el modo en que la pose finisecular reformula el concepto de género, tanto en su enunciación como en sus limitaciones, sino su incapacidad de constreñirse a clasificaciones y modelos heteronormativos. En su lugar, la autora propone nuevos modos de identificación basados, no ya en la existencia de pactos culturales, sino en el reconocimiento de un deseo que invita a la articulación de nuevas identidades y que ubica a la figura del intelectual decimonónico en el centro de la economía del deseo propia de las culturas finiseculares Latinoamericanas.

RESISTENCIAS

Beatriz González-Stephan (Venezuela, 1952), es profesora del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Rice, egresada de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas (1974), con Maestría en Literatura Hispanoamericana por el Instituto Pedagógico Universitario de la misma ciudad (1982) y Ph.D. en Literaturas de América Latina por la Universidad de Pittsburgh en 1985. En 1987 se hizo acreedora del Premio Casa de las Américas a la mejor literatura latinoamericana por su trabajo *La Historiografía Literaria Del Liberalismo Hispanoamericano Del Siglo XIX*, premio que logró posicionarla como una de las voces más potentes de la crítica latinoamericana contemporánea. Así lo demuestran sus innumerables publicaciones durante más de tres décadas de trabajo académico, período durante el cual ha dado a la luz, bajo su autoría y/o como coordinadora, más de 15 títulos, además de numerosos artículos en prestigiosas revistas especializadas de su país y del extranjero. Durante sus años como profesora de la Universidad Simón Bolívar de Caracas ha formado a una sólida generación de investigadores universitarios ocupados en despejar el mapa de las cruzadas del siglo XIX hispanoamericano barriendo las telarañas de una problemática que, en pleno siglo XX, parecía sepultada en el osario de la crítica de su país.

Son emblemáticos sus trabajos sobre cultura visual y nuevas tecnologías, aunque sus mejores frutos los ha cosechado en el terreno del análisis de las disciplinas impuestas al cuerpo ciudadano en el marco

de la construcción de las nacientes repúblicas del siglo XIX. Es lo que hace en “Cuerpos de la nación: Cartografías disciplinarias”, el artículo que hemos elegido como parte de esta selección. Se trata de un trabajo sin precedentes en el que convergen todas las obsesiones académicas de su autora: La existencia de un tejido de cuerpos minucioso que articula al ciudadano con las leyes del estado; el modo en que la lengua y las buenas maneras se asocian en la producción de cuerpos dóciles, de conductas homogéneas y principios igualitarios; el lugar que obtuvo la empresa higienista como garantía de progreso y materialización de la nación moderna y la instauración de nuevos dispositivos de vigilancia que atienden cada detalle de la vida cotidiana, que orientan el cuerpo de los ciudadanos hacia la utilidad y que controlan la emotividad de sus gestos y de su lengua mediante la disciplina, la productividad y la higiene.

Empecemos por un primer hallazgo de corte foucaultiano: la Venezuela de los estertores del siglo XX no ha salido de la modernidad. Permanece inmersa en el mismo sistema de control cuyo modelo es el carcelario, como lo demuestran, las insistentes publicaciones venezolanas de libros sobre modales y, sobre todo, la reforma constitucional del presidente Hugo Chávez en 1999. En eso también consistió el trabajo de las elites ilustradas en la Venezuela post-independentista: en una reorientación de los mecanismos de poder. En este contexto, la ley debía ser menos punitiva y evidente que durante la colonia, los mecanismos de control aplicados sobre espacios abiertos y en torno a la reflexión sobre la ciudadanía o sobre lo nacional y la barbarie domesticada mediante pedagogías destinadas a la producción de cuerpos dóciles. Se diseñan nuevos dispositivos de vigilancia que atienden cada detalle de la vida cotidiana, que orientan el cuerpo de los sujetos hacia la utilidad, que controlan la emotividad de sus gestos y de su lengua. Se trata de reeducar el cuerpo ciudadano, sobre todo porque los nuevos sectores que arriban al escenario político -la oligarquía terrateniente- en su afán por ascender en escala social, y careciendo de la pureza de sangre del patriciado, debían adquirir buenos modales y un saber decir para distinguirse socialmente de los excluidos. Domesticar su propia barbarie para pertenecer a la clase social más alta: la civilizada.

Basándose en los postulados de la micro-historia, González analiza la creación de tres de estos dispositivos disciplinarios: las constituciones (Cuerpo de Leyes), las gramáticas (Cuerpo Lingüístico) y los manuales de urbanidad (Cuerpo Ciudadano). Así, las constituciones ofrecían un sistema de principios igualitarios, mientras que las normas -manuales, gramáticas y tratados de retórica e higiene- un sistema de micropenalidades para homogeneizar las diferencias. Cada có-

digo diseña las características del sujeto que requiere la nueva nación; para lograr este cometido estos textos no castigan, sino que previenen de la posible exclusión social de aquellos individuos que no estén dispuestos a seguir sus prescripciones. En este contexto, mientras que los manuales necesitan de cuerpos simétricos y las gramáticas imponen una lengua común, las constituciones homogeneizan a los sujetos; esto es, producen sujetos semejantes, condición *sinen quoi non* para construir las bases de la nueva nación e insertarla en el comercio internacional.

Las instituciones que respaldan estas disciplinas son, en primer lugar, el Juez, quien será el garante del Estado para imponer, desde el juzgado, la ley nacional; en segundo lugar, el maestro, quien, junto a los padres de familia, serán los encargados de velar por la higienización del cuerpo y de la lengua tanto en la escuela como en el espacio doméstico. Esta tríada de cuerpos dependen, a su vez, de la obediencia de los ciudadanos para alcanzar sus objetivos; quien no se rija por estas instituciones, ni se acoja a las disciplinas prescritas se convierte en otredad y de esa otredad dependerá el poder para legitimarse.

Estas políticas de higienización de cuerpo y lengua convertirán a la suciedad en la representación simbólica de la barbarie y, en otro sentido, harán de la asepsia y de la higiene las garantías del progreso y materialización de la nación moderna. Limpiar las ciudades de grupos improductivos: locos, enfermos, o lo que parece ser los mismo, indios, cimarrones, negros libertos y alzados; limpiar la lengua de expresiones que la desvirtúen (las malas palabras); limpiar el cuerpo de sus olores y pulsiones espontáneas. Lo otro es la enfermedad y, como tal se temió su contagio.

Este afán de higienización de cuerpo y lengua, no solo trajo como consecuencia el diseño de disciplinas eugenésicas destinadas a promover las combinaciones raciales más aptas para garantizar el fortalecimiento de la raza, también fomentó el empleo hispanismos en la literatura de finales del siglo XIX. Para alcanzar la eficacia productiva estos códigos distancian, clasifican y reagrupan en unidades análogas. Crean conjuntos serializados: edad, sexo, clases, saberes, conductas y capacidades. Disponen en series jerarquizadas unidades homogéneas, no sin antes neutralizar la disparidad para hacerla análoga al conjunto. Independientemente de las especificidades que adoptaron estas disciplinas en los diferentes países del continente, ellas se impusieron como garantías de civilización de la nación moderna y fundaron su eficacia en la “capacidad domesticadora de la palabra”, en el “el poder del sujeto letrado patriarcal y en la difusión de la pedagogía como máquina de captura/captación/castración de las autonomías “inorgánicas” y de las “fuerzas confusas de la barbarie” (41).

Josefina Ludmer (Argentina, 1939), investigadora y profesora de varias Universidades en Argentina y EEUU. Durante la dictadura militar formó parte de la “Universidad de las catacumbas”, dando clases en su casa de teoría literaria. Doctora Honoris Causa (UBA). Profesora Titular de Teoría Literaria II (UBA, 1984-91), Investigadora Principal del CONICET y profesora visitante en diversas universidades norteamericanas. Dictó literatura latinoamericana en la Universidad de Yale (1991-2005), de la cual ahora es profesora Emérita. Es autora de numerosos libros, ensayos y artículos publicados sobre Jorge Luis Borges, Manuel Puig, Felisberto Hernández, Guillermo Cabrera Infante, Alfonsina Storni, Sor Juana Inés de la Cruz y muchos otros. Ha publicado *Cien años de soledad. Una interpretación* (1972, 1985), *Onetti. Los procesos de construcción del relato* (1977 y 2009), *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (1988, 2000), *El cuerpo del delito. Un manual* (1999) y *Aquí América Latina. Una especulación* (2010).

Ludmer es una de las más importantes críticas latinoamericanas de literatura y su distinción se debe a la capacidad de pensar los textos literarios en términos políticos. Un ejemplo de esta facultad es el ensayo “Tretas del débil”, publicado en *La sartén por el mango* en 1984 por Ediciones Huracán, incluido en esta Antología, que perfectamente podría leerse como manual de resistencia pasiva, pero implacable, frente al poder dominante y altamente jerárquico.

La autora analiza la *Respuesta* de Sor Juana Inés de la Cruz a la carta de Sor Filotea –nombre que adopta el Obispo de Puebla– desde la perspectiva del pensamiento abstracto, la ciencia y la política, lo que logra filtrarse por las grietas del discurso femenino en una situación histórica dada. A partir de este marco, Ludmer elabora ciertas premisas como, por ejemplo, que la ignorancia es una relación de jerarquía de subalternidad, que no es por no saber, sino por no poder decir lo que se sabe, pero que, sin embargo, puede ser dicho en otras zonas; que el silencio puede configurar un espacio de resistencia ante el poder del otro, el que da y el que quita la palabra; que dar la palabra a alguien definido por la carencia, es el gesto del superior y del letrado, pero que disimula su voz –como el Obispo de Puebla con el nombre falso de Sor Filotea– para proponer al débil su alianza contra un enemigo común, a costa de aceptación por parte del débil de su proyecto.

Analizando la carta de Sor Juana Inés de la Cruz y su juego –tan sutil como poderoso en el alcance– de palabras “saber”, “decir” y “no”, Ludmer explicita las tretas del débil con las cuales puede/debe resistir desde sus posiciones de subalternidad. En primera instancia, separar el campo del saber y el del decir o, “decir que no sabe y saber”. La sumisión y aceptación del lugar asignado, en este caso, se combina

con el retiro de la colaboración, esto es, “saber sobre no decir”. Esta táctica reorganiza el campo del saber.

Esto permite, desde el lugar asignado y aceptado cambiar no solo el sentido del lugar, sino el sentido mismo de lo que se instaura en él, porque siempre es posible tomar un espacio desde donde se puede practicar lo vedado en otros, siempre se pueden anexar otros campos e instaurar otras territorialidades. Estos traslados y reorganizaciones de la estructura dada, sea social, cultural o política, combinan los acotamientos y enfrentamientos que podrían establecer otra razón, otra científicidad, otro sujeto del saber.

Finalmente, estas tretas, estas reorganizaciones del campo del saber y traslados de este a otras zonas y espacios, no son deducciones meramente teóricas para Josefina Ludmer, son experiencias propias de los tiempos cuando decía lo que sabía en sus clases de la Universidad de las Catacumbas, impartiendo clases de lo que no se debería saber ni decir durante la dictadura militar en Argentina.

Marilena Chauí (Brasil, 1941), es filósofa y ha sido profesora, por más de cuarenta años, en la Universidad de San Paulo, donde dicta las cátedras de Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea, Ética y Filosofía política y Filosofía brasileña. Posee cuatro Títulos Honoris Causa de Universidades de Brasil, Argentina y Francia. Hasta la fecha ha publicado 38 libros, tres de los cuales - *A nervura do real* (1999), *Convite a Filosofia* (1994) y *Cultura e Democracia. O discurso competente e outras falas* (1981)- fueron reconocidos como los mejores libros de Brasil en sus respectivos años de publicación. En sus investigaciones trabaja los temas de la ideología, cultura y democracia, el neo-liberalismo, la Universidad y la educación, además de hacer reflexiones y teorizaciones a partir de las obras de Baruch Espinoza y Maurice Merleau-Ponty, arrojando una notable cantidad de artículos en revistas, intervenciones en conferencias y obras colectivas. Es una pensadora controversial y sus posturas políticas de militante crítica, aun hacía el partido del cual es co-fundadora –Partido de los Trabajadores–, son focos de debates, convirtiendo a Marilena de Sousa Chauí en una figura pública de obligatoria consulta periodística. Sin embargo, la obra y la notoriedad, de la cual goza la filósofa brasilera en su país, es casi desconocida en el resto de la región. Solo tres de sus libros y unos pocos artículos han sido traducidos al español.

Para los fines de esta Antología se escogió el capítulo “El discurso competente” del libro *Cultura e democracia: o discurso competente e outras falas* (1981/2007), publicado por la Editorial Cortez, bajo la traducción de Laura Arese y Hernán García Romanutti. El mismo presenta una novedosa postura frente a la concepción del discurso dominante en una sociedad burocrática basada en ideas de Organi-

zación, entendida como existencia de sí y para sí, y contaminada de cientificismo, característica propia de la contemporaneidad.

Como lo resalta la propia autora, se suele distinguir, en cuanto discursos ideológicos, el discurso de élite y el discurso de masa, identificando erróneamente el primero con el discurso competente, esto es, el discurso verdadero y autorizado. Sin embargo, para Chauí el discurso competente es un discurso anónimo e impersonal, fundado en pura racionalidad de hechos racionales, que deja al lado todo basamento en valores y esencias –fundamentos de todo discurso ideológico–, ocultando el lugar desde donde es pronunciado, adoptando la apariencia de un discurso neutral de cientificidad y del conocimiento. En un análisis dialéctico, la autora expone las dos partes intrincadamente relacionadas del mismo discurso: el discurso competente burocrático –expresado en el de administrador y en el de administrado, regido bajo la premisa de que no cualquiera puede decir a cualquier otro en cualquier lugar y en cualquier circunstancias– y el discurso competente de conocimiento –expresado en el discurso instituido o de ciencias institucionalizadas–. Las dos partes niegan al sujeto social y político, reduciendo al hombre a la condición de objeto social y político sobre la cual despliegan su proyecto de dominación; proyecto que para existir demanda no solo aceptación del discurso competente, sino que este sea internalizado a través de los discursos secundarios especializados pronunciado por las voces autorizadas, que “enseñan” cómo debe relacionarse con la vida y el mundo. Y todo aquel que se resiste al discurso competente corre el riesgo de ser proclamado como incompetente, anormal, asocial, que se coloca fuera no solo de la sociedad, si no de la realidad misma.

Miriam Muñiz Varela (Cuba, 1948), es catedrática e investigadora del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Puerto Rico, en donde se dedica a impartir cursos sobre Desarrollo en América Latina y el Caribe, Estudios Poscoloniales y Teoría Social y Economía Política. Su línea de investigación es economía política, más concretamente, crítica al discurso del desarrollo y las transformaciones del capitalismo, en particular, la concepción del fordismo y el posfordismo. Es articulista que trata temas de *bioeconomía*, las *biotecnologías* en nuevas concepciones del discurso capitalista. En 2013 las Ediciones Callejón publica su primer libro bajo el polémico título *Adiós a la Economía* con una serie de ensayos, de no menos polémico contenido, dedicados a pormenorizar la crisis que atraviesa Puerto Rico en las últimas décadas y las transformaciones ocasionadas en la, como la misma autora llama, *Bioisla*. Desde una perspectiva interdisciplinaria la autora aborda cronológicamente la historia socio-política de la nación boricua para después exponer un cuerpo teórico donde teoriza sobre las realidades político-culturales de América Latina y el Caribe.

Uno de estos capítulos, “El Fármaco Colonial: *The Bioisland*”, forma parte de esta Antología, en el cual Muñiz conceptualiza la noción de bioeconomía en términos de “cambio operado en las nociones del capitalismo a la luz de un modo de producción/consumo donde la vida es tomada a cargo por la ciencia y la tecnología en el desarrollo de la variación y acumulación de nuevas riquezas y modos de vida”. Esta conceptualización explica el título de la propia obra, *Adiós a la economía*, en sentido del cambio que se produjo/produce en cuanto a la clásica concepción del término. Su teorización fundamenta en el cuerpo teórico -donde conjuga, redefine, amplía y actualiza los conceptos de bio-política y poder Soberano de Michel Foucault, tanao-política de George Agamben, Estado de excepción y Soberanía de Carl Schmitt, poder Imperial y colonialidad de Aníbal Quijano- y en la observación sobre el desarrollo de las tecnologías referidas a la vida, que dan paso a nociones como bio-propiedad, bio-capital, bio-material, bio-tecnología, donde el *bio* se vuelve más técnico y lo técnico, más *bio*. Se produce la fabricación de la vida y la aparición del “sujeto experimental”, que es casi-sujeto, casi-objeto, casi-vivo, casi-muerto. De allí que todo se vuelve productivo, incluyendo la insatisfacción, convertida en psico-economía del deseo, y el intelecto, convertido en capital humano. De allí que las formas de producir y los modos de existir se convierten en las verdaderas y principales fuentes de riquezas del capitalismo bio-económico.

Miriam Muñiz a lo largo de su disertación hace referencia a las realidades latinoamericanas y caribeñas, bien como explicación de determinadas nociones o bien como demostración de las mutaciones del capitalismo producidas en las últimas décadas en el Mundo, las que en nuestra región se evidencia con mucha más fuerza y opera con mucha más determinación y que en otros lugares del continente.

Nelly Richard (Francia, 1948), es teórica cultural, crítica, ensayista, académica chilena de origen francés, fundadora de la *Revista de Crítica Cultural*, autora de un importante número de artículos académicos y libros entre los cuales se destacan *Márgenes e Instituciones: Arte en Chile desde 1973* (1981), *Cuerpo Correccional* (1980), *La estratificación de los márgenes* (1989), *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática* (1993) y *La subordinación de los signos* (1994). A lo largo de su trayectoria se convirtió en referencia obligatoria para comprender los encuentros/desencuentros y el subyacente común presente en los estudios latinoamericanos, estudios culturales y la crítica cultural como la necesidad de “transformar críticamente lo real” desde la cultura y asumir lo cultural como campo de lucha, des-centrando los mecanismos de jerarquía y control tradicionales, des-articulando las formaciones hegemónicas de poder;

esto es, “reformular transversalmente la problemática de la dominación”. Formada en tradición del estructuralismo y post-constructivismo francés, traza unas de las primeras teorizaciones en el campo de la crítica cultural sobre las cuales comenzaron a desplegarse nuevas maneras de aprehender y comprender las realidades latinoamericanas desde las combinaciones heterogéneas, inspirando prácticas textuales bajo la noción de escritura como teoría.

Esta Antología ofrece el texto titulado “Escenario democrático y política de las diferencias” que forma parte del libro *La insubordinación de los signos* (1994), que problematiza la relación entre el Arte y la Política en un escenario de consenso de post-dictadura y ahonda en la posición del Artista/Intelectual en momentos de consolidación de la democracia, cuando es absorbido por las nacientes estructuras democráticas estatales. Sí bien la autora hace reflexión sobre un periodo particular de un país puntual, como el Chile de los años noventa, su reflexión no solo no pierde vigencia, sino que devela la permanente y necesaria tensión que debe existir entre el Artista/Intelectual y las estructuras institucionalizadas, aun en democracias consolidadas.

Para las mismas fechas de escritura de este texto, Jaques Rancière advertía la tendencia de la política hacia los escenarios de negociación, concertación y consenso, que atenuaba o dejaba en el segundo plano el debate y las tensiones agonales, imposibilitando la política misma, dando paso a horizontes desmovilizadores e inciertos. Richard, desde la trinchera del mundo cultural chileno, mundo que con sus energías contribuyó a desatar el proceso de democratización en el país; en este contexto se pregunta sobre el lugar y las condiciones que señalan las cuestiones frente a la racionalidad y el funcionalismo institucional de la política en el nuevo escenario democrático.

Consciente de la relación de permanentes ajustes y re-convenciones entre la cultura, la política y la ideología, advierte el peligro de conversión del Artista/Intelectual en burócrata, garante de la eficiencia que traduce la teoría en ideología y convierte el conocimiento en servicio y el rendimiento, olvidándose de los márgenes sobrantes y de las cuestiones no-funcionales, a fin de consolidar el orden. De allí surge el dilema entre quietar e inquietar el orden de sentidos, desafiar la gramática de la obediencia o marginar todo aquello con posibilidades de atentar contra la “voluntad general” de apaciguamiento de los conflictos.

Sin embargo, Nelly Richard señala que las obras más problematizadoras son las únicas capaces de innovar con los signos, formulando nuevas subjetividades con posibilidades de formar parte activa y cuestionadora de una cultura realmente democrática de las diferencias. A más de dos décadas de esta reflexión, su vigencia no solo no había

mermado, sino que toma nuevos sentidos en el interior de las agrupaciones que pretenden el poder institucionalizado, aun en democracias consolidadas.

Antes de concluir quisiéramos agregar que, por encima del carácter arbitrario y subjetivo que está en la base de toda antología, en la articulación de esta hemos tratado de combinar las voces más potentes de la Crítica Cultural Latinoamericana y del Caribe con otras que, no por ser menos conocidas, merecen el olvido en el que se encuentran, bien sea por razones idiomáticas –como es el caso del trabajo de la consagrada intelectual brasileña Marilena Chauí–, por limitaciones en la distribución, o por las dificultades que debe enfrentar la primera edición de cualquier trabajo novedoso –como es el caso del texto que aquí incluimos de Miriam Muñiz–. Nuestro objetivo no ha sido otro que traer a la escena cultural de nuestros días algunos textos emblemáticos y hacerlos dialogar con otras voces silenciadas del Continente. Porque Incluso cuando las distancias cronológicas son innegables –como ocurre con nuestra selección de Marta Traba–, desde el punto de vista temático todos mantienen una vigencia indiscutible. Todos articularon sus ideas sobre una problemática compleja y urgente que planteaba soluciones igualmente complejas y que siguen siendo impostergables: La valentía y coraje de plantearse la transformación de un pensamiento anquilosado o de poca relevancia desde la perspectiva de cualquier poder –político y/o económico– como son las prácticas artísticas y literarias ejercidas desde una visión de género. Sin embargo, estas voces lograron configurarse en una sola voz que resiste, perdura, demanda y que no está dispuesta ni a callarse, ni a sucumbir ante el poder, aun cuando incomode e irrite con sus resistencias. De allí que esta compilación sea tan solo una muestra de la potencia intelectual, conceptual y visionaria de esta voz.

En este sentido, agradecemos la iniciativa de CLACSO por articular la serie Antologías, tanto temáticas como por países, y el recurso de libre acceso, que permite sortear los diferentes obstáculos que impiden el reconocimiento de las voces y las plumas de nuestros pares femeninos en toda la región.

Caracas, noviembre de 2016

NELLY PRIGORIAN
CARMEN DÍAZ OROZCO

REPRESENTACIONES

DECIR Y NO DECIR: EROTISMO Y REPRESIÓN*

Beatriz Sarlo

“¡Te quiero, oh mi perfecta ignorante! No conoces a Keyserling e ignoras el volumen de la tierra –a decir verdad, lo mismo me acontece, señores–. Ni siquiera has leído a Tagore, a la Mistral y a Nervo, esos ídolos de las mujeres que no saben besar ni hacer crochet, y escriben versos para nuestro mal”.

Raúl González Tuñón, “Sobre el delantal de la perfecta ignorante”.

Borges prologó el primer libro de Norah Lange, *La calle de la tarde*, publicado por Samet en 1925; José Ortega y Gasset redactó el epílogo del primero de Victoria Ocampo, *De Francesca a Beatrice*. Un olvidado, nadie, Juan Julián Lastra, firma, en 1916, el prólogo a *La inquietud del rosal*, de Alfonsina Storni. Las diferencias son tan obvias y conducen tan directamente al origen social y a la futura colocación en el campo intelectual de estas tres mujeres, que casi parece inútil ocuparse con más detalle. Sin embargo, en ocasiones, las cosas importantes son también demasiado evidentes. Voy a rechazar la tentación de no ocuparme de ellas trazando tres biografías de comienzos, donde se leerán las diferentes modalidades de construcción de un lugar para la voz femenina en este período. Renuncio a demostrar una segunda obviedad: la de que a las mujeres les cuesta más que a los hombres diseñar y ocupar un espacio público que, por razones que son vividas como naturales, no es hospitalario con la presencia femenina. Si esto puede comprobarse cada vez que se quiera, me interesa ocuparme, más bien, de cómo estas mujeres trabajaron no solo con las desventajas sino con la potenciación de sus diferencias.¹

* Sarlo, Beatriz 1988 *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión) pp. 69-93.

1 Sylvia Molloy, en su excelente ensayo “Dos proyectos de vida: Norah Lange y Victoria Ocampo” (*Filología* n° 2) caracteriza dos únicas formas aceptables de un yo

NORAH LANGE: LA MUJER NIÑA

En *Proa*,² Brandán Caraffa comenta los libros de Norah Lange y de Victoria Ocampo. Al final de la nota, escribe:

Estas dos mujeres, tan azoradamente niña la una, tan sabiamente femenina la otra, marcan con un gesto inconsciente de vestales, la hora más clara de nuestra evolución espiritual.

Brandán Caraffa sitúa a las dos mujeres precisamente en el lugar que les reconoce la cultura. Ambas resumen, si se las junta, imágenes clásicas y complementarias: la mujer-niña y la mujer-sabia, dos vestales, protectoras vírgenes del fuego del arte. Pero, además, estas vestales son inconscientes: escritoras carentes de saber. Para aceptar la presencia de Lange y Ocampo, Brandán Caraffa tenía que decir lo que dice y colocarlas, además, en un lugar de la “evolución” y no en el de riptura y nuevas poéticas que representa *Proa*.

Las dos obras que comenta tienen una cualidad común, coherente con la caracterización de sus autoras: ambos libros son “naturales”:

Norah Lange se olvida de la técnica, porque en ella es natural y así se lanza a los grandes espacios del alma, como una moderna diana a la caza de metáforas.

Ningún libro más natural y menos *ista* que este bello cofre de intimismo, de matiz y de amor [...] Victoria Ocampo es una escritora por naturaleza, que nunca ha oficiado en el coro de las escuelas. (*Proa*, 1924: 6-7)

Brandán Caraffa habla el discurso de la sociedad sobre las mujeres y es probable que no tuviera otro al que echar mano: aceptadas, comentadas, halagadas, pero mantenidas en su lugar. Ya no se trata, para estos hombres modernos, del espacio físico en el gineceo de la vida cotidiana. A mediados de 1920, no se repite la triple reclusión que afectó a Delfina Bunge: escribir en francés, escribir poemas religiosos, firmar siempre con el aditamento del apellido conyugal.³ De todos modos,

femenino público, hasta las primeras décadas de este siglo: “el convencionalmente efusivo” de las poetisas, y el de las educadoras, que transmiten, en vez de convenciones estéticas, convenciones éticas. Esta doble figuración social es la forma de los obstáculos a partir de los cuales las mujeres ingresan en la esfera pública y la cultura. Sigue Molloy: “Para deshacerse de su yo (no otra cosa es la literatura), tanto Victoria Ocampo como Norah Lange eligen, para iniciarse, uno de los dos clichés que he mencionado: la poesía.” Véase también: Josefina Ludmer, “Las tretas del débil”, en *La sartén por el mango*.

2 *Proa*, año 1, n° 3.

3 Victoria Ocampo escribe sus primeros textos en francés, pero, a diferencia de Delfina Bunge, los publica en castellano.

Brandán, por quien habla la tribu, resalta la cualidad “natural” como atributo común de dos libros tan distintos: esa cualidad los une porque están unidos más profundamente por el sexo de sus autoras. Si bien ya es admisible que las mujeres escriban, deben hacerlo como mujeres o más bien poniendo de manifiesto que, al escribir, no contradicen la cualidad básica de su sexo. El hombre es cultura, la mujer naturaleza. Las operaciones que el hombre realiza con la cultura (partir, enfrentar a los otros con ismos y tendencias), la mujer las repara: ella no parte sino que conserva; opera en el río de la evolución y no en el torrente de la fractura.

La nota de Brandán Caraffa es un pedazo sólido de ideología. Prueba, de todos modos, un cambio de situación desde los años de Delfina Bunge. Se mira favorablemente el ingreso de Victoria Ocampo y Norah Lange en el campo intelectual, aunque el lugar que se les ofrece esté, ideológica y simbólicamente, próximo a las funciones femeninas tradicionales. Sobre Victoria y Norah ya no se hacen ironías tan fáciles como las que Borges y Raúl González Tuñón ejercitan acerca de *las poetisas*. Esta categoría no incluye a Norah Lange porque “poetisa” no es solo la designación de una mujer que realiza, con éxito o sin él, una práctica literaria. “Poetisa” define valores estéticos y sociológicos, por eso puede ser aplicada a Alfonsina Storni y no a Norah Lange. Borges describe a Norah casi desprovista de fisicalidad:

... preclara por el doble resplandor de sus crenchas y de su altiva juventud, leve sobre la tierra. Leve y altiva y fervorosa como bandera que se realiza en el viento, era también su alma.

... vimos que su voz era semejante a un arco que lograba siempre la pieza y que la pieza era una estrella. ¡Cuánta eficacia limpia en esos versos de chica de quince años! (1925: 6-7)

Frente a la pesada fisicalidad y la retórica tardorromántica de Alfonsina, Norah (aunque deseada por varios de los martinfierristas, incluido Borges) es algo así como una prima. Ella misma recuerda que era, en verdad, prima de Guillermo Juan Borges, y que esta relación familiar le permite vincularse muy temprana y naturalmente con los vanguardistas (De Nobile: 1968: 11). Las relaciones literario-eróticas que se entablan pueden ser imaginadas revisando las fotos que Norah Lange publica cuarenta años después: un jardín suburbano y una sala de estar medio burguesa de la casa en la calle Tronador, de Belgrano R; mujeres muy jóvenes, con vestidos vaporosos, alguna de ellas toca la guitarra, otras escuchan sentadas en el suelo; hombres también muy jóvenes, de trajes claros y en posturas llamativamente distendidas si se las compara con otra iconografía de la época; la foto de la familia

burguesa y nórdica, cinco hermanas, todas muy bellas, protegidas por la dignidad y la gruesa calma de los padres; Norah con la cabeza llena de bucles, indemne a la moda más vulgar de la melenita *garçonne* (que usa Alfonsina), una cara angulosa y moderna. Las fotos muestran un bienestar medio pero distinguido, relaciones libres pero vigiladas, una modernidad tutelada por la presencia de los mayores, grupos donde la diversión espiritual, el humor y la *gracia* son moderados y de buen gusto, donde la sexualidad está mediada por la literatura y por costumbres aceptables.⁴ Vienen más tarde las de Norah vanguardista: leyendo sus famosos discursos, recibiendo los homenajes paternos de Macedonio, embutida en un disfraz de sirena para la presentación de *45 días y 30 marineros*. Después, las de la pareja intelectual: Norah del brazo de Oliverio. Los principales escritores de la vanguardia aparecen en estas fotos (como también en las de Victoria Ocampo). Son las figuras que no se olvidan en la historia literaria argentina. Pocas fotos de estudio, muchas instantáneas.

Las crenchas y la juventud de Norah Lange: Borges elige la palabra crenchas para designar esa mata de pelo que obsesionaba a varios de los martinfierristas. Exorcizada como crenchas, la marca de la sensualidad de Norah era decible, mencionable incluso en el prólogo a su libro de poemas. Además, Borges la hace más joven de lo que era efectivamente. La presenta como una primita talentosa y deseable. Algunos años más tarde, en 1930 cuando se publica *El rumbo de la rosa*, Macedonio diseña un retrato artístico-moral más reposado:

Si yo descubriera toda la grandeza sumisa que hay en su vivir y en su afecto hogareño y práctico y el contraste con su voluntarioso espíritu en el arte y en la bohemia... (1925: 28)

Norah es un arco (Borges), pero es también una mujer que conserva cualidades primarias básicas; pertenece a la formación de vanguardia, pero la resguarda de las hechiceras bohemias que todavía serían incómodas en el Río de la Plata. Es la literatura y el hogar, el happening martinfierrista y las estrictas normas morales que rigen en la casa de la calle Tronador, donde se conservó siempre la “balanza de los nacimientos”, en la que la madre Lange pesaba a sus hijas a medida que iban llegando al mundo. Continuidad y novedad, es decir evolución, como lo definió Brandán en su comentario de *Proa*. Libertad, en el marco de restricciones, porque la familia Lange no permite, por lo

4 Los padres controlaban la decencia de estas reuniones, como puede comprobarse en la anécdota del beso intercambiado entre Quiroga y Alfonsina, severamente juzgado por los Lange (1925: 16).

menos en su principio, que sus hijas asistan a los banquetes nocturnos de los martinfierristas. Ellas se enteran al día siguiente de todo lo interesante que pasaba en otra parte. Pero, por lo menos, se enteran, viven los ecos de las fiestas y a veces repiten el estilo de esas celebraciones trasladadas al ámbito respetable y privado, literario y culto, liberal pero estricto de la casa Lange.

Desde la perspectiva de la vida de relación, el ingreso de Norah Lange al campo cultural parece, casi, una prolongación del escenario armado en la casa paterna. Ganó mucho en ese tránsito fácil, en esa especie de iniciación semi-privada, pero, quizás, algo haya quedado reprimido. Hay que buscarlo en lo que falta de la poesía de Norah. Borges dice, en el prólogo a *La calle de la tarde*, que el tema de ese libro

es el amor: la expectativa ahondada del sentir que hace de *nuestras* almas cosas desgarradas y ansiosas [...] Ese anhelo inicial informa en ella las visiones del mundo. (1925: 7)

El posesivo “nuestras” no transmite la diferencia sexual: son anhelos de hombres y mujeres los que designa Borges. Lee una ausencia de especificidad sexual en la poesía de amor de Norah. Ella escribe el amor de modo tal que el sentimiento pueda ser reconocido por Borges como de naturaleza común. Esto no sucedería, sin duda, si Borges se hubiera referido al amor en Delmira Agustini o Alfonsina Storni, que exhiben la femineidad, la sexualidad y la sensualidad de los afectos.

Alfonsina, por su origen y su formación, por su biografía, trabaja con la materia de su sexualidad pero, por estas mismas razones, lo hace desde las poéticas del tardorromanticismo cruzado con el modernismo. Es una escritora *sin* gusto. Al contrario, Norah Lange, desde unos emblemáticos quince años, está en contacto con la vanguardia y su poesía corresponde a una niña de familia que conoce los textos fundadores del ultraísmo porteño. Lo que Norah escribe no se diferencia del poema, para poner un ejemplo, que a la misma Norah le dedica Córdova Iturburu. Usa imágenes y giros de Borges;⁵ desmaterializa el registro de las sensaciones y de las experiencias amorosas.⁶ Los versos, cuidadosamente, practican un corte cuando pueden aproximarse a la dimensión sensual; el amante es una sombra verbal infantilizada. El contacto físico, las caricias o los besos están invariablemente acompañados de un tropo que los aleja del cuerpo, desmaterializándolos, purificados por el recurso a la niñez:

5 (1925: 13): “quisieron enarbolarse como ponientes los gritos”, por ejemplo.

6 “El vino a mí./Me habló de algo que nacía./Yo no entendí, le pedí que repitiese./ Amé y olvidé... pero siempre... sus palabras pequeñas/me acariciaban, como las manitas de un niño enfermo” (1925: 18).

La voz llega de ti
diminuta
como mirada de niño. (1925: 43)

El fuego atardeció en tus ojos
y sobre tus labios buenos
jugaron como niños
las sonrisas. (1925: 48)

Las imágenes más predecibles del arsenal religioso cumplen también esta función de adecentamiento de lo sensible y lo erótico:

El rosario de tus besos
ha iluminado mi tarde. (1925: 49)

Mi alma se anuda a la cruz
que besas diariamente. (1925: 55)

Cuando vuelvas
te diré —exhalando todo mi grito
sobre tus labios.
—Mirándote, parecía que no te ibas
y me dormí esa noche
bajo el crucifijo santo de tu recuerdo. (1925: 57)

Es cierto que Norah Lange escribe favorecida por su relación personal y literaria con el grupo martinfierrista que se reúne los fines de semana en su casa. Pero también padece las restricciones y los límites de una mujer joven cuyos poemas van a ser leídos por esos amigos de la familia y por la familia misma. Las imágenes simbolistas y ultraístas le proporcionan una primera máscara a la expresión de sentimientos peligrosos: alejan el amor, lo deserotizan. La materia con la que construye esas imágenes le sirve de segundo filtro: niños, cruces, rosarios, estados de comunicación religiosa con el amante y con la naturaleza. Es la poesía aceptable de una niña de familia que publica su primer libro: toda la ruptura se juega en la adopción de formas compositivas del ultraísmo; toda la convencionalidad obligada, en lo dicho y en las metáforas para decir lo que se dice. Para escribir sobre el amor, Norah tiene que despersonalizarse y desmaterializarse, porque la sociedad familiar en la que sigue inserta fija las condiciones y su moral pone los límites dentro de los cuales es legítimo y aceptable la expansión de los sentimientos.

Después está el noviazgo con Oliverio. Se conocieron en 1928 y se casaron, catorce años después, en 1944, en un noviazgo que, al menos por su duración, es bien de época. Oliverio comienza a ser el vigía

estético de lo que Norah escribe. Le aconseja que no publique *45 días y 30 marineros*, porque le parece muy malo; le exige un número de horas diarias de trabajo; le impone las largas separaciones de sus viajes; y, finalmente, cuando se casan, la incorpora a un mundo de abundancia económica, paseos por Europa, reconfortantes posibilidades de ser generosa con el dinero, el marco respetable de las apariciones públicas de una Norah mucho más desenfadada, como musa de la vanguardia. El casamiento, sin hijos, representa la liberación del marco familiar y su moral, que se lee tan pesadamente en los dos primeros libros de Norah, los publicados en la década de 1920.

El casamiento a Norah la pone en disponibilidad subjetiva completa para la literatura (a diferencia de lo que sucede con Victoria Ocampo). En verdad, Norah y Oliverio realizan en Buenos Aires el tópico de la pareja literaria europea moderna. Son una pareja “ideal”, unión de la fortuna y el talento que despliega todas las posibilidades y todas las opciones. Pero el ingreso de Norah como miembro de esta pareja debió respetar ciertas reglas del juego, bastante pacato en términos de moral pública, de la buena sociedad argentina. Eran las transacciones necesarias, en un campo cultural que las imponía también a los hombres, aunque no exactamente con la misma fuerza y dentro de los mismos límites, como lo demuestra Girondo. Romper esos límites le costó a Victoria Ocampo algunas décadas. A Alfonsina, le impuso una colocación social y cultural anómala.

Norah, en cambio, realiza con éxito las transacciones y su ingreso a la vida literaria se produce luminosamente, casi sin conflictos explícitos. Sus padres no le permitían salir de noche. Debió envidiar y fantasear, entonces, los banquetes nocturnos de los martinfierristas. Esperó a que Evar Méndez organizara uno de esos festejos a medio día. Fue a la comida que se celebraba en un restaurant de Palermo y allí lo conoció a Girondo. Toda la anécdota, relatada por ella muchos años después, tiene el tono del cumplimiento de una predestinación:

Mis hermanas y yo no salíamos de noche. Nuestra madre había impuesto esa norma y nosotras la respetábamos. Nos servían de consuelo los comentarios que los sábados llegaban a nuestra casa de las fiestas que hacían los martinfierristas. Un día Evar Méndez nos invitó por fin a un banquete diurno en Palermo. Se daba en homenaje a Ricardo Güiraldes por su libro *Don Segundo Sombra*. Allí estaba Oliverio. Nunca lo había visto antes. (De Nobile, 1968: 13)

Es el esquema de la historia lo que más impacta en este párrafo. Las chicas Lange miraban, desde los relatos de otros, los festejos de la vanguardia argentina. Los principios familiares eran una contención fuerte y aparentemente no problematizada del deseo. La misma familia

que recibía a los nuevos intelectuales en la casa de la calle Tronador no permitía a sus hijas que salieran con ellos, porque todo debía suceder en lugares completamente claros y aceptables. La luz del día era la condición ineludible de participación en lo público. Y cuando ese acontecimiento a la luz del día tiene lugar, en el mismo instante aparece el príncipe que liberará de este destino a Norah. Familia y amor están así tramados en la biografía intelectual y subjetiva: son precondiciones y límites de su propio trabajo como poeta. La época escribe así su historia en la historia individual (y con *happy end*) de Nora Lange.

Pero ella misma termina pagando, en sus dos primeros libros, el tributo a esta época y su moral: la ausencia de libertad sentimental y erótica de los poemas de amor; la trivialización de los sentimientos en el clisé simbolista o ultraísta; el carácter inorgánico y acumulativo de la estructura; la vergüenza de no escribir más, que sigue a la vergüenza ante la posibilidad de decir más de lo que dice.

Y, sin embargo, desde un punto de vista, la iniciación literaria de Norah es exitosa: el prólogo de Borges, la crítica severa y paternal de Oliverio Girondo, la admiración de Córdova Iturburu, el respeto de Evar Méndez, la relativa independencia de un trabajo de traductora y dactilógrafa que no le impide escribir. Todo esto de un lado. Del otro, las torsiones por las que pasa su lirismo sentimental; la falta de arrojo en las imágenes; el continuo trabajo de *borrado* que demuestra su poesía:

Tu nombre

Tu nombre tiene la frescura del agua
recién bebida.
Lo he dicho despacio
como olvidando las letras al irlas deshojando.
Lo he visto escrito
con tinta de luna
en el atardecer de cada árbol.
Lo he rozado con mis dedos
nombre que subes callando
en la castidad de un beso.
Tu nombre, húmedo a veces y palpitante
como labios de adolescente.
Plegaria de seda
que dicen mis ojos
en las madrugadas lentas.
Tu nombre
¡tan fresco y nuevo
como tierra recién mojada! (*Proa* N° 14, 1924: 10-11)

Oliverio, ¿tu nombre? Cualquiera sea el nombre masculino, la potencia de esa masculinidad aparece atenuada y el nombre recibe los atributos y cualidades de lo femenino: agua fresca, flor que se deshoja. Esto en la primera parte. En la segunda, las cualidades eróticas son objeto no ya del disfraz sino del borramiento: el beso exhibe las marcas de una construcción oximorónica (castidad y palpitación); luego el nombre es ennoblecido y desexualizado con la imagen que tiene en su centro a la plegaria; finalmente, el erotismo se sublima en la forma más pura de la naturaleza y sus elementos primordiales: tierra y agua. Así escribe una mujer que quiere ser poeta, pero quiere también seguir siendo aceptada. Lo que Norah borra es todo lo que puede poner en cuestión su respetabilidad postadolescente y juvenil; borra lo que la mirada social de los padres no debe leer. El ultraísmo le da la irrestricta libertad de las imágenes. Norah la usa en su esfuerzo de tapar lo inconveniente, y en ese esfuerzo puede leerse todavía el trabajo de la censura.

ALFONSINA: LA POETISA

Alfonsina es un caso simétricamente opuesto. Ella no borra ni su sexualidad ni su sensualidad, sino que las convierte en centro temático de su poesía. Desde el punto de vista biográfico, no había forma de practicar, con éxito, un borramiento: Alfonsina llega a Buenos Aires, en 1912, a los veinte años, embarazada de un hijo, soltera y sola. Un año después publica sus primeras colaboraciones en *Caras y Caretas*; cuatro años más tarde aparece su primer libro, *La inquietud del rosal*, sobre el que, en 1938, ella dice: “es sencillamente abominable; cursi, mal medido a veces, de pésimo gusto con frecuencia” (Fernández Moreno, 1967: 526).⁷ Todo eso es cierto; los poemas de ese libro y muchos de los que le siguen hasta *Mundo de siete pozos*, de 1934, son un resumen de la retórica tardorromántica, aprendida en lecturas escasas propias de una formación azarosa e insegura. Maestra de provincia, Alfonsina no puede, en estos primeros años, ser otra cosa que una *poetisa de mal gusto*. Esto le valió un éxito continuado, por una parte, y la desconfianza o el desprecio de la fracción renovadora, por la otra.

¿Por qué Alfonsina escribe de ese modo? Hay evidentes respuestas culturales que no son específicas de la condición femenina sino de los desfases entre las estéticas de vanguardia y una línea media de poesía de repercusión amplia. Alfonsina escribe como Nervo o Almafuerte, desde un punto de vista. De sus rimas podría decirse, con más

7 Fernández Moreno, César 1967 “Muestra evolutiva de la poesía argentina contemporánea” en *La realidad y los papeles* (Madrid: Aguilar). Allí se incluye el texto “¿Quién soy yo?”, de Alfonsina, p. 526.

razón aún, lo que Borges dice de las de Lugones. Y quizás por eso, precisamente, tiene un éxito considerable (Nalé Roxlo y Mármol, 1964: 108).⁸ Su poesía se lee con una facilidad y rapidez similares a las de la novela sentimental del mismo período; las recitadoras encuentran en Alfonsina las *pièces de résistance* de sus repertorios; fácil de memorizar, clara y comprensible si se la compara con otras formas de la poesía contemporánea. Es cursi porque no sabe leer ni escribir de otro modo. Su retórica repetitiva, sus finales de gran efecto le conquistan el gran público y el público preferentemente femenino que todavía era clientela de poesía.

Como fenómeno socio-cultural Alfonsina es eso. No escribe así solo porque es mujer, sino por su incultura respecto de las tendencias de la cultura letrada; por su “mal” gusto, si se piensa en las modalidades del gusto que se imponían en la década de 1920. Su cursilería está inscrita y casi predestinada en sus años de formación y en el lugar que ocupa en el campo intelectual aun con el éxito.

Pero Alfonsina es algo más que esto tan fácilmente comprobable. En su poesía se invierten los roles sexuales tradicionales y se rompe con un registro de imágenes atribuidas a la mujer. Si, desde un punto de vista literario, no trae innovación formal, es innegable un nuevo repertorio temático que, en el espacio del Río de la Plata, comparte con Delmira Agustini. Con este repertorio, Alfonsina abre su lugar en la literatura. Su poesía será no solo sentimental sino erótica; su relación con la figura masculina será no solo de sumisión o de queja, sino de reivindicación de la diferencia; los lugares de la mujer, sus acciones y sus cualidades aparecen renovados en contra de las tendencias de la moral, la psicología de las pasiones y la retórica convencionales. “Yo soy como la loba”, escribe Alfonsina en *La inquietud del rosal*, reivindicando su excepcionalidad e invitando a otras a colocarse en ese lugar que es solitario, pero también independiente y único:

Yo soy como la loba. Ando sola y me río
del rebaño. El sustento me lo gano y es mío
donde quiera que sea, que yo tengo una mano
que sabe trabajar y un cerebro que es sano.

La que pueda seguirme que se venga conmigo,
pero yo estoy de pie, de frente al enemigo,
la vida, y no temo su arrebato fatal
porque tengo en la mano siempre pronto un puñal.

8 En Mar del Plata, en 1925, por ejemplo, durante una Fiesta de la Poesía, Alfonsina se ve asediada por el público y llega a firmar en una sola tarde 200 libros de sus obras. Nalé Roxlo, Conrado y Mármol, Mabel 1964 *Genio y figura de Alfonsina Storni* (Buenos Aires: Eudeba). p. 108.

El hijo y después yo y después... ¡lo que sea!
Aquello que me llame más pronto a la pelea.
A veces la ilusión de un capullo de amor
que yo sé malograr antes de que se haga flor. (Storni, 1916: 91)

La mujer del poema se identifica por una serie de atributos, acciones y posesiones que tradicionalmente estaban ligados a la masculinidad. En ello reside su fuerza ideológica, cuya operación es precisamente la de la conquista de otros roles y poderes: independencia respecto del hombre en la producción de las condiciones materiales de vida; autoabastecimiento en el sostén de sí misma y del hijo; suficiencia en la defensa frente al mundo; afirmación de la intelectualidad; reivindicación de la violencia en defensa propia; autonomía en las relaciones sentimentales. Todos estos rasgos, pioneros para la época e indicadores de un estadio “salvaje” de la liberación femenina, diseñan una imagen de mujer que, si bien recurre a la retórica del tardorromanticismo, lo hace para contradecir su ideología explícita. Trabaja, Alfonsina, con los recursos poéticos que conoce, pero deformando sus contenidos ideológicos.

Alfonsina, una mujer sola/una poetisa de éxito. Esta combinación, difícil en el Buenos Aires de la segunda década del siglo XX, se abre paso en el mundo literario y en el público. Lo que se reconoce y se lee en la poesía de Alfonsina es una voluntad de contradicción de los destinos sociales, ejercida en decisiones básicas de su propia vida: ser una mujer libre que a los dieciocho años comienza una relación con un hombre casado, sin convertirla en una intolerable situación de mancebía que la hubiera marcado para siempre; decidir tener un hijo sin padre, trabajar para mantenerlo en una gran ciudad que desconocía, luchando para aproximarse a formas profesionalizadas del oficio literario; esgrimir esta serie de decisiones como un valor que la singulariza pero que, al mismo tiempo, puede funcionar ejemplarmente para otras mujeres; imponerse, con todas estas cargas morales y materiales, en un campo intelectual regido por hombres; hacerse amiga de ellos sin renunciar a su independencia y a la libertad de sus elecciones morales; escribir una poesía claramente autobiográfica y, en consecuencia, hacer públicos los avatares, alegrías y desdichas de relaciones consideradas irregulares.

Todo esto lo realiza Alfonsina. Su impulso es la refutación de la hipocresía y el doble discurso como forma de relación entre hombres y mujeres, en especial respecto de cuestiones morales básicas. Lo que no logra en la forma de su poesía; esto es, romper con las convenciones, incluso con aquellas más arcaicas respecto del momento de su escritura, lo alcanza en la elección y exposición de sus temas poéticos

y en el sesgo abiertamente autobiográfico que no enmascara ni en sus comienzos. Si Baldomero Fernández Moreno va a escribir los poemas de amor conyugal legítimo y bueno, Alfonsina redacta los versos de la fisicalidad y la independencia moral y material. En esta costosa ruptura ideológica se emplean todas las fuerzas que invierte en su poesía, por lo menos hasta mediados de la década de 1930 y los cinco primeros libros.

Construye un lugar de enorme aceptación: Alfonsina, al no plejarse a una moral convencional, sobre la posibilidad social de diferentes identidades femeninas. Al mismo tiempo, al trabajar con una retórica fácil y conocida, hace posible que esa moral diferente sea leída por un público mucho más amplio que el de las innovaciones de la vanguardia, por un público que, en verdad, desborda los límites del campo intelectual. No practica una doble ruptura, formal e ideológica, sino una ruptura simple pero inmediatamente comunicable, ejemplar y exitosa.

Alfonsina es consciente de los límites de su poesía. Después de escritos y publicados sus tres primeros libros, dice en el prólogo a *Languidez*, de 1920:

Inicio este conjunto, en parte, el abandono de la poesía subjetiva, que no puede ser continuada cuando un alma ha dicho, respecto de ella, todo lo que tenía que decir; al menos en un sentido.

Tiempo y tranquilidad me han faltado, hasta hoy, para desprenderme de mis angustias y ver así lo que está a mi alrededor. (Storni, 1920: 8)

Ese abandono, como señala Nalé Roxlo, no lo realizará nunca, porque precisamente en esa dimensión subjetiva de su poesía, esa historia de un alma, está el fundamento de su valor y también su cualidad de ruptura moral. La materia de su literatura es el desequilibrio que existe entre una cultura, un mundo social, y el conjunto de experiencias de una mujer que se decide a vivirlas pública y excepcionalmente: escribir un libro casi al mismo tiempo que nace su hijo, y debe producir sus medios de vida en un espacio adverso y desconocido, por una parte. Por la otra, integrarse al medio intelectual, trabajar profesionalmente, lograr el éxito.

El éxito de Alfonsina es una reivindicación no solo de la propia historia sino también de la de sus hermanas. Con la materia común de la experiencia, no se limita a desear o a lamentarse: ironiza, acusa, señala culpas. Reclama para sí, como mujer, los derechos del hombre: enamorarse físicamente, subrayar el deseo como rasgo básico de una relación; desear aunque no se ame; tomar al hombre y decidir cuándo abandonarlo. Traza un perfil de mujer cerebral y sensual al mismo tiempo, en una complejización del arquetipo femenino, que supera a la mujer-sabia, la mujer-ángel y la mujer-demonio.

Justamente, la elaboración de una figura de mujer más integrada es una de las claves del éxito inmediato y perdurable de Alfonsina. La mujer integrada presenta en su poesía un elenco de reivindicaciones y derechos, basados en la autodeterminación y el autosostenimiento. Es una figura identificatoria la que se diseña:

Pudiera ser que todo lo que en verso he sentido
no fuera más que aquello que nunca pudo ser;
no fuera más que algo vedado y reprimido
de familia en familia, de mujer en mujer. (Storni, 1928: 46)

Alfonsina escribe lo que Norah Lange borra: escribe, en efecto, lo que se prohíbe y se reprime. “Hay algo superior al propio ser/en las mujeres: su naturaleza, que es incompleta, fallida, traicionada (*Ocre*, 1925), pero que Alfonsina defiende y explica. Por eso, está en condiciones de reivindicar a sus hermanas, de decir lo que no se dice. También, porque la superioridad masculina se presenta, en su poesía, como insegura, Alfonsina corrige algunos tópicos de la literatura erótica, desde la perspectiva de una mujer que ha aprendido y sabe más que el hombre:

El engaño

Soy tuya, Dios lo sabe por qué, ya que comprendo
que habrás de abandonarme, fríamente, mañana,
y que, bajo el encanto de mis ojos, te gana
otro encanto el deseo, pero no me defiende.

Espero que esto un día cualquiera se concluya
pues intuyo al instante lo que piensas o quieres;
con voz indiferente te hablo de otras mujeres
y hasta ensayo el elogio de alguna que fue tuya.

Pero tú sabes menos que yo y algo orgulloso
de que te pertenezca en tu juego engañoso
persistes con un aire de actor del papel dueño.

Yo te miro callada con mi dulce sonrisa
y cuando te entusiasmas, pienso: no te des prisa,
no eres tú el que me engaña; quien me engaña es mi sueño. (1928: 49)

Saber de mujer: en la posesión conoce la precariedad; en la relación erótica, la fugacidad del deseo. Convierte este *fatum* no en lamento sino en comprobación; se resguarda, anticipando el fin. El hombre sabe menos y, desde el punto de vista del conocimiento, es el realmente engañado. La voz de la mujer ha avanzado en estos versos: puede ver sus cadenas, reconocerlas sin convertirlas en ocasión de queja; puede descubrir la actuación del otro y ponerse a cubierto del engaño,

en la medida en que solo es engañada la que no sabe. Está en condiciones de tener una perspectiva sobre el abandono y puede, entonces, ser libre y hasta irónica.

Este saber es condición de independencia y también de nuevas percepciones. En este punto, Alfonsina invierte un estereotipo. Cuando encuentra, años después, al hombre que ha amado y deseado, puede percibir los signos de la decadencia física, antes que él los descubra en ella:

Lo encontré en una esquina de la calle Florida
mas pálido que nunca, distraído como antes;
dos largos años hubo poseído mi vida...
lo miré sin sorpresa, jugando con mis guantes.

y una pregunta mía, estúpida, ligera,
de un reproche tranquilo lleno sus transparentes
ojos, ya que le dije de liviana manera:
“¿Por qué tienes ahora amarillos los dientes?” (1928: 45)

Las dos estrofas cuentan una historia nueva: se trata ahora de una *flâneuse*, que invierte el tema clásico y el tópico del tango, en beneficio de una mirada femenina más libre y, en consecuencia, más penetrante y más irónica. Es una mujer segura la que comienza, en lugar de una conversación cargada de patetismo, un diálogo frívolo, donde se trabaja la melancolía del otro. Es el hombre el que habla con miradas, lenguaje literario típicamente femenino, y es también el hombre quien reprocha la ligereza de la mujer que había poseído y abandonado.

Alfonsina repite, en otros poemas de *Ocre*, esta inversión de los tópicos sexuales tradicionales. “Indolencia” muestra a un hombre feminizado, vano, hermoso, tranquilo en su cuerpo perfecto. La adjetivación corresponde a la mujer dentro del sistema literario-ideológico del período. Alfonsina la toma y se la atribuye al hombre, con quien la mujer que habla se comunica a través de un erotismo sádico. La mujer se contempla como una nueva Salomé, dispuesta a sacrificar por la muerte al objeto de su deseo, para totalizar así una posesión que, en vida, es imposible precisamente por el carácter inacabado, por la falta que marcaría al cuerpo femenino: “yo soy la que incompleta vive siempre su vida” (1928: 34). Mujer incompleta no recurre a colmar en el hombre que desea y en la experiencia de un erotismo legitimado, sino en la fantasía de muerte realizada en el cuerpo del hombre que ya no puede, ni ha podido, ni podrá completarla.

Lo que es más notable: Alfonsina exhibe su incompletitud y su diferencia como virtudes. Es la “oveja descarriada” de *El dulce daño*, el pájaro que quiere abandonar la jaula donde la encierra su amante; un ser inconstante y no solo víctima de la inconstancia masculina:

Tampoco te entiendo, pero mientras tanto
ábreme la jaula que quiero escapar;
hombre pequeñito, te amé un cuarto de ala;
no me pidas más. (Storni, 1928: 42)

En verdad, Alfonsina escribe para invertir la seducción; salir del lugar de la mujer seducida y abandonada, para ocupar el de la seductora y abandonante. En esta dupla seducir-abandonar, se juega una zona de su poesía. A veces, la mujer, ocupando un locus tradicional, sufre las consecuencias de ambas acciones; pero, muchas otras, ella ejerce sobre los hombres ese doble y combinado poder.

Alfonsina acusadora, Alfonsina vengadora produjeron efectos fuertes de identificación. Es la mujer que venció los obstáculos que la hubieran conducido a la prostitución o a la trivialidad de una rutina; conserva su derecho al goce al mismo tiempo que pelea una salida de independencia afectiva; la que sabe, “mujer incompleta”, que nunca se gana del todo. Frente a la moral social que impone los borramientos que señalé en Norah Lange, Alfonsina prefiere la exaltación, incluso la carnavalización de su diferencia (la máscara de su rostro exageradamente maquillado, las máscaras de su poesía) y la asunción de su marginalidad “descarriada”.

Tanto como sea posible afirmarlo, Alfonsina no borra. En ese plano, se coloca del lado de la transgresión de las normas, al mismo tiempo que explota al máximo, hasta la reiteración y el agotamiento, las normas literarias tardorrománticas y modernistas o decadentistas. Opera su transgresión en un plano, mientras que afirma su fidelidad en otros: no todas las rupturas pueden ser realizadas al mismo tiempo o, mejor dicho, una mujer en Buenos Aires, en las primeras tres décadas del siglo XX, no está en condiciones de dar sus batallas en todos los frentes. El cambio poético en la obra de Alfonsina, sobre todo en la posterior a mediados de 1930, marca los progresos de un aprendizaje literario: después de la consagración en el público más amplio al que podía esperar un poeta, los giros estéticos de *Mundo de siete pozos* y *Mascarilla y trébol*. Esta nueva versión de su poesía hubiera sido impensable veinte años antes, cuando Alfonsina debía conquistar Buenos Aires, legitimar sus derechos privados, ser recibida como, para decirlo con Giusti, “compañera honesta” de otros intelectuales, hacer aceptable, en un medio social pacato, su erotismo.

VICTORIA OCAMPO: LA MUJER-SABIA

Estos procesos de legitimación son evidentemente costosos. Alguien como Victoria Ocampo, sin las desventajas sociales y de formación que padeció Alfonsina, necesitó casi treinta años para construirse una

figura de intelectual, que hoy aparece como terminada y se vincula con *Sur*. Pero Victoria Ocampo no podía comenzar con *Sur* sino con *De Francesca a Beatrice*, el libro escrito en 1921, que aparece en 1924 y cuya segunda edición publica *Revista de Occidente*, en 1928, con el epílogo de Ortega y Gasset, encabezado como carta, cuya palabra inicial es “Señora”. Todo un vocativo.

La de Victoria Ocampo es, quizás, la historia de mujer más detallada que puede encontrarse en todo este período. Y, si el epílogo de Ortega cierra, de algún modo, una etapa de su vida, también es necesario preguntarse por qué su primer libro fue, precisamente, *De Francesca a Beatrice*. Victoria Ocampo da una explicación preliminar. Durante una de las crisis de celos en su relación clandestina con J.:

me puse de nuevo, buscándole explicación a mi drama, a releer *La Divina Comedia* (of all books!) segura de que Dante, como gran conocedor de los pecados, *es decir del sufrimiento de la condición humana*, tendría oculto allí algún consuelo, alguna revelación, algún bálsamo. (1982: 94)

Pero, ¿qué ha pasado en esta vida de mujer antes de esa lectura o relectura de Dante con la que inicia su carrera intelectual pública? ¿Cuál fue el continuum de micro-rupturas, de grandes y pequeñas transgresiones, que la condujeron desde la cuna dorada de la oligarquía argentina a la dirección de *Sur*? ¿Qué tenía ella de excepcional, que le resultaba imposible aceptar las restricciones morales y culturales de su medio?

Escritos muchos años después de los hechos que relatan, los tres primeros volúmenes de la *Autobiografía* de Victoria Ocampo, publicados después de su muerte, cuentan más de lo que podría suponerse. No pretendo hacer un juicio sobre su “sinceridad”, o su “veracidad”, sobre las que no tengo dudas más serias de las que puede suscitar el género. Quiero decir, más bien, que la *Autobiografía* transmite una información difícilmente desechable sobre la situación de una joven de clase alta, en la Argentina de las dos primeras décadas del siglo XX. Es confiable respecto de las restricciones que rodeaban a la formación de la mujer y respecto del elenco de prohibiciones morales y sociales que tramaban su vida cotidiana y sus perspectivas culturales. Es una muestra bastante detallada de los límites a partir de los cuales Victoria Ocampo construye su lugar de enunciación y su estilo de intervención intelectual.

También es un testimonio sobre las políticas sexuales en la clase alta porteña a comienzos de siglo y un relato, por momentos conmovedor, del choque entre deseo, libertad y familia. Exhibe, además, el conflicto entre el impulso culturalista de una adolescente y la incultu-

ra de clase que la rodea. Esta *Autobiografía* podría leerse en paralelo con lo que sabemos de Norah Lange y de Alfonsina Storni: la relativa amplitud burguesa de los Lange enfrentada con la intolerancia cerrada de los Ocampo; la falta constitutiva de la infancia y la juventud de Alfonsina, puesta en relación con la abundancia infinita de la familia de Victoria.

Carencias, sin duda no materiales, afectaron a Victoria Ocampo; “deberes” y prohibiciones modificaron profundamente su vida por lo menos hasta la publicación del primer libro. Como Virginia Woolf, Victoria Ocampo se lamenta de la incultura refinada del medio en que había nacido y del cercamiento prejuicioso que rodea a su primera formación:

 Mi punto de vista era el de una adolescente capaz, cuyas dotes no puede aprovechar ni desarrollar plenamente por vía de una educación adecuada, y que lo intuye a diario. (1983: 16)

En este marco, la adolescente debe inventar estrategias para ampliar los límites de lo permitido: recibir lecciones de teatro de Marguérite Moreno (que había sido mujer de Marcel Schwob), aunque fuera impensable que se dedicara a la actuación; conocer otros escritores que superaran el círculo distinguido de sus primeros enamoramientos literarios (Victoria, a los diecinueve años, escribe y dedica un soneto a Edmond Rostand); obtener el permiso para leer ciertos libros. Ridícula y patética es la anécdota que cuenta a propósito de uno de Oscar Wilde:

 Ejemplo de esta censura sin motivos aparentes fue el secuestro de mi ejemplar de *De Profundis* encontrado por mi madre debajo de mi colchón, en el Hotel Majestic (París). Yo tenía diecinueve años. Por supuesto que hubo una escena memorable en que yo declaré que así no seguiría viviendo y que estaba dispuesta a tirarme por la ventana. Mi madre no se dejó inmutar por la amenaza, no me devolvió el libro y salió de mi cuarto diciendo que yo no tenía compostura. Le di inmediatamente la razón, tirando medias por la ventana. Fue un acto simbólico, muy festejado por los chauffeurs que estaban en la Avenue Kléber y se divertían como locos. (Ocampo, 1983: 60-61)

Realmente un acto simbólico, relacionado con la privación de bienes también simbólicos. En el medio de una abundancia patricia y, en ocasiones, fastuosa, Victoria Ocampo vive y sufre lo que le falta: libertad intelectual, libertad sexual, libertad afectiva. La felicidad de su infancia, rodeada de hermanas, tías y primas impecablemente vestidas y bonitas, termina cuando un doble deseo, deseo de hombres y de libros, ya no puede ser procesado en las ensoñaciones que rodean su primer amor. Las cartas que intercambia con Delfina Bunge, ella tam-

bién una niña de familia bien, que goza, ante los ojos de Victoria, de la incomparable dicha de estar de novia con un escritor; Manuel Gálvez, incluyen todos los tópicos de la insatisfacción, la soledad intelectual, el temprano descontento respecto de las condiciones de vida de la mujer; centralmente de la mujer de su clase, porque Victoria Ocampo no conoce ni va a conocer otro mundo:

... Conversación con Lía. Creemos que la sociedad tiene que cambiar. Tal como está, las injusticias son intolerables, en muchos dominios. En el del casamiento y de la mujer en general (que es el que conocemos) la cosa no tiene nombre. (1983: 111-112)

La soledad intelectual de la joven soltera no se atenúa, sino que se complica si pertenece a los sectores altos de la sociedad: no puede conocer a nadie fuera de su medio, las ocasiones para ser presentada a hombres y mujeres diferentes prácticamente no existen; las profesoras de canto o declamación, admitidas por las costumbres de la época, deben pasar por un escrutinio que incluye su salud física y su integridad moral. Por eso, la amistad, legítima ante todos los ojos, con Delfina Bunge, es para Victoria Ocampo la única posibilidad de desarrollar un discurso de protesta que su familia y su grupo social no están en condiciones de escuchar. Las cartas de Victoria a Delfina son frívolas y desesperadas al mismo tiempo: necesita que alguien se ocupe de sus gustos, la eduque en ellos, tome con seriedad lo que para su familia son solo distracciones algo pedantes de una adolescente voluntariosa. Necesita poder hablar con otros, que sean parecidos a ella. Este ruego se repite en las cartas junto con la descripción de una cárcel feliz: el jardín, la casa, las quintas, los viajes de los Ocampo. La idea de cárcel feliz, espacio reservado socialmente para las mujeres más afortunadas, aparece en la correspondencia de Victoria con Delfina:

Me gustaría irme a Europa. Irme de aquí. Tengo que irme. A cualquier parte. O me moriré. Nadie, nadie. Estoy pasando una temporada en el Purgatorio.

Esto, en junio de 1908, y un mes después:

En efecto. ¿Qué hacer? ¿La libertad? ¿La gloria? (Pero tengo el camino cortado por los prejuicios caseros. La gloria hubiese sido ser actriz.) ¿El amor? (1983: 95 y 99)

Vocación y destino de mujer: en esta jaula se debate Victoria Ocampo, comprendida solo por su profesora de declamación, Marguérite Moreno, que evoca los recuerdos de los grandes escenarios, las anécdotas de los amores desdichados de la hija de Mallarmé; y, sobre todo, que

adivinaba que la única salida practicable del encierro iba a ser, para Victoria, un casamiento equivocado.

Esta fue precisamente la salida de esa “vida ficticia”, inventada por los hombres y que le pesa. Marguerite Moreno había temido que Victoria tomara esa resolución, de una trivialidad común en la época: casarse para liberarse. En verdad, el casamiento de Victoria Ocampo fue lo que preveía la Moreno. Ya durante la luna de miel en París, Victoria se da cuenta de que ese hombre, su marido, no le gusta ni siquiera físicamente y, peor aún, que su convencionalidad timorata y mezquina la abrumba desde el primer día. Pero Victoria realiza el destino postadolescente de las mujeres de su origen:

Era la única manera de salir del atolladero: pésima manera. Intolerable era también el atolladero. No me resigné a soportarlo ni un día más... pero me resigné a crearme otro, peor, aunque en aquel momento no calculé las consecuencias que el casamiento podía acarrear. (1983: 168)

La vida de una joven de la clase de Victoria Ocampo era, en la primera década de este siglo, un atolladero: la incultura patricia (¿cómo llegar a los libros? ¿cómo leer los libros que están prohibidos a las jóvenes?) que les indica aprender solo aquello que va a ser funcional a la reproducción de esa misma incultura; los prejuicios de la moral (¿cómo conocer a un hombre que no se rija por los mismos principios que los paternos? ¿cómo establecer un diálogo prematrimonial en el marco de una serie de prohibiciones que incluyen una casuística exhaustiva? ¿más aún: cómo conocer otros hombres, cuestión tan difícil como la de conocer otros libros, otro teatro, otra música?); la imposibilidad del divorcio, concebido como escándalo moral y social, una vez que se ha entrado en ese segundo atolladero que es un matrimonio equivocado.

Las transgresiones que practica Victoria Ocampo desde su adolescencia son la armazón de su personalidad intelectual futura: su bovarismo con los escritores europeos, sus enamoramientos y defensas apasionadas, su tendencia a procesar invariablemente en el plano personal y subjetivo las relaciones intelectuales. Este perfil futuro no puede sino remitirse a las etapas de privación adolescente y juvenil, cuando era casi imposible encontrar los bienes culturales con los que satisfacer la exaltación y el deseo de literatura y de arte. Así como la fortuna personal de Victoria Ocampo hizo posible *Sur* y la ristra de visitas internacionales vinculadas con el proyecto; del mismo modo la pobreza cultural que padeció en el medio de origen dio el impulso a su insaciable consumo de cultura y marcó el perfil de la misma revista. Podría decirse que *Sur* es la revista que Victoria Ocampo, de joven y

adolescente, hubiera deseado leer: responde, más de veinte años después, a sus truncadas batallas de iniciación.

El casamiento y el adulterio fueron, en Victoria Ocampo, hechos casi simultáneos. Conoce en París a quien va a ser su amante durante más de una década. Y el tema que Victoria elige para su primer libro está vinculado con el adulterio, con la necesidad socialmente prohibida del otro, con los celos. En *De Francesca a Beatrice* escribe su primer “testimonio”. Su amante le ofrece un consejo trivial, que Victoria Ocampo transcribe: “Escribí lo que se te ocurra” (1982: 98). Ella está atravesando un período de desesperación, donde “una vida perfecta desde el punto de vista de los sentidos, de la sexualidad” (1982: 99) no llega a colmarla por el asedio de las convenciones sociales y los celos.

La escritura comienza a ser la promesa de un goce. Victoria Ocampo supone que llenará el vacío que el “amor-pasión” de su amante no alcanza a colmar. La elección de la *Divina Comedia* como pretexto de su primer texto exhibe, como muchas de las decisiones intelectuales de Victoria Ocampo, una suficiencia y una audacia que Groussac consideró pedantes y desmesuradas, pero que se apoyan en necesidades que no son solo intelectuales. Desde esta primera elección, Victoria lee únicamente lo que puede estar en relación con ella misma:

Mi necesidad de comentar *La Divina Comedia* nacía de un intento de aproximarme a la puerta de salida de *mi drama personal*, tanto como de mi real entusiasmo por el poeta florentino, mi hermano. (1982: 98)

Como sea, la audacia máxima de ese gesto era la escritura. No se trata de poemas, ni de ficción, sino de un ensayo, género masculino, cuya invasión Groussac le hace pagar con sus críticas. La familia y la buena sociedad que la rodea están aún más preocupadas por este gesto. Todavía la escritura era juzgada como actividad demasiado pública para una mujer. Si se trataba de poemas, vaya y pase: había un género poético femenino, sobre todo si la lengua elegida era el francés, como en el caso de Delfina Bunge. Un ensayo era demasiado, porque quien lo escribe no trabajó solo con sus sentimientos, materia típicamente femenina, sino con ideas, a partir del cuerpo del otro y, en este caso, nada menos que el de Dante, hombre y fundador de una literatura europea. Publicidad, descaro, pedantería. Victoria, después de publicar algunas páginas del futuro ensayo en *La Nación*, de escuchar opiniones adversas, de percibir la incomodidad de la buena sociedad y, en primer lugar, de sus padres, corre el riesgo de no seguir escribiendo. Nuevamente es su amante el que la impulsa, pero, en ese camino de persistencia, aparece Ortega, la primera gran amistad sentimental e

intelectual de la escritora. El agradecimiento al amante figura en la críptica dedicatoria a la segunda edición:

M.P.P.A.
M.Q.Y.A.M.N.Z.
S.M.A.O.

La marca de Ortega en el epílogo que cierra el volumen de *Revista de Occidente*, traducción del francés en que escribe Ocampo, por Ricardo Baeza.

¿Cuáles son los sentidos de esta inauguración literaria? Hasta aquí se vieron razones de orden biográfico, que convirtieron al libro en un momento ineludible de la historia intelectual de su autora. Son razones muy evidentes, aunque no por eso poco interesantes. Es más, creo que son significativas en la medida en que permiten descubrir los nexos que van desde recorridos subjetivos, pasionales, hasta la cultura.

Pero hay también otras razones, que perduran en la actitud de Victoria Ocampo hacia el arte. Al elegir *La Divina Comedia* ella está afirmando una familiaridad con las grandes tradiciones culturales. No se trata solo de Dante (con quien ya bastaría para probar esta relación) sino de citas filosóficas y teológicas: ¡una argentina que parece haber leído a los padres de la iglesia! Y las citas están, como corresponde, incorporadas en su idioma original cuando se trata de poetas: Shakespeare, Shelley, Oscar Wilde, Pater. Ya se ha dicho muchas veces que, por este sistema de citas, Victoria Ocampo muestra su relación con la lengua y la cultura extranjeras. Si esto es del todo claro en la etapa de *Sur*, cumple algunas funciones suplementarias en 1921, cuando termina de redactar el libro. Las citas demuestran a su medio social que los idiomas no solo sirven para hablar y ser entendido en Europa, sino que son instrumentos culturales. La lengua extranjera, en las mujeres del origen de Victoria Ocampo, era utilizada para escribir cartas, leer novelitas, recitar un poco o asistir a representaciones teatrales, hablar con los tenderos o los modistos, ir a la peluquería. La lengua extranjera era lengua de consumo femenino y no de producción.

Victoria Ocampo la subvierte, volviéndola lengua productiva: leer, recibir, pero también citar, devolver. Los idiomas extranjeros no son solo medios del consumo material o simbólico sino que, en el caso de Victoria Ocampo, son medios de producción. Devuelve, cambiándole el sentido, lo que su familia le había dado en la infancia. Lo que su medio social pensaba como adorno, Victoria Ocampo lo convierte en instrumento. En esta transformación no se borra del todo su origen de clase, pero se afecta el sentido inscripto en ese origen. El cambio es vivido como un atrevimiento: las mujeres no están hechas para practicar

este tipo de relaciones con la cultura. Por eso, entre otras cosas, Victoria Ocampo comienza el libro con una disculpa:

En el número de los humildes, y sabiendo que ni yo ni los demás pueden creermé digna de este oficio, quiero comenzar estas líneas con un domine non sum dignus que me absuelva a sus ojos y los míos. Y, a guisa de prefacio, séame permitido transcribir este único verso: Amor mi morse, che mi fa parlare. (1928: 14-15)

Pero esa disculpa es más sospechosa que la falta que intenta enjugar: porque, ¿de qué amor se trata? Ángel de Estrada, cuando Victoria Ocampo le entrega los originales, logra transmitirle que algo en el libro le parece impúdico: su relación clandestina con el amante puede acaso ser leída en el recorrido por el amor que Victoria Ocampo realiza con *La Divina Comedia*. El libro que ha escrito no es, a juicio de Ángel de Estrada, lo suficientemente silencioso. Se desplaza de un amor a otro, de una mujer que fue amada hasta la gloria hacia una que amó hasta la perdición. Por otra parte, quizás la única tesis propiamente dicha del libro, gira en torno de una lectura del poema en clave de “amor humano”:

La Divina Comedia es, desde ciertos puntos de vista, la obra del más sublime trovador de la Edad Media. (1928: 130)

Esta tesis es una matriz de lectura alegórica en clave profana. Victoria Ocampo lee apoyada en su biografía y no solo en sus necesidades intelectuales, y esto es demasiado evidente para su medio. Por eso, *De Francesca a Beatrice*, libro de iniciación, la arranca definitivamente, cortando los vínculos afectivos y morales que la habían sostenido en una relación de amantazgo durante años. Con este libro termina el miedo al escándalo. Por eso es perfectamente coherente que el epílogo sea firmado por Ortega y Gasset, una de sus amistades sentimentales importantes en la etapa siguiente. Epílogo, desde un punto de vista moral, también tranquilizador. Ortega cita el tema clásico acerca de que *la mujer es*, mientras que el hombre hace (definición que Victoria Ocampo, la Gioconda de las pampas, sin duda no suscribiría, ya que su literatura configura precisamente una insubordinación contra lo que ella es), y concluye con una reivindicación de la fisicalidad, que Victoria misma adopta explícitamente años después:

La corporeidad, señora, es santa porque tiene una misión trascendente: simbolizar el espíritu [...] Nos urge, señora, oír de nuevo su inspiración sobre estos grandes temas. (1928: 180)

Libro que cumple una función doble: intranquilizar al medio rioplantense del que Victoria Ocampo se está alejando; tranquilizar a la propia

Victoria respecto de sus posibilidades intelectuales (para las que el epílogo de Ortega es una consagración y un reaseguro). Ha tocado el límite de lo socialmente aceptable, de los prejuicios donde se cruzan género sexual y género literario (¿qué puede y qué no puede hacer una mujer con la literatura?), de la legitimidad de ciertos temas y de la explicitación de las relaciones entre orden literario y orden autobiográfico.

Victoria Ocampo sabe, desde este libro, que puede poner sus lecturas dentro de un sistema regido por sus experiencias subjetivas. Sabe que escribe sobre *La Divina Comedia* porque el amor la mueve; diseña un sistema de acceso en primera persona a las obras de la *great tradition* occidental; salta los límites algo estrechos del campo intelectual argentino y pone su primer intento en manos de su primera amistad internacional. Es más, consagra el libro haciéndolo editar por Revista de Occidente. En el curso de todas estas operaciones en contra de un sistema de prejuicios sexuales y morales, Victoria Ocampo invierte en la literatura el capital simbólico (refinamiento, viajes, lenguas extranjeras) que su familia le había confiado solo para que lo gastara en el consumo ostentoso y distinguido.

La literatura, desde muy joven, la ha marcado para siempre, con la fuerza de un impacto físico:

Dieciséis años acababa de cumplir cuando mi profesora de italiano me hizo leer algunos pasajes del *Inferno*. La impresión que me causó la lectura solo es comparable a la que sentí, de muy niña, la primera vez que, bañándome en el mar, fui envuelta y derribada sobre la arena por el magnífico ímpetu de una ola. (1928: 35)

Poseída, por su clase, por la naturaleza y el deseo, a los treinta años, Victoria Ocampo comienza a cambiar los términos de esa posesión. Es, como se vio, una historia costosa, donde la abundancia material y los tics del *snobismo* no deberían ocultar los esfuerzos de la ruptura. Esa historia culmina con éxito cuando Victoria Ocampo, en 1931, se convierte en una suerte de capataza cultural rioplatense. En el mismo momento, comenzará a regir sobre su cuerpo con la libertad de los hombres.

BIBLIOGRAFÍA

Borges, Jorge Luis 1925 "Prólogo" en Lange, Norah 1925 *La calle de la tarde* (Buenos Aires: Samet).

De Nobile, Beatriz 1968 *Palabras con Norah Lange*, (Buenos Aires: Carlos Pérez Editor).

Fernández Moreno, César 1967 "Muestra evolutiva de la poesía argentina contemporánea" en *La realidad y los papeles* (Madrid: Aguilar).

- Molloy, Syilvia 1985 "Dos proyectos de vida: Norah Lange y Victoria Ocampo" en *Filología* Vol. XX N° 2.
- Nalé Roxlo, Conrado y Mármol, Mabel 1964 *Genio y figura de Alfonsina Storni* (Buenos Aires: Eudeba).
- Ocampo, Victoria 1982 *Autobiografía III; La rama de Salzburgo* (Buenos Aires: Ediciones Revista Sur) 2da. edición.
- Ocampo, Victoria 1983 *Autobiografía II; El imperio insular* (Buenos Aires: Ediciones Revista Sur) 3ra. edición.
- Ocampo, Victoria 1928 *De Francesca a Beatrice* (Madrid: Revista de Occidente).
- Ocre 1925 *La traición* (Buenos Aires: Agencia General de Librerías y Publicaciones).
- Proa* 1924 (Buenos Aires) N° 3.
- Proa* 1924 (Buenos Aires) N° 14.
- Storni, Alfonsina 1916 *Inquietud del rosal* (Buenos Aires: La Facultad).
- Storni, Alfonsina 1920 *Languidez* (Buenos Aires: Cooperativa Editorial).
- Storni, Alfonsina 1928 *Antología poética* (Buenos Aires: Espasa-Calpe).

MIRAR EN CARACAS*

Marta Traba

Miro, en Caracas, desde la perspectiva del indocumentado. Por eso me queda muy difícil comprender el enfoque progresista y cosmopolita que encuentra perfectamente conciliables las autopistas con los ranchos, los carteles luminosos con las obras cinéticas, los conjuntos habitacionales del Parque Central con los túmulos blancos levantados por el B. O. en las colinas del camino a La Guaira, la asepsia de los centros comerciales con la corte de los milagros de El Silencio, la visión de Caracas desde el Tamanaco con la visión de Caracas desde las escalinatas pestilentes del Caño Amarillo, las escasas galerías adonde llega la propuesta conceptual con las innumerables galerías donde se venden, “al detal”, bodegones y paisajes de araguaney, apamate y Avila.

Es verdad que puedo colocarme anteojeras y caminar derecho hasta no tener otra visión que la torre vibrante oro y plata, o sentarme en el café del Centro Capriles para observar la árida y molesta cama amarilla de faquir que se ha colocado en medio del paso de los transeúntes.

Con más dificultad, puedo llegar también a aceptar, como se dice y repite, que esta ciudad no tiene nada que ver con el pasado, sino que

* Marta Traba (1974). *Mirar en Caracas. Crítica de arte*. (Caracas: Monte Ávila Editores, C. A.) pp. 13-21.

se proyecta hacia el futuro y que en este pleno período de desarrollo deben coexistir necesariamente muchas situaciones dispares y antagónicas, en una mezcolanza aberrante.

Quizá mi visión de indocumentada –y por eso mismo preocupada hasta la angustia por la creación de un modelo social viable, histórico y, en lo posible, no dependiente– sea completamente errónea, y lo acertado consista en mirar exclusivamente hacia el futuro, carecer de memoria y, a fuerza de dar semejantes trancazos, alcanzar el nivel de las vanguardias internacionales y confundirse con ellas.

Pero, al contrario, y por esa desdichada o infortunada condición, nada me produce mayor desconfianza que las vanguardias tal cual se promueven hoy en día, como lanzamientos a un espacio desconocido sin más incentivo y finalidad que la aventura. Porque, así como hace unas décadas la discusión versó alrededor del “arte puro”, hoy debería formularse en torno a la “aventura pura”. Cada vez más el mundo del arte y la creación en la órbita capitalista en que vivimos y asemeja a un escenario del *far-west*, donde quien entra y dispara primero lleva las de ganar y reduce al silencio al resto de la población, así como a los otros pistoleros menos rápidos.

Ahora bien, la aventura pura no es invento nuestro (de Latinoamérica), ni siquiera asunto nuestro. No nos concierne en absoluto, no tiene nada que ver con nuestros disparejos tanteos culturales en medios muy reducidos, y queda a años luz del analfabetismo cultural de nuestras grandes masas. Y cuando digo “nuestro”, “nuestras”, estoy partiendo, por supuesto, de la convicción, también muy propia de mi condición de indocumentada, de que vivimos en un territorio diferente de Norteamérica, Europa y Asia, y que esa diferencia es algo que deberíamos capitalizar, promover y exacerbar, en vez de tratar de borrarla.

Una de las cosas más impresionantes de la vida cultural de Caracas es para mí, sin duda alguna, la preocupación por *borrar la diferencia*, como si fuera una mancha de origen. Es posible que Caracas se parezca a Los Ángeles, a Chicago, a Tokio, a cualquier ciudad grande con muchas torres habitacionales, autopistas y poderosa red de anuncios luminosos: pero para mí lo mejor de Caracas sería que se pareciera a Caracas, así fuera un esperpento, pero con personalidad y *sedimentación*, dejando *que algo permanezca*, calles, árboles, edificios, y no sea frenéticamente sustituido por otra cosa.

La pasión de las vanguardias, sin embargo, lleva al mayor desprecio por la personalidad y una rara suerte de identikit-fobia. Esa horrenda costumbre de las más horrendas ciudades americanas, como Los Ángeles o Miami, de carecer de médula, columna vertebral, cabeza, tronco, para descuartizarse en torno a la ritual monotonía de los centros comerciales, también ha atacado a Caracas.

Así, para mirar en Caracas, hay que pasar de centro en centro, de mundo igual a mundo igual, de figurita repetida a figurita repetida, con los mismos alucinantes reencuentros de los mismos carteles, los mismos bancos, los mismos negocios, a menos que algo llame especialmente la atención, bien sea la novísima pirámide de Keops que domina Sabana Grande, bien sea la estatua de María Lionza cubierta de flores, o, en el medio, el formidable *camp* de las copas del camellón de los próceres.

Las vanguardias son un fenómeno típico de las sociedades altamente industrializadas. La carrera del desarrollo y de los medios masivos de comunicación ha impreso sobre el proceso artístico esa marca indeleble que se llama vanguardia. Mediante esa marca, el proceso, que se caracterizaba por su coherencia y su dinámica interna, dejó de ser tal, y pasó a avanzar asaltos, como la historia, marcado por peripecias y acontecimientos, en lugar de definirse como un acto de reflexión de grupos capaces de crear modelos donde la comunidad quede expresada y representada.

Hay que decir que nadie ha tratado, especialmente, de exportarnos las vanguardias. En declaraciones hechas en Colombia en 1971, un crítico italiano eminente, Giulio Carlo Argan, se podía equivocar tan verticalmente respecto a un continente que desconocía, como para decir que “para los artistas latinoamericanos no se trata de escoger entre una hegemonía cultural norteamericana y una hegemonía cultural europea, sino entre un sistema que por principio excluye (el europeo), y otro sistema que admite y practica el expansionismo cultural (el americano)”. Una tercera alternativa, la de *no* escoger, la de no depender ni de uno ni de otro sistema, sino la de caminar con piernas propias, resultaba impensable para el maestro de la crítica italiana: tan ineluctable parece ser nuestra condición de colonizados culturales.

La opción quedaba, pues, en la brutalidad de los métodos: elegantes bajo la dependencia europea, groseros y rudos bajo la colonización americana. Pero lo realmente triste, lo que daría razón a muchos para tratarnos tan rotundamente como colonias, es que ni a los europeos ni a los norteamericanos les importa en realidad colonizarnos culturalmente, sino que ese tramo de la relación va a la zaga de las relaciones económicas y políticas.

Los Estados Unidos han cubierto el continente con sus formas de vida más baratas, más genéricas y exportables. Esta penetración de la *barbarie consumidora* ha alcanzado los grupos artísticos y son ellos quienes se han sometido: bien sea cegados por la luz neoyorquina, como las mariposas, bien sea repitiendo los modelos de éxito, persuadidos de estar superando de este modo su desventaja creativa en el plano internacional.

Solo muy pocos, diría yo los videntes, los tercios y los héroes, además de los jóvenes salvados por la rebeldía natural, repudiaron ese plano internacional y resolvieron actuar con igual equidistancia de ambas hegemonías, la europea y la norteamericana. En cuanto a la europea, Argan tiene razón cuando la califica como distante y desdeñosa: no hay más que recorrer Europa para saber hasta qué punto no existimos, y para saberlo con secreta alegría, al pensar que, por una vez, los tradicionales, terribles y sangrientos colonialistas ni siquiera nos tienen en cuenta.

¿A qué se debe, entonces, la enfermedad de las vanguardias? Sin duda, a un movimiento que va de nosotros hacia afuera, de aquí hacia allá, protagonizado por los artistas menos aptos para ver el mundo a su alrededor y su increíble, original y polifacética fecundidad: movimiento que es aplaudido por las clases dirigentes apresuradas por rellenar sus vacíos culturales con una indiscriminada benevolencia hacia la imitación de los modelos de afuera.

En Caracas esta situación es mucho más neta que en otras partes, porque el dinero inunda a la clase dirigente. La clase dirigente ha comprado el arte con una prodigalidad y munificencia sin par en el continente.

Hace diez años yo creía que esto podía resultar positivo, porque revertería en una comprensión del fenómeno de la modernidad, y en una educación del ojo que en la mayoría de nuestros países es enteramente virgen. Ahora, sin embargo, no estoy tan segura de ello. Veo que, en cambio de educar como “modelos extraños”, las obras modernas introducidas en Caracas no han servido más que para lanzar a los artistas a una carrera imitativa de magnitud también nunca vista.

¿Por qué el cinetismo alcanzó un poder omnímodo en Venezuela? ¿Por qué proliferaron exposiciones, grupos, galerías, museos, artistas dedicados al cinetismo en todas partes, y hasta se pensó en convertir a Caracas en la sede del cinetismo mundial? ¿Por qué todavía los jóvenes siguen encandilados y continúan siendo la cola de león de un proyecto que ya ha pasado de moda, después de haber sido, alternativamente, descubrimiento, moda, imitación y prototipo para juguetes de Navidad y adornos de supermercados?

La única respuesta es que este arte goza de favores, prebendas y fortuna que lo mantienen en cartelera. Mientras hay demanda, hay producto.

He visto sostenerse en los teatros de Caracas las obras más lamentables, solo porque eran de vanguardia, y las sostenía una reiterada demanda. En las sociedades cultas, el valor real del arte coincide, por lo general, con la exigencia de la demanda. Entre nosotros, en cambio, pasa casi siempre lo contrario, y este defecto perturbador se acentúa

cuando una sociedad rica como la caraqueña es quien formula demandas culturales.

Pero a fuerza de mirar en Caracas este movimiento de las minorías creativas estimuladas por las minorías adineradas, produciendo una indescriptible confusión donde los valores se trastocan, también he encontrado gente que veía con implacable lucidez estos defectos, que los señalaban aunque su voz no alcanzara a formar opinión, y que decidía su trabajo *al margen de tal confusión*, disponiéndose a contrarrestarla con obras solitarias, por lo general desguarnecidas y desestimadas.

Es en ellas, por supuesto, donde me he detenido.

Me imagino que habrá muchas más, bien sea en potencia, larvarias o aún no descubiertas. Es imposible que un pueblo tan estupendo como cualquier otro latinoamericano, fortalecido por las mezclas étnicas, en la órbita de esa inagotable maravilla que es el Caribe, viviendo casi ininterrumpidamente desde la Independencia en un vivac político, lleno de tremendas contradicciones, capaz como pocos de sobrellevar sus infortunios con una bravura legendaria, se conforme con mirarse en los espejos deformantes de los feriantes artísticos de turno, sean norteamericanos o europeos.

Hace ocho años, en medio de una polémica general que desató involuntariamente por pedir autenticidad para el arte latinoamericano, Alfredo Chacón me observó, con razón, ingenuidades y errores de planteo que creo haber corregido a lo largo de los años. Efectivamente, era un error afirmar que la “fisonomía propia” se lograría después de “su evolución política y su desarrollo económico”. Ahora no pienso en “antes y después”, en “antecedente y consecuente”, sino en una unidad social donde, al mismo tiempo, debatimos nuestra suerte en todos los campos: económico, político, cultural. Creo también que la resistencia de los artistas a ser, como decía Chacón, “hombres objetos, dóciles a la manipulación”, es un importante factor social, puede ayudar al cambio que anhelamos y está en la mejor línea revolucionaria de nuestros países.

¿Es posible que *todavía* tengamos que luchar porque los artistas no sigan una vía de dependencia y mimetismo?

Sí, es posible cuando el historiador número uno del arte venezolano, Alfredo Boulton, escribe, en 1972: “Puede que el tan manoseado subdesarrollo se encuentre aún presente en ciertas actividades de nuestro conglomerado. No lo dudamos: pero lo que sí sabemos es que, en pintura, hemos superado hace tiempo esa triste y dolorosa condición, situación que es indispensable poner de manifiesto”.

La esfera mundial, la universalidad y empleo de los medios del mañana, sin regresar al pasado, son reiteradamente, para Boulton, los

extraordinarios méritos mediante los cuales el arte venezolano resulta desarrollado en un país subdesarrollado. Manifestando un sorprendente desconocimiento lingüístico y semántico, cuando se sostiene que la provincia está en todas partes o que el mundo es una “aldea global”, para Boulton, en Caracas, la palabra “universal” sigue siendo sagrada y mágica: en ella, como en un pozo sin fondo, cae y se neutraliza generación tras generación, indiferentes a todo intento de ser testigos, protagonistas o cronistas de su realidad particular.

Así se ha conseguido fabricar un reverso artístico que, hay que reconocerlo, es único y sorprendente.

Sin cesar se dice (aquí mismo), que este es un país violento, de lo cual la literatura, con sus altibajos y sus resultados desiguales o contrahechos, da, sin embargo, un testimonio que se confirma en el ascenso de un Salvador Garmendia, de un Adriano González León, en los premios de poesía a las “copas de huesos”, en la “sorna velada y omisión sarcástica” que Alicia Segal descubre en Meneses, en el éxito de las “muertes simultáneas” de *Cuando quiero llorar no lloro*, de Miguel Otero Silva.

Pero si este es un país violento refrendado por sus escritores como tal y conducido a la violencia con espantable y sistemática regularidad por sus procesos políticos, ¿en qué cara de Venezuela queda el triunfo de un arte neutral, apolítico, de investigaciones y de juegos, de diversiones y entretenimientos ópticos? En el reverso de esa realidad mensurable, existente, que constituye un concreto y dramático anverso.

De espaldas a la realidad, solo queda esa dimensión universal, gaseosa y ajena en medio de la cual los artistas, como verdaderos juglares de la clase dominante, la distraen y consuelan de la violencia.

En este camino, ya el mimetismo no se produce al alto nivel Vasarely-Soto, Agam-Cruz Diez, sino a un nivel más doméstico, de mimetismo de mimetismos. ¿Qué otra cosa se puede pensar cuando se lee que los jóvenes cuya ilusión es ir de Cariguatica a París, hagan rotores, táctiles, psicomagnéticos, catálisis, trabajando de pseudo-físicos, segundo-químicos: sosteniéndose en Europa con el “cuatro” a imagen y semejanza del *maestro*; pasando penurias para conseguir unos “puntos aéreos” que en el momento que se consiguen ya sufrieron, por vía de los “múltiples”, la desvalorización implacable de la sociedad de consumo?

La discusión del arte venezolano a dos niveles, 1) como hechos creativos originales, y 2) como hechos creativos cuya originalidad revele al mundo la existencia de un sitio llamado Venezuela, está, creo yo, muy lejos de haberse resuelto.

Al contrario, veo que a medida que la clase dominante venezolana ha perdido ingenuidad y cierta inocencia de origen, y se ha sentido más

fuerte, más rica, más poseedora, mayor ha sido el empobrecimiento de los artistas plásticos dispuestos a servirla y complacerla. También se han vuelto más solitarios y dispersos los artistas independientes. La independencia, que es entre ellos el factor común, no los liga en absoluto. En este tiempo en Caracas, me he acercado a unos cuantos artistas independientes: el resultado han sido los trabajos, muy variados, que aparecieron periódicamente en *El Nacional* y otras publicaciones y que están recopilados aquí, bajo ese signo de independencia que considero definitivamente importante dadas las circunstancias.

Me ha interesado con la misma simpatía un trabajo como el de Gego, inscrito en una constante investigativa frecuentemente cinética, que la obra perecedera y caótica de Mario Abreu, lo cual parece un contrasentido. Sin embargo, no pudiendo reunir un grupo de artistas que, de alguna manera, tuvieran colectivamente conciencia del grave problema de identidad que está padeciendo el arte venezolano, he buscado aquellos que persisten en un proyecto personal, como el caso de Prada o Alirio Rodríguez: el caso de quienes aclaran cada vez más sus nexos con la sociedad donde viven, como Borges y Tecla Tofano: el caso de probidad profesional y desprecio por la moda que protagoniza la creación del espacio y movimiento en Gego.

No veo muy clara la suerte y destino de los jóvenes. Todo en Caracas parece cristalizado: la clase dominante, la vanguardia, el “universalismo”, la mayoría “coromótica” dibujada por Zapata, que mantiene sus diálogos alucinantes a la orilla del mar de petróleo, desobedeciendo así las leyes dinámicas de esfuerzo, lucha, combate, adversidad, contradicciones, desengaños, que se dan en otras partes menos favorecidas de América.

En este cuadro de destinos previsibles, los jóvenes siempre serán los delfines mientras sacien el hambre de vanguardia de la clase dominante. Pero en caso contrario, aunque no se ajusten a la imagen ideal de los delfines, también tendrán mercado: se les hará cada vez más expedito el camino de Tocumancito a París, las becas, los comentarios benévolos de las revistas, las páginas sociales-artísticas de los periódicos.

En medio de esa facilidad y felicidad es un riesgo apenas lógico perder de vista qué es una obra de arte, pero aún más inevitable es el riesgo de confundir por completo a *quién representa, qué dice y cuál es el destino de su mensaje*.

Porque lo irrisorio en este mundo McLuhaniano, en este mundo super-actual de mensajes, es que en Caracas, ciudad super-actual, los artistas se vanaglorian de no querer transmitir mensaje alguno, y las obras de arte han perdido su capacidad para organizar y comunicar un mensaje y se han transformado en otros tantos objetos sacros, en

fetiches que nadie entiende ni le importa desentrañar, pero que todos aceptan como hechos ornamentales reveladores de la “riqueza” de la comunidad.

FINALE: ALLEGRO CON FUOCO

CINÉTICOS Y EXPERIMENTADORES

Si yo digo en Caracas que quiero hablar del cinetismo¹ sin prejuicios, sin la más leve animosidad, y cerrar el conjunto de estos artículos con un “finale: allegro con fuoco”, simplemente *nadie me creerá*.

Este es otro resultado de vivir en sociedades que están muy lejos de la capacidad reflexiva europea, y que obedecen a pasiones tribales y a ideas bloques, que nunca pueden ser examinadas con ecuanimidad. Es cierto que considero la corriente cinética venezolana como una especie de arte oficial, que ha convenido a las clases dirigentes y al poder económico, por servir tanto a su ideología como a su esnobismo. Es cierto que lo reitero y machaco sin cesar, en abierta *campaña*, porque creo que en nuestros países las ideas no se pueden únicamente *exponer*, sino que hay que *defenderlas* con uñas y dientes para conseguir un mínimo de atención sobre ellas. Pero si el cinetismo como respuesta general a la situación cultural de la sociedad venezolana me resulta inadecuado (por dar el calificativo menor), esto no significa que deje de apreciar el arte cinético como un movimiento válido del arte de nuestro tiempo, y que piense que algunas obras cinéticas reúnen todos los requisitos formales que convierten un objeto en obra de arte. Lo prueba mi admiración convicta y confesa por Albers y por Vasaraly, mi interés por Newmann, Kelly o Judd. No obstante, como ya se me endilgó de manera irrevocable el epíteto de enemiga general del cinetismo y personal de Soto (a quien apenas conozco y con quien nunca he cambiado una palabra), me gustaría aclarar de nuevo mi posición en estas notas, no para corregir equívocos, cosa que considero imposible, sino para reforzar mis posiciones.

Sostengo que el cinetismo venezolano es un *arte oficial*: no hay artes oficiales en el resto de América (el caso del muralismo oficial patrocinado por el PRI en México no debe contabilizarse, puesto que todo el arte moderno mexicano se ha hecho a sus espaldas), pero Venezuela, como he dicho tantas veces, es un país *sui generis*.

El arte cinético venezolano llena de complacencia tanto a las clases dirigentes como al poder económico, en caso de que ambos no marchen ligados. La clase dirigente venezolana ha buscado dar una

1 Englobo en el término “cinetismo” a ópticos, geométricos, concreto y, por supuesto, cinéticos.

imagen netamente progresista de su país. Se me dirá que esto ocurre en todas partes: puede ser que, efectivamente, todo dirigente tienda al progreso, pero nadie marca el camino del futuro con más vehemencia que los venezolanos. Ha sido la clase dirigente la que ha inventado, como no ocurre ninguna parte –incluidas las zonas desarrolladas del mundo–, el mito del “dos mil y algo”. Solo en Caracas el periódico más importante del país festeja su aniversario dedicándolo al “dos mil cuatro”: solo aquí se lanza un nuevo periódico con el nombre “dos mil uno”. Es evidente que, en esta odisea del espacio, el presente se va borrando cada día con más fuerza, así como crece el desprecio por el pasado. También es evidente que, lanzada a este futurismo de *comic*, una sociedad se desconecta de sus problemas, y que nada puede convenir más a los gobernantes que la proyección de su pueblo en un telón del futuro, donde todo entra necesariamente en un contexto tan utópico como inofensivo.

Pero si el futurismo es una verdadera arma política que inocular en la sociedad el virus de la utopía progresista, nadie ha cooperado tan bien con las clases dirigentes venezolanas como el poder económico. La “cultura dominante” fue estimulada en Venezuela por las fortunas vertiginosas creadas después del petróleo y durante el *boom* de la construcción perezjimenista. Casi todos los poseedores del dinero abrazaron la causa del progreso con un entusiasmo inusitado, pero comprensible al mismo tiempo si se tiene en cuenta la novedad de estas fortunas y su deseo de integrarse de lleno en una sociedad altamente industrializada. En Venezuela se compró cultura con el mismo loable fervor con que la compraron los norteamericanos al comienzo de su desarrollo industrial: las mejores colecciones de obras de arte del continente se encuentran en Venezuela, adquiridas con una munificencia desconocida entre nosotros. Se compró la tendencia progresista y experimental en boga: contra un finísimo coleccionista de Morandis, diez coleccionistas de Calder. Ahí se trazó el umbral de la cultura dominante: de ahí en adelante, el dinero favoreció aquellas formas artísticas que, ubicadas en la extrema vanguardia, construyeron la imagen de progreso, tecnología y avance científico que necesitaban de urgencia.

El dinero y las clases dirigentes venezolanas son muy coherentes. Apoyaron el cinetismo y la experimentación técnica y científica, y, considerando que este punto era el más conveniente para la imagen progresista, se detuvieron ahí. Curiosamente, mientras se pide a Alejandro Otero que pinte los tanques de agua de Caracas, a Soto que inaugure con bombo y platillo el Museo Cinético de Ciudad Bolívar, a Mateo Manaure que decore los buses y a Cruz-Diez que realice sus murales de color aditivo e inducción cromática en la represa de Santo

Domingo; mientras las obras cinéticas invaden el IVIC en Caracas o el Paseo Ciencias en Maracaibo, las nuevas vanguardias no son apoyadas y una distraída indiferencia, además de desconocimiento, rodea los actos de ruptura de los nuevos, el arte ecológico y el conceptual, el arte pobre, las acciones que reemplazan los objetos artísticos. Si reflexionamos un momento, sin embargo, no es incoherente que las clases dirigentes, donde aparentemente reina el más sofisticado esnobismo, se desinteresen por las nuevas vanguardias. Las vanguardias, en el mundo actual, se alinean en un proceso y son el resultado necesario y la respuesta previsible a determinadas situaciones que genera el proceso. Aquí, en cambio, la vanguardia cinética no es *el tramo de un proceso*, sino la fracción artística escogida para representar lo más cabalmente posible la idea de progreso. Venezuela no *pasó* el cinetismo (como Europa o los Estados Unidos), sino que *escogió* el cinetismo; no llegó a la experimentación cinética como salida de otras situaciones que empujaban hacia esa puerta, sino que compró la experimentación.

¿Por qué? Porque a una apariencia de progreso había que ajustar un arte renovador y no tradicional. Era preciso alejarse de las formas tradicionales con la misma energía con que se destruyó la ciudad, se levantaron nuevos edificios y se abolió el pasado de un modo feroz y decidido: las formas tradicionales, pintura y escultura, fueron consideradas obsoletas e inapropiadas a la fachada del progreso. Por desgracia, muchos artistas adoptaron, individualmente, esta opción compulsiva que nada tiene que ver con un legítimo proceso: el caso de Manaure y su fina sensibilidad surrealista y el caso de Valera y su poderosa visión escultórica figurativa, anulados ambos y ambas por la opción compulsiva del cinetismo, son penosamente expresivos.

Levantada la bandera de la técnica y la ciencia, nada sirvió mejor a esa bandera que los experimentos de los cinéticos venezolanos en París. La técnica era Dios y Soto su profeta.

En 1967, cuando se presenta la exposición *Lumière et Mouvement* en el Museo de Arte Moderno de París, Soto, Cruz Diez y Debourg resultan más exitosamente aferrados al experimento visual que el propio grupo famoso de las "Recherches", que un año antes, en su espectáculo "Un día en París", había optado por la acción y por el concepto, por encima del *objeto* cinético. Las ideas que Soto expresaba entonces, subrayando la importancia de las relaciones entre las cosas, se acordaban bien con una búsqueda prolija y extremadamente fina de vibraciones y mínimas moviidades que, en mi concepto, culminó notablemente en obras como la de la exposición de Bruselas del 58 (hoy en el IVIC), donde logró su máxima capacidad para enriquecer dichas relaciones. Mundo relacional, por tanto, básicamente estructural, inteligente y sensible,

no parece ser el mismo del desafortunado mural del Centro Capriles, donde lo que falla precisamente es la relación y donde la presión de la cultura dominante parece haber desmoronado sus silenciosas virtudes de componedor de objetos vibrantes. Tampoco es el mundo de los penetrables, cuya pobreza argumental no se salva con triviales reacciones cinestésicas. Pero Venezuela avala con el mismo criterio *cualquier* resultado cinético. Una cultura que estimula determinado tramo del arte porque le da *status* progresistas, no tiene por qué ser *comprensiva* del hecho artístico: simplemente lo elige y hace suyo. Al promover así el cinetismo; al llevarlo a los buses y a los tanques de agua, los edificios y las avenidas, la decoración, la publicidad, las casas privadas, el cinetismo dejó de ser un experimento interesante de determinado período del mundo moderno: pasó a ilustrar las ambiciones de la alta burguesía y los dirigentes “progresistas” y pagó esta deserción del proceso artístico con una clara mediocrización y un acentuado decorativismo. Sirvió, no importa si inconsciente o conscientemente, a la megalomanía caraqueña y se desinteresó de todos los otros servicios, inclusive de atender al “discreto encanto” de la burguesía, siempre más prudente y conservadora. En este contexto se explica muy bien el Museo Soto en Ciudad Bolívar y la cámara a 90 metros bajo tierra, de Cruz-Diez, en Barinas.

Pienso a estas alturas que todas las veces que he escrito “Venezuela” debí haber puesto, con más propiedad, “Caracas”. Caracas no se diferencia de Venezuela con la distancia lógica que todas las capitales mantienen respecto a la provincia. Ni siquiera entre Buenos Aires y la provincia argentina, ni entre São Paulo y la provincia paulista hay una distancia tan grande como entre Caracas y el resto de Venezuela. Esa distancia está marcada por un hecho singular: Caracas no es la ciudad que ha crecido vertiginosamente (y monstruosamente) ayudada por el dinero y la afluencia inmigratoria, sino la ciudad que ha sido manipulada por la cultura dominante para convertirla en el modelo del año dos mil. Caracas ha sido inventada como una ciudad de Wells, pasando por encima de sus realidades, del medio millón de personas censadas que viven en ranchos y de las contradicciones tremendas del presente. La invención de Caracas fue realizada de común acuerdo por las clases dirigentes y el poder económico, porque nada representaba más cabalmente la imagen del progreso y la tecnología. Aunque, como toda invención, sea una mentira y no pueda ni deba confrontarse con la realidad objetiva, y aunque nadie como los propios caraqueños sea más duro para enjuiciar el crecimiento desaforado y suicida de Caracas, en el fondo todos han aceptado esa ficción. Se discute la planeación, se protesta por el arrasamiento de la naturaleza, se denuncia la miseria, pero a nadie se le ocurre pensar en Caracas como la ilustración de un ilusorio nivel tecnológico supuestamente alcanzado por Venezuela.

Digo ilusorio porque la mayoría de Venezuela es ajena a esa ficción; porque nadie que haya viajado por Venezuela puede pensar en el progreso tecnológico sino más bien en un país desierto, en inmensos territorios deshabitados, donde los pocos pueblos que aparecen de tanto en tanto en occidente, por ejemplo, incluso los que se llaman segunda, tercera, cuarta, etc., ciudad del país, viven en un subdesarrollo aldeano, dentro del lento deterioro de los valores religiosos y familiares del siglo pasado, que no han sido modificados ni sustituidos por valores más acordes con el mundo actual: en un mundo intocado por la cultura, la visión y el pensamiento modernos.

De vez en cuando la cultura dominante caraqueña mira hacia la provincia, y resuelve plantar tecnología como quien planta un árbol: nadie se cuida de averiguar si el árbol se da en determinado clima, o si morirá por extenuación al poco tiempo. Con el acto de plantarlo la cultura dominante queda satisfecha y convencida de que el progreso invade el territorio.

¿Por qué se planta un Museo cinético en Ciudad Bolívar? Desde el punto de vista de la simple existencia al museo como tal, ¿se ha tenido en cuenta la entrada del sol devastador por el “*brique soleil*”? ¿el calor, la humedad que despega los papelitos de Vasarely?, ¿las goteras?, ¿el mohó?, ¿la conservación de piezas que se destruirán en pocos años? Y, lo que es verdaderamente importante, ¿se ha tenido en cuenta qué significa este Museo respecto a Ciudad Bolívar, a su sueño irrevocable de provincia marginada?, ¿al grado de desconocimiento de su público?, ¿a su desconexión con la vida contemporánea?, ¿al azoramiento que producen las obras en los espectadores?, ¿a la carencia de toda intención pedagógica? ¿Quién verá, aprovechará y usufructuará este Museo? ¿El séquito de la inauguración? ¿Los expedicionarios europeos que sean conducidos a ver el fenómeno? ¿Qué puede significar para un público sin ninguna relación con el arte, un tramo específico y complejo del arte de nuestro tiempo? ¿No es lo mismo que si a alguien que jamás ha oído hablar de filosofía, le obligaron a oír un fragmento de las categorías kantianas?

Pero yo no considero esto como surrealismo. Esto se ajusta más a la actitud incomprensiva y aristocrática de Caracas, sembrando su falsa imagen progresiva, con entera despreocupación de lo que es, y lo que entiende, y lo que necesita la provincia. Porque el hecho de que los tres o cuatro habitantes de Ciudad Bolívar que entran al Museo cada día, salgan con cara de estupor infinito, no quiere decir que estén *por debajo* del cinetismo, sino que su radio de comprensión y sensibilidad, así como sus vivencias reales son otros, no menos importantes, pero sí diametralmente *diferentes*.

La visión de la provincia todavía es rural y emotiva, sus artistas pintan paisajes y retratos, su pensamiento está a siglos luz de la

tecnología. Los paisajistas de Lara siguen armando su caballete frente a la naturaleza, de cualquier edad y condición que sean, en una ciudad a seis horas de carretera o una de avión de Caracas. Barinas es una comarca con su color, su soledad y su temperatura peculiares, que nada tienen que ver con los colores, sensaciones y temperatura de la cámara de Cruz-Diez: una ciudad donde mueren diez niños al día de gastroenteritis (*El Universal*, 16-8-73) por hambre y deficiente alimentación y atención médica.

Estos injertos locos de la imagen del progreso resultan completamente delirantes y nada graciosos. Repito: surrealista es que Remedios La Bella vuele sin problema alguno en Aracataca, pero la construcción de un mural de color aditivo no es más que la persistencia en avalar la gran ficción de la cultura dominante caraqueña. Con toda razón, Cruz-Diez afirmaba en un reportaje que no creía que Venezuela estuviera en condiciones de proporcionarle “los medios de difusión e integración al mundo universal de la cultura”. Evidentemente, Venezuela no tiene *nada que ver con el mundo universal de la cultura*, en caso de que este existiera, lo cual parece cada vez más inseguro. Digamos que no puede proporcionarle (ni a él, ni a Soto, ni a los jóvenes que desarrollan galimatías absolutamente incomprensibles tratando de justificar sus experimentos, ni a los que escriben *art in the street* en las calles de Inglaterra para curiosidad momentánea de algún inglés aburrido) la difusión ni la integración con situaciones de vanguardia que Venezuela no ha vivido ni vive, que le son ajenas y desconocidas.

No es el caso de los países altamente industrializados. Ahí el artista ha sido llamado por la industria y seducido por ella, hasta persuadirlo de que debe convertir el taller en laboratorio, y confundirse con las expresiones científicas y técnicas en un “arte total”, que sería más justo llamar “realismo capitalista”, ya que está signado por la misma docilidad, repetición y alienamiento que el “realismo socialista” del otro bando”. A través de institutos, fundaciones, promociones a nivel francamente industrial, etc., se lo ha convencido de aliarse con la industria: el artista es un cumplido servidor, ha perdido autonomía y distancia crítica, no importa por cuáles medios conservadores o vanguardistas pudiera expresar tal autonomía. También, desde luego, el artista servidor de la gran industria ha tenido sus críticos fieles: en este sentido, nadie ha prestado servicios más delirantes que Pierre Restany en Francia. Hoy en día, cada disciplina tiene su Batman de cabecera, o sea su personaje medio cómico, medio inverosímil, que empuja cualquier actividad fuera de las decisiones racionales. Restany es el Batman de la crítica contemporánea. (Me parece un verdadero acierto que en el número aniversario del periódico caraqueño que menciono más arriba, se eligiera a Restany como un profeta del

futuro plástico. Su jadeante esfuerzo por empujar al artista fuera de todo trabajo comprensivo de la realidad social y por lanzarlo a las acciones tristemente privadas de significación, funciona bien en esa pantalla futurista donde se quiere ex-orbitar todo el arte venezolano.)

Pero a pesar de la extravagancia de las tendencias del “arte total” en los países desarrollados, es notoria la coincidencia entre el avance industrial, la proyección de ese avance sobre toda la sociedad y la situación de los artistas que, involucrados en dicho desarrollo, aceptan sus reclamos en lugar de ser ellos los reclamantes.

En Venezuela, por el contrario, realizar una cámara a noventa metros bajo tierra en el Estado Barinas, es tan desvariante como la erección de cúpulas transparentes entre las misteriosas selvas de Venus, tal cual lo imaginó Ray Bradbury. Cuando los artistas de un país encauzan la producción de sus obras hacia la ciencia ficción, consiguen también su mayor punto de distanciamiento de la realidad. Los resultados me importan cada vez menos: me da lo mismo que resulte una obra cinética, pop o conceptual; de un comportamiento creativo tan desenfocado no puede derivar sino algo carente significación, por lo tanto, desechable y sin sentido para la comunidad.

¿Esto quiere decir que la gente nueva que persiste en el cinetismo porque honesta o deshonestamente se ha dejado persuadir por la fascinación del arte dominante, o la que anda por Europa repitiendo como simio las acciones anti-artes de europeos o norteamericanos, deben dejar a un lado las bolas magnéticas, el plexiglás, la arena, los alambres, los metales, los cinéticos, los desechos, y ponerse a pintar el araguaney como los paisajistas del Estado Lara? *Por supuesto que no.* Pero el arte debe cumplir una función social (social –no política–), al insertarse en los datos verdaderos de una sociedad. Y en Venezuela hay dos sociedades: una, pastoril, provinciana o decimonónica. Otra, inventada en un reducto de Caracas, para el año 2004. Este país bifronte es el marco social de los artistas actuales: ellos sabrán cómo ubicarse en él, cómo reconectarse con alguna de sus dos caras, o con las dos caras a la vez, o cómo corregir este error y horror del anverso y el reverso, o cómo responder realmente a una sociedad real, o cómo ligarse a un presente que, mal que le pese a la cultura dominante, existe día a día. Quiero decir que en Venezuela solo parece tener posibilidad de salvación el artista que vea con claridad esta sociedad escindida, el que resuelva el problema independientemente de la tiranía cinética o de la inconcebible fosilización del araguaney.

Porque si el trabajo del artista está destinado a reorganizar lo visible y revelar lo invisible, ¿qué reorganizan y revelan los oficialistas cinéticos? ¿Sobre qué recorte de la realidad operan? Sus obras no son más que objetos decorativos: muy pocos se han salvado de este deseo

de complacer, de adular al soberano. En alguna gente joven se advierte, sin embargo, una reacción contra esta situación estratificada. Las muñecas de Lilia Valbuena, las “cajas-gente” de Campos Biscardi, los paisajes de Quintero, las lonas de William Stone, los personajes de Ana María Mazzei y la gente de Lourdes Blanco y Sonia Márquez, los objetos conceptuales de Margot Romer, algunas cajas de Mérida, algunos dibujos de Oswaldo Parra, Barboza, Peña, Pacheco Rivas, Villasmil Herrera, son buenos tanteos por otros terrenos que, al responder a una vanguardia no codificada por la cultura dominante, significan ya un acto de independencia y de esclarecimiento del problema, al menos a nivel personal.

Para quien *mire en Caracas* con suficiente atención, habrán sido perceptibles, como lo fueron para mí, tanto el cinetismo oficial como la reacción de estos jóvenes, como la desconexión vertical de la provincia. Pero, además, Venezuela tiene, como todo país felizmente latinoamericano, un margen de imponderables. Por eso puede dar, por ejemplo, en un pueblo perdido llamado Cajaseca, con una sola calle y una plaza maltrecha, un dibujante genial llamado Henry Bermúdez, maestro de escuela, quien inventa pájaros orientales y guirnaldas formadas por cientos de cuerpos femeninos, como el más refinado representante de culturas seculares. Puede dar en Cabimas, ciudad alucinante, con un paisaje de artefactos de hierro que perforan sin cesar mar y tierra, marcada ya por el agotamiento del petróleo, un pintor llamado Lunar, creador de arquitecturas imaginarias, despojadas y estrictas, donde criaturas sin vida aguardan intensamente desde un vacío más onírico que el de Magritte.

Porque, como todo país americano, Venezuela tiene una reserva potencial de ficciones: las menos divisas que el petróleo pero, al fin y al cabo, son más importantes.

EMERGENCIAS

TÓPICOS DE RETÓRICA FEMENINA*

Márgara Russotto

INTRODUCCIÓN

¿Qué haría yo con lo que me había sido dado?

Clarice Lispector. La pasión según G.H.

Este libro tiene, como objetivo general, examinar algunos aspectos de la relación entre la mujer y la literatura, a partir del estudio más detallado del comportamiento retórico de algunas escritoras latinoamericanas, teniendo en vista su relación tanto con la situación socio-histórica de la mujer en nuestro continente, como con su modo peculiar de reelaborar códigos y técnicas literarias para fijar en ellos la especificidad de su visión de mundo y de su estética.

Esta investigación fue auspiciada por el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos" (CELARG), entre 1988 y 1990, fecha límite por tanto de los registros bibliográficos. Sin embargo, nuestro interés por esta temática tan amplia y compleja data de mucho antes, y de ningún modo podríamos considerarlo agotado con la publicación de estos trabajos.

Como es notorio, siempre que el objeto de estudio sea la mujer (ya sea escrita, representada, teorizada, etc.), surge la necesidad de una *perspectiva interdisciplinaria y comparada*. Por lo tanto, esta investigación, como otras de su género, se plantea como un trabajo de *cruce de fronteras* por desarrollarse a partir de direcciones múltiples.

* Russotto, Márgara 2004 (1946) *Tópicos de retórica femenina* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica) pp. 3-56.

En efecto, vinculada a los orígenes de una experiencia de vida y de conocimiento, ella se fue construyendo interna y externamente, entre el plano subjetivo y la búsqueda de objetividad, a través de pasiones simultáneas: la lectura, la escritura, la traducción, la revisión de biografías y estudios culturales. Y sobre todo la docencia en las aulas universitarias donde, en 1982, tuvimos la oportunidad de dictar en la Escuela de Letras el primer seminario sobre Clarice Lispector y la representación de la mujer, cuyo encuentro había originado –desde la década anterior– una auténtica conmoción en nuestros parámetros estéticos, convirtiéndose desde entonces en una figura secretamente rectora de nuestra comprensión de la literatura. Esto, antes de que su obra tuviera el masivo reconocimiento que hoy tiene, y no solamente en el ámbito de la lengua española.

Otra dirección, externa y manifiesta, se organizó alrededor de dos tareas en cierta medida independientes, aunque complementarias en sus canales de interrelación. Por una parte, nos pareció indispensable emprender la revisión del material teórico-ensayístico sobre la problemática femenina –siempre dentro de los límites de nuestras desasistidas bibliotecas–, desde las primeras formulaciones románticas sobre la diferencia entre los sexos (Rousseau y Michelet, entre otros), surgidas en el seno de las ciencias sociales sobre todo, hasta la actual crítica feminista universitaria europea y angloamericana que forma parte de los numerosos estudios culturales de legitimación de la diferencia. La recuperación de este *corpus* descriptivo de conocimientos sobre la mujer, contribuyó a contextualizar el tema y a mostrar diferentes etapas y tendencias (lo cual hemos tratado de resumir en el *Apéndice* al final del libro) evidenciando así tanto su profundidad histórica como su legitimidad teórica, mucho más sólida de lo que se pensaba hace unos años. Por la otra, la lectura analítica de la producción narrativa y de poesía de escritoras latinoamericanas (aunque no exclusivamente), espesó la segunda línea de pesquisa –que en realidad fue primera, tanto en el placer como en el deseo de comprender– ocupada en interrogar las obras a partir de dicha problemática (tampoco exclusivamente), con el fin de establecer un puente orgánico y de tránsito reversible entre ambas tareas.

El enfoque asumido, por tanto, privilegió la interdisciplinariedad y el comparatismo, convencidos no solo de su pertinencia metodológica ante el objeto de estudio elegido, sino recordando que la producción literaria y cultural del continente se comporta como un macrocosmos de múltiples influencias y desdoblamientos y que, en el caso específico de las escritoras, los desvíos y camuflajes retóricos son todavía más complejos y de sutiles reverberaciones.

Es oportuno señalar algunas ventajas de dicho enfoque cuyo dinamismo ayudó en varios sentidos, incluso en la superación de explicaciones excesivamente casuísticas o globalizantes. Nos permitió, por ejemplo, incluir muestras reveladoras no solamente de Hispanoamérica y del Caribe, lo que matizó la reflexión en sus líneas contrastivas, sino también de Brasil. Esta última macrorregión, siendo casi siempre la más descuidada en los estudios de literatura latinoamericana, ocupa en nuestro caso un espacio considerable y constituye una referencia vigorosa y fundamental en la base del trabajo.

El comparatismo, en particular, no se limita a establecer contactos interregionales, sino que quisiera perseguir las líneas de un mapa invisible, reflexivo y estereoscópico, que comunica la estructura profunda de las obras entre sí, capaz de recuperar algunas de las alteraciones de la norma, las deformaciones y transformaciones de la temalogía –entendida en sus núcleos emocionales además de estéticos e ideológicos– en el proceso de concientización de la mujer ante la transmutación de la (su) experiencia como materia literaria. Pues si son problemas del comparatismo los factores *externos* del comercio (o la moda) editorial –que proyectan las obras en determinadas áreas de coalescencia cultural (tales como traducción, divulgación, intercomunicación) – también lo son sobre todo los *internos*, ya que preguntan por la relación fecundante entre los motivos, tópicos y géneros, por la destrucción y reconstrucción de las figuras del discurso, por los desdoblamientos múltiples de retratos y autorretratos de los personajes en los cruzamientos de la identidad del género.¹

Al explicitar estas diferentes direcciones es posible reconstruir en cierto modo la “escena original” que permanece latente a lo largo de los cuatro ensayos, marcada por el tipo de lecturas primeras que determinó cierta preferencia, contribuyendo a formar el gusto literario (como queda consignado en la *Bibliografía Directa*). No hay por qué negar que ellas son condicionantes dinámicas, tanto de la fuerza como de la vulnerabilidad, en el secreto diseño de las íntimas arbitrariedades que subyace en la lógica de toda construcción intelectual. El lector podrá percibir sin duda hasta qué punto ha sido imposible evitar sus respectivas presiones sobre el enfoque adoptado, o sobre el desarrollo de la argumentación. Pero pretender despojarse de ese substrato subjetivo, además de imposible –como imposible sería atrincherarse

1 La llamada Ciencia de la Mujer –que, a pesar de haberse desarrollado al margen de las instituciones académicas durante mucho tiempo, hoy constituye una de las áreas más ricas y productivas de la investigación social– ha reivindicado el comparatismo como el método más apropiado para la reconstrucción de la historia cultural de la mujer: Ver, por ejemplo, la posición en “*Para que servem trabalhos comparativos?*” (Brink-Friederici, 1990).

en él para siempre– nos pareció una contradicción metodológica que negaba los principios más elementales de la crítica feminista, en sentido estricto, por lo menos en dos de sus principios básicos: no ocultar el lugar de enunciación, ni des-subjetivizar el punto de vista con la pretensión de verdades absolutas.

Una contradicción que sería igualmente flagrante en la perspectiva de una crítica simplemente equilibrada –ahora en sentido amplio– entendida no como práctica autoritaria –de “nueva escolástica” o duelo terminológico, tan común en nuestros días– sino como ese proceso en vivo donde, partiendo de la intuición y/o la impresión, se llega al juicio a través del trabajo constructivo de la investigación, la información y la exégesis. Un proceso, entonces, de simples intermediarios que se cumple en estos términos:

Entre impresión y juicio, el trabajo paciente de la elaboración como una especie de molino, tritura la impresión, subdividiendo, afiliando, analizando, comparando, con el fin de que el arbitrio se reduzca en beneficio de la objetividad, y el juicio resulte aceptable a los lectores. *La impresión, como rasgo individual, continúa existiendo de manera esencial*, transfiriéndose al lector mediante la elaboración que le otorgó generalidad; y el orgullo inicial del crítico, como lector insustituible, termina en la humildad de una verificación objetiva, a la cual otros podrían haber llegado, hermanándolo a los lugares comunes de su tiempo. (Cándido, 2000: 32)

Y si dicha verificación objetiva va acompañada de “humildad” es porque ella constituye, en el caso de los estudios literarios en particular, un proceso ininterrumpido y a la vez una conquista cuyos grados de “verdad” o precisión solo el tiempo y la perspectiva histórica podrán determinar.

Hay también otros cruces que se superponen y que cabe señalar. En efecto, también el estudio de la producción literaria de las mujeres tiene la particularidad de encabalgarse sobre varios dominios, cuya plataforma se desliza constantemente del terreno literario al de las ciencias sociales, de la historia de las actitudes y mentalidades a la cultura de la mujer, de allí al psicoanálisis y nuevamente a la literatura. La exigencia de una aproximación *transversal* y no propiamente diacrónica, nos pareció la más adecuada, ya que permite *situar* el objeto que nos ocupa y, a la vez, algunos aspectos de su *problematización*.

Sin esperar necesariamente respuestas definitivas ni pretender agotar los tópicos tratados, nos pareció un procedimiento válido, por lo menos para plantear correctamente la carga de problemas irresueltos que caracteriza la reflexión sobre la mujer como sujeto productor de cultura y como ayuda-memoria a la hora de profundizar en el estudio propiamente literario de dicha producción.

Corresponden a esa aproximación transversal, de ajustes paulatinos, los ensayos que aquí se ofrecen. En el primero, se trata de delimitar la particularidad sociocultural que define el universo de la mujer latinoamericana, diseñando algunos rasgos específicos de su condición y participación en nuestro continente. En el segundo, se realiza un movimiento inverso, sea estudiando los impactos de la diferencia ante el afán totalizador de la construcción artística, sea revisando algunos aportes y límites de la crítica literaria feminista en el esclarecimiento de la producción literaria femenina.

Con el campo aclarado –después de esos deslindes básicos que restituyen el equilibrio de la relación entre lo particular y lo general– siguen los estudios sobre algunos tópicos de retórica utilizados y transformados entre las escritoras latinoamericanas, aunque no necesariamente con carácter de exclusividad, tanto en la poesía (cap. III) como en la narrativa (cap. IV).

El término *retórica* ha sufrido alteraciones en el tiempo, y no parece haberse recuperado de su devaluación desde el romanticismo. Hoy, generalizada la fiebre de desplazamientos y transformaciones de los conceptos en el marco general de la llamada “crisis del saber”, se ha vuelto una noción amplísima que abarca “la práctica del discurso eficaz y la ciencia de ese discurso” (Eagleton, 1998).² Una cierta tendencia general en este sentido insiste en poner el acento en la *eficacia*, medida según los efectos de una estrategia preconcebida y voluntariamente trazada, con lo cual se corre el riesgo de homogeneizar el objeto de la crítica hasta el punto de que una novela decimonónica, un recetario, las cuñas de televisión y la guía telefónica, pierden sus contornos diferenciados. Aunque resulta innegable la utilidad de semejantes aperturas teóricas en el marco de las transformaciones de la propia noción de “literatura” –transformaciones que, por cierto, la acompañan desde sus orígenes y que son los mecanismos responsables de su estabilidad social y de su capacidad de adaptación en la conciencia de los individuos– nos parece más prudente utilizar una noción más restringida, que permite ahondar en una cierta técnica o “comportamiento artístico” a través de la revisión de los lugares retóricos que son manejados con fines estrictamente literarios. Esto permite recolocar y centralizar la discusión sobre sus ejes estéticos, recuperando el margen de *no asimilabilidad* total y *suspensión* del juicio que los define; reconociendo por tanto su grado de excedencia en relación a las ideologías o a los discursos de poder, y los puntos de fuga que inevitablemente escapan al control de la crítica en el caso de la producción artística.

2 Su definición sigue los lineamientos de Michel Foucault trazados en “*La arqueología del saber*”.

Más allá de la distancia que suele existir entre un proyecto y su realización, hay varios estímulos que guían este trabajo. El primero trata de recuperar la *orientación propiamente literaria* preterida en la mayoría de los estudios de este tipo, como un modo de medir el grado de transformación al cual ha sido sometido nuestro objeto de estudio. El segundo, por sus dificultades de realización, no podría sino plantearse como aspiración. En efecto, ¿cómo superar el sexismo y el resentimiento, tan comunes en los estudios literarios de hoy, sin traicionar la verdad histórica de una lucha milenaria y sin perder la libertad de lo gratuito y la pasión por la forma, verdaderas obsesiones perseguidas por el arte?

También en este caso nos ha parecido útil elaborar una estrategia múltiple, capaz de superar tanto la explicación androcéntrica, que toma como punto de vista exclusivo el del hombre adulto y definido, como la ginocéntrica, que privilegia con igual exclusivismo el punto de vista de la mujer. Pasar por alto, por ejemplo, las reservas con algunos términos álgidos de la polémica, como es el vocablo *femenino* –cuestionado por la mayoría de las feministas– por ser designación habitual en antropología y ciencias sociales (*trabajo femenino, emancipación femenina*, etc.), no significa desconocer el sexismo oculto en la propia lengua, ni el carácter ideológico de metáforas, adjetivos y otros estereotipos del lenguaje.³ Pero reconocer el sexismo tampoco es aplanar las diferencias. Diferenciar no es, inevitablemente, jerarquizar.

Otra estrategia ha consistido en no superponer el discurso condenatorio, abiertamente militante o comprometido y fijo para siempre, de la mayor parte de la crítica literaria feminista, a la naturaleza simbólica, ficticia, estereoscópicamente refractaria, de los textos literarios que no pueden ser considerados láminas transparentes de significado estático. Conscientes de que lo que existe en el plano programático de las obras no se corresponde con el plano psicológico (o formal) más profundo, hemos tratado de mantenernos vigilantes ante la tendencia a la identificación mecánica entre las experiencias técnicas de *poética* y las experiencias de *poesía*, entre la intención y el resultado, entre el control y los escapes. Naturalmente, no podríamos anticipar los resultados de semejante actitud y vigilancia.

Es importante recordar en este sentido –en el sentido de recuperar la orientación estética de los estudios sobre la producción literaria de las mujeres, como se dijo anteriormente– que ni el sujeto, ni el lector, ni el código pueden ser confundidos con referentes inmediatos

3 Ver el estudio sociolingüístico de Marina Yaguello “*Les mots et les femmes*” (1992).

o empíricos. Se trata más bien de categorías literarias o, en otras palabras, de un complejo de atributos y tensiones definibles en términos teóricos, que no existen previamente al código o al punto de vista que los configura, pues código y sujeto se definen conjuntamente en el constructo de la obra. No se trata de negar la experiencia (femenina), sino reconocer todas las mediaciones (incluso la noción ideologizada de “experiencia femenina”) a las cuales se le somete durante el proceso de creación artística.

La teoría literaria es enfática cuando se refiere a esta suerte de lógica diferenciada del sistema literario. Hamburger, por ejemplo, en su clasificación de los sujetos de la enunciación, considera que el sujeto de la creación literaria se diferencia radicalmente del sujeto *histórico*, como del *teórico* y del *pragmático*, porque no comparte con ellos ni el estado de constatación o declaración del mensaje (los dos primeros), ni la orientación utilitaria (del segundo) en el sentido de buscar efectos inmediatos. Su propósito tiende a establecer, por lo contrario, un *enunciado de realidad*, traspasado por la experiencia subjetiva de lo temporal que funda una realidad concreta y espiritual altamente simbólica y mediatizada.⁴

Una lectura así orientada, y por ende atenta a los elementos de composición artística, reconoce, además de la diferenciación, también la confrontación de ese sujeto con plurales *conciencias no coincidentes*, haciendo hincapié en la discrepancia de los puntos de vista. Pues es la extrapolación valorativa de todos los elementos de una vivencia lo que permite instaurar el acontecer propiamente *estético*. La diferencia entre este tipo de acontecer (o enunciado de realidad, según Hamburger) y otros tipos de aconteceres, depende de esa *no coincidencia* entre la conciencia del autor y la de sus personajes o máscaras; y esto es fundamental si se comparte el dialogismo esencial de la creación artística, tal como lo entiende Bajtín, según el cual, “la conciencia absoluta que no dispone de nada que le fuese extrapolado, que no cuenta con nada que la limite desde fuera, no puede ser estetizada” (2008: 28). De allí que un acontecer estético puede darse únicamente cuando hay más de un participante, más

4 Cabe recordar que para Kate Hamburger el *sujeto histórico* no debe confundirse con el que escribe temas históricos. Es más bien el autor de cartas, memorias, autobiografías, etc., cuya individualidad es un dato interno fundamental a ser tomado en cuenta. El *sujeto teórico* es el autor de informes, estudios, documentos y obras científicas; y su persona individual no es pertinente al texto de ficción. El *sujeto pragmático*, a su vez, es quien realiza la comunicación verbal orientada a la búsqueda de efectos inmediatos, actualizando la función comunicativa del lenguaje –orden, pedido, pregunta, etc.– sin apelar a sus estructuras. Ver su estudio “*A lógica da criação literaria*” (1975).

de una voz o estilo social codificado, y más de un punto de vista en “acción”. Y así lo explicita claramente:

Quando el personaje y el autor coinciden o quedan juntos frente a un valor común, o se enfrentan uno a otro como enemigos, se acaba el acontecer estético y comienza el ético (panfleto, manifiesto, veredicto, discurso laudatorio o de agradecimiento, injuria, confesión autoanalítica, etc.); cuando el personaje no llega a existir, siquiera potencialmente, sobreviene un acontecer cognoscitivo (tratado, artículo, lección); allí donde la otra conciencia viene a ser la abarcadora conciencia de Dios, tiene lugar un acontecer religioso (oración, culto, rito). (2008: 28)

De modo que este conjunto de premisas, aspiraciones y paradigmas constituyen, en sentido general, las fuentes que han servido de apoyo a este trabajo, el cual no puede considerarse conclusivo en el sentido de agotar los tópicos tratados.

Una última guía significativa que constituye el eje vertebral de esta investigación –además de los estudios clásicos de la teoría literaria ya mencionados– son los estudios de historia social sobre la mujer latinoamericana, cuyo ejemplo más logrado es el libro compilado por Asunción Lavrin, y otros estudios monográficos sobre vida privada y cotidianidad; son también los aportes peculiares, “híbridos”, de las biografías, los diarios y los testimonios. De importancia fundamental resultan ser los trabajos más iluminadores de la crítica feminista sobre la episteme patriarcal y su sistema normativo: lenguaje, mentalidad, actitudes, mecanismos explicativos, transferencias (Figes, Moreno, Yaguello, Gilligan). Igualmente, los estudios y reflexiones de tipo cultural sobre la singularización de la experiencia de la mujer en zonas inéditas, rescatando su importancia como materia prima válida para la legitimación de la diferencia, tanto en la construcción literaria (Araujo, Moi, Ecker, Wolf, Castellanos) como en la propia reformulación de las categorías del saber.

Unos y otros, fuentes y aspiraciones, permanecen en alternancia y conjugación –tal como un ritmo vital se alterna y un verbo se conjuga– infiltrándose en las páginas que siguen en la forma de preguntas, contradicciones y planteamientos no siempre resueltos. Pues no es la resolución definitiva lo que se persigue, sino registrar las tensiones existentes entre el polo de la diferencia y el de la complementación –el de la teoría y el de la vida, el de las promesas de felicidad y el escozor de su incumplimiento– que hace que “hombres y mujeres se declaren en absoluta y recíproca pertenencia, solo para descubrir que sus experiencias de la lengua y de Eros los separan irremisiblemente” (Steiner, 1980: 64). Pues no es otra cosa que esa pertenencia incompleta/incumplida lo que parece reclamar con insistencia la producción literaria de las mujeres.

Con respecto a los criterios seguidos en la ordenación bibliográfica, la *Bibliografía Directa* incluye una selección de la producción ficcional (poesía y narrativa) de escritoras, tanto latinoamericanas como de otras regiones, que ha ido vertebrando el *corpus* de afinidades electivas en la base de estas reflexiones. Tomando en cuenta la importancia de las traducciones como mediadores culturales en la constitución de un determinado público, y en la difusión de todo tipo de técnicas y temáticas, se han registrado las obras traducidas al español y/o al portugués (tal como han llegado a nuestras manos), dejando entre paréntesis la fecha de la primera edición en su idioma original cuando ha sido posible. Algunos diarios y crónicas, que iluminan aspectos profundos de la relación entre la mujer y la literatura, también se han registrado. Hemos considerado indispensable explicitar por separado las referencias de apoyo teórico general, aunque, en algunos casos, la información se repita en la *Selección Bibliográfica Comentada* al final del libro.

LAS ESPECIFICIDADES

I. LA TRADICIÓN REFORMISTA DEL FEMINISMO LATINOAMERICANO

Mis primeros contactos con las verdades siempre me habían difamado.

Clarice Lispector. La pasión según G.H.

El primer elemento que exige ser tomado en cuenta al abordar el estudio de la producción literaria de las mujeres en América latina es la falta de homogeneidad en la situación sociocultural de la mujer, en un continente a su vez lacerado por la heterogeneidad de sus estructuras políticas y sociales, y por sus múltiples tensiones étnicas y culturales.

La mujer latinoamericana, en efecto, ha experimentado una vivencia histórica particularizada según las áreas culturales y los estratos sociales a los que pertenece; aspectos estos que afectan de manera distinta su producción cultural y su experiencia social y subjetiva. La influencia de raíces indígenas o africanas en unas áreas (como la región andina o el Caribe respectivamente); el predominio de la cultura de la inmigración europea (como en el Cono Sur); la diferente función de la mujer conforme a las características que adquiere en cada caso la institución familiar; la persistencia de actitudes tradicionales ante las transformaciones y los cambios abruptos de las sociedades latinoamericanas; todo ello, en fin, impone serios límites a la hora de diseñar un perfil único u homogéneo.

Inclusive si nos atenemos al ámbito estricto de la cultura urbana, donde es decisiva la cuestión del ejercicio de los derechos políticos, encontraremos diferencias notables según las regiones y los grupos culturales.

Por otra parte, si se toma un único factor, como es el derecho al sufragio –que por cierto suele ser el preferido cuando se trata de historiar la lucha emancipadora de la mujer–, vemos que, en algunos países, con una tradición de instituciones políticas más estables, como Uruguay por ejemplo, las mujeres ejercen el voto desde 1932. Mientras que en otras regiones, particularmente las andinas, cuya resistencia a los cambios es más intensa y la situación de subordinación de la mujer más compleja, el sufragio femenino solo es posible –como Perú– en 1955. En Paraguay, cuya población ha sufrido una de las dic-

taduras más largas y cruentas del continente, el voto femenino, conquistado apenas en 1961, es un derecho escandalosamente reciente, si se toma en cuenta que en Francia ya se estaba exigiendo desde 1904.⁵

Además de estos desfases históricos –característicos de la sociedad latinoamericana en su conjunto–, la inestabilidad política, los cambios abruptos de gobierno y la discontinuidad de las conquistas democráticas, pueden invertir drásticamente el avance sociocultural de unas áreas en detrimento de otras. De allí que, donde en épocas pasadas pudo florecer cierta abundancia y libertad, hoy pueda haber estancamiento e incluso regresión por efectos de gobiernos autoritarios que han ocasionado el cierre de universidades e instituciones educativas, la asfixia de la prensa libre, la censura, la tortura y la muerte.

La guía de un único factor tampoco es confiable y no debe llevar a conjeturas mecánicas. No siempre las reformas sociales han aportado cambios substanciales en la vida de la mujer latinoamericana. Incluso en el caso de la educación –otra de sus banderas– no puede olvidarse el abismo existente entre las leyes, su aplicación dispareja en los distintos estratos de la población, y algunas consecuencias objetivas. Tampoco en la campaña por la educación de la mujer puede hablarse de relaciones homogéneas o transparentes. Defendida desde el siglo XVIII, ella mantuvo al principio su original carácter tradicionalista y más bien decorativo, pues su fin último siguió siendo aprimorar el cuidado de la familia y embellecer y reafirmar patrones refinados de vida social, más que proponerse el ejercicio de los derechos del sujeto femenino a su realización plena. Educar a la mujer durante el siglo XIX fue también un proyecto de conservación y control de las relaciones sociales y de las instituciones en que estas se basaban, antes que una contribución real al desarrollo de las potencialidades de su individualidad. Fue sin embargo una conquista de enormes consecuencias. Pero, a pesar de acceder a las universidades –notablemente a partir de los años treinta en América latina–⁶ la mujer tuvo que enfrentar otras restricciones y problemas; sobre todo aquél, gravísimo y todavía irresuelto, de su substitución en el hogar mientras ella supuestamente se profesionaliza.

La educación de la mujer puede servir de modelo privilegiado para mostrar la tendencia a la perversión de los ideales ilustrados europeos cuando se aplican en América latina. Trasplantados en suelo

5 En Francia el voto femenino se obtiene finalmente en 1918. Para un abordaje histórico del movimiento feminista europeo, ver *Le Féminisme* (Michel, 2007).

6 Un dato curioso y significativo: según testimonio general, hasta fines de los años sesenta, en Venezuela, se prohibía que las mujeres médicas hicieran guardias nocturnas en los hospitales. Hoy se les obstaculiza la especialización en cirugía.

americano, a la hora de su realización concreta, pueden invertir su propósito y llegar a estimular nuevas formas de exclusión y sometimiento, en vez de la ansiada liberación. Tal como pueden, por otra parte, estimular estrategias colindantes; como es el caso de la importante función educativa, a comienzos de siglo, desempeñada por las solteras de cierto origen patricio en decadencia económica, que constituyó uno de los primeros intentos, tímido y doméstico, de integrarse al mercado de trabajo.

Esto explica en parte por qué la lucha por la emancipación femenina, siendo historiable en tanto proceso, se muestra *también* a través de sus momentos de ruptura, interrupciones y erizamientos de la discontinuidad, lo cual obliga a repensar, sobre todo en nuestro continente, los fundamentos de dicho proceso y las etapas de sus desencuentros y extravíos.

Los mismos instrumentos de esa lucha cambian según la época y los contextos regionales bifurcándose en estrategias heterogéneas. Así, mientras en Hispanoamérica uno de los recursos más importantes fue justamente el ingreso a las instituciones educativas, lo que contribuyó a aumentar la autoestima de la mujer y a abrirla espacios hacia el magisterio y la profesionalización (tal como ocurrió en la mayoría de las escritoras a comienzos de siglo), en Brasil y en Argentina el fermento de las reivindicaciones se canalizó en buena parte a través de los órganos de la prensa femenina. Esta impulsó un auténtico proyecto de difusión de una cultura “diferente” a través de publicaciones periódicas; y fundó un estilo propio caracterizado por la variedad de las temáticas, el fin utilitario de los consejos, el deseo de renovar los canales de comunicación, el tono coloquial y la asunción explícita de la emoción como código válido.⁷ Se entiende porque, todavía hoy, el magisterio y la actividad periodística siguen siendo las dos vías de participación predominante abiertas a la mujer latinoamericana desde comienzos de siglo.

Sin embargo –ya se ha dicho bastante y hoy es casi un lugar común–, la mujer tendrá que pagar caro cada una de sus conquistas. Avanzar en un terreno significó, muchas veces, ceder en otros. Y pagará, como sabemos, con la doble jornada laboral, con la vivencia

7 Los estudios sobre la prensa femenina en Brasil aportan extensa información sobre el tema. La primera revista femenina de corte moderno, la *Revista Feminina* se difundió entre 1914 y 1936 y alcanzó un tiraje de casi 20.000 ejemplares; cifra significativa tomando en cuenta que el promedio para 1918 era de 10.000 ejemplares aproximadamente. Ver “*Mulher de papel: a representação da mulher pela imprensa feminina brasileira*” (Buitoni, 1981). Ver también “*A mulher no Brasil*” (Hahner, 1978). En el caso de Argentina, puede consultarse el estudio de revistas publicadas entre 1917 y 1927 “*El imperio de los sentimientos*” (Sarlo, 2011).

confusa de su propia identidad sexual, con la esquizofrenia de tener que adecuarse al orden patriarcal, y mimetizarse con él para sobrevivir en un mundo donde existe un permanente hiato entre realidad y pensamiento, proclamas altisonantes y praxis cotidiana.

Porque, aunque el resentimiento se ha ido superando y la situación social de la mujer ha mejorado considerablemente, nunca lo ha sido tanto como para alterar de manera radical su antiguo memorial de agravios. Es rito necesario, por fidelidad histórica y no por militancia sexista, repasar ese grueso memorial; pues mientras los hombres dictaban leyes, hacían la guerra, escrutaban el cosmos, se apasionaban por las abstracciones de la ciencia o dictaminaban las etapas del progreso, las mujeres permanecían recluidas/resguardadas, cultivando la vergüenza de tener que esconder su cuerpo y su ciclo menstrual. Amas y esclavas de la prole, reproductoras de los mismos productores, fueron obligadas a optar entre la negación o la sublimación de su biología; afinarse en espíritu o corromperse en carne (modelos antagónicos de la representación femenina ampliamente cultivados por la sensibilidad romántica), Y fueron, sobre todo, sistemáticamente excluidas de toda perspectiva de trascendencia.

Tal vez sea esta la definición más general, aunque no por eso menos exacta, del sujeto femenino en la cual puede reconocerse la mayoría de las mujeres, de cualquier clase social, de norte a sur, y de manera espontánea: alguien que en cierto modo ha sido “despojado de su porvenir” (de Beauvoir, 2005: 22), e inmovilizado en un punto ambiguo y fronterizo de la escala social. Y decimos “fronterizo” porque sus raíces tocan simultánea y desgarradamente naturaleza y cultura. Esta definición general basada en el *despojo* y la *inmovilidad* –aun siendo reductora como toda definición– ha fundamentado una interpretación de las mujeres como grupo social “anómalo”, que anula, o por lo menos matiza, las divisiones de clase en sentido tradicional,⁸ en aras de una misma imposibilidad que las unifica: la de no poder trascender en ninguna de las órdenes jerárquicas de la sociedad: ni en lo militar, civil, o religioso; ni en la extrema formalización de la ciencia, ni en la desolada dispersión de la vida.

Ciertamente no es de todos alcanzar dicha trascendencia. Pero en el caso de las mujeres, lo insignificante y banal, el universo de lo nimio y lo insustancial, les ha sido atribuido como si se tratara de su ámbito “propio y natural”; ámbito tradicionalmente marcado por el dominio de la familia y, por extensión, el cuidado absorbente de niños y ancianos como destino último.

8 Es la perspectiva defendida por el feminismo de Flora Tristán, en su *“Peregrinaciones de una paria”* (2003). Así como también por Luis Vitale en su *“Historia y Sociología de la mujer latinoamericana”* (1981).

Y no deja de haber cierta paradoja en el hecho de que hoy, después de siglos de lucha emancipadora cuando finalmente los caminos parecen abrirse, se insinúa una cierta tendencia desmoralizante ante lo que se vislumbra como un paisaje planetario aterrador. Su compañero, entre cínico y desvirilizado, pretende ahora recuperar el espacio de la intimidad y lo privado que antes había ignorado y descalificado sistemáticamente desde las cimas del saber científico. Cansado de las (im)posibilidades de la totalización, ahora le seduce el fragmento, las series inconexas, la dispersión. Y, con gesto displicente, casi quisiera cederle su lugar en el espacio público: “Toma –parece decirle, como mostrándole el pa(i)saje calcinado de la *Tierra Baldía* de Eliot – ¿acaso no era esto lo que querías?”. Este es el nuevo desafío que enfrenta la crítica feminista: el descrédito de las luces y de la razón, defendido por la élite intelectual vanguardista en la segunda mitad de nuestro siglo, que desacredita su proyecto de emancipación y búsqueda de saber alternativo.

Enfrentadas a esta coyuntura histórica, muchas de las conquistas logradas o por lograr de los movimientos feministas de hoy, parecen, por eso, casi una derrota o pueriles anacronismos. Y aunque todo esto redunde en beneficio –pues induce a reformular en términos más globales y colectivos un proyecto grupal cuya urgencia, no obstante, sigue siendo legítima– no se pueden negar las dificultades e interrupciones del proceso de dicha emancipación y búsqueda: de la euforia al escepticismo, de la exclusión a la integración, de las certezas a las perplejidades.

Podría recurrirse a la imagen de “retirada estratégica” para ilustrar el sentido de esa perplejidad que invade a los dos “bandos”, sobre todo en las sociedades altamente industrializadas. Como en las campañas napoleónicas, la retirada del enemigo se hace quemando campos, arrasando cultivos, destruyendo viviendas y animales, y los vencedores avanzan sobre la boca de un infierno que promete ser su propia tumba. De modo que la ridiculización (como en la etapa sufragista del siglo XIX) y la insustancialidad (como en la era de la “debilidad de la razón” de estas últimas décadas), pueden considerarse dos estrategias igualmente obstaculizadoras del proceso de emancipación de la mujer que no deben subestimarse.

Y también podría establecerse otro paralelo: entre la historia de la liberación femenina y la de la abolición de la esclavitud en América, ambas sometidas a fines que parecen escapar, por lo menos en parte, a los propios sujetos de dichos procesos. Tan defendida por Inglaterra con la máscara democrática y liberal, la campaña abolicionista inglesa ocultaba intereses expansionistas que, tal como antes habían exigido la trata de negros, después, a mediados de 1800 y en pleno

tránsito hacia la moderna industrialización, exigían la “abolición” de una carga que estaba resultando demasiado onerosa. Si la lucha de Inglaterra contra la esclavitud no fue por motivos de filantropía social sino porque resultaba antieconómico mantener la mano de obra esclava), hoy también resulta antieconómico marginar a la mujer del sector productivo y de una participación social más amplia.

El acceso de la mujer a la deseada “trascendencia”, en cualquiera de los ámbitos en los cuales esta pueda situarse, a veces parece demasiado tarde y sin horizontes claros. La libertad sexual, la igualdad laboral y la participación civil y política tan buscadas, tienen un sabor amargo en un mundo prácticamente al borde del colapso moral, de escasos alimentos y aguas contaminadas, que todos parecen heredar como un castigo.

Muchas de las mujeres “cultas” de las grandes metrópolis viven hoy esta suerte de *feminismo crítico* en la redefinición de su condición y otredad; esta impaciencia por reformular lo que es trascendente o transitorio, público o privado, sabiendo que ya no pueden aislarse de un contexto general problemático y conflictivo sin arrinconarse en la lucha sexista, que ya parece cosa del pasado. Y sobre todo conscientes de la *diferencia* su legado y de la *responsabilidad* de su participación.

Estas urgencias, en medio de las alteraciones profundas acarreadas por la pérdida de puntos de vista racionales y el avance de un nuevo barbarismo propiciado por la técnica y el capitalismo salvaje, marcan la producción cultural de la mujer con hondo dramatismo. Y si en la literatura el barbarismo es un tema más de antigua cabida, es en la producción de las mujeres donde él se expande hasta convertirse en riguroso proyecto de denuncia, de obsesiva tematización del desastre, de forma única y reiterada de narrativa. Basta nombrar pocos ejemplos, definitivos, en este sentido: Doris Lessing, Margaret Atwood y Marta Traba, podrían hermanarse en una misma poética del “desmembramiento” de las civilizaciones y sus valores tradicionales (europea, canadiense y latinoamericana respectivamente) vivido *desde* la perspectiva femenina y como crítica a la razón patriarcal.

Pero este turbio panorama tiene otro lado por considerar. Se trata de otro tipo de contexto que fomenta cierto *femenino espontáneo*, común entre las mujeres de los estratos sociales menos favorecidos, debido a su peculiar posición dentro de la institución familiar. En América latina la familia patriarcal ha convivido, desde la colonia, con otras formas de familia incluso matriarcales, pues si la figura del padre todopoderoso predominaba en las comunidades blancas o de clases pudientes, no puede decirse lo mismo para las familias de

composición étnica sincrética.⁹ Por otra parte, la elevada incidencia de uniones esporádicas e irregulares, que sigue siendo una constante actualísima en todo el continente, ha ido fomentando la secreta jerarquía de la mujer en el seno de la familia convirtiéndola en el único centro verdaderamente estable y regulador de la subjetividad de todos sus miembros. Mientras en el hombre latinoamericano se ha ido arraigando un comportamiento, implícitamente lícito, de “padre itinerante” o circunstancial –pues tal como abandona a sus propios hijos puede también asumir, parcialmente, a los de otros–,¹⁰ en la mujer, la obligada responsabilidad en el mantenimiento y educación de los hijos, ha estimulado su afirmación en el espacio de lo doméstico y lo cotidiano, propiciando el surgimiento de formas híbridas matrilineales o de matriarcado parcial, marcadas tanto por factores étnicos como por factores socioeconómicos.¹¹

También aquí las configuraciones simbólicas elaboradas a partir de la compleja estructura familiar latinoamericana –con su vivencia del sexo, las jerarquías sociales y el ambiguo poder patriarcal– tienen cabida en la ficción a través de múltiples “testimonios” de retorcida veracidad, donde muchos “informes” son corregidos, reformulados y actualizados.

Mediatizada por la elaboración estética, que no cuantifica ni mide en el orden extensivo sino en el de la subjetividad intensiva, la singularidad de la participación de la mujer revela con dramática evidencia los pliegues de lo oculto, lo obvio, lo no registrado.

Es el caso del machismo, y su otra cara: el marianismo, los cuales constituyen los mitos característicos de nuestra cultura y que

9 Puede encontrarse amplia información sobre la institución familiar en América latina –así como otros datos históricos sobre la mujer latinoamericana– en *“Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas”* (Lavrin, 1985).

10 La atipicidad de la estructura familiar en Venezuela, por ejemplo, tiene consecuencias que podemos rastrear en el propio léxico. En particular, en el uso de ciertas nomenclaturas que indican la disolución de términos concretos –y por tanto de las funciones a estos asignadas– como el de *padre* y *madre*. Ambas palabras han sido substituidas por el término neutro de *Representante*, amplia y sistemáticamente empleado en todas las escuelas y otras instituciones oficiales, para designar al adulto con quien vive el menor, quien se responsabiliza por él, y quien al cabo lo representa legalmente. Este término en realidad no solamente muestra (y encubre) el problema de la infancia abandonada, sino que además oculta la grave responsabilidad que recae sobre la madre. Con este término ambiguo se evita tener que admitir tanto la irresponsabilidad y ausencia paterna como la solitaria responsabilidad materna que parece escapar a la codificación legal.

11 La antropología reconoce diferentes formas de dominio de la mujer en la vida doméstica. Una de ellas es el *matrilinaje*: parentesco que se establece entre personas por vía femenina, a partir de una mujer antepasado común; otra es la *matrilocalidad*: residencia posmarital en la unidad doméstica materna donde “los hermanos e hijos son exportados y los maridos importados”, muy común en América latina. Ver *“Enciclopedia de Antropología”* (Hunter y Whitten, 1981).

son revisados en múltiples relatos contemporáneos de mujeres con nuevas ópticas. Polarizando la vida cotidiana y el imaginario social del continente, ellos se imponen no solo desde la situación original de la conquista, donde podríamos compartir la fantasía de Octavio Paz de una América violada por el conquistador español,¹² sino sobre todo por el tipo de relaciones familiares que tienden a enquistar rígidamente papeles y actitudes sexuales, pervirtiendo su verdadera funcionalidad. La recurrencia de estos mitos y su tránsito por la literatura tal vez podría explicarse más por compensación de una ausencia –la paterna– que por efectos de su presencia. Es significativo que un clásico de la narrativa latinoamericana, como *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, otro mexicano, plantee sutilmente el tema del machismo vinculado al caudillismo ya en el segundo párrafo; concretamente en el reclamo de esa ausencia que una madre abandonada (una de las tantas de Comala) le hace a su hijo antes de que este salga en busca de su padre: “Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro” (Rulfo, 1977).

En la narrativa de nuestras escritoras estos mitos son revisitados sin cesar. Como lo demuestran estudios recientes de la crítica feminista, el marianismo constituye la transposición del culto a la Virgen María y, por extensión, a la maternidad, la pasividad y el sufrimiento –lo que lleva a la renuncia de la sexualidad y del cuerpo femenino como lugar de goce gratuito–. Y no sorprende constatar que este haya sido el núcleo generador de buena parte de los relatos de Armonía Somers, Luisa Valenzuela, Cristina Peri-Rossi, entre otras.¹³ Un culto que, en la década del ochenta, ha sido reformulado en varias direcciones, ya sea como objeto de parodia y burla, ya como el encuentro renovador que redimensiona algunos tópicos de la intimidad femenina.

Las variantes de la estructura familiar en América latina no excluyen estas mitificaciones, ni la existencia de formas transitorias e intermedias, acomodados y arreglos de toda índole, que tampoco eluden el incesto, reportado como un hecho bastante común en zonas marginales muy desestructuradas, entre el padre o padrastro y la niña adolescente, aunque también sea práctica tradicional en las clases privilegiadas. Este tema, tan ampliamente perseguido por la cuentística femenina que, sobre todo en la primera mitad del siglo, se ocupaba de

12 Esta es la interpretación de Octavio Paz en su estudio del machismo mexicano, sobre el cual fundamenta históricamente el trauma de la conquista (1981).

13 Ver varios estudios en “La Scherezada Criolla: Ensayos sobre escritura femenina latinoamericana” (Araújo: 1989). Ver también la antología de cuentos “Detrás de la reja” (Correas de Zapata y Johnson, 1980).

registrar los efectos de la violencia rural en la vida de la mujer; tiene realización plena en algunos relatos de Marta Brunet, donde la relación incestuosa adquiere connotaciones subrepticias articuladas a un cerrado código femenino que lucha por el poder dentro del seno familiar. Un código que no solo está familiarizado con el incesto, como se dijo, sino con otras obscuras habilidades –como la precisión de una pedrada– para resolver los conflictos al margen de la ley o no previstos por códigos interesados, imprecisos, o defectuosos (Brunet, 1976).

Las recreaciones literarias corrigen entonces el estatismo de las proclamas, mostrando que algunas de las conquistas feministas no siempre son celebradas por la mayoría de las mujeres, y que la sociedad patriarcal latinoamericana tiene rasgos diferenciados que modulan en múltiples sentidos la situación social y cultural de la mujer.

Un último ejemplo para confirmar los niveles de diferenciación. Ciertas reformas legales como el divorcio o el control de la natalidad, por ejemplo, no siempre reciben el apoyo de las más humildes. Evidentemente, lo que separa las expectativas de las feministas con respecto a las mujeres trabajadoras obedece no solo a una diferencia de nivel sociocultural, sino también a una distinta vivencia de la familia y de la propia reproducción humana. Podría inferirse que si las burguesas hubieran podido sentirse asfixiadas por la rigidez de las costumbres y la opresión patriarcal –y, en consecuencia, exigir, con el divorcio, la sinceración de las libertades de ambos– a las mujeres de clase baja el divorcio podría no aportar beneficio alguno. Siendo su situación inversa –de abandono económico además de afectivo, y sistemática explotación–, estas mujeres, agobiadas por el peso de hijos nacidos de uniones fortuitas, eran de hecho divorciadas sin haber pasado por el matrimonio. Como jefes de familia, hubieran podido aspirar entonces a la estabilidad que en cierto modo promete el vínculo matrimonial. El divorcio, en este sentido, es visto más bien como lo que legitima e institucionaliza el libertinaje para él y la soledad para ella. O sea, nada nuevo bajo el sol.

De igual manera, y ante tal desamparo, las mujeres de estratos populares pueden plantearse una actitud más radical, negando definitivamente ese vínculo oficial (el matrimonio) para no perder al menos la libertad de abandonar a un mal compañero. Es la “libertad” que tienen, por ejemplo, las domésticas fielmente representadas en la cuentística de las mexicanas (Poniatowska, Esquivel, Garro), con su sabiduría delicadamente irónica o explosiva, y a la vez solidaria ya que establece un tenue hilo de continuidad en el retorcido aprendizaje del poder dentro del ámbito doméstico secretamente transmitido de madre a hija y de ama a sierva. Una libertad clandestina e indescifrable, que Clarice Lispector iluminaría con un resplandor instantáneo

en muchas de sus crónicas y cuentos; o más que instantáneo, si aceptamos que el núcleo generador de la acción desestructuradora de una vida, en “La pasión según G.H.”, es precisamente el mensaje cifrado, enjuto y primitivo, dejado por una sirvienta en la pared de su cuarto.

Este dinamismo significativo de la mujer en la familia latinoamericana es otro factor importante de diferenciación reconocido por diferentes estudiosos del tema, y cuyas consecuencias en el plano cultural y literario son notables. Así también lo considera Jean Franco, quien afirma que en América latina

... si bien la familia puede ser una fuente de reacción, al mismo tiempo ha sido a veces un centro de inmunidad para la mujer, especialmente durante épocas de violencia. En los momentos de crisis, cuando la sociedad parecía derrumbarse, era precisamente la familia, y sobre todo las mujeres de la familia, lo que ofrecía la única continuidad histórica, una especie de memoria de los valores de la familia; lo cual era muy diferente de los valores del Estado. Ese es el sentido de la figura de Úrsula en *Cien años de soledad*; figura importantísima porque para defender esa memoria ella era capaz de las mayores luchas.

Por lo tanto, la función tradicional de la familia como lugar de asentamiento de esa memoria ha sido la de ser un centro de unidad y cohesión; incluso como asilo en ciertas situaciones políticas [...] Independientemente de la existencia de familias reaccionarias, puesto que siempre las hay, yo creo que en América latina no puede aplicarse la misma teorización que se hace en Europa y en Estados Unidos, argumentando que la familia sencillamente reproduce los valores del capitalismo. [...] Digo todo esto para insistir en la necesidad de una matización de la liberación femenina en América latina. No pueden aplicarse criterios que corresponden a otras realidades. No podemos repetir la idea de la liberación femenina, muy individualista, que tienen las norteamericanas, y que se reduce a una conquista de tipo económico; es decir, a problemas de horario y el derecho al trabajo.

Yo creo que en América latina la función de la mujer es muy diferente. El derecho al trabajo, incluso, no podría ser entendido como una liberación; puesto que si tomamos a una mujer campesina, vemos que ella ha trabajado siempre; en Latinoamérica trabaja incluso toda la familia, sin excluir a los niños. El problema, pues, exige un enfoque distinto. (Russotto, 1989)

Este “enfoque distinto” se muestra también en la negativa a abandonar los atributos tradicionales de la femineidad (como la maternidad, la belleza, la seducción), porque ello podría facilitarle el acceso al poder y al reconocimiento, reafirmando una vez más la discrepancia entre los ideales de las feministas, casi siempre mujeres ilustradas, y las necesidades y expectativas de aquellas que no pertenecen a los estratos cultos. Mientras las luchas de unas abogan por cierta modernidad de las costumbres –no pocas veces sometiéndose a un concepto de mo-

derinidad compulsivamente acuñado por la cultura hegemónica– las otras verifican la persistencia de actitudes tradicionales que pueden protegerlas y aportarles, en cierta medida, algunos beneficios¹⁴.

En América latina, la lucha contra el machismo y a favor de la emancipación de las mujeres está lejos de tener una evolución lineal y no puede arrojar un panorama homogéneo para todas las regiones y todos los temarios. La peculiaridad de las instituciones políticas y civiles, la asimetría de las relaciones con la educación y otros factores de la economía y la comunicación, aunados a la persistencia de actitudes y comportamientos tradicionales en relación al sexo y a las costumbres de convivencia, originan tendencias contrapuestas y simultáneas. De modo que si, por una parte, existe una evidente “erosión del machismo” –como Vicente Urbistondo identifica en la propia ficción hispano-americana y en tanto tendencia iniciada abiertamente por Sor Juana Inés de la Cruz– (Urbistondo, 1978), hay que admitir, por la otra, el carácter discontinuo y ambiguo de dicha erosión. Aunque nos duela, es nada menos que Cortázar quien lo demuestra al superponer dos visiones contradictorias de la mujer en *Rayuela*: mientras con una mano crea a un superpersonaje femenino (la Maga), con la otra descalifica al “lector hembra”, sujeto torpe y pasivo que se opone definitivamente al “lector macho”, activamente creativo y cómplice de la producción literaria.

Los rasgos de heterogeneidad e irresolución que mantienen en la ambivalencia la emancipación de la mujer a lo largo de la historia del continente exigen mayor cautela para contrarrestar la oleada de hiperteorización que se ha producido, y sigue produciéndose, en los ámbitos académicos. En Latinoamérica, el feminismo (sea crítico, sea espontáneo) es un tipo de movimiento social entre otros, más que un espacio homogéneo excluyente; él vive, por tanto, interceptado por otras y diversas formas de movilización social. La actuación diferenciada de la mujer latinoamericana en relación a otras regiones, pareciera acentuar más lo práctico que lo teórico, menos sexismo y más solidaridad, más dispersión que globalidad. Al mismo tiempo, la debilidad de su autonomía, en el sentido de subordinar las luchas “específicas” de las mujeres a la urgencia de las luchas “generales” o de asimilarla, en el peor de los casos, a la de

14 Para una historia del feminismo latinoamericano y la ambivalencia de sus metas, ver el volumen de Lavrin ya mencionado, que también hace hincapié en la ausencia de estudios dedicados a la relación de disyunción entre las feministas y las mujeres de la clase trabajadora (1985). Otra información actualizada sobre las distintas agrupaciones y movimientos feministas en cada país latinoamericano puede encontrarse en “Feminismo de América latina en plazas, letras y siglas” (Araújo, 1963). La nota 13, además, registra una amplia serie de críticos y estudiosos, de ambos sexos, que hoy se ocupan de la problemática femenina en la literatura.

otros grupos y/o instituciones (la iglesia, por ejemplo), constituye la base de su especificidad que permite otros aportes significativos. Se ha revelado, por ejemplo, una mayor permeabilidad a las reivindicaciones femeninas en los órganos de partidos y sindicatos brasileños, en comparación a la rigidez de los mismos órganos en Francia, demasiado endurecidos por una tradición de luchas obreras ortodoxas y de “estilo masculino”.¹⁵ Es entonces la actividad cotidiana de resistencia y organización contra la pobreza lo que se impone; contra las dictaduras y los regímenes autoritarios; la invención de nuevos mecanismos de solidaridad entre las mujeres y de resistencia a la deformación de valores propios por la intervención extranjera en la intimidad y la vida cotidiana. Es la estrategia de supervivencia de las madres de la Plaza de Mayo, luchando por la conservación de la especie diezmada y llevando al ámbito público los signos de lo privado. Son las mujeres en el exilio y las hijas de inmigrantes, quienes reconstruyen la saga familiar y la historia cultural de sus países arrasados, como mapas distantes que se van borrando de la memoria, deformados por el odio o la nostalgia. Son las testigos, participantes y protagonistas, de las nuevas sociedades de aspiración socialista.

El *feminismo crítico* de las latinoamericanas cultas –vinculadas a las instituciones de cultura, al magisterio, a los ámbitos académicos y movimientos organizados– y el *feminismo espontáneo de la pobreza* –de la lucha por la sobrevivencia, la educación popular, la dignificación de los barrios– pueden considerarse dos ramajes de un tronco común que define la reflexión sobre la problemática femenina en nuestro continente, desde comienzos de siglo, y que podríamos identificar como la *tradición reformista del feminismo latinoamericano*. Un reformismo literalmente entendido: como doctrina que se aparta de un modelo central al cual corrige; en este caso, del feminismo europeo y norteamericano. Un reformismo libre, además, del matiz peyorativo que durante muchos años se le atribuyó a ese término, puesto que se propone alcanzar una sociedad más justa mediante reformas sucesivas y graduales, repudiando la violencia como forma de acción política, en la mejor tradición de las teorías de corte socialista.

Sin pretender ceñirnos a una periodización rigurosa o entendida como norma estricta de ordenación, sino como una “línea” o “forma esencial” capaz de evidenciar “la estructura de una ciencia” (Tacca, 1968), creemos que la perspectiva reformista se ha manifestado desde las primeras formulaciones sobre la problemática femenina difundidas a través de artículos y conferencias; sobre todo de estas últimas, las cuales caracterizaron la apertura del siglo a la modernidad. Hombres

15 Ver el estudio “*Le mouvement des femmes au Brésil: de la lutte générale en féminisme*” (Beck, 1982).

y mujeres se empeñaron por igual en esa actividad pionera, no profesionalizada y medio misionera, que en todas partes del continente difundía las nuevas del viejo mundo, a la vez que reflexionaba sobre los problemas de la cultura local.

En términos generales, esa parece ser la tendencia predominante desde 1914, cuando el filósofo y pedagogo uruguayo Carlos Vaz Ferreira defendía el “feminismo de compensación” en contra del “feminismo de igualdad”, porque entendía que no se trataba de “igualar sino de corregir en lo posible y compensar la desigualdad” (Vaz Ferreira, 1945: 63).¹⁶ Alertando contra el error de “tomar por ideal una organización dura y desigual precisamente para la mujer” (1945: 63), se anticipó varias décadas al feminismo de la *diferencia* matizando la problemática con rigurosidad analítica, revisando sus dobleces y riesgos, sus implicaciones políticas (su discusión sobre el voto femenino, por ejemplo, es de asombrosa lucidez y actualidad, puesto que lo contextualiza al vincularlo al conocimiento político), centrado en lo que se revela –todavía hoy– el núcleo fundamental: la función biológica de la maternidad.¹⁷ El feminismo de compensación –sostiene– es el que se detiene en este aspecto ineludible, determinante para la propia *dirección de la especie* y la continuidad de la vida humana. Aunque hoy las interpretaciones biologistas estén desacreditadas para la mayoría de las feministas, el matiz rescatado por Vaz Ferreira es pertinente en nuestro contexto. Y así lo señala mediante la alegoría de una pequeña escena teatral (o “psicograma”, como él lo llama):

Cuando un hombre y una mujer se unen, a la mujer se le forma un hijo; al hombre, no le sucede nada. Encontrar ese hecho muy satisfactorio es ser ‘antifeminista’. Ignorarlo es ser ‘feminista’ (de los comunes: de los de *igualdad*). Tener presente ese hecho, sentir lo doloroso e injusto de algunos de sus efectos, y procurar su *compensación* –que podrá ser igualando o desiguando, según los casos– sería el verdadero y buen feminismo. (1945: 25)

16 La breve nota de introducción es de 1933.

17 Un enfoque radicalmente opuesto en este sentido es el de la feminista española Lidia Falcón, la cual considera imposible toda emancipación hasta tanto la mujer no se haya liberado de su función reproductora y pueda llevarse a cabo una revolución en el campo de la ingeniería genética. Solo la reproducción artificial (*in vitro*) permitiría, en su opinión, un verdadero salto cualitativo a la vida del planeta. Esta tesis es desarrollada a lo largo de casi setecientas páginas, en “La reproducción humana” (Falcón, 1981). Una “rectificación” espeluznante de esta teoría es la novela “*The Handmaid’s Tale*” (Atwood, 1985), donde se mezcla profecía y ciencia ficción al describir cómo se “resuelve” el problema de la maternidad en una dictadura teocrática y reaccionaria del futuro, donde las mujeres ya no pueden procrear y empiezan a usarse los vientres de las “sirvientas” o “ayas” para multiplicar a la élite gobernante.

Con las armas –y los límites– de su tiempo, el uruguayo revisa las múltiples maniobras de la ideología conservadora detrás de las pseudo-utopías; las contradicciones de la doble moral; y sobre todo las caprichosas o interesadas consideraciones sobre los hijos, propuestas por pensadores famosos que nunca tuvieron hijos o a quienes simplemente abandonaron –Diderot, Montaigne, Whitman– desconstruyendo muchos de los estereotipos de la discusión feminista todavía vigentes.

Pero esto no ocurre solamente en Uruguay. Entre la década del veinte y del treinta –cuando se suceden los encuentros y coloquios sobre la mujer en México, en Buenos Aires y en La Habana– un conjunto de voces reflexionaba en ese sentido, dándole cuerpo a esta misma tradición.

Son conocidas las tres conferencias dictadas por Teresa de la Parra en Colombia, en 1930, donde insiste en la función pacifista, mediatizadora de la brutalidad de la guerra y atenuante de la violencia, de la mujer como una constante de la vida americana. Es necesario recuperar la originalidad y elegancia de su peculiar feminismo (que ella calificó de “moderado” y otros pueden llamar conservador), a pesar de cierto anacronismo que amaba cultivar y del aislamiento y desactualización de sus referencias culturales; lo cual nunca empañó, sin embargo, el reconocimiento público.

Su fina ironía hacia todo tipo de excesos y ambición de poder –“El Padre Las Casas, afirma, [...] luego de amar con pasión la piedad y la justicia, amó todavía más el fuego de su propia elocuencia que pertenecía a la Escuela de Savonarola” (de la Parra, 1982);¹⁸ su delicada atención hacia el sentido de los detalles de la vida familiar en la colonia, que hasta la década pasada era suelo intocado y “reinado sin crónica ni cronista de las mujeres”; su natural desconfianza hacia lo altisonante del discurso oficial– “la Independencia, como toda revolución o cambio brusco, solo alteró cosas exteriores”; su intimidad precursora con la cultura de conventos; su libertad y agudeza críticas y, en fin, la sutileza de sus interpretaciones, la convierten en una figura paradigmática de nuestro feminismo irónico, ilustrado, y de actitud defensiva, de las primeras décadas del siglo. El aporte de la mujer en las tres etapas por ella estudiadas –conquista, colonia e independencia– más allá de sus diferencias, queda integrado a una imagen de activa armonía y correspondencias, cuya dialéctica es alegórica de una cierta visión de la naturaleza como ente restablecedor del equilibrio. Como la naturaleza –diríamos, recogiendo esa imagen– la mujer “catequiza a los nuevos bárbaros mientras estos catequizan a los indios”. Una catequesis algo desordenada, pero tan productiva y civilizadora como la que también

18 Todas las citas se refieren a la edición de la Biblioteca Ayacucho.

llevan a cabo los jóvenes y el pueblo, quienes, según afirma, son los portadores de la “cordial confusión” capaz de alterar las etiquetas de un mundo obtuso y primitivo, sin noción de la ironía ni de otros comportamientos lúdicos desconocidos entre sus contemporáneos.

Pero no es solamente su aristocracia espiritual lo que merece ser recordado; ni la agudeza sorjuanina de “saber camuflado”, que tanto la aproxima a la famosa artista mexicana. Cabe destacar, por lo contrario, la independencia de sus interpretaciones históricas, como la visión redentora de doña Marina, la mujer de Cortés llamada La Malinche. Símbolo de la mayor traición y baja y estereotipo denigratorio en el habla popular mexicana, para Teresa de la Parra ella representa el “otro” proceso civilizatorio que subyace al pavor de la conquista: la portadora de la fusión de las razas, el primer mediador cultural de nuestra historia y de nuestra lengua que “va dulcificando acritudes al traducir los discursos de todos los parlamentos”; y, en suma, el protagonista de “la primera campaña feminista” latinoamericana, en su expresión más secreta y rudimentaria.

De 1939 es la conferencia de la dominicana Camila Henríquez Ureña, titulada “Feminismo”, donde, además de puntualizar la antigüedad histórica de la pugna entre “las dos mitades de la humanidad”, desarrolla la idea de la necesaria complementariedad entre los sexos, como base para una sociedad más justa. También en este caso se proyecta una visión del proceso de emancipación femenina como una parte del engranaje social más amplio, cuyo desarrollo es ineludible, aunque todavía lejos de llegar a su culminación. Su revisión de los grupos femeninos “estériles” (religiosas, prostitutas y solteras), que no aportan utilidad alguna a la sociedad, le permite sondear las raíces históricas de la exclusión de la mujer, desde las cortes medievales hasta la actualidad. Su programa es abarcante, y propone no solo la emancipación económica sino también la reforma jurídica, la obtención de todos los derechos políticos, el acceso a la educación integral y la revisión de los fundamentos sobre los que descansa la moral sexual. Camila entiende que las conquistas de las mujeres no pueden realizarse en sentido aislado y vertical únicamente, pues, no basta con ser precursoras o constituir la excepción. Por eso, como cualquier otro movimiento social importante, es necesario que el de la emancipación femenina se propague en sentido horizontal; que la mujer *colectivice* su lucha extendiéndola a todos los ámbitos de la vida social. Es entonces necesario actuar en varios frentes, pues el paso de lo individual a lo colectivo implica sobre todo un proceso interno y una transformación profunda de la propia sensibilidad:

Nuestras virtudes tradicionales han sido negativas: sumisión, obediencia, silencio, apartamiento, fragilidad. Las funciones de la nueva vida a que

nos asomamos nos exigen cualidades positivas: independencia de criterio, firmeza, serenidad, espíritu de cooperación, sentimiento de la comunidad humana. Eso es muy difícil. (Henríquez Ureña, 1985: 34-35)

En la década del cincuenta, toca a la brasileña Cecília Meireles mostrar los avances alcanzados y replantear el tema en el ámbito concreto de la poesía. Ella también matiza el estado ambiguo de la mujer dentro de las letras, obligada a suplir las deficiencias de su educación formal incompleta con la agudeza del ingenio y la observación; y aprendiendo a manejar una libertad recién adquirida y no madurada aun internamente. En la reconstrucción histórica de dicho estado ella verifica, sin embargo, una evolución que va desde la poesía centrada en lo doméstico a una experiencia idéntica a la del hombre en el dominio literario. No niega, en efecto, una tradición propia y más cercana a la mujer que se remite a la expresión oral, los cuentos de cuna y las leyendas, como queriendo retomar “la vida desde sus comienzos” para diseñar el complejo y múltiple paisaje americano “con el alma llena de tesoros sigilosos”. Esta línea *recuperadora*, del rito y del folclore como parte de la sabiduría universal, fue protagonizado sobre todo por la mujer, quien llegó a ser:

*... ela mesma, um livro vivo e emocionante, repleto de canções de berço, histórias encantadas, cantos, lendas, provérbios, fábulas, rimas para dançar e curar, parlendas para rir, exorcismos contra o mal, orações para conversar com Deus, salvar a alma dos vivos e redimir a dos mortos - enfim, todos os ensinamentos morais e práticos retidos permanentemente pela memória, e transmitidos com mais ou menos encanto de estilo, segundo os dons naturais de imaginação e linguagem de cada uma.*¹⁹

Junto a esta línea surge otra, más objetiva, a partir de una serie de cambios que aproximan la experiencia literaria de la mujer a la del hombre. Pues con la participación masiva de la mujer en los estudios universitarios y la riqueza anterior de la experiencia acumulada, ella

... se realiza em Poesia com a mesma naturalidade do homem, que a ela vem por outros caminhos. Nada está fora de seu alcance: nem o poder verbal, nem o sutileza da linguagem, nem a variedade de invenções que cabem no seu ar-

19 “... ella misma, un libro vivo y emocionante, lleno de canciones de cuna, historias encantadas, cuentos, leyendas, proverbios, fábulas, rimas para danzar y curar, retahílas para reír, exorcismos contra el mal, oraciones para conversar con Dios, salvar el alma de los vivos y redimir la de los muertos - en fin, todas las enseñanzas morales y prácticas retenidas para siempre en la memoria, y transmitidas con más o menos encanto de estilo, según los dones naturales de imaginación y lenguaje de cada una” (Meireles, 1959: 31). Traducción nuestra.

*tesanato. Da mais casta simplicidade ao mais vibrante tumulto, sua voz pode ter todos os timbres e extensões. (E tudo isso, geralmente, sem prejudicar a saudosa "tortilla" que reclamava o poeta satírico).*²⁰

Esta armonía de perspectivas, capaz de integrar las huellas del pasado particular de la mujer –que constituyen los otros caminos de su experiencia singular– en la poesía del presente, ahora más segura y depurada y con derecho a formas más plenas o universales (porque el arte, para Cecília, tal vez fuera “esencialmente andrógino”), es algo que desconoció Rosario Castellanos, una de las figuras más dramáticas y fundadoras de nuestro feminismo.

Entre el cincuenta y el setenta, y en los distintos géneros que Rosario cultivó activamente, pareció recorrer, de nuevo, en un proceso profundo e individual, todas las etapas del feminismo latinoamericano, desde la diferenciación a la colectivización, del sigiloso avance a la renuncia, del grito abierto a la dolorosa ironía. Desde las primeras y tímidas formulaciones en su tesis de 1950 sobre la cultura femenina en la sociedad patriarcal,²¹ su “vocación de entender” la llevó a la certeza de que las ofensas históricas hechas al género serían irreparables.

En la severa autocrítica a su obra reproduce esa diacronía determinada por la escisión entre la lucha y la impotencia que tantas veces la extravió en las visiones de “una América más retórica que real”²² o en el “rechazo de los aspectos más obvios de la feminidad”. Transitando desde el estado calificado de “anfibio, ambiguo y estéril”, fue al encuentro con su propia voz y, por tanto, con “las figuras paradigmáticas de la tradición” que afirma alcanzar en “Lamentación de Dido”. Identificada a este paradigma como el motivo nuclear más profundo de su obra, tanto crítica como poética, ella muestra la persistencia de factores negativos insuperables a la causa de la mujer en la sociedad mexicana. Pues hasta el amor le pareció un cierto “instrumento de la catástrofe”, ya que agiganta con lívida luz las grietas de la mezquindad humana y su destino de soledad. Y a los hijos los vio como jueces. Y ni la belleza la conmovió un instante (salvo poquísimos versos), porque la entendió como treta de varón para

20 ... se realiza en la poesía, que a ella viene por otros caminos, con la misma naturalidad del hombre. Nada está fuera de su alcance: ni el poder verbal, ni la sutileza del lenguaje, ni la variedad de invenciones que caben a su artesanía. Desde la más casta simplicidad al más vibrante tumulto, su voz puede tener todos los timbres y extensiones. (Y todo eso, generalmente, sin prejuicio de la añorada “tortilla” que reclamaba el poeta satírico). (Meireles, 1959)

21 Un estudio reciente centrado en el feminismo de Rosario Castellanos, es “*Uma consciência feminista. Rosario Castellanos*” (Miller, 1987).

22 De aquí en adelante las referencias corresponden al conjunto de artículos publicados bajo el título “*Mujer que sabe latín*” (Castellanos, 1973).

reducir a la mujer al confinamiento y la parálisis (por eso el encanto de los pies pequeños), induciéndola a la indolencia, la inactividad y la anemia existencial (por eso la valoración de curvas adiposas y de la palidez), el artificio y el ocio (por eso las largas uñas, los absurdos peinados). Y hasta el aprendizaje de la identidad sexual le pareció un astuto y solitario arbitraje de macho al cual había que someterse en el más absoluto silencio.

Solo en los meandros ancestrales, profundos, de la memoria, más arcana que el propio lenguaje, encontrará un atisbo de esperanza para rescatar el sentido constructivo de la diferencia que siempre vivió como marca infamante. La memoria de la mujer que escribe –afirma– es

absolutamente distinta de la memoria del erudito, de la lúcida del científico, de la totalizadora del filósofo. Una memoria que selecciona sus elementos guiada por un instinto oscuro, como hacen los pájaros con los materiales con los que van a construir sus nidos. Una memoria que conserva lo importante, pero cuyo criterio de lo importante no es el que se acepta convencionalmente.²³

Una memoria, en fin, que de acuerdo a las imágenes que convoca no es acumulativa, ni esclarecedora, ni abstracta, sino obscuramente selectiva y protectora, en su profunda aspiración a *salvar* y a *redimir*.

A mediados del setenta, tan cerca como eso, la reflexión sobre la problemática femenina, por lo menos en México, retorna a sus cauces trágicos; es necesario una vez más *salvar*, *proteger*, *redimir*. Son tareas evidentemente primarias y que a la vez continúan marcando la historia de la mujer desde las civilizaciones griegas.

Después de Rosario vendrán paréntesis de euforia; sea por la expectativa puesta en los diferentes movimientos de democratización del continente, sea por la institucionalización que adquieren los “Estudios de la mujer” en todos los ámbitos. En la década del 80 los frecuentes congresos, coloquios y encuentros sobre el tema van consolidando el carácter específico de este tipo de lucha conservando sus múltiples vasos comunicantes. No es casual que el Primer Congreso Internacional sobre la Mujer Latinoamericana se realice en Bogotá en 1981, cuando en enero del mismo año se había celebrado el Primer Congreso de Desaparecidos en Costa Rica. Que afloren fisonomías desdibujadas –maltratadas, desfiguradas u olvidadas– es ahora la máxima urgencia. No se trata propiamente de reivindicación laboral (como entre las norteamericanas), ni sexual (como entre las francesas), sino de un sentido más elemental y a la vez más profundo y abarcante, porque implica desde generar un sistema de protección para mujeres

23 *Ibidem*, p. 157.

y niños golpeados, u organizar juntas de vecinos y movimientos de subversión en la clandestinidad, hasta oponerse al caos ideológico y a la desfiguración de la vida con el fin recuperar un humanismo realista, consciente e intencional.

Antes de que el panorama, en el umbral de los noventa, vuelva a enturbiarse, la mitad de la historia de América latina alcanza a levantar su voz tratando de recuperar su pasado y la conciencia de su aporte específico dentro de la formación de las sociedades latinoamericanas.

Hoy, ante una nueva y sorprendente reestructuración del mundo, no es fácil imaginar cuál pueda ser el lugar futuro de la mujer, como tampoco el de la ética, la comunicación humana y la propia naturaleza. Retomar el tronco de aquella tradición que corrige y reformula, para dar sentido a la particularidad de un modo de ser y participación, tal vez sea un ejercicio de anagnórisis necesario. Aunque sospechemos que las consecuencias de su timidez y discontinuidad hayan impedido avances y conquistas más radicales en la emancipación de la mujer, retardando o entorpeciendo de alguna manera lo que en otros países ya son derechos sedimentados, dicha línea de estudios mantiene su validez histórica y cultural. Espasmódicamente –como suelen ser las contracciones de nuestra cultura– ella ha ido alternando la lucidez del pesimismo con la constancia solitaria y a ratos compartida, para desarrollar una interpretación problematizadora que no descansa en las certezas sino en la necesidad de adecuar, corregir y reformular la interpretación de nuestra realidad, en la búsqueda incesante de ese *otro modo de ser* tan soñado por Rosario Castellanos “que no se llame Safo / ni Mesalina ni María Egipcíaca / ni Magdalena ni Clemencia Isaura”. Otro modo de ser que no se aplaca en esos modelos de insuficiencia o perversión, porque quiere ser simplemente “humano y libre”.

EL AFÁN DE TOTALIDAD

II. LA ESCRITORA Y LA DIFERENCIA

Tengo en la medida en que nombro—y este es el esplendor de tener un lenguaje. Pero tengo mucho más en la medida en que no consigo designar. La realidad es la materia prima, el lenguaje es el modo como voy a buscarla.

Clarice Lispector. La pasión según G.H.

Si en el capítulo anterior se puntualizaban algunas especificidades de la participación social y cultural de la mujer en América latina, en este convendría emprender el camino inverso para restablecer el equilibrio interpretativo: acentuar el desafío de la escritora por trascender dichas especificidades, por emprender preocupaciones más universales y compartidas tanto por hombres como por mujeres, y por indagar sobre todos los sentidos posibles de la existencia humana.

Este derecho y esta urgencia ella los vislumbra como la primera lección esencial de su lucha en la construcción de una forma artística. La segunda lección, que se refiere al trabajo específico con determinados materiales, no atenúa lo uno ni lo otro, sino lo potencia e intensifica. Y el hecho de que esos materiales –cánones, preceptivas, géneros de la tradición– no siempre provienen originalmente de su propio contexto, no disminuye el afán de trascendencia y la promesa de plenitud, hacia una restauración unitaria capaz de redimir todas las mutilaciones y diferencias.

La escritora latinoamericana no puede ni debe renunciar a estas promesas ni a la autonomía específica del arte en tanto categoría de la cultura cada vez más diferenciada y consciente de sí misma; más allá de la evidencia de que este tema sea un asunto poco defendido en las discusiones feministas. Pues uno de los aspectos poco reivindicados es, en efecto, el derecho de las escritoras a la aspiración universalista de la forma, a realizar el esfuerzo constructivo y orgánico del material artístico, al equilibrio del sentido alcanzado por la madurez objetiva y desinteresada del estilo, ya que estos rasgos han sido considerados (y confinados como) propiedad exclusiva de la mentalidad masculina y patriarcal.

En este sentido, la crítica literaria feminista, a pesar de su enorme importancia, tiende a desempeñar un papel contradictorio. Por una parte, ha constituido un estímulo positivo dirigido a la reivindi-

cación social y a la concientización de la escritora *como mujer*; por la otra, cuando se ha enfrentado a la ardua tarea de la artista –a la mujer *como escritora*– ha difundido una ideología homogeneizadora y parcialmente reductora de la complejidad y diversidad de las obras literarias, sea considerando lo social sin las debidas mediaciones, sea juzgando el desarrollo de la literatura en términos de “progreso” mimetizándose con el curso de los movimientos sociales. Proyectada en ese doble riel, ella es reveladora y a la vez simplificadora de la situación de la escritora latinoamericana, por cuanto tiende a mantener un enfoque único, programático y militante.

Esto complica aún más lo incompleto y fragmentado de nuestro conocimiento en esta área relativamente reciente en nuestra región –por lo menos con los rasgos de autonomía y modernidad que hoy tiene– donde, como vimos, la teorización sobre la subordinación de la mujer llevada al campo literario exige distintos enfoques en relación a otros contextos, y donde se tantean estrategias múltiples y alternativas.

Hagamos un poco de historia en esta misma dirección. Como se verifica en otras áreas del conocimiento, la creación de un campo de estudios independiente y legitimado teóricamente, dedicado al estudio de la mujer, no se origina en nuestro continente sino en los centros hegemónicos del saber, sobre todo en las universidades europeas y norteamericanas. Ello otorga una inflexión particular a las interpretaciones, puesto que reitera, también en esta área, la tradicional desventaja de nuestros países en el intercambio mundial del conocimiento.

Desde la propia crítica feminista se han hecho señalamientos sobre las consecuencias de esta situación y sobre el *impasse* constreñidor que hoy vive esta disciplina en su aspiración a llevar a cabo la reescritura y reordenación de la historia literaria desde fuera. Para Montserrat Ordóñez, por ejemplo,

... el estudio de la escritura de la mujer, una vez establecido, se lleva a cabo dentro de los parámetros definidos *por fuera de nuestra región*, en estos diez o quince años de la crítica literaria feminista. Esa situación es de doble filo: puede que América latina siga siendo objeto de estudio y proporcionando la materia prima que se reelabora en el exterior, mientras que los críticos siguen aquí descubriéndose en las *visiones de los otros*, o también puede suceder que la asimilación crítica de estos años de ‘ventaja teórica’ nos permita salir más fácilmente de muchos de los callejones serios en los que cayó la primera ola de crítica literaria feminista.²⁴

24 El artículo “Escritoras latinoamericanas: Encuentros tras desencuentros” aporta también un buen panorama de la crítica literaria feminista, particularmente en Estados Unidos, desde la década del sesenta hasta fines de los ochenta (Ordóñez, 1986: 138).

Existe entonces el riesgo de extrapolación de las visiones, y el peligro de empobrecer una práctica que excluye cualquier otro tipo de consideración por reducirse a la constatación de una única problemática: la situación/reacción de la mujer (como autora, como receptora o como representación) ante la sociedad y la epistemología patriarcal. Esto, de tan amplio, se angosta considerablemente al desembocar en una lectura sociológica de la obra, donde los rasgos de estilo *derivan* de la condición social del sujeto femenino, solapando así dos interpretaciones –la de la sociología y la de la crítica literaria– que superponen el mismo objeto que, en realidad, es diferente.²⁵

La tendencia sociologizante de la crítica literaria feminista constituye una herencia histórica imborrable. Ella está en los orígenes de los “Estudios de la mujer” por cuanto surge en el seno de las ciencias sociales, se institucionaliza en el período declarado por la ONU “la década de la mujer” (entre 1975 y 1985), y se vuelca con espíritu reivindicativo, y no menor voracidad competitiva, sobre este nuevo y rentable objeto de estudio. La herencia es aún más antigua, si recordamos que fue justamente el positivismo el movimiento que impulsó y apoyó las primeras reivindicaciones femeninas en América. Fue a la luz del espíritu cientificista y del naturalismo cómo se destronó en Brasil, a fines de 1800, la imagen romántica de la mujer como objeto de contemplación ideal, para sustituirla por otra más humana y compañera de las luchas del hombre (Broca, 1979).

Desde esas remotas raíces –que sin embargo siguen influyendo en la discusión actual– largo camino se ha recorrido hacia la consolidación de una disciplina tan autónoma como polimorfa.

En términos generales y desde una perspectiva culturalista, la crítica feminista de hoy cuenta con una serie de recursos de procedencia múltiple para emprender la revisión crítica del pensamiento patriarcal, el desmontaje de las justificaciones teóricas de la opresión femenina, y la recuperación de la producción cultural de las mujeres del pasado y del presente en diferentes áreas. El procedimiento implica una *lectura correctiva* de las grandes corrientes del pensamiento occidental, a las que amplía y enriquece, y en todo caso demitifica, revelando sus intereses de dominio detrás de la aparente neutralidad teórica. Mediante ese desmontaje, desconstrucción o corrección, se ha ido desnudando el comportamiento autoritario de dicho pensamiento, al ocultar su lugar de enunciación, y el predominio de oposicio-

25 Sigue siendo una guía insuperable el minucioso trabajo realizado por Antonio Cándido para diferenciar, en relación a un mismo objeto, el enfoque de disciplinas afines, como son la sociología y la crítica literaria en “*Literatura e Sociedade*” (2006); en particular, la Parte I.

nes jerárquicas rígidas (hombre/mujer, negro/blanco, adulto/infante) como estrategia para mantener el control social y sexual. La revisión del psicoanálisis, por ejemplo, ha aportado una interpretación renovadora de la sexualidad femenina, libre de la visión excesivamente pasiva de las primeras interpretaciones freudianas. Respecto al marxismo, aun permaneciendo fiel a sus principios rectores, la crítica feminista ha rechazado el enfoque estrictamente economicista de las líneas más ortodoxas, por no explicar ni detenerse en el tipo particular de opresión que sufren las mujeres, alertando sobre el carácter construido de toda identidad social.

Dentro de un amplio abanico de orientaciones, la crítica feminista –cuyas tendencias no pretendemos tratar en profundidad– diseña un panorama rico y variado y en algunos casos bien caracterizado según las zonas de influencia cultural y la tradición intelectual en la cual se adscribe. Así, el área francesa, apoyada sobre todo en el psicoanálisis lacaniano, enfatiza los efectos de la *represión* en el inconsciente, con el fin de elaborar una teoría textual (corporal) de la escritura femenina. Mientras que la norteamericana, por lo contrario, se interesa en la opresión de los factores sociales e históricos, siguiendo la tradición del empirismo y el humanismo anglosajón.

En todos los casos se asiste a un florecimiento de estudios alternativos, híbridos, aguerridos o humorísticos, que desde distintas disciplinas legitiman la singularidad de la participación de la mujer, la especificidad de su psicología, el derecho a la divergencia de sus expectativas morales, políticas y, por tanto, estéticas. Son los discursos sobre la *diferencia* que se imponen en todas las áreas del saber: en lo biológico, lo histórico, lo psicológico.

Se trata de una tarea que podría llamarse *arqueología interdisciplinaria de la cultura femenina*, que no tiene escrúpulos en plantear problemas vitales para la mujer, aunque tradicionalmente tabúes: el aborto, la prisión, la prostitución, la tortura. Se reeditan sin cesar escritoras olvidadas. Se multiplican las biografías, los deslindes históricos, los panoramas revisitados con nuevas perspectivas. Se rescata la importancia de aquellas oscuras compañeras –hijas, hermanas, amantes– de los “protagonistas de la historia”. Se invierte esa misma historia como un guante sucio: ¿qué hubieran dicho, si hubiesen tenido voz, la mujer de Freud, de Víctor Hugo, de Marx, de Mahler, y hasta la pobre y vilipendiada Xantipa?²⁶

Una suerte de desorden, de burla y subversión empieza a proliferar alrededor de las teorías del pensamiento patriarcal como ante estructuras decrépitas que estuvieran desmoronándose.

26 Cinco biografías imaginarias propuestas por Françoise Xenakis representan a estas olvidadas mujeres, en “*Zur, on a encore oublié Madame Freud*” (1985).

No es casual que algunos órganos de prensa feministas adopten sistemáticamente el tono de la ironía, el humor y la burla, frente a todos los hechos de la vida pública y privada. La revista *La mala vida* de Venezuela, por ejemplo, desde la fecha de su fundación en 1984, defendió esa actitud corrosiva que, si en algunos casos pudo resultar inocua ante la magnitud de los problemas, mostró sin embargo una estrategia diferenciada al emprender con alegría y auténtico humor la descalificación de valores caducos y la irrisión de la prosopopeya del mundo oficial venezolano. Porque, como afirma su lema de identificación, “solo quien conoce la mala vida puede aspirar a la buena”, recolocando la experiencia en la propia base de su crítica.

Pero la recuperación de la risa y la parodia, en esa nueva *satírica* de autoría femenina, no es la única conquista, pues constituye apenas un momento, o un estilo, en la configuración de su discurso. También en los ámbitos académicos de los estudios literarios –allí donde la crítica feminista hoy posee un espacio que antes reclamaba– es común el reconocimiento de sus aportes. Muchos panoramas actualizados de la teoría literaria de los ochenta la incluyen como una de las tendencias más renovadoras de la crítica literaria.²⁷ Y se le reconocen méritos que van desde promover el rescate de esa arqueología ignota hasta estimular una cultura emergente, ampliando la noción misma de lo que es político, ya que incluye en su dominio la experiencia, el cuerpo y lo privado. Al rechazar la supuesta neutralidad de la teoría y a la vez las múltiples formas del anti-intelectualismo común, ella ha ido impulsando y promoviendo un nuevo tipo de creatividad, permitiendo un tipo especial de vinculación entre la acción política y la acción cultural, entre la experiencia y la elaboración intelectual. Oponiéndose a las formas de organización rígida y a las teorías políticas supertotalizadoras, la crítica feminista, en sus exponentes más lúcidos, ha estimulado el progreso de lo personal, de lo espontáneo y de la experiencia, proporcionando otras estrategias políticas, la renovación cultural y los modos de conocimiento alternativos.

Pero este movimiento expansivo institucionalizado no necesariamente tiene equivalencia directa en la actualización de una escritura, en lo que esta tiene de azarosa e imprevisible construcción; en el florecimiento de un lenguaje pleno que no puede ser teóricamente condicionado. No es fácil medir las repercusiones *internas*, en las operaciones artísticas, de dichas aperturas. Por lo contrario, si de repercusión

27 Sobre la actuación y las aspiraciones de la crítica literaria feminista norteamericana ver el volumen “Una introducción a la teoría literaria” (Eagleton, 1998). Una interpretación menos eufórica puede encontrarse en “*La teoría literaria contemporánea*” (Selden, 2001).

se trata, el revanchismo sexista que caracteriza algunos trabajos de ginocrítica,²⁸ con su “moralismo desenfrenado” (Selden *dixit*), ha estimulado versiones análogas en la ficción literaria, cuyos resultados son una serie de curiosos artefactos padronizados y previsibles, de exaltado pragmatismo y duración efímera. Ante semejantes productos, la crítica literaria feminista llega a comportarse con marcado “paternalismo” (valga el oxímoron) al inhibirse de reivindicar un juicio riguroso que enfoque la producción literaria con altos niveles de exigencia.

Es probable que sea transitoria esta complacencia con tales “formas primitivas de literatura”, como las llamaría Antonio Cándido en razón de su dependencia directa y perceptible de los estímulos inmediatos de la vida social, no suficientemente filtrados y “desfigurados” como suele ocurrir en las literaturas eruditas. Hasta es de esperar que, pasada la etapa eufórica y la consolidación de un nivel de medianía en la producción literaria de las mujeres, estén echadas las bases para un relevo de calidad; cuando el deseado “giro hacia lo impersonal”, previsto por Virginia Woolf hace medio siglo, lleve la escritura a trascender perspectivas inmediatistas y relaciones estrictamente personales y políticas, “fijándolas en las más amplias cuestiones que el poeta intenta resolver; tales como nuestro destino y el sentido de la vida” (Woolf, 1980: 170).

Un modo de recuperar la atención por el proceso específicamente creativo y literario *también* en el caso de las escritoras, ha sido a través de la discusión sobre la existencia de una escritura femenina que es necesario retomar en sus líneas generales.

El término *escritura femenina*, como voluntad y consolidación de un estilo expresivo “diferente”, nace después de la segunda guerra mundial en Europa, y es solo en las últimas décadas cuando se difunde de modo intermitente en América latina. La discusión sobre ese término recoge justamente las discrepancias y contradicciones antes señaladas, no solo en relación a las expectativas feministas, ilustradas y modernizadoras, que no coinciden con la experiencia individual de muchas otras mujeres marginadas social y culturalmente, sino también en relación a las particulares exigencias que impone la construcción de una forma artística determinada, que en este caso es verbal y escritural.

Dicha noción se caracteriza por presentar una serie de rasgos superpuestos. En efecto, desde el punto de vista histórico, en la medida en que replantea un cierto *corpus* –al cual reorganiza con nuevos fines dentro de la tradición literaria– constituye un objeto de estudio

28 La ginocrítica consiste en el estudio sistemático de la representación de las diferencias (sexuales, psicológicas, éticas, etc.) en la literatura, desde una óptica que suele privilegiar el punto de vista de la mujer.

absolutamente contemporáneo, siendo asumido y reconocido como tal en las últimas décadas. Pero, al mismo tiempo, alude a un proceso continuo anterior, forjado a través del tiempo en el esfuerzo de su legitimación y en el contexto de los cambios sociales protagonizados por la mujer como sujeto histórico.

Cabe subrayar que el encabalgamiento de las categorías y la hibridad conceptual que caracterizan la discusión feminista se muestra con mayor nitidez justamente en este término, *escritura femenina*, pues él tiene la peculiaridad de ramificarse al apuntar simultáneamente tanto a la situación sociocultural del sujeto, como al universo teórico de la ficción literaria. En efecto, una primera acepción se refiere a las mujeres como sujeto histórico particular que produce determinado texto literario. Como tal se le diferencia y a la vez equipara con otros sujetos de la escritura de nuestras sociedades latinoamericanas, vinculados a otros sectores sociales y grupos étnicos. El surgimiento histórico de este sujeto es datable recientemente, pues si en lo general ha existido siempre, en tanto *conciencia de una diferencia* es un hecho que corresponde a los últimos cincuenta años.

La segunda acepción alude a un conjunto de características estéticas de las obras, de naturaleza artístico-compositiva, que puede englobar a un sector o subsistema de la producción literaria global y que puede asimilarse convencionalmente a la noción más general de *literatura femenina*. Esta última puede abarcar distintas manifestaciones (desde la novela rosa hasta textos de compleja elaboración estética), rearticulando e inventando un *corpus* determinado, cuyos límites de género, época y elaboración se establecen convencionalmente.

Es entonces por esos deslizamientos de las categorías que el término *escritura femenina* en ciertos momentos se funde con el de *literatura femenina* y hasta *feminista*. Por lo tanto, habría que distinguir *literatura femenina* (entendida como categoría de la historia literaria que designa a un conjunto de obras consideradas en razón del sujeto –empírico– de su escritura) de *literatura feminista* (postura o actitud militante; discurso ideológico implícito o explícito de un texto determinado), y también de *escritura femenina* (conjunto de rasgos internos de las obras, independientes del sujeto empírico), y finalmente de *feminismo* (movimiento social cuyas actividades se dirigen a la defensa de la igualdad social y política de los sexos, con distintas orientaciones y desarrollo histórico).

Hechos estos deslindes terminológicos, cabe revisar algunos intentos de tipificación de dicha escritura, ampliamente manejados por la crítica.

Una de las tendencias más vigorosas en este sentido suele superponer ideologizaciones dicotómicas de lo masculino y lo femenino al texto

literario, muchas veces extremando la polaridad en una perspectiva excluyente. Se ha hablado, en efecto, de una serie de rasgos de hiperfeminización del lenguaje mediante procesos narrativos desestructurantes; del predominio obsesivo de la primera persona, no en tanto voz autorial sino como un sujeto en formación, que se va constituyendo de modo espontáneo y desintelectualizado; del paulatino deterioro e insignificancia del personaje masculino, en aras del femenino o en pos de una atomización y descentralización general que afecta a todos los personajes.

En otros casos, la tipificación se hace en base a unos rasgos supuestamente masculinos “conquistados” por la escritura femenina. Entonces se menciona un lenguaje agresivo y directo, no consolador o quejoso, sin temor a las obscenidades, y sin el rodeo eufemístico que le daba el uso excesivo de tantos verbos en condicional (de acciones supuestas o frustradas), recuperando finalmente el humor, la parodia y el goce de la palabra.

Con respecto a las categorías específicas de la ficción se afirma también, como otra característica de la escritura femenina, una representación del tiempo circular y/o cíclica, omnipresente, proyectada en sentido cualitativo y no en progresión cuantitativa como suele darse en la novelística de los hombres. Hay insistencia en la configuración de espacios interiores; rechazo de las descripciones de gran angular, y la consiguiente preferencia por el *close-up* y el fragmento, la asimetría y la libre asociación. Lo incoherente, lo inconcluso, lo imprevisto y lo elíptico; lo que en cualquier momento puede ser abandonado. En otras palabras: una práctica no controlada de la creación literaria despojada de su magnificencia y enunciada desde espacios confinados.

Hay sin duda una inversión de valores al privilegiar estos rasgos. Una voluntad de asumir lo tradicionalmente descalificado como afirmación de un sistema expresivo propio, independientemente de las dificultades de definir lo “propio” en cada caso sin caer en generalidades. Hay un “gusto cariñoso” por lo inacabado, lo imperfecto; “lo que torpemente intenta un vuelo corto y cae sin gracia en el piso”, afirma Clarice Lispector en una nota a las crónicas reunidas bajo el título “*A legião estrangeira*” (1964), donde confiesa haber escrito la mayoría de esas notas durante el embarazo, para entretener la espera del primer hijo. Hay por lo tanto una exacerbación de la crónica en tanto género que registra el curso del tiempo, sometiéndose a ese registro (al género) críticamente, mostrando su falsa “naturalidad” y la necesidad de redefinirlo desde otra posición.

Este conjunto de rasgos o características ha estimulado elaboraciones más complejas. Un intento de definición muy discutido ha sido el de Marta Traba, a partir de la lectura de múltiples novelas de autoría femenina. En un artículo de 1981, incesantemente publicado,

criticado y a la vez mencionado en cada congreso –lo que nos incita a considerarlo desde ya un texto fundador–, ella propone en primer lugar una tendencia excesiva a la denotación y a la explicación, lo que parecía deberse a la propia posición de subalternidad de la mujer; anclada en las minucias cotidianas, en la inmediatez de la experiencia, en valores atribuidos e insignificantes, ajenos a una perspectiva universalista. Esto explicaría además su tendencia a *esclarecer* lo confuso del universo más que a *inventarlo* mediante una articulación simbólica de amplias dimensiones. Destacaba también cierta dificultad en mantener por separado la esfera de la ficción de la esfera de la realidad, debido a las intromisiones histórico-biográficas que empobrecían el nivel metafórico. Por último, ciertos rasgos de estilo –como la reiteración de detalles, los cortes aclaratorios de las historias y los remates bruscos al final del texto– le parecían signos determinantes que emparentaban la escritura femenina con estructuras propias de la oralidad y que se dirigían a un público más amplio, no especializado, proveniente de las capas populares. En suma, parecía evidente que esos textos no se proponían desalojar lo “literal-material” de la experiencia de la escritora sino que, por el contrario, optaban por “residir en ese mismo espacio confuso y espontáneo, pensando ‘desde dentro’ las situaciones imaginarias que no se deciden a desprenderse de las experiencias vividas” (Traba, 1981).²⁹

El límite de estas definiciones es el mismo: si con ellas se pretende legitimar una diferencia, no podrían ser objetables. Pero si el propósito es instaurar un nuevo canon o absolutizar un conjunto de reglas, condenando la escritura de la mujer a residir para siempre en lo “literal-material” –girando indefinidamente en el espacio circular, en la opacidad denotativa, en las estructuras formulaicas de la oralidad, en las mutilaciones de lo fragmentario– sin esperanza de avanzar un ápice en la búsqueda de identidad y formación del sujeto ni en los esfuerzos de construcción de una forma, entonces habrá que excluir a la mitad de la historia literaria consignada por las mujeres.

En realidad, muchos de estos rasgos, valorados como afirmación de una diferencia por ciertas tendencias de la crítica literaria feminista (Hélène Cixous, Biruté Ciplijauskaitė y la propia Marta Traba), son cultivados también por la reciente prosa experimental practicada por hombres, caracterizada por la desvirilización general y la indiferencia por realizar la gran obra abarcante y totalizadora, tal como la soñó el realismo decimonónico. Se trata de técnicas que corresponden a un

29 Como mencionamos, este artículo ha sido publicado varias veces en Hispanoamérica; en Venezuela, apareció también, con ligeras modificaciones, en la revista *Calicanto*.

proyecto estético e ideológico de la última narrativa, vinculada a una tendencia del neovanguardismo europeo y cuyos destellos parciales pueden encontrarse también en varios autores latinoamericanos.

Pero esta pequeña historia del término *escritura femenina* aún es insuficiente y nos exige nuevas precisiones. Es necesario también contextualizar el proceso de concientización de la diferencia dentro de los cambios ocurridos en el ámbito propiamente literario. El reconocimiento de esta *diferencia*, en el sentido de las plurales operaciones artísticas que revelan la problemática del sujeto femenino, debe insertarse en una tendencia mayor y desestabilizadora, por lo menos desde el romanticismo, que desacraliza los cánones y normas de la literatura desde su propio seno, debido a una conciencia cada vez más aguda de la desigualdad de los discursos y de la diversidad de los puntos de vista desde los cuales estos se emiten. A su vez, ello corresponde a una paulatina democratización de la teoría literaria que durante las últimas décadas ha ido cuestionando certezas teóricas antes intocables, llegando a revisar incluso los juicios de valor que delimitan el reconocimiento –mediante consenso, tradición o convención– de la obra literaria como tal.

Este cuestionamiento de las bases preceptivas –que hoy pareciera tener un polo extremo en el deconstructivismo francés (Derrida y Kristeva a la cabeza)– puede reconstruirse inversamente en los antecedentes de la propia tradición oficial, la cual siempre mantuvo un cierto ojo bizco alternativo que, sin proponerlo abiertamente, suministraba los instrumentos para una renovación incesante de la mirada sobre su objeto de estudio. Esta se fue articulando a la mezcla entre lo humilde y lo sublime, lo trágico y lo bufonesco, lo cotidiano y lo trascendente, tal como lo demostró Auerbach en su obra cumbre *Mimesis* (1949), donde rastreó la presencia y el predominio de estilos mezclados, partiendo de Homero y llegando a la novela europea de entreguerras.

El paulatino proceso de ruptura en relación a la teoría clásica de los niveles de representación de la realidad, con sus categorías estancadas en los tres estilos –elevado, medio y bajo– fue una tendencia ininterrumpida que propició reacomodos considerables, nuevas jerarquías y alternativas en los cánones literarios. *Las mismas nociones de dialogismo* o de *polifonía*, difundidas por Bajtín, con las cuales hoy están tan familiarizados los críticos, no hace sino acentuar y extremar la importancia otorgada al movimiento subterráneo y renovador de esas mezclas. Al rescatar la “voz de las corrientes profundas de la cultura asentada en los estratos populares” (Bajtín, 1986), sin la cual no existiría la obra misma, se reconoce la importancia de lo marginal como factor determinante en la construcción del sentido de las grandes obras literarias.

En la literatura de nuestro continente, esta tendencia tan democratizadora como atomizante, capaz de captar nuevas posiciones del sujeto, de desarrollar como central aspectos marginales y de recuperar el eco de múltiples conciencias dentro de un texto, se extrema y agudiza notablemente. Se hace manifiesto que la literatura no constituye una unidad homogénea y de conexiones necesariamente orgánicas, sino un bloque de estratificaciones verticales, formado por la superposición de distintas concepciones culturales y estéticas, de distintos tiempos y espacios en coexistencia conflictiva, de cursos colindantes en un mismo período histórico, que tanto pueden enlazarse estrechamente como seguir vías paralelas y distantes, formando el grueso “espesor de la literatura” (Rama, 1983). Un espesor que no tolera la univocidad en la lectura de las obras, ni siquiera la estrictamente feminista. Es la problemática de los discursos llamados marginales, minoritarios o escamoteados) que reclaman su lugar específico en el ámbito de los estudios literarios, donde la producción de las mujeres se inserta como una práctica más, ejercida desde un espacio *otro* que se ha llamado de la subversión o del “contra”, con el fin de potenciar un sistema expresivo propio a partir de una experiencia particular.

Estamos evidentemente ante una ampliación –una vez más– del concepto de literatura, puesto que el énfasis ya no recae sobre su carácter escriturario y cultista sino que también se abre a la legitimidad de sus desvíos y oblicuidades, de ciertas formas híbridas o heterogéneas, antes poco valoradas; y sobre todo ante un fenómeno más general, de diáspora del sujeto de la escritura, que ha ido fomentando el estudio de voces subalternas, manifestaciones minoritarias de raíz oral y/o popular, el interés por las literaturas indígenas, por la literatura infantil, etc., diseñando las líneas discontinuas –muchas veces confusas– de una cierta historia “maldita” o marginal de la literatura que se postula como beligerante y subversiva.

Pero como no se trata de perder viejas conquistas ante la promesa de las nuevas, todavía poco consistentes, ni de sustituir un polo hegemónico por otro, es necesario señalar el carácter bifronte –si no queremos decir abiertamente tentacular– de esta ambigua noción. Pues si por *escritura femenina* se entiende un discurso efectivamente marginal en tanto expresión de la subalternidad histórica de la mujer, no puede negarse el hecho de que, al participar necesariamente del código culto, vinculado al simple gesto escriturario, se da el salto de la periferia al centro, con el recurso de las distintas estrategias retóricas. Salto, pirueta o acrobacia, que habrá que estudiar en cada caso concreto.

Por ello, aun desde la más oscura buhardilla, la escritora, al emprender la aventura de la forma y enfrentarse a la invención de un mundo inédito a partir del lenguaje, conquista, construye, y equipara

su reto –por lo menos en los aspectos fundamentales– al de cualquier otro artista de su tiempo.

No podría hablarse entonces de escritura femenina como categoría estética, asimilada a una imagen de la *diferencia* como sinónimo de *minusvalía* u *obstáculo* insuperable, pues ella no solo incluye sino que tiene derecho a todos los ensayos y encabalgamientos tanto de la norma como del desvío, de la opresión de la tradición y la búsqueda de nuevas formas que ella misma promete, sin restricciones temáticas ni lingüísticas, con la libertad de asumir todas las máscaras y configurar todas las visiones. Nada le está vedado en ese proceso dinámico que puede cumplir todas las transiciones –del esperpento a la perfección, de los jirones al terciopelo, de la factura rústica y artesanal a los rigores del más exigente tejido técnico–.

Por eso, las visiones de la rebeldía propias de una literatura “reactiva”, donde el sujeto femenino irrumpe en la escritura sin distanciamiento, y los de la madurez –de la ira y el perdón, de la alegría y la autodeterminación– conviven muchas veces en la producción de una misma autora. Rosario Castellanos es un modelo ejemplar de esa coexistencia conflictiva, por cuanto reconociendo la diferencia no deja de aspirar a la totalidad. En sentido inverso, producciones de elevada rigurosidad formal, como la de Virginia Woolf por ejemplo, se entretienen y descansan en la gratuidad del esbozo (*como en Flush*). Clarice Lispector, quien quiso permanecer en los intervalos y desgarramientos de los jirones, a los que abandonó y retomó sucesivamente en cada una de sus obras, alcanza, en la totalidad de su poética, la textura del terciopelo; textura que soporta la dimensión estética propiamente dicha porque recoge la tradición, a la vez que la niega y la supera.

Estudios recientes vienen a enriquecer la reflexión sobre la diferencia al corroborar las influencias renovadoras que ella aportó a la historia literaria. Ong reconoce la responsabilidad directa de las escritoras en el largo proceso de creación y transformación de los géneros a partir del siglo XVI, y durante la etapa de transición de la oralidad a la escritura (Ong, 1997). Al no tener acceso a la educación formal que recibían los jóvenes en las academias donde se preparaban para ser oradores, las mujeres desconocían las normas estrictamente codificadas de la retórica oral de su tiempo; pero sí estaban familiarizadas –antes que ellos– con la escritura y los registros numéricos que regían la vida mercantil propia de los institutos donde se preparaban para el comercio. Esto fue determinante en la renovación de los códigos literarios, gracias al mayor contacto de las mujeres con las lenguas vernáculas, ya que los hombres (aspirantes a clérigos y a abogados) permanecían en el ámbito de la retórica latina.

Ong, como Steiner y Berger, insiste en que la novela fue un género en cierto modo fundado y dirigido por las mujeres, aunque después haya sido absorbido por los hombres. Los estilos no retóricos preferidos por las escritoras, por ser más íntimos y menos codificados, más vinculados a la vida privada y a las emociones profundas de la lengua materna que a las rígidas estructuras del latín culto, “ayudaron a hacer de la novela lo que es: más parecida a una conversación que a una presentación desde un estrado” (1997: 155).³⁰

También en la lírica medieval y las cántigas populares se ha verificado el traspaso del sujeto de la enunciación. Lo que pertenecía a la tradición oral de las mujeres fue absorbido por la escritura de los hombres a través de una serie de estrategias de apropiación y dominación que subvertían el punto de vista central original (Lemaire, 1990). Las tretas de legitimación que hoy revisa la crítica feminista en la producción de las mujeres, fueron también, en su momento, recursos de los hombres ampliamente usados cada vez que se entraba en el terreno de la creación femenina. Y en algunos casos –aun con el riesgo de simplificar un poco– ellos revelan una asombrosa equivalencia aunque en dirección inversa en relación a la actualidad. En efecto, a la elitización de la lengua de antes (el latín contra las lenguas vernáculas) corresponde la plebeyización voluntaria de hoy; a la degradación paródica de los símbolos y ritos de la cultura femenina, corresponde la burla y descalificación del universo masculino (con sus luchas de poder, su rusticidad política, sus manías machistas); al desplazamiento semántico del discurso femenino, mediante la fragmentación o descontextualización artificiosa de sus contenidos, hoy se realiza el proceso inverso aplicándolo al discurso patriarcal.

De modo que la diferencia no tiene connotaciones esencialistas, sino que es vivida históricamente de modos distintos; subvertida y degradada de ambos lados, constituye un factor tensionador de la dinámica particular/universal. Sin embargo, la consideración de la escritora sobre los efectos de esa diferencia en el campo específico de la expresión y la concepción sigue siendo uno de los tópicos más recurrentes del subsistema literario femenino más reciente. Lo que no significa que esa preocupación no haya sido planteada, sobre todo por las mismas productoras, desde comienzos de siglo y en distintos registros: ya sea mimetizándose con las exigencias de los códigos impuestos, ya sea legitimando sus transgresiones. Se ha hablado incluso de una suerte de autodeterminación “subconsciente”, cuya timidez no deja de revelar hondos conflictos en la ficción de au-

30 Ver también “La novela y las ciencias sociales” (Berger, 1979).

toras aparentemente poco combativas ante tal problemática.³¹ Una timidez circunscrita a sociedades fuertemente machistas y represoras, y que habría que relacionar tal vez con la vida escindida de las mujeres ilustradas de comienzos de siglo, con un pie en América y otro en Europa.

Directa o indirectamente, el tópico de la desubicación con respecto a la tradición literaria plasmada en las obras de los grandes maestros, y en relación a la definición del texto literario que periódicamente imponen críticos y lingüistas, es una constante temática significativa. Hasta pareciera ser, en las últimas décadas, el signo fundamental de la indagación consciente sobre la *diferencia* expresiva por la que se pregunta incesantemente la escritora. ¿Cómo y qué escribir sin traicionarse? ¿Qué figuras y qué lenguaje usar? ¿Cuáles temas? La obra de la brasileña Clarice Lispector, no deja de plantearse esa pregunta con ironía, con burla y, a la vez, con dolorosa perplejidad, no solo en *Agua viva* (1973), sino en múltiples relatos y crónicas que desestabilizan la trama central con la reflexión sobre la norma textual dominante y las vicisitudes de su transgresión.³²

Aunque no sea inquietud exclusiva de las escritoras –pues en toda composición de nuestra modernidad surgen inevitablemente esas mismas preguntas– ello dice relación con un corpus ideológico previo que normatiza lo que “se espera” de una mujer, y que suele ser insuficiente y restrictivo.³³

La literatura escrita por las mujeres ha emprendido distintas estrategias ante esa “desubicación” tradicional, las cuales, aun cambiando a través del tiempo, se replantean desde cero en cada obra y en cada autora. Desde el camuflaje autorial detrás de pseudónimos masculinos para proteger su identidad,³⁴ el proyecto de emancipación literaria implicó tanto “llenar” formas masculinas con contenidos fe-

31 Es la interpretación de Elizabeth Garrels del feminismo de Teresa de la Parra. Ver “Las grietas de la ternura. Nueva lectura de Teresa de la Parra” (1987).

32 Hemos estudiado ese aspecto en “La narradora: imágenes de la transgresión en Clarice Lispector” (1989).

33 Eliseo Diego veía en la poesía de las mujeres tres actitudes fundamentales que constituyen alternativas en relación con la diferencia expresiva (1967). En primer lugar, hablaba de una tendencia que ponía las bellas letras “al servicio de la ternura”, reiterando lo que la crítica feminista llamaría de etapa (o escritura) *femenina*; seguía con la “simulación inteligente”, cuyo noble ejemplo era la obra de Sor Juana (o etapa *feminista*); finalmente, señalaba una actitud de desprecio hacia “los juegos de los hombres”, modernamente llamada etapa de las *amazonas*.

34 Basta recordar a las hermanas Brontë, quienes publicaron con el pseudónimo Currer, Ellis y Acton Bell; a Colette, usando el nombre del marido, Willy; a Aurore Dupin, el de George Sand, entre muchas otras que registra la historia literaria.

meninos –en un proceso equivalente al que protagonizaron, inversamente, los juglares medievales– como alcanzar un tipo de creación de rasgos distintivos y diferenciados.

De modo que no se dispone de una definición exacta de *escritura femenina* ni de un desarrollo diacrónico y lineal, pues lo que se evidencia es la discontinuidad, la multiplicidad de modelos, la fluidez y la transformación constante. Sería demasiado simplista la idea de progresión, pues existe simultaneidad y a la vez discrepancia en los distintos grados de afirmación de la diferencia incluso en un mismo espacio y período. La obra de dos escritoras chilenas, contemporáneas entre sí, como María Luisa Bombal y Marta Brunet, ilustra muy bien esa otra coexistencia de alternativas irreductibles a la univocidad. La primera, al proyectar la impotencia ante la vida alienada de la mujer burguesa, opta por recrear un mundo marcado por la ensoñación y la subjetividad y, finalmente, por la identificación con la naturaleza erotizada a niveles máximos. Al emitir el relato –en *La Amortajada* (1938)– desde la voz de una muerta que observa a sus deudos sin verlos propiamente, sumida en sus recuerdos y rencores, solamente encontrará la paz en una alegórica reunificación con la tierra y con sus raíces abismales. La segunda, mediante la representación de personajes femeninos rústicos e ignorantes, carentes de la belleza deslumbrante de las heroínas bombalianas, pero llenos de insólitos recursos y habilidades para escapar a los rigores de su condición, realiza un verdadero panel de “pícaras” de la cultura femenina, abriendo alternativas, si no de cambio, por lo menos de acciones y soluciones concretas. La tematización de la vida material en bruto de Brunet y la tematización del erotismo narcisista y solitario de Bombal fueron, en unas mismas décadas, estrategias discursivas colindantes, que fundaban espacios alternativos de la expresión femenina situados *ambos* en lo secreto y en lo indecible; pero fueron espacios en cierto modo incomunicados entre sí, por quedar atravesados en los haces de la cultura –la clase, la etnia, la propia filiación literaria a la cual cada una se adscribe– determinando una práctica que no puede recluirse en la diferencia sexual sino que debe recoger las categorías propiamente literarias (vanguardia y criollismo en este caso) que organizan su movimiento más profundo. Pues es sabido que los productos literarios no pueden remitirse directamente a los grados del desarrollo social, obviando las instancias de mediación que, en este caso, son la tradición del género y las corrientes literarias vigentes en un determinado momento histórico.

Por lo tanto, toda reflexión sobre la diferencia, debería reconocer esta pluralidad de aspectos señalados. Si uno de sus rasgos definitivos es la necesidad de medirse en relación a los estereotipos creados por la imaginación masculina, también lo es su capacidad de aportar

invenciones, ya sea mediante el escamoteo, el rechazo, la crítica, la parodia y hasta la indiferencia. La inadecuación estética a la cual se ha visto enfrentada la escritora al tener que representar la realidad a partir de modelos y códigos propuestos por la literatura oficial, ha llevado a la revisión de su propia imagen inducida por muchos estereotipos, pero también al rastreo de esa inadecuación en estratos más profundos, donde se comprueba que si las visiones de mundo son incompatibles, igualmente son complementarias, porque penden a buscar el careo íntimo entre formas discursivas y de conocimiento que aspiran a reconocerse y a legitimarse entre sí.

BIBLIOGRAFÍA

- Araújo, Helena 1963 "Feminismo de América latina en plazas, letras y siglas" en *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brasilien* (Toulouse: Université de Toulouse 2 Jean Jaurès).
- Araújo, Helena 1989 *La Scherezada Criolla: Ensayos sobre escritura femenina latinoamericana* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).
- Atwood, Margaret 1985 *The Handmaid's Tale* (Barcelona: Bruguera).
- Bajtín, Mijaíl 1986 "Literatura, cultura y tiempo histórico" en *Textos y contextos. Una ojeada a la teoría literaria mundial* (Cuba: Arte y Literatura).
- Bajtín, Mijaíl 2008 *Estética de la creación verbal* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Beck, Leda 1982 "Le mouvement des femmes au Brésil: de la lutte générale en féminisme" en *Cahiers des Amériques Latines N° 26 (Paris) julio-diciembre*.
- Berger, Monroe 1979 *La novela y las ciencias sociales* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Brink-Friederici, Christl 1990 "Para que servem trabalhos comparativos?" en Batella Gotlib, Nádía *A Mulher na Literatura* (Belo Horizonte: Imprensa da Universidade Federal de Minas Gerais) Vol. III.
- Bombal, María Luisa y Brunet, Marta 1938 *La Amortajada* (Buenos Aires: Sur).
- Broca, Brito 1979 "As mulheres na literatura brasileira" en *Românticos Pré-românticos Ultra-românticos* (Sao Paulo: Estetica).
- Brunet, Marta 1967 *Soledad de la sangre* (Montevideo: Arca).
- Buitoni, Dulcília 1981 *Mulher de papel: a representação da mulher pela imprensa feminina brasileira* (Brasil: Edições Loyola).
- Cándido, Antonio 2000 *Formação da Literatura Brasileira (Momentos decisivos)* (Belo Horizonte; Río de Janeiro: Editoria Itatiaia Limitada).

- Cándido, Antonio 2006 *Literatura e Sociedade* (Río de Janeiro: Ouro sobre Azul).
- Castellanos, Rosario 1973 *Mujer que sabe latín...* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Correas de Zapata, Celia y Johnson, Lygia 1980 *Detrás de la reja* (Venezuela: Monte Ávila Editores).
- de Beauvoir, Simone 2005 *El segundo sexo* (Madrid: Cátedra).
- de la Parra, Teresa 1982 “Tres Conferencias” en *Obra* (Caracas: Biblioteca Ayacucho).
- Diego, Eliseo 1967 “Prólogo” a Gabriela Mistral en *Poemas* (La Habana: Casa de las Américas).
- Eagleton, Terry 1998 *Una introducción a la teoría literaria* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Falcón, Lidia 1981 *La razón feminista: La reproducción humana* (Barcelona: Fontanella).
- Garrels, Elizabeth 1987 *Las grietas de la ternura. Nueva lectura de Teresa de la Parra* (Venezuela: Monte Ávila Editores).
- Hahner, June 1978 *A mulher no Brasil* (Brasil: Civilizacao Brasileira).
- Hamburger, Kate 1975 *A lógica da criação literaria* (Río de Janeiro: Perspectivas).
- Henríquez Ureña, Camila 1985 “Feminismo” en *Feminismo y otros temas sobre la mujer en la sociedad* (Santo Domingo: Editora Taller).
- Hunter, David y Whitten, Phillip 1981 *Enciclopedia de Antropología* (Barcelona: Bellaterra).
- Lavrin, Asunción (comp.) 1985 *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Lemaire, Rita 1990 “As cântigas que a gente canta, os amores que a gente quer” en Battella Gotlib, Nádia (coord.) *A mulher na literatura* (Belo Horizonte: Imprensa da Universidade Federal de Minas Gerais).
- Lispector, Clarice 1964 *A legião estrangeira* (Brasil: Do Autor).
- Lispector, Clarice 1973 *Água viva* (Madrid: Siruela).
- Lispector, Clarice 1989 “La narradora: imágenes de la transgresión en Clarice Lispector” en *Música de pobres y otros estudios de literatura brasileña* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Lispector, Clarice 2013 *La pasión según G.H.* (Madrid: Siruela).
- Meireles, Cecília 1959 “Expressão feminina da poesia na América” en *Tres conferências sobre cultura hispano-americana* (Brasil: Ministério da Educação e Cultura).

- Michel, Andrée 2007 *Le Féminisme* (Francia: Presses Universitaires de France).
- Miller, Beth 1987 *Uma consciência feminista*. Rosario Castellanos (Brasil: Perspectiva).
- Ong, Walter 1997 *Oralidad y Escritura. Tecnologías de la palabra* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Ordóñez. Montserrat 1986 “Escritoras latinoamericanas: Encuentros tras desencuentros” en *Boletín Americanista* (Barcelona: Universidad de Barcelona).
- Paz, Octavio 1981 *El laberinto de la soledad* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Rama, Ángel 1983 “Literatura y clase social” en *Escritura* (México: Folios).
- Rulfo, Juan 1977 “Pedro Páramo” en *Obras Completas* (Caracas: Biblioteca Ayacucho).
- Russotto, Margara 1989 *Arte de discrepar y construir* (México: Universidad Veracruzana).
- Sarlo, Beatriz 2011 *El imperio de los sentimientos* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Selden, Raman 2001 *La teoría literaria contemporánea* (Barcelona: Ariel).
- Steiner, George 1980 *Después de Babel* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Tacca, Oscar 1968 *La historia literaria* (Madrid: Gredos).
- Traba, Marta 1981 “La literatura femenina” en *El Universal* (Caracas) 25 de enero.
- Tristán, Flora 2003 *Peregrinaciones de una paria* (Lima: Fondo Editorial).
- Urbistondo, Vicente 1978 *El machismo en la narrativa hispanoamericana* (México: Universidad Veracruzana).
- Vaz Ferreira, Carlos 1945 *Sobre feminismo* (Buenos Aires: Losada).
- Vitale, Luis 1981 *Historia y Sociología de la mujer latinoamericana* (México: Fontamara).
- Woolf, Virginia 1980 “Las mujeres y la narrativa” en *La torre inclinada* (Buenos Aires: Lumen).
- Xenakis, Françoise 1985 *Zur, on a encore oublié Madame Freud* (Francia: J.-C. LATTÈS).
- Yaguello, Marina 1992 *Les mots et les femmes* (Francia: Payot et Rivages).

LA FAMILIA DE LA ÉLITE VENEZOLANA SE INCORPORA A LA VIDA PÚBLICA*

Mirla Alcibíades

UN NUEVO ORDENAMIENTO DISCURSIVO

Argumentos relacionados con la importancia de otorgar a las niñas y a los niños el lugar que les correspondía en el entramado social, y propuestas tendientes a conceder asignaciones específicas a la mujer, fueron temas capaces de estimular la atención de la inteligencia letrada venezolana durante el siglo XIX. Pero al promediar la centuria, un nuevo ordenamiento discursivo hizo acto de presencia. Me refiero al razonamiento que llevó a pensar en el desempeño de la familia como parte del proceso de consolidación nacional. El hogar doméstico, pues, también tuvo su momento estelar en el ochocientos.

En realidad, los avatares que llevaron a tomar en cuenta el papel de significación que correspondía desempeñar al espacio hogareño tuvieron una asimilación lenta y espasmódica. Por eso debo dar comienzo a este capítulo indicando que el protagonismo concedido al núcleo familiar no fue relevante en los primeros años de la república. Conocimos que, sobre todo en los años cuarenta, el planteamiento referido

* Alcibíades, Mirla *La heroica aventura de construir una república. Familia-nación en el ochocientos venezolano (1830-1865)* 2004 (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana – Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos). Capítulo 5. Una primera exploración de estas ideas se lee en mi propuesta de 1998b.

a la economía dentro de casa fue el enfoque relevante en esta materia. Pero después de muchas vacilaciones y de inseguridades manifiestas, la élite patriarcal definió la nueva significación que debía otorgársele al ámbito hogareño. Estoy en el compromiso de señalar que el hallazgo familiar no desmereció la recurrencia moralizante. Muy por el contrario, la familia de la élite venezolana fue otra entidad que se dejó arrastrar por la invocación moral.

A fin de examinar los vericuetos que encierra ese proceso, propongo un recorrido cronológico. También aquí me veo en la necesidad de iniciar este recorrido en los años treinta y cerrarlo en los sesenta. En esta última década el discurso había madurado hasta alcanzar su formulación plena. Es un accidentado periplo que tiene su momento culminante en la década de los cincuenta, por las razones que aduciré en su momento.

UNA FAMILIA SIN CONTORNOS PRECISOS

Leamos algunos protagonistas del año 1830, cuando se inicia la etapa propiamente nacionalista. Un concepto interesado en precisar el lugar que se otorga a la familia se puede encontrar en *El Patriota Venezolano*, cuando en la edición del 1° de noviembre de ese año inaugural decía:

Las sociedades no son mas que el conjunto de las familias: luego aquellas deberán ser de la misma condición, que estas; puesto que las partes, como no puede negarse, conservan siempre su relación con el todo. (1830: 10)

Aquí no se define cuáles serían las características fundamentales de ese núcleo familiar, pero las dudas se nos despejan si pasamos a leer el otro papel periódico de inclinación eclesiástica, *El Copiador*. En su segunda entrega (septiembre 14 de 1830: 17) se refiere, en determinado momento, a la juventud y al compromiso que esta tiene frente a “la moral a que la obliga el orden paterno y doméstico”, Resumido en pocas palabras, para este sector de la sociedad la nación era lo que la familia llegara a ser: un núcleo regido por el orden paterno,¹ orden que se suponía rígido y, en consecuencia, sostenedor de la estructura social.

Páez mostraba inocultables cercanías con el sector eclesiástico al momento de sostener:

1 En el “Elogio fúnebre del señor Pedro Machado”, Pedro Quintero también tomaba en cuenta esa escala de valores: “la constancia de sus votos, que antepuso a las comodidades de la fortuna y a los encantos del hogar paterno [...]” (Sociedad Económica..., 1958: T. II, 83, subrayado por mí).

Que los hombres, a quienes la naturaleza ha dado robustez y firmeza, y la sociedad los derechos de gobernar la especie humana empeñen las armas, arrosten los peligros, y se posean de un fiero amor patrio, es lo más justo y necesario y nada tiene de singular. (*El Fanal*, enero 10 del mismo año treinta)

Era inequívoca la certeza de que solo a los hombres (a los patricios, claro) correspondía amar la patria, gobernarla y disponer de la vida de cada uno de sus pobladores. Toda la república, en suma, era asunto masculino. Siendo así, ¿cómo no iban a ser de su absoluto dominio y control los asuntos hogareños?

Sin embargo, las reflexiones sobre la familia no se quedaron enquistadas en frases al pasar, como las que leímos en la publicación eclesiástica, o como el enunciado salido de la pluma del mismísimo general José Antonio Páez. En realidad, en fecha tan temprana como agosto de 1833 el proyecto de Ley sobre matrimonio –había pasado a segunda discusión en la Cámara del Senado– concebía el primer considerando en estos términos:

1º Que deben fomentarse los matrimonios, tanto para el aumento de la población como para la mejora de la moral pública, sin oponer otros obstáculos a su celebración, que los que conduzcan para asegurar el bienestar y la felicidad de los que contraigan aquel vínculo. (*Gaceta de Venezuela*, agosto 3 de 1833)²

Como se puede comprobar, la justificación se fundamentaba en dos razones: la primera, de índole colectiva –para fomentar el aumento de la población (el imperativo demográfico) y, además (en el razonamiento tan propio del momento), para “la mejora de la moral pública” –; la segunda, de índole privada, individual para “asegurar el bienestar y la felicidad de los contrayentes”. Se buscaba, ante todo, consolidar una imagen del núcleo familiar que se correspondiera más con el modelo que la dirigencia letrada buscaba fortalecer: ponerlo a tono con la moral, y consolidar la familia nuclear. Es una invocación a la moral que demanda la vía legal para la legitimación de los enlaces matrimoniales. Esta idea moralizante apunta a la búsqueda del orden social, público, pero todavía no toma en cuenta la vinculación con la ética pública, que cobrará mayor determinación algunos años más tarde. Tiene, fundamentalmente, que ver con la propia organización del sector ilustrado que necesitaba crear sus propias coordenadas de funcionamiento, aunque de igual manera se incluye aquí el obvio

2 Nota del editor: en este artículo se incluyeron citas en español antiguo en las que se respetó la grafía original.

razonamiento de tipo eclesiástico: para evitar la vida en pecado. Con el tiempo, ese razonamiento admitió una consideración mucho más amplia.

A pesar del argumento jurídico que hemos conocido, en la práctica, la institución familiar aparecía en esos años con particularidades muy alejadas de esas que buscaba propiciarse por mediación legal (sólo pensemos en el general Páez y su amada Barbarita, que convivían en abierto concubinato presidencial). Se tiene la impresión de que la figura hogareña no tenía soporte ni legitimidad públicos, pues en muchos escritos se deja filtrar la idea de la desarticulación y la ausencia de cohesión entre los integrantes que habrían de conformarla. En la literatura, fundamentalmente en los textos dramáticos, el cobijo doméstico se estructura a través de una premisa: la familia no cuenta con todos los sujetos que le confieren base funcional. Esa fractura es cabalmente explicable en una sociedad que salía de la devastación generada por las guerras emancipadoras. Es habitual, por ejemplo, la ausencia de alguna de las dos figuras jerárquicas (madre o padre). No es extraño, tampoco, la experiencia extrema, es decir, la del hijo(a) que carece de ambas figuras de autoridad. Por citar un caso relevante, los argumentos que tejen el hilo dramático de las dos primeras obras de teatro del período (hablo de las que se conservan en los repositorios venezolanos) son emblemáticos de esta situación³. Me refiero a *La prometida*, de José Antonio Maitín (en 1835) y *El Libertino arrepentido* de Gerónimo Pompa, salido de la imprenta en 1838.

En esas dos piezas teatrales, los integrantes de la pareja enamorada se mueven entre esos extremos que he descrito: todos carecen de la figura materna, aunque no se excluye la situación de pérdida de ambos progenitores. En la obra de Maitín, rosa, la joven protagonista, vive con su padre, don Gerónimo; pero a lo largo de la trama no se presentan momentos para que la hija deje correr el recuerdo cariñoso por la madre ausente. En *El libertino arrepentido* de Pompa, se produce una situación semejante: Fernando, el joven pretendiente de Anita, también vive con el padre y, también, ha perdido a la madre, quien tampoco es objeto del menor recuerdo por parte del hijo. La situación de Anita es más gráfica en este sentido porque es huérfana de ambos padres, razón por la cual vive en casa de una tía. Puede verse de qué manera se propone la imagen de familias sin contornos precisos donde, por añadidura, la autoridad paterna es puesta en jaque por el

3 La primera obra de teatro republicano de la cual se tiene noticias es *La Restauración de Venezuela*, de 1833. Las siglas que se responsabilizan de su autora, J.M.C., comprometen, a decir de los estudiosos del tema, el nombre de Juan Manuel Cagigal (Rojas, 1986). No se conservan ejemplares de este escrito.

desacato filial: los protagonistas masculinos de ambas piezas acuden a la estrategia de engañar al progenitor para lograr sus propósitos amorosos.

A pesar de la situación que se presenta en estos primeros tiempos republicanos, poco a poco la preocupación por el tema familiar comienza a asomar desde distintos frentes, al punto de que en la década de los cuarenta es cada vez más sistemático hallar planteamientos vinculados con esta temática. *El Liceo Venezolano* (febrero de 1842: 69-75), por ejemplo, se refirió a la importancia de la matriz familiar en un artículo de Olegario Meneses (comentado en el capítulo anterior) que, significativamente, no se refería directamente a este tema sino que se presentaba como un “Ensayo sobre el estudio de la economía en general”. Reclamaba el autor en determinado momento que sea:

Organizada la familia, tomada como unidad de la especie humana, porque ella nomas contiene en sí la capacidad de perpetuarse, porque ella nomas usando de todos sus derechos, satisface á todos los deberes, consagrados por La lei de la conservación. (p. 73)

Una posición menos científicista que la asumida por Olegario Meneses –puesto que no habla de “especie humana” ni de “leyes de la conservación”–, es esgrimida desde *La Mariposa de Maracaibo* (abril 28 de 1841: 3) en un texto que lleva un título más directo: “El matrimonio”. Escrito en forma de diálogo, se sostiene en la conversación que van desarrollando Pepe y Pancho sobre el asunto propuesto. Este último, próximo a contraer nupcias, esgrime estas líneas como justificación definitiva de la decisión que acaba de tomar:

Yo debo casarme, Pepe, porque lo juzgo como un deber. Miétras mas civilizado es un país, mas se procura que las leyes i todo el órden social faciliten los matrimonios, como el estado mas perfecto del hombre, i el que mas contribuye á la moral i á la prosperidad de los individuos i de todos en jeneral.

Se ha podido advertir aquí que se activa la justificación moral (pública), en el entendido de que esta garantiza la prosperidad individual y colectiva.

Me interesa señalar, a partir de las reflexiones citadas, que la tesis matrimonial trascendió el espacio doméstico y se convirtió en planteamiento de interés para los letrados de entonces. Se le buscaba un lugar, una nueva función en el ámbito público pero, en definitiva, todavía los argumentos que se manejaban no conseguían madurar una respuesta cabal que satisficiera a todos. Fuera para garantizar la conservación de la especie, o se tratara de auspiciar el matrimonio como

mecanismo para fortalecer los principios morales (individuales y/o colectivos), el hecho cierto es que no se vislumbraba en esos tiempos una síntesis distinta a las que se deslizaban desde 1833, cuando se hablaba de garantizar la “moral pública” en el proyecto que divulgaba la *Gaceta de Venezuela*. Desde luego, no se ignoró la otra argumentación que se había visto en aquella oportunidad: la que apuntaba a la felicidad de los contrayentes. Ese tipo de abordaje fue tema privilegiado por la literatura, pero en fecha posterior. A final de cuentas, la urgencia de orden en esos años también tocó al amor, porque se quería que su materialización plena solo se consagrara en el recinto hogareño.

Por eso puede decirse que, para los años cuarenta, la temática rondaba, estaba en el ambiente. Pero, debo insistir en que, en líneas generales, no se le había encontrado todavía un lugar distinto al señalado en los años precedentes desde el ámbito jurídico. En todo caso, todos esos abordajes debemos verlos como preocupaciones incipientes, porque hay que esperar a que se consuman varios años para que tomen forma una serie de razonamientos y de experiencias colectivas que no es posible encontrar en los primeros años republicanos.

GUERRA Y PAZ

En esa década de los cuarentas, al tiempo que se planteaba el tema matrimonial, una nueva preocupación hacía acto de presencia. Quiero decir que durante esos años comenzó a hacerse sistemática una reflexión que no había tenido mayores cultores en el pasado. Me refiero a aquella que estuvo orientada a la reflexión en torno a los problemas nacionales. No quiero significar con esto que, en los años pretéritos, escritos de esta naturaleza estuvieran ausentes. Baste ver las actas de la Sociedad Económica de Amigos del País, o recorrer las páginas de *Fragmentos*, *El Liceo Venezolano* o cualquier periódico volcado al debate público, para advertir que la discusión sobre las angustias colectivas, en especial bajo la forma de los temas económicos y político-institucionales, fue presencia constante. A lo que me refiero aquí es que, a partir de 1840, aproximadamente, se tornó vocacional una temática que no se había visto en el pasado: una discursiva que buscaba las razones que permitieran dar cuenta de lo que ya no vacilaban en calificar como fracaso colectivo.

Es obvio que esos malestares surgían a partir de la caída de los precios del café –a finales de la década de los treinta y comienzos de la de los cuarenta–, cuando los sectores que generaban opinión se vieron afectados por la contracción que experimentara la economía. Debido a esa situación, al promediar la década de los cuarenta se hablaba de crisis, porque nadie parecía estar dispuesto a ocultarla. En 1845 –por citar un momento de esas manifestaciones de pesimismo– *El Repertorio*

hablaba del “desaliento” que cundía por todas partes (“Instituto Tovar”, enero de 1845: 53). Por ese motivo, viene a propósito examinar aquí el tipo de respuestas que se ensayaron, todas unidas en el intento de dar una explicación a las calamidades que afectaban al colectivo. Tanto el sector oficial como voceros privados se hicieron eco de esta situación de asfixia nacional.

Dentro de ese espíritu de señalamiento crítico a la parálisis general, el 10 de diciembre de 1847 la Diputación provincial de Caracas eleva a la Honorable Cámara de Representantes unas “Peticiónes al Congreso” que comienzan con un balance de lo más desalentador:

En progresiva decadencia la agricultura, las demas industrias sin aliento, en inanición el comercio, las rentas alcanzadas, la desconfianza en los empresarios y capitalistas, los ánimos desalentados y en agitación, la sociedad en conmoción y efervescencia, he aquí el doloroso cuadro que ofrece la provincia de Carácas. (Diputación provincial de Caracas, 1847: 51)

No se quedaba ahí el demoledor balance de los honorables caraqueños porque, de inmediato, se proponían “investigar y descubrir las causas de tan violento como lamentable estado” (*ídem*). No les tembló el pulso para sentenciar que el único responsable, aquel a quien correspondían todos los señalamientos enjuiciadores, el mayor culpable de ese cuadro de horror, era el recién electo presidente José Tadeo Monagas. La razón primera que justificaba esa acusación descansaba en: “(e)l menosprecio y violación de las leyes y del código fundamental, que se observa en el Supremo Poder Ejecutivo” (*ídem*). Claro está que quienes se expresaban con tanta acrimonia eran los salientes personajes de la administración paecista reacios a aceptar el advenimiento de nuevos tiempos, tiempos en los cuales muchas figuras centrales de los años anteriores tuvieron que abrirle paso a antiguos rivales.⁴ Pero más allá de la contingencia de partidos, el hecho cierto es que la aceptación de un estado de crisis generalizada –crisis que no se refería únicamente a la zona central de la república– se divulgaba desde varios frentes.

Los sucesos acaecidos a las puertas del Congreso el 24 de enero de 1848, producto de las tensiones suscitadas entre el Ejecutivo y el

4 El informe que esa corporación entregó al año siguiente, es decir, las *Ordenanzas, resoluciones y acuerdos de la H. Diputación provincial de Caracas, expedidos en 1848*, pretendió poner las cosas en su lugar cuando sentenció que esa petición elevada al Congreso el 10 de diciembre del año anterior “fue un pábulo para que el partido que acaudillaba el General José Antonio Páez se lanzase en una conspiración en la que se han causado males infinitamente remediabiles y á esta provincia nunca reparables” (Diputación provincial de Caracas, 1848: 64). Esas líneas finales hacían abierta alusión a los sucesos acaecidos en el Congreso de la república en enero de 1848.

Legislativo,⁵ fueron el detonante que avivó la polémica en torno al estado de inquietud que vivía el país, y deben ser examinados como consecuencia de las tensiones políticas que se habían represado y que se canalizaron en ese estallido. Numerosos escritos se divulgaron en su momento sobre la magnitud de los hechos.⁶ Planteamientos en torno a la guerra y los efectos que los constantes alzamientos armados generaban en el colectivo, no se hicieron esperar. En ese contexto, no debe extrañar que la opinión pública adoptara una actitud plañidera ante el estado de permanente inquietud colectiva que agobiaba la existencia de los moradores de estas tierras.

Sería faltar al rigor de los hechos si se pretendiera insinuar que nunca antes se había hablado de este problema. En realidad, voces esporádicas se habían pronunciado desde los inicios republicanos para cuestionar los constantes levantamientos armados. Por ejemplo, *El Fanal* no tuvo freno para criticar con acritud la sublevación de Monagas en 1831 o para sostener en el número del 12 de marzo de 1831 que “una revolución se sucede á otra” (p. 172), *El Patriota Venezolano* llamaba a “establecer la paz, fuente inagotable de todos los bienes” (septiembre 26 de 1831: 26). En 1835 las *Epístolas Catilinas* tomaban un texto del número 71 de *El Ecuatoriano de Guayaquil* que cerraba con estas líneas: “[hay que] buscar un remedio á la lepra revolucionaria que nos aflige”. En 1836, *El Censor* aludía a la necesidad de castigar a los responsables del levantamiento del mes de julio del año anterior, con la mira puesta en la revolución que debía “ser castigada, porque es indispensable establecer la moral política en este país”. Resulta a propósito recordar que las *Memorias* anuales de la Secretaría del Interior y Justicia habitualmente abrían con la sección “Orden Público”, hecho que revela una preocupación constante frente al problema.

Pero lo que va a cambiar al arribar a los últimos años del decenio de los cuarenta es la sistemática observación sobre tan delicado asunto. Desde esos tiempos, no solo se va a hablar del problema poblacional, es decir, de la baja densidad demográfica, o de la escasa concurrencia a las aulas de clase, o de la ausencia de caminos, la mengua del comercio, la pobreza agrícola o el rechazo al trabajo productivo

5 Los hechos escenificados en la sede del Legislativo el 24 de enero de 1848 expresaron la radicalización de posiciones que situó, en un bando, a los congresantes de mayoría paecista y, del otro, al Ejecutivo de base monaguista. Las consecuencias se tradujeron en la muerte de algunos parlamentarios y de algunos testigos ocasionales que se acercaron a seguir el desarrollo de los acontecimientos.

6 Para un conocimiento más puntual sobre lo acaecido en esa fecha, es de inevitable consulta el acucioso balance que ofrece José Santiago Rodríguez (1976). También abonan para una lectura adecuada Rafael Castillo Blomquist (1991) y Catalina Banko (1996).

que manifestaban los venezolanos,⁷ para tratar de encontrar la fuente de los males públicos. Al llegar ese momento el discurso antibélico, formulado, sobre todo, por representantes de los sectores no gubernamentales, se entroniza de manera definitiva para tomar auge sostenido en las próximas décadas.⁸

Es decir, la atribución del atraso colectivo a los levantamientos armados se convirtió en argumentación sistemática al mediar el siglo. El número 36 de *La Prensa*, de Juan Vicente González (Caracas, febrero 9 de 1847: 122), decía en un “Remitido” que “(l)a causa principal que hasta ahora ha entorpecido é impedido el progreso natural de la república, es el estado de intranquilidad á que nos conducen las frecuentes y continuas revueltas interiores”. La corrupción, el ocio, el rechazo al trabajo se abarataron en la atención censora.

Quiero hacer énfasis en la idea de que los denunciadores más entusiastas del peligro que significaban las armas para el progreso nacional, no descartaron ningún canal para hacer manifiesta su preocupación. Incluso la producción literaria fue de utilidad para estos fines. Por ejemplo, el prólogo que escribe Federico V. Maitín a *Tristezas del alma*, de A. Lozano, aprovecha la oportunidad para referirse al estado de malestar público que padecía Venezuela: “(h)oy nos encontramos en medio de una lucha: el padre contra el hijo, el hermano contra el hermano” (1845: 8). En fecha no determinada por sus estudiosos (de todas maneras, antes de 1851), José Antonio Maitín había escrito en “Para un álbum” –que incluyera en sus *Obras poéticas*– estos versos: “¿Cómo pretendes que ahora,/ Cuando los poetas callan,/ Pueda yo cantar, señora,/ Cuando Venezuela llora,/ Cuando las guerras estallan?” (1851: 74).

En los años cincuenta, el discurso literario procuró abundantes momentos para exteriorizar las desazones que procuraba la guerra. Una de esas manifestaciones se encuentra en las páginas introductorias al volumen antológico *Flores de Pascua. Colección de producciones*

7 En 1835, a raíz del golpe de Estado contra José María Vargas, el autor de las *Epístolas Catilinas* (F. J. Yanes) manifestaba estar “convencido de que la primera raíz de todas las facciones que han devorado este suelo, es el infame deseo de vivir de la propiedad ajena, y de las rentas públicas”, para rematar con esto: “(s)í, mi amigo es la corrupción la madre de nuestros trastornos” (1835, n° 2: 4). Se puede advertir que no se maneja todavía el argumento de la guerra como razón determinante de la crisis. En esos tiempos muchos veían con mayor preocupación la tendencia al ocio: el desinterés por el trabajo productivo. De hecho, abundaron los llamados a favor del trabajo.

8 Ciertamente, una de las razones que permitió la aceptación mayoritaria que tuvo Guzmán Blanco a su llegada al poder fue, justamente, la estela de pacificador que le precedía.

originales en prosa y verso, aparecido en Caracas en 1854. En sus renglones iniciales expone estas certezas:

El genio de la guerra apenas ha plegado sus alas, cuando la musa nacional templa su lira para saludar la paz con sus dulces cánticos, del mismo modo que tras la horrenda tempestad brilla el Iris en los confines del Cielo. Es una ley constante de la humanidad, que tras el estridor de las batallas, después de los vítores y gemidos de la guerra, luzca el astro de la Poesía fecundizando el númer de los trovadores, que inspirados las mas veces por los inmediatos sucesos, brotan cánticos melodiosos, como las flores fecundizadas al calor del Sol. (VVAA, 1854)

No faltará quien vea en esas líneas el reconocimiento de cierto tipo de gratificación proporcionada por la guerra: cuando menos serviría para alimentar el numen de los poetas. Pero, en realidad, no es ésa la intención de esas líneas porque inmediatamente después añade esta aclaración:

Esos cánticos forman el libro que presentamos hoy á nuestros lectores; ellos encontrarán un eco en los corazones que arrebatados por el entusiasmo mismo del poeta, hasta identificarse con él en sentimientos, mitigarán quizá la tristeza que las horas de duelo y de pesar han arrojado sobre el alma.

Sabemos, entonces, que la poesía no era el resultado benéfico de la lucha armada, por el contrario, el texto poético es uno de los mecanismos que salen al paso para minimizar el sentimiento doloroso, legado por el “genio de la guerra”. Me interesa la consideración del tema bélico en la poesía de esos años, porque no es un aspecto que suela ser considerado por los estudiosos del romanticismo en América Latina (en Carilla, por ejemplo, está ausente). Debo señalar que esa preocupación por el problema armado inquietó la conciencia de la mayoría de los letrados de entonces.

No pretendo alimentar la idea de que fueron solo los literatos quienes adhirieron ese predicamento. En realidad, muchos venezolanos se pronunciaron sobre el particular. Sí quiero insistir en la propuesta de que entre los años finales de la década de los 40 y comienzos de la siguiente, se estableció esa ecuación que he venido esbozando: la que fijaba la relación entre crisis pública y atraso extendido con las acciones bélicas. No resulta paradójico que el tema se convirtiera en machacante insistencia en la década siguiente (en los cincuenta) porque se hacían eco del impacto que produjo en la conciencia de todos el alzamiento de Antonio Leocadio Guzmán en 1846 y, sobre todo, los acontecimientos conmocionantes que se desarrollaron en el Congreso el 24 de enero de 1848. Así, pues, la consideración en torno al tema subversivo acaparó la verba de los publicistas de esos años.

Dentro de esta línea, *El Caraqueño* (agosto 27 de 1850: 3) inserta las “Reflexiones de un anciano militar”, en donde, to mando la voz de un octogenario que participó en la guerra de independencia, se despliega el siguiente balance:

Ah!... y qué triste es el cuadro que dejo trazado para un octojenario que perdió su tiempo, sus años juveniles y su sangre por conquistar la independencia... y advierte ahora que solo conquistó para su patria, hijos ingratos, revoluciones y desastres... ¡Que peleó por la libertad... y sus fatigas y sacrificios hechos en los altares de aquella diosa han sido estériles, y contribuido únicamente... á cambiar un tirano extranjero por cien ó por mil de casa sin títulos ni méritos!

En una línea afín de señalamiento crítico, el editorial del primer número de *La Unión* (noviembre 9 de 1850: 3) emitía conceptos de similar naturaleza, aunque se dedicaba a incluir en el planteamiento los desórdenes que ese estado de cosas introducía en otros espacios de la vida pública. Al mismo tiempo, también se esforzaba en señalar el efecto corrosivo que ejercía la guerra, al auspiciar la desunión entre familias y, por añadidura, entre los mismos venezolanos:

El retroceso de las industrias, la necesidad de gastos extraordinarios que agotan el erario, la ocupacion de todos los brazos en el ejercicio improductivo de las armas, el abandono consiguiente de los campos y talleres, la paralización del comercio, la desconfianza general, resultado del desorden que produce la guerra, las crueles enemistades privadas de las familias divididas en opinion, no nos han dejado al lado de tantas victorias, sino luto y llanto, pérdidas y atrasos.

En las primeras páginas de su *Estudios sobre los partidos*, Mariano de Briceño confiesa que: “(c)on muchísima prudencia he podido, durante cinco años y al traves de las revoluciones, conservarme en la tribuna de la prensa, escribiendo sobre cuestiones de intereses generales” (1855: 4). Es una declaración que equivale a decir que la guerra era una constante y que, por añadidura, agredía todo espacio productivo. En 1855, *El Agricultor* ofrecía un esbozo de la “situación actual” cuando aludía: “(a) las luchas fratricidas, á los escándalos políticos, á las profanaciones de la moral, al descrédito de nuestras viejas instituciones” (marzo 17 de 1855). Ese mismo año José María de Rojas comenzaba así el primer número de *El Economista* (marzo 1° de 1855: 2): “volvemos á emprender la tarea periodística, despues de siete años de disturbios domésticos, de ódios, de venganzas, de derramamiento de sangre, de desgracias i de ruinas en toda la superficie de la república”.

La Guerra Federal dio motivos para el desarrollo de esta temática en forma intensa y constante. Un poema que aparecía en *El Herald*,

de Juan Vicente González (mayo 28 de 1859), pintaba con sombríos rasgos femeniles el paso de la guerra. Su autor, Vicente Coronado, concibió la primera estrofa de “La discordia civil” de esta manera:

En torvo ceño y con feroz mirada,
Suelto el cabello, pálida figura,
Su paso mueve ya... ronca, agitada,
En desórden febril vaga sin tino,
En amenazas rompe, impreca, jura
En hiel y sangre el labio purpurino,
Como bacante impura
Enagenada del furor y el vino.

La llamada “guerra de los cinco años” dio motivo a mucha literatura que adversó la ferocidad armada. En *Formación y proceso de la literatura venezolana*, Mariano Picón Salas recuerda de esos días el poema de Jesús María Morales Marcano que comienza:

¿A dónde, a dónde os despeñáis impíos?
¿Por qué la diestra airada
A empuñar vuelve la depuesta espada?
¿No ya bastante nuestros patrios ríos
Tiñó en sangre latina infanda guerra
Y tiñó el mar y enrojeció la tierra? (1984: 67)

En la década de los sesenta es prácticamente imposible encontrar un escritor venezolano que no tomara en cuenta los problemas generados por la guerra. En realidad, no hablo de exclusivismos cuando planteo la preocupación por la inestabilidad pública. Durante esa década muchos latinoamericanos se volcaron sobre esta misma idea. El ecuatoriano Juan Montalvo, por ejemplo, escribe su “Ojeada sobre América” en los años que indico, donde, a través de un recorrido por América hispana, llega a ofrecer como conclusión esta interrogante: “¿Cuál de las repúblicas sud-americanas puede lisonjearse de situación pacífica? Respuesta triste y verdadera, ninguna, ninguna” (1977: 7). En Perú, Luis Benjamín Cisneros publica en 1864 la novela *Edgardo* (París: Rosa Bouret) y también allí –en palabras de Riva Agüero– parece “haberse propuesto demostrar las funestas consecuencias de la anarquía y las guerras civiles” (1905: 109).

Volviendo a Venezuela, con especial énfasis a partir de los años cincuenta y sesenta, se comenzó a esgrimir todo tipo de razonamientos para demostrar la relación inequívoca que se tejía entre la intranquilidad pública y el atraso del país. Iba más allá de la actitud quejumbrosa el editorialista de *La Unión* el 9 de noviembre de 1850 cuando se lanzaba a proponer salidas al problema. ¿Qué hacer?, parecía

ser la consigna de marras. De inmediato, buscaba comprometer a la opinión lectora con la alternativa que veía como más expedita: “(c) almemos las pasiones, estrechemos el lazo de la fraternidad, hablemos a la razón”. Fiel a su predicamento, *La Unión* buscó precisar el objetivo que guiaba su trabajo editorial. En suma, se arrogaba la tarea de “la conservación de la libertad política por el cumplimiento de la Constitución, y la mejora de las leyes que nos rigen”. El problema que encerraba esa alternativa era que –de acuerdo con nuestro examen precedente– ya había sido ensayada sin mayores resultados desde los tempranos años de república. Bien mirado, la alternativa encontrada no estaba señalada por la originalidad, porque del desenfreno de las pasiones y de la mediación racional para minimizar sus efectos devastadores, se venía hablando desde tiempo atrás.

El editorial a la entrega número 23 de nuestro conocido *El Caraqueño* (febrero 4 de 1851: 1), seguía manteniendo la relación entre atraso colectivo y levantamientos armados. Más aún, en esta oportunidad no se examina la incidencia de las armas en la vida privada o en la economía, la literatura o las industrias. La reflexión del editorialista era de utilidad para denunciar los efectos que la lucha armada ejercía en la educación y en el desarrollo científico de Venezuela. Ambos planteamientos los resolvía en estos términos:

Cuarenta años hemos pasado [desde 1810, M.A.] en esta fatigante lucha, sin que en el trascurso de este largo período hayamos vislumbrado siquiera un rayo de esperanza. Las revoluciones se han sucedido instantáneamente dejando tras sí, cada una de ellas, una huella de sangre y algunos años perdidos para la patria.

[...]

Creyóse en Colombia y después en Venezuela que bastaría la confección de buenas leyes para el progreso de la Nación.

[...]

Pensóse, y no sin fundamento, que una palanca formidable del progreso nacional hubiera de ser la *instrucción* pública [...] Este ramo importante, el más importante acaso de una república, ha sufrido y está sufriendo en la nuestra los embates que son inherentes a la revolución. Y cuando la revolución se atraviesa en el sendero de las ciencias; cuando ellas ó los que la favorecen llega hasta á hacer que los planteles del saber sean otros tantos instrumentos de sus miras políticas..., es imposible, es de todo punto imposible la marcha de la república por la vía del progreso (cursivas en el original).

Queda claro que *El Caraqueño* no veía con ojos optimistas los poderes benéficos atribuidos desde tiempo atrás a la legislación (las “buenas leyes”) y a la instrucción pública. Por encima de esos mecanismos garantes del progreso, se erigía terrible y amenazante la razón armada. Ese mismo año de 1851, Mariano de Briceño se conmocionaba ante el fenómeno de la guerra que había estallado en la Nueva Granada, con estas líneas:

Una revolucion mas en la América española! Su historia no es mas que un tejido de revueltas. El Poder en estos países no es mas que la cucaña de un palo encebado que se coloca en medio de una multitud desenfrenada. (1855: 55)⁹

Por su parte, *La Corneta del Pueblo* (junio 21 de 1853) aventuraba una observación sobre la guerra, mucho más prolija que las conocidas hasta ahora, y que bien vale la pena tomar en cuenta en este instante:

La guerra civil trae necesariamente el hambre y la peste consigo. Los campos quedan abandonados de la mano del hombre que los hace producir el pan para el pueblo. La atmósfera se contagia por el abandono de la policía, que hace conservar con aseo las ciudades y los pueblos. Todo, todo lo que el hombre ha calculado y conserva en la vida social para su recreo, alimento y comodidad, queda reducido á la nada por la guerra civil.

[...]

La guerra civil trae la impiedad aleja la caridad y la prolijidad cristiana, fomenta los vicios, enciende la hoguera de la discordia y retira la confianza y la buena fe de los hombres, que hace mas grata la vida y mitiga la dureza del infortunio.

[...]

La guerra civil torna la bondad del corazon de los pueblos en dureza y ferocidad. Para librarse, pues, de tantas desgracias, los pueblos todos deben mirar la guerra civil con el horror mas grande, y rechazarla con toda su fé.

La Corneta del Pueblo decidía insinuar una salida bastante volátil en su concreción práctica, por cierto. Esa respuesta se deja filtrar en las últimas líneas del texto copiado a la letra. Ante las dificultades para encontrar una salida expedita (de alcance inmediato) al problema, le parece suficiente al autor del escrito que, por lo pronto, lo rechacen “con toda su fe”. Pero la experiencia ya les venía demostrando que la fe solo servía para mover montañas.

9 Escrito originalmente en 1851 para el *Diario de Avisos*, posteriormente fue recogido en su *Estudios sobre los partidos*, de 1855, por el mismo autor.

A los planteamientos que hablaron de la necesidad de recuperar la población, habida cuenta de los efectos devastadores del terremoto de 1812, de las guerras de independencia y, posteriormente, de los levantamientos armados y de las epidemias; a los programas inmigratorios, que se proyectaron y se ensayaron desde fecha relativamente temprana, y que estuvieron condenados al fracaso, entre otras razones, de acuerdo con la conocida (cap. II) opinión de *El Caraqueño* en el número 24 (febrero 12 de 1851: 1), porque hacían falta dos condiciones de las que Venezuela carecía: “grandes fondos de qué disponer, y sobre todo, *paz pública*”, vino a sumarse con fuerza cada vez más determinante la reflexión en torno al poder devastador de las asonadas bélicas.¹⁰

La constatación del problema vino aparejada con la asignación de responsabilidades. *El Clamor del Pueblo* (mayo 21 de 1855) optaba por un discurso que no vacilaba en endilgarle a las falanges políticas el haberse convertido en manantial de donde abrevaba el mal. En tono altanero, les interrogaba con acrimonia:

Nosotros [los ciudadanos, M.A.] hemos arrasado poblaciones enteras, asolando los campos, destruido las mieses, mancillado las vírgenes, perseguido la virtud, castigado el mérito, menospreciado el honor, ultrajado la religión y premiado el crimen y la traición...? No, y mil veces no.

Era un parecer compartido por los redactores de *El Foro*, cuando hacían extensivo el problema a todas las ex colonias de España en América. En esa circunstancia, reproducían un texto de Miguel Ortiz Pineo titulado “Las repúblicas hispano-americanas”, en el cual se llegaba a este convencimiento:

En casi todos los pronunciamientos y revueltas que han sufrido las repúblicas hispano-americanas desde que proclamaron su independencia, no hemos visto nunca mas que la obra de las fracciones políticas, la mano de este ó el otro bando, una conspiracion fraguada por un general para derribar al dictador reinante y coronarse con el poder en nombre de la fuerza. (agosto 24 de 1858: 2)

A partir de estas observaciones, podemos advertir que los sectores ajenos al ejercicio de la política fueron los más interesados en lograr los

10 Al examinar el lapso que vengo recorriendo, un historiador contemporáneo ha ofrecido el siguiente balance: “durante los dieciocho años del predominio de José Antonio Páez”, el general “debe enfrentar no menos de ochenta y cinco “movimientos” de la mayor variedad”; los Monagas (José Tadeo, José Gregorio y, nuevamente, el primero) “deben soportar en los doce años de sus gobiernos algo más de noventa y siete sacudidas” (Salcedo Bastardo, 1982: 377-378).

beneficios de la paz. No parecía haber puntos de coincidencia en ese sentido con los intereses de quienes aspiraban al ejercicio del poder gubernamental. En este último escenario estuvo viva, en todo momento, la llama de la revolución, como es lógico suponer.

Por otro lado, hubo otro sector que logró ponerse en sintonía con las exigencias conciliadoras de esa mayoría que hablaba de paz: los voceros gubernamentales. En ese nuevo predicamento pacifista, los representantes oficiales introdujeron sensibles modificaciones en el registro lexical: mientras en las décadas anteriores ese sector de la población hablaba de “facciones”, para referirse a quienes atentaban contra la paz pública, a partir de la década de los cincuenta ese lenguaje cambió. Por ejemplo, la *Exposición que dirige al Congreso de Venezuela en 1855 el Secretario del Interior y Justicia*, prefiere acudir a la expresión “guerra fratricida”, al referirse al problema armado en el consabido ítem “Orden público” (Secretaría del Interior y Justicia, 1855: 1) con el que abría el informe anual. El encargado de la cartera ministerial comenzaba su acopio de información de esta manera:

El Ministro del Interior que termina hoy sus tareas administrativas, al rendir ante vosotros sus últimos informes, siente el desagrado de anunciaros, por segunda vez, que la república en el año que concluye ha sido víctima de nuevos trastornos, y que la sangre venezolana ha corrido nuevamente en medio de los azares de tristes contiendas, que la han enlutado como en años anteriores. (1855: 1)

La ausencia de paz pública fue vista en esos momentos como la causante de múltiples problemas: económicos, sociales, políticos, educativos, culturales, familiares, morales... Se entendía que ese estado de intranquilidad constante impedía, incluso, la solución del problema poblacional, como advertimos en las palabras de *El Caraqueño* en 1851. En ese escenario del análisis, la década de los cincuenta encontró en argumentos de esa naturaleza la posibilidad de comprender el panorama desalentador que mostraba el conjunto nacional. El estado de letargo económico, las dificultades para consolidar logros en materia instruccional, el problema demográfico, etc. se podían explicar porque existía la guerra. En ella estaba el origen de todos esos males. La salida al problema fue unánime: había que alcanzar la paz.

En “Cosas sabidas y cosas por saberse”, penetrante reflexión de mayo 8 de 1856, Cecilio Acosta adelantaba algunas ideas sobre los abundantes estímulos que generaba la armonía interna:

Este es uno de aquellos beneficios que no forman algazara, que de ordinario no se aprecian, sino que más bien se malbaratan, y *la única condición y el único camino para el adelanto de los pueblos*. Ella es la que acerca y doc-

trina a los hombres, la que los atrae y liga por el comercio, la que los reúne y hace amigos en los mercados, la que uniforma los intereses por el espíritu de asociación, que nace luego del tráfico, la que hace florecer las artes e industrias, primera causa de apego al suelo y fundamento de amor patrio, la que preside a las deliberaciones comunes, la que hace conocer y satisface las necesidades colectivas. (1982: vol. II, 666, cursivas en el original)

La década de los cincuenta cerró con un áspero fardo de dolor: en 1859 estalla la Guerra Federal. Cuando el Tratado de Coche le puso fin en mayo de 1863, terminaba la contienda armada mas no el estigma que calaba hondo en el ánimo de los venezolanos. Azuzados por la guerra reciente, muchos escritores volcaron su desaliento en la hoja impresa. En muchos casos para invocar las bondades de la paz.¹¹

Probablemente fue de comienzos de la década de los sesenta un poema escrito por Miguel Tejera (había nacido en 1848) titulado: “A Venezuela. En sus guerras civiles”. El poema figura en su *Venezuela pintoresca é ilustrada*, con una nota de presentación en la cual se aludía a los múltiples infortunios padecidos por la patria. Algunas de esa líneas dicen así: “(e)sos grandes infortunios tuyos [de Venezuela, M.A.] conmovieron tan profundamente mi corazon, que casi niño, puede decirse, arrancaron á mi alma las siguientes estrofas”. Casi niño, ha recordado en esa oportunidad –¿quince años?, ¿tal vez en 1863?– de todas maneras, lo que quiero destacar es que, en determinado momento, la voz lírica se eleva acongojada con estos versos: “Eres toda un sepulcro ¡oh patria mia!/ Que dentro el seno, funeral profundo/ Apaga de tu historia el claro día!...” (Tejera, 1986: T. II, 77).

En 1863 –conmovido por el estallido de la guerra federal– Francisco Guaicaipuro Pardo publica en *El Independiente* el poema “A Venezuela”. La quinta estrofa se concibió de esta manera: “Por qué al fragor de guerra,/ Presa inerme de loca muchedumbre,/ Cubrió tu hermosa tierra/ Igneo volcan de pavorosa lumbre/ Del ancha pampa á la suprema cumbre?” (el poema de F. G. Pardo fue recogido en *Obras poéticas*, 1876).

Otra publicación literaria, esta vez una revista que comenzó a circular en 1865 bajo la dirección de Juan Vicente González, *Revista*

11 En toda Venezuela se adelantaron festividades religiosas para dar gracias por la paz. Generalmente eran las damas quienes organizaban esos actos de fe. Las caraqueñas, por ejemplo, se reunieron a acopiar “una fuerte suma con el objeto de consagrar una fiesta en obsequio de la vírgen de las Mercedes para obtener por su intercesion el precioso don de la paz” (*El Independiente*, abril 30 de 1863: 4). La misma publicación incluía en su edición del 15 de mayo de ese año un poema *ad hoc* (“La paz”), firmado por F.E., que terminaba de esta manera: “Volemos presurosos, ciudadanos,/ Al templo de la paz y la concordia/ A probar que sabemos ser hermanos:// Juremos odio eterno á la discordia,/ Tengamos á la guerra horror profundo,/ Buscando así la admiracion del mundo”.

Literaria, inculpaba a las armas de lo que consideraba un atraso sensible en el campo literario. Todo su reproche se volcaba en las primeras líneas de la entrega inaugural:

La literatura nació un día entre nosotros, i sin las agitaciones i revueltas ¡ai! que han consumido al país, tendríamos acaso una, ingeniosa, noble, fruto espontáneo de nuestra civilización i nuestro clima. (1865: 3)

Ese mismo año, en 1865, el editorial de *El Federalista* (mayo 31) lanzaba la siguiente advertencia:

Después que ha pasado por un pueblo el carro fatídico de las revoluciones: después que la guerra ha alborotado con su ruido y desquiciado con su violento empuje á los hombres y las cosas: después que todo esto ha sucedido y que el polvo de las ruinas ha cubierto y ocultado por largos años el código de las leyes, preciso es convenir en que un estado más ó menos grande de relajación moral es consiguiente, y que á la turbación de la paz siguen de cerca la depravación de las costumbres, el descuido, si no el olvido de las buenas maneras, el desprecio de la autoridad, la desconsideración personal y *la falta de respeto*. (cursivas en el original)

El *Informe que el Ministerio de Relaciones Exteriores dirige á la Legislatura Nacional de los Estados Unidos de Venezuela en 1866*, que suscribía el ministro Rafael Seijas, mostraba un tono quejumbroso ante la imagen que tenía de Venezuela la “comunidad de pueblos civilizados” para 1865:

nuestro estado á menudo incierto y precario, la frecuencia de las revueltas, el temor de nuevas perturbaciones y otros hechos nos han perjudicado tanto que se creen las mentiras de más bulto que, se nos supone en tal atraso que no podemos ser admitidos en la comunidad de los pueblos civilizados, y se nos juzga por principios especiales. (Ministerio de Relaciones Exteriores, 1866: 9)

En síntesis, guerra y paz fue el dilema que mortificó a las más agudas conciencias de aquellos años. Mayoritariamente, la elección estuvo a favor de la segunda. Pero había un problema, y este se resumía en una seca pregunta: ¿cómo lograrla?

UNA SALIDA CONCILIADORA: LA MATRIZ FAMILIAR

Pudieron seguir rumiando desaliento o, tal vez, escepticismo y, en consecuencia, macerar prolijas reflexiones referidas a la guerra y a la situación de caos que se había generado en todo el territorio de la república. Pudieron, por el contrario, optar por la inacción y apertrecharse en un mutismo doloroso y exasperante. Desde otra perspectiva,

también pudieron elegir el rechazo a toda idea pesimista para, en una línea definitivamente esperanzadora, enfrentar el qué hacer. Por fortuna, y para su propia tranquilidad, esto último fue lo que hicieron.

En ese convencimiento, continuaron atendiendo las necesidades de los tres sujetos sociales que, en forma casi simultánea, habían venido estimulando su interés desde los años treinta (sin que, todavía, les fuera posible establecer puntos de contacto entre ellos): los niños, las niñas y las mujeres. Esto quiere decir que no les cruzó la idea de abandonar el estímulo a la instrucción de los niños y las niñas ni descartar la publicación de textos de estudio y lectura para ambos, por un lado, y, por el otro, no dejaron de lado las reflexiones en torno a la mujer y tampoco su preparación para la vida hogareña.

Desde luego, hubo el deseo de encontrar salida a la recurrencia armada, Por ejemplo, se dieron los intentos por conciliar ambos escenarios: el del llamado a la paz con el aula de Clases. Si la guerra era la causa del atraso colectivo, no faltó quien le atribuyera al espacio docente la facultad de contribuir a erradicar el ánimo levantisco de los venezolanos. En 1856, el gobernador de la provincia de Yaracuy concedía las siguientes bondades a la instrucción:

Es una verdad innegable que la educación influye sobre los pueblos de una manera directa, modificando los hábitos y costumbres de sus hijos, y despertando en ellos amor por el orden y la paz, fuentes fecundas de inagotables bienes, cuando se logra afianzarlos en un país. (Diputación provincial de Yaracuy, 1856: 12)

Esta posición equivalía a decir que había que calmar en los venezolanos, desde la más tierna infancia, las inclinaciones levantiscas. Por tal motivo, no se vio como un exceso la relación entre el tema educativo y la escuela. Por donde se la mirara, la asistencia a clases garantizaba ganancias a futuro. Pero, en definitiva, al cabo de poco tiempo les quedó claro que las proyecciones del aula no eran suficientes para enfrentar la ingente tarea de lograr la paz nacional.

También tuvimos oportunidad de ver la salida poco menos que espontánea (¿o ingenua, tal vez?) que proponía *La Corneta del Pueblo* al implorar, casi, que se rechazara la guerra con toda la fe, No faltó quien planteara la necesidad de adelantar una guerra definitiva que cercenara de raíz las aspiraciones fratricidas que se pudieren imaginar siquiera: la guerra de las guerras.¹² Hubo las nostálgicas aspiraciones

12 Esa idea se arrastraba desde tiempo atrás. *La Mercurial* (Valencia, marzo 3 de 1831) incluía un poema (sin título ni autor) donde se lee en determinado momento este verso: "(p)or la guerra la paz es conservada"; décadas más tarde, el "Prospecto" a *La Prensa Ministerial* (mayo 9 de 1855) expresaba: "(l)as revoluciones, como las tem-

que adelantara el redactor de *El Colombiano*, periódico bolivariano editado en Caracas, cuando concebía que para evitar el devastamiento causado por la guerra civil bastaba con restablecer el proyecto grancolombiano del Libertador: “(v)olvamos la vida á Colombia!” –clamaba con desbordado entusiasmo, para continuar–: “¡Brillante porvenir ella nos brinda! ¡Ella curará los males de la patria! ¡Colombia!” (julio 11 de 1860: 1).

Situados en una encrucijada de tan amplios horizontes, esa dirigencia tuvo un ramalazo de iluminación que la llevó a modelar con precisión el tema que se convirtió en el gran descubrimiento del período: el hogar doméstico.

EL PACTO FAMILIAR

En tal forma se dejaron ganar por la intuición de que la matriz familiar ofrecía inexploradas potencialidades, que no vacilaron en dejar atrás los lamentos autocompasivos. En otras palabras, se esforzaron por fabricar una respuesta y, prontamente, con el ánimo de devolverse la calma y el sosiego necesarios, la encontraron. De manera determinante, al llegar la década de los sesenta se modeló un argumento que vino a conciliar las vías ensayadas en el pasado y que, organizado con una coherencia que resistía cualquier fisura, no tuvo dificultad para lograr un funcionamiento cabal.

La salida que modelaron tuvo todas las características de un acto de conciliación, porque lo que hicieron fue unir los tres sujetos protagónicos de antigua data (los niños, las niñas y la mujer) en un espacio íntimo que los unía y los conciliaba: el hogar. Si se mira más en detalle, estaremos en condiciones de advertir que lo que hubo fue un reacomodo jerárquico, y al proceso de reasignación de funciones públicas que comenzó con un marcado privilegio a favor de la instrucción de la mujer, se le dio un golpe de timón para pasar a otorgarle mayor crédito al núcleo familiar, es decir, a la unión de aquellos tres sujetos sociales (niño, niña y mujer) en un mismo espacio físico (el hogar).

Fue así como a lo largo de la década de los cincuenta se buscó un nuevo protocolo público que colocaba el énfasis en la familia y que

pestañadas, purifican el aire de la patria; al impulso de sus sacudimientos se despiertan los gérmenes de ventura adormecidos á falta de movimiento; y he aquí por qué ellas han sido siempre el trueno con que se han anunciado las reformas saludables y los grandes principios de la civilización. Los pueblos han pagado siempre con sangre el precio de sus derechos y el de su bienestar”. Como muchos otros, *El Orden* (un título que tiene ecos evidentes) tampoco la rechazaba definitivamente: “(y) a lo hemos dicho, la guerra es el último recurso de los pueblos cuando todos sus derechos se han conculcado” (agosto 8 de 1866, cursivas en el original).

convertía a la mujer en el eje de esa matriz.¹³ La familia disgregada de la década de los treinta adquiriría, a partir de este momento, presencia específica y justificación legitimada en un argumento que se reconocía inobjetable: para conjurar el estado de guerra permanente había que fortalecer el núcleo familiar. Se fortalecía la familia, *ergo*, se fortalecía el Estado. Con la perspicacia del letrado atento a las pulsiones colectivas, Manuel Antonio Carreño ambicionaba convencer a sus receptores de que “la sociedad no es otra cosa que una ampliación de la propia familia” (1854: 25).

El *Manual de urbanidad* de Carreño establecía la vinculación entre la moral y la paz familiar en esta armónica argumentación:

El conocimiento y la práctica de los deberes morales, serán de un grande auxilio para la conservación de la paz en las familias. El respeto de los hijos a sus padres, de los sobrinos á sus tíos, de los hermanos menores á los mayores, y en general, de todos los inferiores á sus superiores, suavizará siempre el trato de unos con otros, é impedirá que en las pequeñas discusiones que se suscitan en la vida doméstica, se mezcle nunca aquel grado de calor, aquella acrimonia que las hace tomar el carácter disociador y tempestuoso de los groseros altercados. (1854: 82)

Era una alianza que armonizaba la familia con la moral. Tanto la familia extendida como la nuclear pasaban a girar alrededor del componente moral. Pero la imagen de esta última, del hogar nuclear, será la que se privilegiará con el paso del tiempo, y la figura llamada a preservar esa armonía fue “la mujer, que á ella le está encomendado muy especialmente el precioso tesoro de la paz doméstica” (Carreño, 1854: 83).

Ese mismo año, otro patricio de las letras, Eduardo Calcaño, arribaba a conclusiones que no ocultaban las coincidencias con Carreño. Se trata de unas palabras que figuran en su “Discurso pronunciado por E. Calcaño en la sociedad de María”. La elogiada intervención fue incluida en la revista *Mosaico* y, en un preciso momento, el entusiasmado orador leyó estas convicciones de patriarca:

Elevando la condición de la mujer y uniéndola al hombre con lazos eternos, ató a un punto indestructible la inmensa cadena de afectos que nacen de la familia instituyendo la paz y el sosiego doméstico, y dando sólidos fundamentos á las sociedades humanas que no son otra cosa que el resultado de la familia. (*Mosaico*, 1854: 81)

Hemos podido conocer que la acuñación de este argumento pasó a ser acto público desde la década de los cincuenta. Sin embargo, fue

13 Esa nueva imagen de la mujer como centro del núcleo hogareño, está representada en el ambrotipo que ilustra la portada de esta edición.

a partir del siguiente decenio cuando circuló en forma extendida. Un material periódico como *La Floresta* (el que llevaba de subtítulo “Álbum de señoritas”) se hizo eco del nuevo predicamento. En tiempos en los cuales no se cultivaba más el anonimato, este papel convirtió en moneda corriente el nombre de Evaristo Fombona como redactor, y el de los doctores Álamo y Ramírez como colaboradores.¹⁴ En sus páginas se fortalece ese argumento –convertido en resonancia sostenida durante las décadas que quedaban para clausurar el siglo, y que continuó hasta entrado el siguiente– que acopló en un sólido abrazo los tres sujetos que se habían venido encontrando y desencontrando por más de treinta años, sin que les hubiera sido posible una intimidad más armónica: familia, mujer y niños/niñas.

El editorial del primer número de *La Floresta* (octubre 6 de 1861) hizo gala de una enorme capacidad de síntesis, para reunir en un solo argumento el problema de la guerra y la nueva función que se asignaba al hogar doméstico. Parte de ese argumento fue concebido en estos términos:

Si la sociedad se estremece convulsiva y suda sangre, azotada por los hunos de la civilizacion, mas terribles que los [palabra ilegible] de la barbárie, preservemos de tanto escándalo y de tanta furia el sagrado hogar de la familia. Y si el escepticismo que hiela nuestras entrañas no permite vagar á nuestra lucha cruel, ni consiente descanso á nuestra lenta agonía, esforcémonos porque no penetre en nuestro hogar el monstruo que nos devora: ya que vivimos condenados y queremos morir condenados, que se salven nuestros hijos, y preparemos á la mujer para ser el ángel custodio de esa salvacion.¹⁵

Sería inconveniente hacer un alto para analizar los contenidos de esta publicación, en momentos en los cuales quiero organizar las líneas matrices de este proceso. De todas maneras, concibió un temario destinado a la mujer donde la literatura tenía lugar de privilegio y donde el hogar era el referente obligado en la mayoría de esos escritos.

En todo caso, conviene agregar que la tríada inaugurada como instancia para la reflexión es una sentencia que se presenta con carácter determinante en la década mencionada. Es oportuno el momento para insistir en que, hasta los años sesenta, no estuvo presente una

14 El número 12 del domingo 22 de diciembre de 1861 incluye una nota de los editores titulada “A nuestros suscritores”, donde se proporcionan los nombres que conocemos. En esa oportunidad se suministran los datos completos: Ángel María Álamo y Diego Jugo Ramírez.

15 Dos décadas más tarde (en 1881) comenzó a circular una revista titulada *El Ángel Guardián* en cuyas páginas, como cabe suponer, ya funciona fluidamente la idea de que la mujer debía cumplir esa misión del resguardo hogareño.

reflexión sobre el núcleo familiar que comprometiera a este con los destinos públicos. Para llegar a ese convencimiento se hizo necesaria la vivencia colectiva que llevó a los letrados a buscar nuevos caminos en busca de la paz y el progreso nacionales. Es en ese contexto donde se inscribe la invocación hogareña.

Con ese proceder no se reducía la familia a una entidad que adquiriría valor en la medida que se convertía en garante del crecimiento poblacional, como veíamos en el Proyecto de ley sobre matrimonio de 1833. De ser visto así, el hogar se tornaría en mero espacio reproductivo donde se garantizaría la perpetuación del apellido. Por el contrario, se trata aquí de que al núcleo familiar se le concede un nuevo estatuto público, esta vez de índole nacional. En un esquemático mecanismo inductivo, ese nuevo predicamento aumentó la idea de que la república sería lo que el hogar hiciera de ella. En sintonía con el parecer de *Mosaico* en 1854, “las sociedades humanas no eran otra cosa que el resultado de la familia”. El hogar constituido sería, entonces, la medida de la patria.

Es legítimo hacer la observación de que esta nueva esperanza surgía justo en el momento cuando las clases de Constitución comenzaban a desestimarse en los colegios de niños. Traigo a la memoria la información referida al Colegio de San Pablo, que funcionó bajo la dirección de Miguel Carmona, y que fue mencionado en el capítulo II. Se recordará que en ese establecimiento no se ofreció la materia “Constitución” en 1850. Aunque es motivo para ser estudiado en un futuro, creo que pudo incidir en esa supresión el reacomodo de la estrategia moralizante de un comienzo. En esos años cincuenta ya entraban en crisis la actitud y los mecanismos optimistas que se modelaron en los años treinta, por lo que se andaba en busca de un nuevo procedimiento para fijar la moral. Ese nuevo procedimiento entró en plena vigencia en los sesenta con la tesis referida al hogar doméstico. Se trataba de una nueva táctica operativa.

¿A quiénes acudieron para que les concretara el nuevo proyecto? ¿Quiénes estaban al alcance de la mano para que, prontamente, los sacara del atolladero? ¿Quién era ese otro sujeto social que tenía tanta capacidad de convencimiento, tanta fuerza, como para ser capaz de irradiar la paz? Lo sabemos: las mujeres. A partir de entonces, el centro de ese nuevo espacio soberano sería mentado con toda justicia “la otra mitad del género humano”.

Obviamente, pensaron en la mujer madre de familia porque ella venía siendo, desde décadas atrás, motivo de atención permanente. Aparte de los otros beneficios que se le habían otorgado (escolaridad, derecho a la lectura y, posteriormente, a la escritura, lucimiento social, centro de la economía doméstica, etc.), la mujer se consagró

como la gran musa inspiradora de los poetas. Por medio de la temática amorosa fue elogiada como manantial de amor y, al mismo tiempo, vituperada como motivadora de odios. Pero, por sobre todos los calificativos, fue destinataria de mucho material escrito. Entre varios tipos de impresos, las revistas que la tuvieron como receptora inmediata estuvieron presentes (entre las primeras identificamos *El Canastillo de costura*, *La Guirnalda* y *La Floresta*). También los “álbumes” las colocaron en el centro de atención de los escritores. Por esas razones, un comentario aparecido en la sección “Literatura” de una publicación periódica de 1864 no hacía más que testimoniar lo que ya era práctica extendida: “(n)oi hai autor modesto ó pedante, sabio ó tonto, chico ni grande, que no haya escrito ó dicho algo acerca de las mujeres” (*El Constitucional*, noviembre 19 de 1864: 3).

HOMBRE QUE MUEVE PLEITOS

No obstante, para que la mujer asumiera esa función rectora, para que se pudiera convertir en el centro del templo doméstico, hizo falta añadir un par de razonamientos. Uno de estos argumentos debió de ser resultado de profundas y lacerantes reflexiones. Este último punto fue, sin duda, el que significó un desgarramiento íntimo para ese patriciado, porque conmocionó su propio orgullo. Fue, a su vez, una claudicación. A mi manera de ver, ese acto de entrega consistió en el hecho simple de que se vieron obligados a pedir ayuda. Se vieron en la necesidad de contar con otro sujeto (la mujer) para que les echara una mano en esa aventura (siempre fallida) de poner a andar, de construir, la república. Estamos asistiendo, pues, al reconocimiento de un fracaso. Es un expediente que nos está hablando de incapacidad para la obra constructora.

Sin embargo, no lo admitieron de viva voz. Quiero decir, no conozco un solo pasaje en la obra de alguno de esos patricios (después de todo, eran estirpe de guerreros, se habrán dicho por lo bajo) que se haya referido al problema planteado como un asunto de pobre hombría. Pero, a final de cuentas, si de lo que se trataba era de conjurar el gran problema que, a juicio de la mayoría, era el responsable del fracaso colectivo: la guerra, había que estar ciego, o apertrecharse en una tozudez rayana en la demencia, para no reconocer que, en todos esos años, los enfrentamientos armados habían sido asunto de hombres.¹⁶

No lo confesaron los venezolanos, es cierto. Pero un escritor colombiano (no en balde autor de elogiada literatura infantil), Rafael

16 Algunos miembros de ese patriciado insinuaron la autocrítica. Federico V. Maitín, por ejemplo, en el prólogo al volumen de A. Lozano en 1845, declaraba que “la política de Venezuela, nos será siempre ó al menos por muchos años totalmente extraña” (1845: 10), es decir, no querían entrar en “enredos”.

Pombo, expresaba un sentimiento en el que, sin lugar a dudas, lo acompañarían muchos letrados venezolanos, con la diferencia que estos últimos no se atrevían a confesarlo de viva voz. El escrito fue publicado originalmente en Bogotá en 1874 y, en determinado momento, decía las palabras que, vuelvo a insistir, no se atrevieron a emitir (mas sí, sin duda alguna, a pensar) sus pares de la patria de Bolívar. Le salió del corazón la voz a Pombo cuando reconoció:

El hombre, animal que mueve pleitos, que mata gente, que con tranquilidad de conciencia desola casas y provincias que (como Fausto) corta los árboles centenarios y quema los hogares de los ancianos que le embarazan la vista de la fábrica o del puerto; el hombre, en fin, que goza tanto en dedicar la noche entera al juego y la bebida, cuando Dios ha permitido que en el mundo haya mujer, amor e hijos: esta fiera tan rara, tan dañina y tan estúpida de corazón, no merece cultivar aquellos ramos semiangélicos, tan superiores a él por lo rudo y frío de su percepción, por su propia gracia y elasticidad de espíritu, por su escasez de facultad simpática o asimiladora, y hasta por la constitucional tosquedad de sus manos. (1978: 250-251)

El hombre venezolano –parafraseando a Pombo–, que también “movía pleitos”, que, en la misma medida, “mataba gente con tranquilidad de conciencia”, igualmente tenía acumulado un largo y triste historial de estupidez. Pero cuando esos mismos venezolanos deciden llamar a la mujer, a la misma a quien pidieron que salvara del naufragio el proyecto que no habían sido capaces de consolidar en los términos expresados en 1830, resuelven tercamente, impedirle a esa aliada el derecho a opinar en uno de los espacios que quisieron convertir de su absoluto dominio: la política.

Al pensar en ellas, todavía fueron capaces de modelar un segundo argumento. Otro hilo argumentativo que los compulsó a aniquilar uno de los comportamientos de la mujer venezolana de más vieja data: la inclinación política que las damas pertenecientes a esas familias habían exteriorizado a lo largo del período. Aquí es de obligación volver a recordar la remembranza del consejero Lisboa al respecto: “más de un arreglo de matrimonio ha sido deshecho por parte de la novia como consecuencia de las opiniones políticas del novio” (1992: 69)¹⁷

17 Después del fallido alzamiento contra José Tadeo Monagas, el general Páez –cabeza visible de la rebelión– fue sometido a encierro. En su *Autobiografía* cuenta que estando en tan penosa situación recibió incontables muestras de aprecio: “(s)obre todo las mujeres se mostraban ansiosas de verme un momento por la ventana de mi calabozo. ¡Las mujeres! ¡Cuánto no han hecho las infelices, dignas de mejor fortuna, por contribuir a la paz de Venezuela!” (1973: T. II, 443) Al salir en libertad, varios meses más tarde, rumbo al destierro: “diez y seis señoritas cumanasas vesti-

... o del novio por las ideas de la novia, se podría agregar con justicia.¹⁸ En el capítulo anterior traíamos a la memoria el recuerdo habanero de J. Q. Suzarte: “el tema universal de las conversaciones, aun entre las señoras, son las elecciones, las cuestiones políticas, administrativas ó municipales” (1857: 140). La carta de las señoras de la población de Achaguas al general Páez que traje a la memoria en el primer capítulo, se afilia en esa tendencia.

La jugada fue ejecutada con una frialdad pasmosa. La tesis era restarle al “bello sexo” su inclinación, cuando menos, a opinar en cuestiones de gerencia pública, para construirle un único universo de pensamiento y de acción: el espacio hogareño. Es decir, mujeres descendientes de otras que habían tenido figuración de primera línea en los años de guerra libertaria; mujeres que se sabían herederas de inocultable estirpe de libertadoras; mujeres que habrían actuado con igual determinación y arrojo que sus ascendientes si las circunstancias así lo hubieran requerido, comienzan a ver cómo se cerraba el cerco del apoliticismo a su alrededor.

Las venezolanas de las tres primeras décadas republicanas se habían acostumbrado a leer en la prensa cuadros históricos sobre los actos heroicos de sus antepasadas. Tenían, en efecto, recuerdos que les servían de paradigma ejemplarizante. Si no, traigamos a la memoria los ejemplos (por citar solo los de mujeres venezolanas) de Leonor Guerra en Cumaná y de Ana María Campos en el Maracaibo de 1823. En el *Observador Caraqueño*, en su entrega número 48 (noviembre 25 de 1824: nota a pie de pp. 3-4), se encuentra el recuerdo que le dedican a estas dos venezolanas.¹⁹ Esas remembranzas hablan

das de blanco, rompieron el cuadro de soldados que me conducía, y a pesar de las observaciones del comandante, se formaron en procesión a mi derecha e izquierda, y fueron acompañándome hasta la playa donde estaba anclado el buque en que debía embarcarme para Santomás (sic)” (*ibíd.*, 446), Son testimonios que revelan el grado de participación pública que se permitían las mujeres.

18 En 1859 *El Monitor Industrial* de Caracas sostenía que “(e)ntre los males que aquejan á nuestra sociedad, unánimemente se indica como el principal de todos el amor á la política”, “(e)s evidente pues, que todos tienden á su bienestar, i que la política no es un fin sino un medio de alcanzarlo” (editorial a julio 18 de 1859). Ese convencimiento pesaba en demasía y obligaba a tomar medidas drásticas. Resulta obvio que las mujeres fueron las destinatarias de esas medidas.

19 El martirologio de Leonor Guerra se rememora de esta manera: “(e)n el año de 16 el famoso Aldama puso en un calabozo de las cárceles de Cumaná á la Sra. Leonor Guerra de las principales familias de aquella ciudad, y sin otra forma de juicio, que sus decretos verbales, mandó al dia siguiente fuese puesta en un burro, desnuda de la cintura arriba, cubierta de una corozza, y azotada por mano del verdugo en los parages mas públicos de la ciudad” (1824: 3). No menos ultrajante fue el castigo impuesto por los españoles asentados en Maracaibo a Ana María Campos en 1823. Esta

de compromiso, de conciencia de participación y de protagonismo heroico. Pues bien, éstos no eran pasajes olvidados porque la hemerografía los rememoraba constantemente. De hecho, el *Diario de Avisos* tuvo una sección (que no era permanente, pero aparecía con frecuencia) dedicada al recuerdo de heroínas americanas. Por cierto, una de esas mujeres, la colombiana Policarpa Zalavarieta (La Pola), recibía constantes elogios por su vocación de mártir continental. El arrojo y determinación de esta neogranadina inspiró los versos entusiastas de varios poetas venezolanos. Como ejemplo de lo dicho, tómese en cuenta en el capítulo anterior la referencia al homenaje que le brinda Rafael Agostini en su volumen de 1844.

Así pues, las mujeres de los sectores hegemónicos supieron que nunca más podrían emular las glorias de sus antepasadas y, menos aún, transitar por el territorio de la opinión sobre los actos del ministerio público. Mujeres que alimentaban esa tradición de compromiso político en el sentido del derecho a hablar sobre la materia, se vieron compelidas a aplacar todo afán de expresión, a acallar toda señal de autonomía de pensamiento. No tengo manera de demostrar el impacto (y las respuestas) que generó en ellas semejante medida, debido a que no es fácil encontrar testimonio femenino en los documentos de entonces. En cambio, hemos podido comprobar en los numerosos artículos de costumbre que se encuentran diseminados en la hemerografía de la época (artículos que, hasta la fecha, no han sido recogidos en volumen) que en los años veinte, treinta, cuarenta y cincuenta uno de los temas de conversación habituales entre las mujeres, y de estas con los hombres, era la cuestión política. El tema no les estaba vedado todavía (cuando menos en el derecho a la opinión, mas sí en el ejercicio de gobierno). Pude mostrar en el primer capítulo los comentados del representante británico en Caracas, Sir Robert Ker Porter, sobre Dolores Montilla de Delpèche: “[persona] entregada a la política”. Tómese en cuenta que vivir “entregada a la política” era expresarse sobre el asunto. El mismo hecho de que Dolores Montilla ventilara el caso que la afectaba de manera frontal, valiéndose de la impresión de un folleto para denunciar la afrenta, revela la voluntad femenina de participación en asuntos que afectaban a la mayoría. Un par de años más tarde, la *Gaceta de Venezuela* (septiembre 26 de 1835: 2) incluía una carta enviada por Elena Monteverde de Narvarte, en nombre del “Bello Sexo” caraqueño, como signo de gratitud al Ciudadano Esclarecido por la superación de las pretensiones golpistas del 8 de julio de ese año. Además del texto epistolar, la autora elaboró un tahalí bordado que representaba

mujer fue: “azotada por mano del verdugo, [...] en las calles y lugares públicos de esa ciudad, montada en un burro y casi desnuda” (1824: 3).

un ramo de laurel terminado por una aureola semicircular, en cuyo fondo se lee esta inscripción:

LAS CARAQUEÑAS
A PAEZ
EL 28 DE JULIO
DE 1835

Por añadidura, las damas caraqueñas se concedían licencia para exornar al patriarca con calificativos grandilocuentes: “Magnànimo Caudillo, Virtuoso Ciudadano, y Heròico entre los héroes”. Pues bien, toda esa retórica, todas esas iniciativas van a ser censuradas en los años que invoco.

La nueva imposición iba dirigida a diseñarles un programa de vida que las capacitara para atender cabalmente (de acuerdo con el razonamiento de los patricios) el nuevo mandato que se les asignaba. Por esas razones, cuando hace su aparición *La Floresta*, uno de los rasgos que la caracteriza es el proyecto de mantener a la mujer y a la familia lejos del escenario del debate de partidos. Decían en su primera entrega los editores: “(l)a política nos ahoga: huyamos de la política”, y en el número 6 (noviembre 10 de 1861: 1): “(p)reservemos de nuestra atmósfera política á la mujer”. El argumento tendiente a convencer a sus lectoras de la necesidad de que ignoraran el ambiente enrarecido de la vida palaciega no admitió tregua en esta publicación. Recordemos el editorial al primer número (octubre 6 de 1861) que leíamos anteriormente y detengámonos más prolijamente en las tesis que manejan en el número 6:

Preservemos de nuestra atmósfera política á la mujer. Conjuremos la enfermedad reinante que penetra contagiosa en el santuario de la familia. Duélanos que alcance á la mujer nuestro contagio político, cólera morbo fulminante de estas regiones.

[...]

Suplicamos á la mujer por su propia dignidad, por tantos títulos como tiene á nuestro respeto, por la gloria de su hogar, que no se engolfe en nuestra política: que la mire con horror. Quede para los hombres esa política de cálculo, que da lugar á la lucha de fieras, y si en esa lucha todo naufraga, no queramos que naufraga en esa lucha la mujer. (noviembre 10 de 1861: 1)

Nuevamente insisten con este planteamiento en la entrega del 24 de noviembre de ese año: “(n)os repugna la política bastarda que todo lo devora, y procuramos evitar todo roce la política, y eso conocien-

do que la política es la fuente impura de nuestros males”.²⁰ La nueva asignación de tareas dejaba establecidas estas prerrogativas: “vemos á un *hombre* y á una *mujer*: al primero, fuerte por la inteligencia, y á la segunda poderosa por la sensibilidad” (*La Floresta*, noviembre 17 de 1861: 2, cursivas del original). La argumentación era terminante en toda su capacidad mutiladora: si de lo que se trataba era de conjurar el estado de malestar público reinante, como consecuencia de las repetidas asonadas, la sensibilidad femenina (no la razón ni la opinión femeninas, que quede claro) estaba llamada a cumplir la principalísima tarea de calmar el espíritu levantisco de sus congéneres: hijos, hermanos, padres y esposos. A partir de ese momento –y por lo que quedaba de siglo– se tejieron cadenas de discursos donde se repetían más o menos las mismas palabras que exponían los editores de *La Floresta*.

No sorprendía el diseño de ese nuevo compromiso del que se hacía responsable a la mujer de la élite. A final de cuentas, no era extraña la figuración femenina en diversos escenarios: se la vio en las escuelas y colegios, como alumna y como preceptora y/o directora de esos planteles; se la supo rutilante en las eventuales fiestas de salón (que ella misma organizaba); se acostumbraron a verla frecuentar los teatros y asistir a los esporádicos paseos; se apreció su aporte en el mundo de las letras, primero como destinataria y musa inspiradora de esos discursos y, poco más tarde, cuando comenzaba a irradiar sus luces como escritora. Ya que venía demostrando capacidad en todos esos campos, nada más natural que desarraigarla de aquellos otros que tanto molestaban al patriciado: la participación política, el derecho a opinar sobre asuntos de Estado, para colocarla en el centro de su nuevo espacio de dominio.

En relación con la escritura, sabemos que varios nombres femeninos se habían dado a conocer (aunque en forma muy esporádica desde los años treinta) a través de publicaciones (tanto bibliográficas como hemerográficas). De tal manera, cuando se concibió la idea de

20 Pero eventualmente podían hollar el templo donde se ejercitaba la contingencia de partido. Cuando José Tadeo Monagas se ve obligado a renunciar al poder político en 1858, no tarda José Antonio Páez en recibir homenajes de sus partidarios. En Cumaná, las hijas de sus seguidores eminentes escriben versos de esta naturaleza: “(h)an caído los tiranos que vejaban/ La patria que tus brios libertaron,/ Los que á lejanas playas te arrojaron/ Para poder su crimen consumir,/ Cayeron para siempre! Y tus laureles,/ Que el cáliz del martirio acrisolara,/ Hoy brillan, General, como brillaran/ Cuando en cien lides se te vió triunfar” (de Isabel Briceño). O estos otros de Rosalía González: “(e)n las tinieblas de prision sombría,/ Falto de luz, de libertad, de ambiente,/ Quiso un tirano de la patria mía/ Hundir tus glorias, doblegar tu frente” (*El Herald*, junio 17 de 1859), en clara alusión a la “tiranía” de Monagas.

darle el protagonismo familiar y de concebir el núcleo hogareño como el lugar llamado a generar sentimientos de fraternidad y armonía que serían inspirados por la mujer, a nadie pareció sorprender que fuera un sujeto femenino el llamado a asumir esa ingente misión. Por eso se concibió la idea de mantenerla alejada de la esfera política, como leímos en *La Floresta* en 1861, y como se puede encontrar en un sinnúmero de textos escritos por varones a partir de esa década. De ahí que se imaginara un hogar doméstico convertido en el centro de donde dimanara la armonía de la que se estaba carente. Era un convencimiento que surgía como natural, ante la experiencia que significaba en esos años la explosión de la Guerra Federal. Se fortalecía la familia y salía favorecida la patria. Ese fue el argumento sostenido desde entonces.

Habían transcurrido treinta y cinco años desde la aparición de la primera revista venezolana concebida para un público femenino, y el salto en la concepción relativa a la función social de las mujeres se apreciaba en proporciones desmesuradas. El 30 de marzo de 1826, cuando ve la luz el primer número de la revista a la cual me estoy refiriendo, *El Canastillo de Costura*,²¹ los lectores y lectoras no se sorprendieron de ver que la sección “Variedades” del segundo número trataba sobre “Política”.²² El artículo en referencia se titulaba “Escuadra española y francesa” y trataba de despejar dudas (con particular interés entre las lectoras) sobre los rumores que corrían en relación con un futuro recorrido que esas escuadras harían por las costas colombianas, para declarar que, de producirse esa acción, la España “resultaría altamente escarmentada”. Me he detenido en esa noticia porque se acude a un lenguaje bastante explosivo que no sería utilizado en años posteriores, ni por asomo, por algún tipo de publicación dedicada a las damas.

Además, quise referirme a esa noticia que incluía la segunda entrega de la publicación caraqueña de 1826 por una segunda razón: porque es un nuevo elemento que permite establecer el contraste necesario con los sucesos que se acentúan en la década de los sesenta. En efecto, a partir de los años sexagésimos no es posible encontrar un discurso del patriciado venezolano referido a la materia política donde se insinuara, siquiera, la idea de que la mujer pudiera ser su

21 Estaba “dedicado al bello sexo”, como decía en la “Introducción”. En esa página inicial también exponía “El Redactor” que su finalidad era: “entretener utilmente á las señoritas, y ofrecerles notas del lugar donde se vende lo mejor para sus adornos” (jueves, marzo 30 de 1826).

22 La publicación se componía de tres secciones: “un rasgo sério dirigido á objetos que interesen al público, y especialmente á las señoras mujeres: continuará con el artículo Variedades, y concluirá con el de Modas en que se dará noticia de las modernas, y que se usen en la semana” (“Introducción” al primer número).

destinataria. En el último tercio del siglo la producción intelectual masculina estuvo orientada a reforzar el binomio mujer-familia, mujer-hogar y/o mujer-maternidad.²³

PONER ORDEN EN CASA

En el mismo sendero familiar de *La Floresta* se inscribe, en 1865, *El Orden*. Este material es la primera publicación periódica venezolana que conozco donde se utiliza la consigna hogareña en el epígrafe: “La familia y la propiedad son las columnas de la sociedad, la instrucción el sol que la alumbraba, el comercio su vida y la paz su elemento”.²⁴ Pero conviene tomar en cuenta que, antes de que se concretara la producción de materiales hemerográficos, los venezolanos consumidores de impresos periódicos ya se habían habituado a los títulos dirigidos a la familia, que todavía eran de procedencia europea. Por ejemplo, en 1855 *El Economista* colocaba el aviso para la suscripción de *Museo de las Familias* que se publicaba en Madrid; en 1858 se recibió *El Álbum de las Familias* que venía de Barcelona (España): una producción de entrega semanal que saciaba una inocultable ambición compiladora pues incluía leyendas, novelas históricas, notas de viajes, etc., con ausencia de reflexión doctrinaria sobre el papel de la familia. En esa particularidad se diferencia de sus homólogos venezolanos, donde (como hemos podido constatar en *La Floresta*) hubo la inclinación a inducir la conducta que se esperaba de sus lectoras.

Así como sucedió con *El Orden*, otras publicaciones periódicas se dedicaron a la defensa del patrón doméstico, aunque adoptaran un título aparentemente alejado del tema familiar. Es decir, la casi totalidad de esos papeles que se pretendían dirigidos al núcleo hogareño o que giraban alrededor de esta temática eran pliegos impresos que, en el presente, nos parecen alejados de esa preocupación. En esos casos, tales enunciados carecían de implicaciones hogareñas evidentes; en ellos no se leen con frecuencia reflexiones sobre el hogar ni sobre las

23 Sin duda, la relación mujer-hogar se afianzó en la década que planteo. Todavía en los 50 se encuentra el mismo tipo de relaciones que leíamos en los años 30: “(e)n el hogar doméstico la autoridad del padre, de esta imágen mas que ninguna otra parecida al arquetipo del Creador, es suficiente para mantener en la familia el orden y la paz” (“Paz perpetua en América ó Federación americana”, *El Americano*, junio 11 de 1856); en un “Artículo de costumbre” que imprime la misma publicación (diciembre 13 del mismo año), insistía en la misma idea: “(t)odo lo puede el padre, sin que la familia tenga el derecho de resistencia sino en casos en que se ofende á Dios, al prójimo ó á sí mismo”. En los último treinta años del ochocientos, la tesis que prevaleció fue la otra, la que concedió a la mujer preeminencia en el hogar doméstico.

24 El primer número de *El Orden* se leyó en 17 de abril de 1865. A partir del número 43 elimina el epígrafe e incluirá el subtítulo de Diario de la Tarde.

funciones de la mujer, por ejemplo. Por ese motivo es probable que se cuestione la inclusión de *El Orden* en una lista de periódicos unidos por el interés doméstico porque, ciertamente, escasean las reflexiones sobre la significación social del recinto doméstico. Pero, como contrapartida, abundan las reflexiones sobre temas íntimamente vinculados con la temática del hogar en esos tiempos: la guerra y la niñez son dos de ellos. Es decir, se prefería colocar el acento en alguno de los elementos constitutivos de la familia nuclear y, en esos momentos, los niños eran el recurso más socorrido. Otro tema que permitía la inscripción de un periódico en la lista de impresos familiares, era la preocupación por la temática bélica: si la mujer estaba llamada a pacificar la república, había que enterarla del problema. Pero hay que tomar en cuenta en esta última situación que el tipo de información ofrecida estaba más focalizada en las consecuencias (hambre, miseria, campos desolados, etc.) que en las causas que la generaban (las pugnas entre banderías de partido).

Fue natural en esos años que se amalgamaran esas tres entidades, o sea, si el temario a desarrollar en un impreso era la familia, lo más frecuente era que se diera amplia cobertura a la reflexión sobre la mujer y el niño. Y viceversa: si se iba a focalizar el interés en el niño, eran recurrentes las alusiones a los padres y al hogar. Como resultado de esa simbiosis, las revistas para mujeres solían referirse a asuntos domésticos e infantiles. De igual manera, no resultó extraño que el primer libro escrito para niños en Venezuela, el de Amenodoro Urdaneta, en 1865, dedicara un significativo número de páginas a los padres. Prueba de lo que afirmo es que esa tendencia no fue objetada en los comentarios que se hicieron en su momento sobre esos materiales de lectura.

Dentro de esa orientación, no resultaba anómalo que *La Floresta* hablara de la formación del niño para emular los pasos del padre y, tomando en cuenta la idea del largo plazo que he esbozado en el capítulo II, veo en esa sentencia un parecer definitivo.²⁵ Se quería un hijo para inculcarle principios de comportamiento público y privado. Por eso fueron tan importantes los discursos relativos a la moral pública, como fueron significativos los que tocaban la parte sensible de su psique, la modelación de su patrón de comportamiento personal. Con esa táctica se pretendía poner orden en casa –en el espacio doméstico– para que ese comportamiento dimanara al espacio social (al público) y también se ordenara la vida colectiva.

25 Decía *La Floresta* (diciembre 8 de 1861: 2): "(l)os hijos continúan nuestra historia, y si ha de continuar honrada nuestra historia, hagamos dignos de nosotros á nuestros descendientes".

Debemos tomar en cuenta que la vinculación del niño con lo afectivo y emocional se venía tomando en cuenta desde tiempo atrás, pero es solo en la década de los sesenta cuando adquiere el énfasis que le sería característico. Parecía que los patricios habían estado muy ocupados con la reflexión educativa e higiénica, por lo que se les paralizó la capacidad de ver a los pequeños como fuente de amor. Una reflexión como la que encontramos en *El Orden* el 7 de junio de 1865 era impensable en los años treinta, cuarenta o cincuenta. Se trata de un escrito del cubano Juan Clemente Zenea (bastante leído por los venezolanos, por cierto) que era reproducido porque, probablemente, los hijos de Bolívar aún no habían generado mieles similares. El texto que se titula “Los niños” despliega en uno de los párrafos este fraseo:

Silencioso estaba el hogar en que no había niños [...] Las pisadas sonoras del pequeñuelo que corre por los aposentos, su voz melodiosa resonando en el último rincón, han cambiado el aspecto de la casa, han mejorado las fisonomías taciturnas de sus moradores, han acordado el instrumento cuyas cuerdas parecían destempladas, han hecho un largo día de fiesta de lo que no era más que un día de penosas tareas.

Y más adelante cierra con estas líneas:

El niño es [...] un sostenedor de la inspiración un ente casi indispensable en las sociedades privadas; sirve de estímulo para los buenos sentimientos, sirve para desarrugar la frente del filósofo, para hacer soñar al pintor, para templar en tonos celestiales el arpa del poeta.

El mismo año que se divulga el escrito del cubano apareció el volumen de Amenodoro Urdaneta, *El libro de la infancia*. Es oportuno notar que el venezolano no fue proclive al cultivo de un lenguaje tan endulzado como el del isleño. Este último, heredero de una literatura para niños de más larga tradición en su Cuba nativa,²⁶ se aventuraba por derroteros que no esquivaban la exaltación emocional, a la que no tenía costumbre el hijo del prócer Rafael Urdaneta.

Pero no es ésa la única reflexión sobre Juan Clemente Zenea que me interesa destacar en este momento; también me inclino a tomar en cuenta esta que sigue:

un recién nacido pues, es una necesidad que se cumple, una gota de miel con que los ángeles de guarda endulzan los bordes del vaso de nuestras amarguras, un lazo más que estrecha los corazones. No conviene que envejecan todos los que componen una familia; urge siempre que haya un

26 Sobre los inicios de la literatura infantil cubana, debe verse a José Antonio Gutiérrez (1989).

vástago que crezca junto al tronco, menester es que se advierta una prolongación de nuestro nombre, es de gran importancia para el sostenimiento de los afectos y la consecución del equilibrio moral, que unos suban en tanto que otros bajan, que brillen unos astros cuando los otros se eclipsan.

No resulta difícil apreciar el contraste emocional con el poema de Olmedo que recordé en el capítulo II. Además de esa observación es de notar la insistencia en la idea de sucesión generacional, idea que está sostenida, desde luego, en la de que el tiempo transcurre y que, de alguna manera, el niño es el recurso apropiado para detener el fluir de los años: es la garantía del futuro.

UNA MENTALIDAD DE CARA AL FUTURO

Un adelanto de este acápite lo planteé en el capítulo II, pero aquí agrego otras consideraciones que juzgo oportunas. Creo que la razón fundamental que contribuyó al impulso de la temática infantil se vincula también con lo que llamo el “cambio en el *tempo* vital”. La premura y la urgencia de la época de la revolución de independencia y de los primeros tiempos republicanos, cuando se apostaba a la salida armada como opción *inmediata* para superar los malestares del momento,²⁷ comienza a dar paso a las alternativas concebidas en el “largo plazo”: nueva responsabilidad cuyo cumplimiento se asignaban, obviamente, los patricios de entonces. Desde luego, no llego al exceso de significar aquí que se superó el inmediatez de la salida armada (los constantes alzamientos a lo largo del siglo demuestran lo contrario); lo que me parece es que se está produciendo una nueva manera de ver la vida que no se había experimentado en años pretéritos.

No obstante el parecer de Lombardi, esta nueva mentalidad era posible porque nacía un concepto inédito del “tiempo”. Concepto recién estrenado, era expresión de una sociedad orientada hacia la vida urbana y que, en consecuencia, hacía de Cronos la deidad de reciente culto, llamada a regir los destinos cotidianos. Es importante tomar en cuenta, en esta rápida síntesis, la relación con el suceder temporal que manifestaba una habitante del campo en esos mismos años que vengo tomando en cuenta. Casualmente, el testimonio de un viajero

27 J.V. Lombardi destaca como rasgo peculiar del período: “una mentalidad a corto plazo, ansiosa de lucrar rápidamente, por los decenios de guerra entre 1810 y 1830, los venezolanos eran poco dados a adoptar una actitud paciente y civil ante los asuntos de estado y la política. Además, las características de la recuperación económica y agrícola de Venezuela tras la independencia, determinadas en gran medida por los términos del comercio y las finanzas del Atlántico, acentuaron el síndrome de la obtención de beneficios rápidos, convirtiéndolo en uno de los rasgos más marcados de la vida pública y privada de Venezuela” (1985: 182).

de los muchos que visitaron Venezuela en el período es de utilidad en este preciso instante. Me refiero a Pal Rosti,²⁸ joven intelectual húngaro que visitó el país durante 1857, donde permaneció por espacio de cinco meses.

Rosti no oculta su asombro y desconcierto cuando repara en un hecho que, para él, resultaba insólito. En Venezuela, observaba, “el reloj es artículo de lujo” y, ante lo que considera una evidencia de enorme significación, de inmediato decide agregar: “(c)onocí muchos nobles y ricos señores que no tenían reloj. Hay pueblos, es más, localidades bastante grandes, sin un solo reloj”. La conclusión a la que lo llevan sus observaciones a lo largo de cinco meses no por lacónica es menos trascendental para su capacidad de razonamiento: “(e)l tiempo lo determinan al azar” (1988: 111). Es claro que, en ciento cincuenta días de permanencia, el viajero húngaro no tuvo a su alcance (o no le interesó) desentrañar la relación con el tiempo que tejía la existencia de los habitantes de la zona rural (en este caso San Juan de los Morros, donde aventuraba sus apreciaciones), porque simplemente se limitó a desacreditar la capacidad cognoscente de los pobladores de estas tierras –en clara reproducción del criterio subestimante ejercitado por la mayoría, por no decir todos, los viajeros europeos que visitaban nuestros parajes–.

Por lo pronto puedo decir que, para 1857, el autor de *Memorias de un viaje por América*, debido a su inclinación a las generalizaciones mecánicas, no tomaba en cuenta que en esta, como en otras experiencias cotidianas, se acentuaban las distancias entre las zonas agrarias y las poblaciones urbanas venezolanas. Me refiero, precisamente, al nuevo vínculo con el transcurrir temporal que se consolidaba a partir de los años cuarenta y cincuenta –sobre todo en las ciudades capitales de provincia–, hecho que marcaba amplio contraste con la vivencia diaria de las zonas campesinas. Varias experiencias puestas a recorrer el mismo trazado nos revelan un escenario que ofrece visos de novedad.

He hablado anteriormente del surgimiento de una conciencia ganada al largo plazo, es decir, he dicho que se rompía el apego a la inmediatez, se fracturaba la mirada desacostumbrada a los proyectos de aliento sostenido, y se pasaba a una etapa en la cual se cultivaba el hábito a las metas de más prolongado alcance. Sabemos que, precisamente, la literatura incorpora a su campo temático las inquietudes, necesidades, apetencias, sueños... que toman por asalto, que cristalizan, en la conciencia colectiva de un momento determinado. Pues bien, ese replanteo de la relación hombre/tiempo llega al discurso literario y, hasta donde conozco, su representación no se consolida en la prosa sino en el verso.

28 Agradezco a la colega Gina Alessandra Saraceni la referencia al volumen de Rosti.

No creo probable una experiencia equivalente en la poesía venezolana de años anteriores. Por contraste, sí puedo señalar que a partir de la década de los cuarenta los poetas hacen suya la preocupación por el transcurrir temporal.²⁹ Varios autores atendieron esta exigencia. En primer lugar tendría que mencionar la sistemática atención que brindó Maitín al tema; recordemos la progresiva tensión que teje entre la inexorabilidad del tiempo y la fragilidad de la vida en “El reloj de catedral”³⁰ o en otro poema que titula, precisamente, “El tiempo” (lo dio a conocer en *El Liberal*, julio 25 de 1843: 4); ambos recogidos en sus obras poéticas de 1851. También caben en esta enumeración otros versos aparecidos en *El Caraqueño* (febrero 4 de 1851), que pertenecen al, para muchos, poeta más popular de Venezuela en el siglo XIX, Domingo R. Hernández; también se anuncian como “El tiempo”, y adoptaron la forma del soneto. Ese texto ilustra, cuando menos, que la preocupación se mantenía. En su totalidad dice así:

El tiempo es inmortal: al mundo aterra,
Todo destruye su cuchilla impía.
Todo lo borra al fin su mano fría,
Y en él de Dios la magestad se encierra.

Con el tiempo la paz se torna en guerra
Y el firme amor en zelos y falsía,
Por él caduca nuestra selva umbría,
Con él florece nuestra madre tierra.

Él vela los despojos del humano,
Y la cuna feliz del inocente
Desde su añoso trono soberano.

Ve los siglos pasar eternamente,
Y en medio de la ruina y polvo vano
Él prosigue su marcha indiferente.³¹

29 Por cierto, un campo de interés que no advirtió el argentino Emilio Carilla al momento de examinar las líneas temáticas que cultivó la poesía romántica del período (cf. su conocido *El romanticismo en la América hispánica*).

30 No puedo dejar de recordar las estupendas estrofas finales: “Tú mismo, reloj gigante,/ Descenderás de tu asiento,/ Y tu ruinoso cimientó/ Te sepultara tal vez./ Si, tú sentirás del tiempo/ Las iras devastadoras,/ Y si cuentas nuestras horas/ Las tuyas cuentas también// Tú serás, genio del tiempo,/ Por el tiempo al fin vencido,/ En tu base conmovido,/ Roto y deshecho despues/ ¡Hoi vives!... habrá un mañana/ Y otro mundo, y otra historia,/ Que borre hasta la memoria/ De lo que fuistes ayer// ¡Reló! las cuatro señala/ Tu puntero misterioso./ Ayer tambien silencioso/ Que las apuntaba vi./ ¡Reló! tu mismo puntero/ Las señalará mañana./ ¿Mas sabes si tu campana/ Resonará para mí?” (J.A. Maitín, 1851: 10).

31 La preocupación frente al devenir temporal no fue solo de los venezolanos. Quiero aprovechar el momento para transcribir los primeros versos de un poema del

En 1847 *El Compilador* de Ciudad Bolívar (diciembre 4: 92) había incluido unas “Máximas” de J. María Sánchez de Fuentes en su mayoría adscritas al argumento moral. Sin embargo, se encuentra una que era improbable encontrar en la década precedente. Dice así: “(m)uchos hombres son desgraciados porque léjos de gozar con el presente, se atormentan con los recuerdos del pasado y con la incertidumbre del porvenir”. Es decir, se reflexiona en torno al suceder temporal y a la conducta que debía mantener el hombre frente a lo inexorable.³²

Si Pal Rosti constataba que en las zonas campesinas era desacomunbrado el uso de instrumentos para la medición temporal, no sucedía lo mismo en Maracaibo, donde: “(e)n la barca francesa *Napoleón III* vino el reloj para la torre de la Iglesia Matriz”, el 14 de septiembre de 1858 (J. I. Arocha, 1949: 198); costó cerca de dos mil pesos (*Eco de la Juventud*, septiembre 20 de 1858). En Caracas, ciudad en la cual sus habitantes preferían cultivar un inocultable apego a los cronómetros, el reloj llegó a ser uno de los objetos de más valor (no solo monetario sino cultural) en el hecho cierto de que se convirtió en el bien más apetecido. En todas las secciones de la prensa periódica donde se denunciaban los robos cometidos en casas de habitación, era el reloj el que se reclamaba con mayor frecuencia.³³ En el centimetrage de columnas impresas, estas sustracciones ocupaban más espacio que los referidos a las fugas de esclavos, por citar un ejemplo paradigmático.

Una experiencia visual con este tipo de anuncios contribuirá a ilustrar lo que planteo. En el *Diario de Avisos* (julio 2 de 1850) el enunciado “Al público” expuso estas líneas:

El 25 del corriente se han robado un reloj chato de oro de una tapa con la muestra y manos de oro; fabricado por Baundt & fils n° 236, lleva una

cubano Ramón de Palma que cultivó la misma temática. Fue publicado en el *Aguinaldo habanero* de La Habana, por Pedro J. Morillas y Manuel Costales en 1857 (p. 77-80), “El tiempo” de R. de Palma tiene una resolución estética más lograda que la producción local de D.R.H. que he transcrito, y comienza así: “Oh Tiempo inexorable! oh causa fuerte/ que con perpetuo irresistible impulso/ nos arranca, nos lanza y precipita/ del no ser á la vida, y de la vida/ al insondable abismo de la muerte...// ¿La voluntad del hombre nada alcanza/ ¡oh Tiempo destructor! contra tu imperio?! Su importante razon ni un paso avanza/ en la senda intrincada del misterio, donde Fausto y Manfredo en su delirio/ quisieron penetrar, y en vez de ciencia,/ de la tierra en los astros y en la cumbre,/ solo hallaron la amarga certidumbre/ de su loca ambicion y su impotencia.// ¿A dónde, pues, mi espíritu mezquino/ de su término en busca ó de su oríjen/ remontarse podrá...?”.

32 *El Economista* (marzo 8 de 1855) recoge un poema del cubano Jacinto Milanés que tiene estos versos: “El tiempo, el tiempo veloz/ Que tiñe nuestras cabezas/ De blanco, i tantas bellezas/ Deja sin luz i sin voz”.

33 No podemos sino ponernos de lado del infractor porque, en verdad, eran piezas sumamente llamativas, de un enorme atractivo visual (sin contar el monetario).

cadena de oro maciso y tiene una llavecita de oro.

Se ofrece una gratificación á la persona que la presentare ó diere noticia de su paradero en esta imprenta.- Carácas, Junio 27 de 1850.

Desde el mismo *Diario de Avisos* (marzo 19 de 1850) un texto despierta apertencias de propietario, ante la maravilla que se describe en la correspondiente sección de “Avisos”:

Un reloj de cilindro plata dorada y doble tapa, junto con una cadena de oro, de eslaboncillos cuadrados, del cuello, han sido extraídos de la casa n° 26 calle del Sol, el juéves 7 del corriente. Ofrezco al que diere razon de estos objetos ó hubiere llegado á sus manos, una buena gratificación y no indagar el autor del hurto. Caracas Marzo 14 de 1850. *Cárlos Requena*.

También había atractivas ofertas: “Se vende” “Un excelente reloj de oro, horizontal, fábrica inglesa, de Parkinson y Trodsham [...]” (*Diario de Avisos*, septiembre 24 de 1850). Y hasta se llegaba a la osadía de tocar esa imaginada línea que avecina el azar y el tiempo:

A LA RIFA, A LA RIFA

Habiéndose aumentado el número de personas que quieren entrar á la rifa del reloj (principalmente los pobres) que tendrá lugar el 20 de Enero á las 9 de la mañana, hemos determinado bajar el precio á fin de que todos entren, cuyo precio será lo que cada uno pueda dar. La seña principiará á darse desde el 1° de Enero en adelante y se fijará el punto. Los dados están bien emplomados para poder afinar. No dejes de concurrir venezolanos. (*El Candelariano*, noviembre 26 de 1850)

Una víctima de las “exploraciones domésticas” que practicaban manos desconocidas, no salía de su estupor en *El Clamor Público* (Caracas, agosto 8 de 1850):

ABUSO DE CONFIANZA

El 25 del presente mes, á las dos de la tarde, se ha desaparecido de la casa del General Oliváres, un reloj de faltriquera, dorada la caja y fábrica inglesa, con un cordón de seda negra, llave de oro que figura una pistola: á este cordón una vívora de plata enroscada. La persona que lo tenga ó diere noticia de él, se le da una gratificación, sin exigirle cómo lo ha adquirido.- Caracas Julio 28 de 1850.

¿Y cómo no apenarse ante la congoja de la víctima que decidió confiar en las páginas del *Diario de Avisos* a ver si por esa vía lograba recuperar el bien sustraído? La confianza (tornada en persistencia) llegaba a tales extremos que el aviso apareció desde el 20 de abril hasta mayo de 1853 en la sección correspondiente:

ROBO DE UN RELOJ

Un reloj de dos tapas, de oro, ha sido robado de la sala de la casa del que suscribe, habrá como tres días. El reloj es pequeño y muy chato; es propio para señora y tiene un gancho en una plancha, en la que están montados unos granates, de la que pende una cadena corta y delgada, y al fin de esta una llave pequeña; todo de oro. La fábrica es de Paris, a maquina[,] cilindro y la muestra de porcelana. Se dará una buena gratificación al que lo presente ó denuncie su paradero. Calle de Carabobo, esquina del Hoyo vicioso, número 130.

Caracas, abril 12 de 1853. Luis F. López.

Pasando a otro aspecto, desde el punto de vista profesional se dieron las alianzas más inesperadas, como la de relojería, sastrería y daguerrotipo: H. Robert, relojero francés y retratista en daguerrotipo. Calle del Comercio n° 145, casa de Mr. Grill, sastre (*Diario de Caracas*, abril 3 de 1852).

Desde *El Diamante* de Caracas (agosto 28 de 1850) nos enteramos que también los prestamistas de lo ajeno democratizaron su actividad, porque no se limitaron solo a los cronómetros sino que se aventuraron por otros predios:

ROBO

El sábado próximo pasado por la madrugada me han robado un reloj de mesa con campana, de una tercia de alto y cinco pulgadas de ancho, en madera negra; y además, mucha ropa echa. Se ofrece una gratificación al que dé un informe exacto sobre los ladrones.

Es claro que la vida, la existencia humana, no podía sostenerse más si no era en su vinculación estrecha con la mecánica de la relojería. Fundamentalmente en las ciudades, había conciencia de las transformaciones que introducían cambios acelerados en la vida cotidiana. Y, como he asomado anteriormente, no se perdía de vista la fragilidad del tiempo presente y el reclamo apresurado que formulaba el porvenir. Lo advertía con sobrada propiedad José Quintín Suzarte en sus recuerdos caraqueños de 1857:

El progreso del siglo XIX tiene algo de vertiginoso y de satánico; es un torrente de tal fuerza, que si no nos vamos agarrando con angustia á las yerbas y arbustos de las orillas, la impetuosidad de la corriente nos conduce sin remedio á la sima. El descontento y la inquietud son los signos distintivos de la época; se vive tan de prisa, que apenas si hay tiempo para formar somero juicio de lo que pasa y entrar en cuentas con nosotros mismos. Todas las miradas se vuelven con ansiedad al porvenir, pugnando por disipar sus nieblas, y el presente no ocupa con seriedad á nadie, porque todos sienten que es un período de transición y nada más. (1857: 136)

Es significativo el contraste entre las comunidades que, como Maracaibo o Caracas, comenzaban a conocer de los rigores del vértigo citadino³⁴ –donde la vida apresurada imprimía su sello característico– y otras regiones donde se percibía una situación distinta. Era la época en la cual el rápido suceder de las horas no lograba ser asimilado sin despertar inquietantes desazones. Ese mismo año, esta vez en Venezuela, se vertían conceptos similares a los de Suzarte en un editorial de *El Americano* (octubre 3 de 1857: 2): “(e)l tiempo vuela precoz y rápidamente”.

Al final de los años cincuenta, un aviso de las ya conocidas píldoras y ungüentos Holloway tocaba este rasgo que se veía como el definidor de ese tiempo: la premura y el acelerado ritmo de vida. Leamos:

VIVIR DE PRISA.- MUERTE PREMATURA EL ÚNICO REMEDIO

Los tiempos en que vivimos abundan de maravillas. Nada se puede decir imposible, pues las imposibilidades de hoy son hechos ordinarios mañana. Prensas eléctricas, comunicación instantánea entre los puntos mas distantes, invenciones innumerables para despachar multitud de asuntos en corto tiempo, abreviando los procedimientos en la producción é industria, están entre los milagros de esta maravillosa era. Bajo estas circunstancias con toda verdad se puede decir que vivimos *una vida de prisa*. Pero si estos vaivenes por los cuales somos arrebatados, nos inducen á nuestra felicidad: esta es otra cuestion. Ciertó es que por término medio la duracion de la vida humana va disminuyéndose en medio de esta excitación. (cursivas en el original)³⁵

El aviso anterior se pudo leer en una única oportunidad desde la página que *El Heraldó* del 17 de agosto de 1859 destinaba a la publicística. No lo he visto reproducido en posteriores oportunidades en la prensa citadina del XIX.

Otros discursos dieron cuenta de esta nueva mentalidad. En los textos históricos, verbigracia, se hizo patente la nueva conciencia que nacía de la percepción de lo temporal. Tenemos los *Apuntes históricos* de Montenegro Colón donde, ante la pregunta relativa a por qué escribe ese volumen, el autor ofrece dos razones: la primera, con el objeto

34 En 1838, cuando se produjo la polémica entre J. B. Alberdi y S. Ruano, la *Revista Oficial*, que dio espacio en sus páginas a buena parte de la discusión, argumentaba que la función de la prensa diaria era brindar a los lectores los “sucesos que se desarrollan con una prodigiosa rapidez” (Alberdi, 1963: 175). Más adelante destacó un parecer similar en 1837, en la opinión de un venezolano.

35 Es derivación natural, después de lo leído, que todo el problema descrito lo resuelven las píldoras y ungüentos Holloway.

de “oponer la verdad de mi relato á la multitud de falsedades con que el español D. Mariano Torrente ha querido lastimar la conducta de los americanos” (1837: s.p.); en realidad, esa respuesta no tiene mayor relevancia en este momento para los propósitos que me guían. Sin embargo, la segunda razón me interesa sobremanera porque dice que los sucesos de 1810 en adelante están “á riesgo evidente de que trascurrido algun tiempo, se hiciera imposible referirlos como se egecuta ahora” (*ídem*). Evidentemente, es un ejercicio historiográfico que se justifica en la voluntad de volver al pasado antes que la dinámica del presente los eche al olvido. Es una apuesta cercana a la que se produce en Uruguay, por ejemplo, cuando en la polémica entre Alberdi y Ruano la idea de seguir el suceder de los acontecimientos habla de celeridad, de la fugacidad de los acontecimientos que se desarrollan en el tiempo. Había que atraparlos en la letra antes de que se difuminaran en el olvido.

Esa sensibilidad ante lo inexorable del tiempo se canalizó poco después en otras direcciones. Por ejemplo, en un contexto en el cual primaba la conciencia sobre el decurso temporal, la llegada de un niño era noticia generadora de grandes expectativas. El recién llegado era la imagen emblemática del porvenir. Era una invitación a los proyectos, a los planes futuros. Él obligaba a los padres a justificar sus compromisos de paternidad. Si no se hubiera producido el argumento sobre la guerra, de todas maneras, los patricios, por la vía de la nueva mentalidad de cara al futuro, se habrían encontrado con la niñez y con la temática hogareña.

EL TEMA HOGAREÑO

Una vez que el patriciado se encontrara con la familia y que convirtiera a la mujer en el centro del “templo” hogareño, fue natural que la literatura convirtiera esos nuevos hallazgos en materia de interés. Pero, así como en el terreno de la reflexión social les tomó un par de décadas para llegar a consolidar los nuevos valores domésticos, de igual manera, la producción literaria se encontró con el tema familiar después de un período similar de ensayos.

En tal sentido, me parece que se expresaron con acierto los chilenos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui al momento de saber apreciar la novedad introducida por José Antonio Maitín en la poesía latinoamericana:

No sabemos que ningun otro escritor, ántes que Maitin, haya dado en castellano una muestra de esa poesía *doméstica*, que no retrocede delante de las imágenes caseras y de los accidentes vulgares y comunes de la vida. (1861: 9, cursivas en el original)

Tal vez influenciado por la valoración de los chilenos o, en todo caso, en fecha mucho más tardía, Marcelino Menéndez Pelayo (*Historia de la poesía hispanoamericana*), observó que en la obra de Maitín se encuentra el lector con:

una especie de poesía íntima y familiar, que entonces era nueva en la literatura castellana, y que luego ha producido maravillas, siendo no pequeño honor para Maitín el haber sido de los primeros en descubrir esta vena. (1911: 412)

Una “especie”, fue la palabra que eligió Menéndez Pelayo, quizás porque no se atrevió a calificarla como tendencia definitiva. Ciertamente, no había llegado el momento para que el hogar se convirtiera plenamente en materia de interés poético. Queda claro (aunque el estudioso español no tuvo oportunidad de ahondar al respecto) que llamó más la atención de los lectores futuros del discurso de Maitín la idea de recogimiento, de intimidad afectiva, que la exploración del espacio familiar recién inaugurado. Porque hay que ver de qué manera en su poesía esa intimidad, esa vuelta a sí mismo, no se consustancia con lo íntimo personal sino con la querencia, con lo íntimo espacial, con el lugar de las amistades y de los afectos, con el poblado donde se asienta la casa de habitación.

En “El hogar campestre” –título que no debe llamar a engaño, porque no pretende referirse al espacio familiar en estricto sentido– lo que privilegia el poeta es la placidez del terruño, una placidez que contrasta con la aspereza (aridez política, a final de cuentas) de la vida capitalina. Léanse si no estos versos iniciales:

A la falda de aquel cerro,
Que el sol temprano matiza,
Un arroyo se desliza
Entre violas y azahar.
Allí tengo mis amigos,
Allí tengo mis amores,
Allí mis dulces dolores
Y mis placeres están. (1851: 32)³⁶

Son los primeros momentos de esta temática del hogar. También aparece como latencia la preocupación hogareña en un poema maitinia-

36 La idea del campo como lugar de contraste con la ciudad, se formula en esos años, entre otros, por Cecilio Acosta en 1856 (“Cosas sabidas...”). Para este, la vida bucólica es “ancha, desembarazada, a pedir de boca; [...] Mesa parca y libre de cuidados, a lo Fray Luis de León; naturaleza liberal y hombres sin odios, como los pintan los poetas; diversiones tranquilas y serenas” (Acosta, 1982: vol. II, 663).

no de profunda filiación romántica, su celeberrimo “Canto fúnebre”: “Llegaron ¡Oh dolor! Las tristes horas/ De un pesar para mí desconocido./ Ilusiones de paz encantadoras,/ Contentos de mi hogar, os he perdido” (1851: 84). Diez años atrás (en 1841), nos habíamos encontrado con el escrito incluido en *La Mariposa* de Maracaibo, bajo el título de “El matrimonio”, donde el personaje que defiende la institución matrimonial la conceptúa “como el estado mas perfecto del hombre”.

Podemos decir que el tema se deslizaba tenuemente, pero todavía no hallaba definitivo arraigo en las conciencias. En el ámbito de la teoría social, he señalado las rápidas reflexiones de Olegario Meneses sobre la importancia que se debía otorgar a la unión legal de las parejas, y también he tomado en cuenta, en el dominio literario, los poemas de Maitín que otorgan significación al espacio hogareño.

Repentinamente, la palabra “matrimonio” comienza a encontrarse en una serie de ensayos, artículos, poemas, piezas dramáticas y títulos de autoría tanto nacional como extranjera (fundamentalmente en escritos de franceses y españoles) que se incluían en la prensa periódica o llegaban de ultramar bajo la forma de libro. En lo concerniente al aporte nacional, vale la pena recordar aquí las *Conversaciones familiares entre un padre y un hijo sobre la vida del hombre*.³⁷ Por el título, puede el lector imaginar el tono del manual de comportamiento. Pero, más que ese ejercicio de imaginación, quiero destacar el detalle que favorece su inclusión en el registro que organizo en este momento: la palabra “familiares”, incluida en el título y, dando fe de la descripción del contenido que hace M. E. Maggi, la mirada puesta en el decurso de la vida (infancia, juventud, edad madura y senectud), o sea, la vida humana vista en su proyección temporal (la idea del largo plazo).

37 Con pie de imprenta caraqueño (Imprenta de Tomás Antero, 1845), lamentablemente ha desaparecido de la Biblioteca Nacional, donde quedó registro de su existencia en los catálogos. María Elena Maggi, quien tuvo oportunidad de consultarlo, dice que abre con una nota “Al lector del editor”, donde se admite que la “obrita ha sido compuesta por una del Conde de Ségur”. En la obra de Ségur –y sigo las palabras de Maggi– se muestra “una fiel pintura de la vida del hombre” en sus cuatro etapas: infancia, juventud, edad madura y senectud. Maggi agrega que: “(a)un cuando en ninguno de los dos libros [*El libro de la infancia*, de Amenodoro Urdaneta y las *Conversaciones familiares*...] se menciona el nombre completo del autor, suponemos que se trata de el (sic) Conde Louis Philippe de Ségur (1753-1830), diplomático y literato francés [...], quien estuvo en Venezuela, o, en su defecto, de su hermano el Conde Philippe Paul de Ségur, general e historiador (1780-1873)” (Maggi, 1992: 42). Se infiere a partir de esas líneas que esas *Conversaciones*..., no son una traducción sino un texto escrito por el editor, T. Antero, quien toma como base la obra del autor francés. Sea original o traducción, importa señalar que la misma selección de ese escrito dice relación con las preferencias lectoras que se imponían. La edición que leyó M. E. Maggi es de 1845, pero pudimos ver en el segundo capítulo que hay una primera impresión de 1840.

Por otra parte, fue abundante el aporte foráneo. Esa preferencia temática gana promoción en los años cincuenta. A partir de esa década se encuentran con habitual los escritos que giran alrededor de conceptos que, después, serían harto recurrentes: “familia” y “matrimonio” En un registro (incipiente todavía) que tome en cuenta esos discursos, tendría que mencionar el que se incluye en el catálogo de la librería de Rosa Bouret y C^a, y que se publicita en el *Diario de Avisos* (septiembre 13 de 1850): *Historia de la sociedad doméstica en todos los pueblos antiguos y modernos, ó sea influencia del cristianismo en la familia* por J. Gaume. Otra oferta que lleva ese enunciado (“El Matrimonio”) se divulga en cuatro entregas a partir del 26 de junio de 1852, desde el *Diario de Caracas*, bajo la firma de Delacroix. Dice así en su entrega inicial: “(e)l matrimonio impone deberes de muchas especies: unos se refieren á la vida religiosa, otros á la vida moral: estos dirigen las relaciones sociales, aquellos fijan la posición respectiva de los esposos”. En suma, se trataba de una reflexión que, venida de Francia, era leída con el natural reconocimiento que se otorgaba a los aportes intelectuales nacidos en esa parte del planeta. En esta oportunidad, la vinculación del matrimonio con la religión, la moral y las relaciones sociales no era sorpresa para los venezolanos. Siguiendo con la patria de Delacroix, el *Diario de Avisos* anuncia que la librería de la viuda de Bouret vende *El Libro de los esposos* por el Dr. Rauland de París (febrero 1° de 1853).

A partir de enero de 1854 se advierte que la lista experimenta un crecimiento significativo. Siempre desde el *Diario de Avisos* se da a conocer un folletín (el 7, 11 y 14 de ese mes de enero) que gira alrededor del tema matrimonial. No se trata de una novela, como nos sentiríamos inclinados a pensar, sino de unos consejos de don Antonio de Guevara, tomados de una publicación española. Hablo de la “Epístola LI. Letra para Mosen Puche, valenciano, en la cual se toca largamente cómo el marido con la mujer y la mujer con el marido se han de haber. Es letra para los recién casados”. El largo enunciado que le sirve de título crea las expectativas suficientes como para que el receptor lea con atención “qué condiciones ha de tener la mujer y qué condiciones ha de tener el marido, para que sean bien casados” (enero 7 de 1854: 3). Las reglas y consejos con los que obsequia el autor a los destinatarios de su epístola son los siguientes: 1) “Que nadie se case sino con su igual”, 2) “Que la mujer sea muy vergonzosa y no muy parlera”, 3) “Que la mujer sea recogida y poco ocasionada”, 4) “Que la mujer casada no sea soberbia ni brava”, 5) “Que los maridos no sean muy rigurosos, mayormente cuando son recién casados”, 6) “Que los maridos no sean demasiado celosos”, 7) “Que si entre los que son casados pasaren enojos, no han de dar parte dellos á los vecinos”, 8) “Que los

maridos provean de lo necesario á sus casas”, 9) “Que los maridos no deben llevar a sus casas personas sospechosas” y 10) “Que las mujeres deben aprender á amasar y coser”. Cada uno de esos puntos recibe el adecuado tratamiento. Ahorro los comentarios relativos al desarrollo de cada uno de los ítem señalados, simplemente quiero destacar que comienza a ser tomada en cuenta la posibilidad de aconsejar y fijar líneas de comportamiento en el espacio privado, no solo a la mujer sino también al hombre.

En las “Novedades literarias” que ofrece en el mes de febrero del año que menciono (1854) el almacén de José María Rojas, se encuentra la “*Guía práctica de las familias*. Obra popular destinada á fomentar los intereses domésticos é indispensables á todas las clases” (*Diario de Avisos*). El 17 de marzo de 1855, entre los libros que ha recibido la librería de Rosa Bouret –que, como siempre, publicita el *Diario de Avisos*–, figura “*La familia*, su origen y organización, individuos que la componen y sus recíprocos deberes. Por Vellabril, 1 tomo”. Desde *La Prensa Ministerial* (junio 9 de 1855), sección de “Avisos”, se da a conocer este mensaje:

DEFENSA DE LAS MUJERES

Se ha impreso y se encuentra de venta en este establecimiento, la escrita por *Don Lorenzo de Alemany*, en contraposición de los cuadros, titulados, *Historia del Matrimonio*, que publicó *Don Antonio Flóres*. Se dará por el módico precio de dos reales. (cursivas en el original)

El aviso sigue saliendo otras veces. Me interesa destacar en esos renglones de qué manera se ofrecía a los lectores(as) interesados(as) una polémica donde –y aquí me limito a jugar con suposiciones, porque los títulos reseñados no existen en los repositorios bibliográficos de Venezuela– comienzan a circular libros que auspician el debate sobre el tema matrimonial. La publicidad de *La Prensa Ministerial* permite suponer que la *Historia del Matrimonio* de Antonio Flores es poco benévolo con la mujer y/o el matrimonio, por lo que don Lorenzo de Alemany le sale al paso.

El entusiasmo familiar hizo posible que, en la década de los sesenta, se abriera la promoción de libros médicos que atendían las necesidades conyugales, como el “Tratado médico sobre el matrimonio y sus desórdenes secretos” (*Diario de Caracas*, marzo de 1854) que registré en el capítulo II; o este otro de Monlau: *Higiene del matrimonio, ó el libro de los casados*, en el cual se dan las reglas e instrucciones necesarias para conservar la salud de los esposos (publicidad de Rojas Hermanos en *El Federalista*, octubre 30 de 1863); o, en el mismo aviso anterior, ya fue posible que se tomaran en cuenta afecciones vincula-

das con los órganos sexuales: de Scanzoni se vendía *Enfermedades de los órganos sexuales de la mujer* y, de Civiales, *Traté pratique sur les maladies des organes genito-urinaires*. He tomado en cuenta esas noticias bibliográficas porque trascendían el cerrado ámbito de la cátedra de medicina.

En el capítulo anterior tuve oportunidad de reseñar los temas que se comenzaban a privilegiar como lectura para la mujer en los años cincuenta, entre ellos *Educacion de las madres de familia ó de la civilizacion del linage humano por medio de las mujeres* e *Historia de la sociedad doméstica en todos los pueblos antiguos y modernos, ó sea influencia del cristianismo en la familia*. Todos ellos sugieren la idea de que se trata de lecturas para la mujer, en el entendido de que se la está preparando para que asuma la jefatura hogareña.

PARA EVITAR EXTRAVÍOS

Como se advirtió en los avisos divulgados desde la prensa periódica, no solo en el folletín y en esa hemerografía se tomó en cuenta la temática familiar, pues también se divulgaron materiales bibliográficos sobre este asunto. Vimos que la librería de la viuda Bouret vendía *El libro de los esposos* por el Dr. Rauland de París en 1853 y que el almacén de J. M. de Rojas anunciaba la *Guía práctica de las familias*, entre otros. También se ha destacado que el interés por la temática doméstica adopta la forma de la lectura traída de Europa, en su mayoría textos en francés.

Pero, al mismo tiempo, también se ha observado la presencia de productos nacionales sobre esa materia. Hemos leído los aportes iniciales de Maitín, de Olegario Meneses y de *La Mariposa*. Una vez que la tendencia arraiga, se constatan manifestaciones en otros géneros discursivos. No solo la poesía, sino también el teatro ofreció su aporte. Gerónimo Pompa da a conocer en 1850 *El amor casado, ó Estravios de los esposos en el matrimonio* “comedia sentimental en tres actos escrita en verso”. Como “comedia de enredo” era presentada en el “Aviso” de *El Diablo Asmodeo* (abril 24 de 1850), cuando invitaba a la suscripción. Por cierto, recomendaba su adquisición “por su moralidad y por su sentimentalismo”.

No obstante esas frases de presentación que se divulgaron desde la prensa periódica, en el “Preámbulo” de la obra, el autor consideró “(e)l argumento de esta pieza, de suyo delicado y fuerte [lo que, M. A.] la ha hecho escabrosa en su composicion y de difícil desenlace”. No voy a ofrecer el resumen de esta comedia, porque esa tarea la ha cumplido José Rojas U. en su *Historia y crítica del teatro venezolano (siglo XIX)*, más bien me interesa señalar la idea de que se introduce la temática matrimonial, hogareña, con la connotación moralizante y sentimental.

Pero todavía en esta segunda propuesta teatral de *Pompa* no se ha consolidado la familia nuclear; es decir, la pareja protagónica de la pieza dramática la conforman dos jóvenes que tienen pocos años de casados y que no han tenido descendencia. Evidentemente, ésta no es la preocupación que mueve la vena creadora del autor de *El libertino arrepentido*. Su preocupación en estas páginas de 1850 es demostrar que los problemas de pareja (en este caso, el marido que se enamora de otra sin saber que es su propia esposa, escondida bajo una vestimenta que la disfraza) se pueden resolver cuando se hace intervenir la razón. Pienso que el significado último de la obra se encuentra en estas palabras de Henrique (el mejor amigo del protagonista, Eduardo, el “extraviado”):

Pues yo creo que no hay pasion
Que al hombre no esté sujeta,
Siempre que á su corazon
Lo domine la cabeza. (1850: 103)

No obstante lo enmarañado de la trama, quedan expuestas a la luz dos certezas: en primer lugar, que los letrados siguen preocupados por el problema moral y que, en este caso, la salida no es la religión (a final de cuentas, *Pompa* era masón, como recordé páginas atrás) sino la razón, la capacidad que se tenga para resolver los problemas, para vencer las inclinaciones pasionales;³⁸ en segundo lugar, que en esta pieza el matrimonio sale fortalecido.

La literatura fue, entonces, una de las vías que sirvió para la divulgación del argumento doméstico. En realidad, no fueron los venezolanos los únicos interesados en el cultivo de esta temática, puesto que su abordaje fue constante en la producción de los escritores románticos. Sobre esa línea de preferencia, el argentino Emilio Carilla ha señalado que:

Con todo, un conocimiento detenido de la lírica romántica en Hispanoamérica nos muestra que este sector [el tema hogareño, M. A.] es más importante (o, por lo menos, más nutrido) de lo que parece a simple vista. En última instancia, es justo decir que, si no es el más espectacularmente romántico, es un tema que no puede olvidarse si no se quiere desfigurar un cuadro total. La única aclaración que conviene hacer es que su mayor abundancia no se marca, por cierto, en el primer romanticismo. (1975: T. II, 27)

Se detiene Carilla a señalar el cultivo de esta temática como propio de la poesía. Sin embargo, no es el único que observó ese rasgo pe-

38 No es fortuito que la obra termine con estas palabras de Henrique: “(h)e aquí la virtud premiada” (1850: 200).

culiar de nuestro romanticismo. También el mexicano Alfonso Reyes en *Constelación americana* destacó la presencia de esa lírica familiar:

El romanticismo europeo nace armado de rebeldía social, aún en la vida real de los poetas (Byron, Musset, Heine –primera víctima de Hitler–, Larra, Espronceda). El romanticismo americano, como que es más gregario, antes que escribir versos a la amante, los escribe a la esposa, a los padres, por cierto no sé qué de poesía casera [...]. Mayor sometimiento a la familia que en el español, el cual ya es más sumiso, a su vez, que los de allende los Pirineos. (1975: T. II, 27)

De igual manera, el argentino Enrique Anderson Imbert participa de una interpretación similar:

Los temas de esta segunda generación romántica (1860-1880) son los de siempre: tristezas de titanes vencidos, costumbres y hablas populares, leyendas indígenas de pueblos extinguidos, la historia. Acaso, con fuerza de tema nuevo, aparece la emoción del hogar, recuperado después del destierro o de las guerras civiles. (1970: vol. I, 289)

Antes que Alfonso Reyes, que Emilio Carilla y que Enrique Anderson Imbert, el dominicano Pedro Henríquez Ureña había advertido la identidad de rasgos:

En agudo contraste con la literatura europea de pasión desatada, a la greña con la sociedad, la América hispánica produjo gran cantidad de poesía doméstica. Mucha de ella nos parece hoy algo ridícula; cuando los poetas mediocres nos fastidian, claro es que hallaremos sus lágrimas inútiles; pero debe recordarse que sus sufrimientos fueron reales: pocas veces han sufrido tanto los hombres, y por tantos años, como ellos sufrieron en la mayoría de nuestros países durante los anárquicos años románticos. (1978b: 132)

A partir de las citas precedentes queda de manifiesto que todos esos autores coinciden a la hora de advertir la importancia que el tema familiar adquiere durante el romanticismo (la llamada segunda generación, para ser más precisa). Hay un detalle que fija coincidencias entre todos ellos: la inclinación a señalar el tema doméstico u hogareño solo en la poesía. Es evidente que, cuando menos, pasaron por alto lo más relevante de la experiencia venezolana en este sentido donde, hemos visto, también llegó al teatro y al ensayo. Como he indicado, la familia fue motivo de reflexión en muchas publicaciones periódicas y en numerosos libros, algunos de autoría local, aunque en su mayoría fueron importados de Europa. El libro extranjero era seleccionado por los libreros en función del interés que manifestaban los lectores locales.

Algunos estudiosos de la literatura hispanoamericana (Menéndez Pelayo, como recordáramos) citan, a propósito de esa poesía doméstica, el “Canto fúnebre” o “El hogar campestre” del venezolano José Antonio Maitín. Pienso que la afirmación es precipitada y soy de la opinión de que Carilla y Anderson Imbert analizan el fenómeno de una manera más ponderada, al momento de observar que “su mayor abundancia no se marca en el primer romanticismo” (al que se adscribe Maitín, debo recordar).³⁹ En el poeta del “Canto fúnebre” está señalada una tendencia que todavía no ha cristalizado, y que es solo en la llamada segunda generación de escritores románticos cuando comienza a consolidarse (a partir de la década de los sesenta, aproximadamente, hasta la de los ochenta).

Llama la atención que, en Venezuela, ningún estudioso de la literatura romántica se haya preocupado mayormente por indagar las razones que explican ese interés por el tema doméstico: por qué la tesis familiar aparecía de manera espontánea en todas las conciencias. En el espacio continental, Alfonso Reyes, por ejemplo, ha sostenido la idea de que esa temática indica un “Mayor sometimiento a la familia que en el español”. Creo que el juicio es precipitado. Me parece que en los tiempos del primer romanticismo no hay elementos que indiquen la necesidad de asumir esa nueva conducta colectiva.

No fue terreno reservado en exclusiva a los escritores. Todos los publicistas del período se volcaron a elogiar las bondades de la familia como piedra basal de la sociedad. Felipe Larrazábal, por ejemplo, somete el tema a análisis en un trabajo que parece alejado de este tipo de reflexiones. Me refiero a *Principios de derecho político. Elementos de la ciencia constitucional*. En los “Preliminares” toma como punto de partida esta consideración que se volverá hábito en la mayoría de los discursos públicos:

Todo pueblo tiene por principio la familia, base de las sociedades que ella engendra por su desenvolvimiento natural.

La familia es el tipo de toda organización y la condicion de toda existencia social. Destruir la familia, herir los lazos naturales que unen al padre, á la madre y á los hijos, y que hacen de todos ellos UN SOLO SER, el hombre completo, es atentar contra la vida misma del género humano. (1864: 1-2)

39 Más comprometido con esta temática es “La casita blanca” de Cecilio Acosta, varias décadas después. En ese poema, el hogar se ha tornado en el lugar de la seguridad y la calma: “Al terminar el día, el afán duro/ del campo cese, que el vigor enerva;/ llegue buscando la feliz caterva/ descanso en el hogar libre y seguro” (1982: Vol. II, 628). Por cierto, en la edición de las *Obras completas* de C. Acosta se señala que “La casita blanca” se publicó originalmente en *La Revista*, dato que es rigurosamente cierto, y agregan que salió en el número de abril de 1872, lo que es rigurosamente incierto: se incluyó en octubre 12 del año indicado.

En la formulación doméstica que circula con vigor desde los años sesenta vemos transitar, entre muchos otros, a Cecilio Acosta, cuando plasmaba en el álbum de la señorita Carolina Tesdorpf, el 18 de junio de 1871, conceptos de esta naturaleza:

[En el matrimonio] el sacerdocio es excelso, porque hay que educar una familia, infundiéndole los principios de la moral que comprende todo un código. Es preciso enseñarle la industria para el trabajo, los sentimientos elevados para la gloria y el buen nombre; y sobre todo enseñarle a Dios para el deber. Es cosa singular: la esposa llena estas funciones, y las llena bien por inspirada. (1982: vol. 2, 300)

Y lo decía un hombre que nunca llegó a casarse y que, por añadidura, tampoco tuvo hijos. Este hecho es significativo porque revela el arraigo que tuvo el clamor familiar. Algunos párrafos más adelante, sentenciamos el autor de “La casita blanca”:

Pero el ministerio verdaderamente divino de la mujer, es el de madre [...]. Tales son, a mi juicio, el carácter, la influencia y el destino de la mujer, complemento necesario del hombre, y clave que cierra con primor la bóveda social. (*ibidem*: 301)

Varios años más adelante, en 1880, el autor de las *Nociones de economía doméstica* santificaba el recinto hogareño con palabras que eran de acuñación anterior:

El hogar es el santuario de la familia, como el templo y el altar los son del sacerdocio; y así como la religión debe tener un asilo inviolable para sostener el fervor del culto; así también el matrimonio ó sociedad conyugal debe tener un lugar sagrado para albergarse de por vida, con la estabilidad y nobles miras que reclama tan respetable vínculo. (Lossada Piñeres, 1880: 38)

Estuvieron tan convencidos del valor de su hallazgo que, todavía a finales de siglo, un hombre que se situaba en otra trinchera de ideas, esta vez no cristiana sino positivista, Luis López Méndez, normaba la conducta de las madres, hermanas, hijas y, sobre todo, esposas venezolanas, en un duro batallar retórico que lo llevó a repetir una y otra vez lo que todos ellos salmodiaban tan bien:

Ella, que en el seno de la familia conserva en toda su pureza y brillantez la llama del sentimiento; élla, que dirige los primeros pasos del niño poniendo en su alma la armonía y en sus labios la miel que más tarde han de neutralizar las amarguras de la vida; élla, que en sus brazos ofrece al hombre seguro asilo donde, tras la diaria faena, vaya á reposar y á curarse de sus heridas, deponiendo por un momento la lanza y el escudo y olvidando, con la música de sus besos, la algazara salvaje y los gritos estridentes del combate. (1890: 270)

Para que se pudiera llegar a estas declaraciones, hizo falta la consolidación del proceso que he querido reproducir en estas páginas. Sobre este particular, leamos unos renglones que se insertan en las primeras páginas de *Las ilustres americanas*⁴⁰ de 1826:

A la manera de mansos arroyuelos, que amenizan los valles con un silencioso abandono, el mayor número de las mujeres recorre la escena del mundo, embelleciendo los días de sus padres, hermanos i cuantos las rodean, sin otra pretencion que la de agradar. (1826: 4)

Desde siempre se las consideró apéndice masculino, pero lo que quiero destacar en esas líneas de 1826 es la invitación a la molicie, a la vida inercial, a la mansedumbre y al abandono. La única responsabilidad de las patricias –en una época en la cual la paz parecía ser garantía eterna, después de la definitiva victoria de Ayacucho– consistía en agradar. Pero, a partir de 1839, se les comienza a asignar deberes específicos.

Uno de los deberes fundamentales de las mujeres de la élite venezolana –que es difícil saber si surgió por iniciativa de ellas– y que se consagró con el paso del tiempo, tuvo que ver con sus funciones maternales. Es conocido que las mujeres del patriciado no amamantaban a sus hijos. Pues bien, al llegar a los años sesenta, la madre asumió al fin esa misión (es claro que la libertad de los esclavos fue una medida que incidió en esa “decisión” maternal). Por esa circunstancia, el personaje femenino (Berta Osorio) de la novela de Lina López Arámburu, *Un crimen misterioso* –cuyas acciones se desarrollan en esos años del siglo–, puede responderle al esposo, cuando este le propone una nodriza para que atienda a la hija recién nacida, lo que copio de seguidas: “(j)amás, esposo mio, jamás, mi primer y solo placer hoy consiste en llenar mis sagrados deberes de madre” (1889: 14). El compromiso materno de *Un crimen misterioso* marca aguda distancia con la crítica de *La Mariposa* (abril 28 de 1841: 3) de Maracaibo, donde se observan unos hijos cuyas madres “no les dieron el jugo de su pecho para no ajar la frezcura de su rostro”. No fue solo en Venezuela, en Colombia

40 Este folleto de 1826, imprescindible para reconstruir la participación de las mujeres hispanoamericanas en la etapa emancipadora, se reprodujo en Caracas sin identificación de autor (solo aparece precisado por las siglas P. C.). En realidad, el material había aparecido en *Biblioteca Americana*, la revista fundada en Londres por Andrés Bello y Juan García del Río en 1823, bajo el título “De la influencia de las mujeres en la sociedad; i acciones ilustres de varias americanas” (pp. 368-411). Gracias a los esfuerzos de Guillermo L. Guitarte sabemos que la sigla referida corresponde al nombre de Pedro Creutzer (citado por Grases, 1981b: 311-319). Por cierto, la edición caraqueña de 1826 reproduce como apéndice la nota a pie de página del n° 48 (p. 3) de *El Observador Caraqueño* que menciona páginas atrás.

se ha estudiado esta experiencia que adelantaron las protagonistas del patriciado. Esa situación es descrita por Suzy Bermúdez en la república vecina en fecha más tardía, a fines del siglo XIX, de esta manera:

[Durante esos años] las publicaciones empezaron a señalar, con cierta desconfianza, la presencia de madres sustitutas (las amas de leche, amas de brazos y nodrizas) que se encargaban de parte de la educación infantil. Se las criticaba porque no cumplían con los requisitos culturales de higiene y de dedicación que exigía la naciente sociedad capitalista. Se esperaba que las madres se encargaran directamente de la crianza de los niños o que supervisarán la labor que hacían sus empleadas. La prensa femenina que apareció en la segunda mitad del siglo pasado, y que se orientó especialmente al espacio doméstico, al igual que las publicaciones sobre la infancia, los esposos, la maternidad, etcétera, tenían este mismo propósito. (1995: T. II, 249)

En esta plena asunción de sus capacidades para convertirse en formadoras y modeladoras de la conducta de su descendencia, las mujeres de la élite venezolana salieron fortalecidas. En 1861 *La Floresta* les concedía el “carácter de madres é instructoras de la juventud” (octubre 13: 2). La misión pedagógica que se delegaba a la madre, desplazó el viejo hábito que les permitía ceder a otros la orientación de los hijos e hijas. Por eso la misma publicación pregonaba “para la infancia la dictadura de la autoridad materna” (diciembre 15 de 1861: 1). No podían sostenerse por más tiempo los inveterados modelos de crianza que cuestionaba acremente la revista que vengo citando:

Queremos pudor en nuestros ángeles y encomendamos su infancia á gentes sin pudor. Y el primer galopin y la primera mozueta son los mentores de la infancia [...] Y no ya en la casa, en la calle son maestros de inmoralidad los sirvientes de nuestra confianza. Ellos llevan á la escuela nuestros niños: ellos los llevan al paseo: ellos son los compañeros inseparables de la infancia. ¡Qué compañeros! (*La Floresta*, diciembre 15 de 1861: 1-2)

Esas mujeres, pues, asimilaron el nuevo protocolo público. No creo que hayan estado en desacuerdo porque se convirtieron –para decirlo con el título de la publicación periódica de 1881 que ya he mencionado– en “el ángel guardián” de sus vástagos. Cuando, finalmente, se decidieron a tomar firmemente la pluma (en el último tercio del siglo, como quedó indicado) habían adherido el nuevo ejercicio doméstico con tanta vehemencia que una de las líneas temáticas a la que se dedicaron con fruición fue la maternal y hogareña.⁴¹

41 Otra línea temática en la que se sintió desplazar con fluidez fue en la literatura patriótica, sobre todo la referida al culto a los héroes.

Justamente, lo que estaba buscando la dirigencia venezolana al cerrar la primera mitad del siglo era el fortalecimiento del núcleo familiar para darle preeminencia social a la familia conyugal, integrada por el padre, la madre y los hijos. Esa célula social no se había podido estructurar en tiempos pretéritos por efecto de varios factores: de una parte, los años de guerra; de otra, los efectos de las epidemias y de las críticas condiciones higiénicas que afectaban por igual a hombres y mujeres; finalmente porque había que introducir normas de convivencia pública, que se habían relajado durante los años de independencia (experiencias como el concubinato de Páez en la casa de gobierno no se vuelve a repetir de manera tan patente). En un plano igualmente significativo, familias que habían disfrutado en el período colonial de una vida muelle y regalada, necesitaban que la mujer ocupara el centro de los destinos domésticos, como garantía para el ahorro y la reconstrucción del patrimonio perdido (no olvidemos el llamado de la Sociedad Económica de Amigos del País a controlar el gasto y a oponer resistencia al lujo). Otro aspecto a considerar es que, al llegar a la segunda mitad de la centuria, se comenzó a hablar de la familia y del hogar como el lugar llamado a contribuir a la pacificación de la república.

Para concluir, familia, mujer y niño/niña fue la tríada que sirvió como uno de los mecanismos ideologizadores utilizados por la élite ilustrada para lograr la paz interna y la pervivencia futura. Una paz, y vuelvo a lo mismo, que era vista como condición fundamental para consolidar la república en esos intensos y azarosos años que definen el siglo XIX venezolano.

BIBLIOGRAFÍA

- Antero, Tomás *Conversaciones familiares entre un padre y un hijo sobre la vida del hombre 1840* (Caracas: Imprenta de Tomás Antero).
- Briceño, Mariano de 1855 “Estudios sobre los partidos” en *Diario de Avisos* (Caracas).
- Calcaño, Eduardo 1854 “Discurso pronunciado por E. Calcaño en la sociedad de María” en *Mosaico*, p. 81.
- Carilla, Emilio 1975 *El romanticismo en la América hispánica* (Madrid: Gredos).
- Carreño, Manuel Antonio 1854 *Manual de urbanidad* (Nueva York: D. Appleton y ca).
- Cisneros, Luis Benjamín 1864 *Edgardo* (París: Rosa Bouret).
- Creutzer, Pedro 1826 “De la influencia de las mujeres en la sociedad; i acciones ilustres de varias americanas” en *Biblioteca Americana* (Londres: Imprenta de G. Marchant)

- Diario de Avisos* 19 de marzo de 1850, 2 de julio de 1850, 13 y 24 de septiembre de 1850, 1 de febrero de 1853, 12 de abril de 1853, 7, 11 y 14 de enero de 1854 y 17 de marzo de 1855.
- Diario de Caracas* 3 de abril 1852, 26 de junio de 1852 y marzo de 1854.
- Eco de la Juventud* 20 de septiembre de 1858.
- El Agricultor* 17 de marzo de 1855.
- El Americano* 11 de junio de 1856, 13 de diciembre de 1856 y 3 de octubre de 1857.
- El Ángel Guardián* 1881.
- El Canastillo de Costura* 30 de marzo de 1826.
- El Candelariano* 26 de noviembre de 1850.
- El Caraqueño* 27 de agosto de 1850 y 4 y 12 de febrero de 1851.
- El Censor* 1836.
- El Clamor del Pueblo* 21 de mayo de 1855.
- El Clamor Público* (Caracas) 8 de agosto de 1850.
- El Colombiano* 11 de julio de 1860.
- El Compilador* (Ciudad Bolívar) 4 de diciembre de 1847.
- El Constitucional* 19 de noviembre de 1864.
- El Copiador* 14 de septiembre de 1830.
- El Diablo Asmodeo* 24 de abril de 1850.
- El Diamante* (Caracas) 28 de agosto de 1850.
- El Economista* 1 y 8 de marzo de 1855.
- El Ecuatoriano* 1835 (Guayaquil) n° 71.
- El Fanal* 10 de enero de 1830 y 12 de marzo de 1831.
- El Federalista* 30 de octubre de 1863 y 31 de mayo de 1865.
- El Foro* 24 de agosto de 1858.
- El Heraldo* 28 de mayo 1859, 17 de junio de 1859 y 17 de agosto de 1859.
- El Independiente* 30 de abril de 1863.
- El Liberal* 25 de julio de 1843.
- El Liceo Venezolano* febrero de 1842.
- El Monitor Industrial* (Caracas) 18 de julio de 1859.
- El Orden* 17 de abril de 1865, 7 de junio de 1865 y 8 de agosto de 1866.
- El Patriota Venezolano* 1 de noviembre de 1830 y 26 de septiembre de 1831.
- El Repertorio* enero de 1845.
- Epístolas Catilinarías* 1835 n° 2.

- Flores de Pascua. Colección de producciones originales en prosa y verso*
1854 (Caracas)
- Gaceta de Venezuela* 3 de agosto de 1833 y 26 de septiembre 1835.
- Informe que el Ministerio de Relaciones Exteriores dirige á la
Legislatura Nacional de los Estados Unidos de Venezuela en 1866*
1866 (Ministerio de Relaciones Exteriores)
- La Corneta del Pueblo* 21 de junio de 1853.
- La Floresta* 10, 17 y 24 de noviembre 1861, 6 y 13 de octubre de 1861
y 8 y 15 de diciembre de 1861.
- La Mariposa* (Maracaibo) 28 de abril de 1841.
- La Mercurial* (Valencia) 3 de marzo de 1831.
- La Prensa* (Caracas) 9 de febrero de 1847.
- La Prensa Ministerial* 9 de mayo y 9 de junio 1855.
- La Revista* 12 de octubre 1872.
- La Unión* 9 de noviembre de 1850.
- Larrazábal, Felipe 1864 *Principios de derecho político. Elementos de la
ciencia constitucional* (Caracas: Imprenta Bolívar).
- Lossada Piñeres, Juan 1880 *Nociones de economía doméstica*
(Maracaibo: Imprenta Bolívar-Alvarado & Ca. Maracaibo).
- Lozano, Abigaíl 1845 *Tristezas del alma* (Caracas, Valentín Espinal).
- Maitín, José Antonio 1851 "Para un álbum" en *Obras poéticas*.
- Maitín, José Antonio 1851 *Memorias de un viaje por América*.
- Maitín, José Antonio 1838 *El Libertino arrepentido*.
- Maitín, José Antonio 1835 *La prometida*.
- Menéndez Pelayo, Marcelino 1948 *Historia de la poesía
hispanoamericana* (Madrid: Editorial Nacional).
- Monagas, José Tadeo 1973 *Autobiografía*
- Montalvo, Juan 1966 "Ojeada sobre América" en Carlos Ripoll
(comp.) *Conciencia intelectual de América* (Nueva York: Las
Américas)
- Observador Caraqueño* 25 de noviembre de 1824.
- Ordenanzas, resoluciones y acuerdos de la H. Diputación provincial de
Caracas, expedidos en 1848* 1848 (Caracas: Diputación provincial
de Caracas).
- Ortiz Pinedo, Miguel "Las repúblicas hispano-americanas"
- Palma, Ramón de 1857 "El tiempo" en *Aguinaldo habanero* (La
Habana).
- Picón Salas, Mariano 1984 *Formación y proceso de la literatura
venezolana* (Caracas: Monte Avila Editores)
- Revista Literaria* 1865 n°1 p. 3.

Revista Oficial 1838.

Reyes, Alfonso 1950 *La constelación americana: conversaciones de tres amigos* (Madison: Panamericana).

Rojas Uzcátegui, José 1986 *Historia y crítica del teatro venezolano (siglo XIX)* (Venezuela: Universidad Los Andes).

Tejera, Miguel 1986 *Venezuela pintoresca é ilustrada* (Caracas: Ediciones Centauro)

LA CRÍTICA LITERARIA FEMINISTA Y LA ESCRITORA EN AMÉRICA LATINA*

Sara Castro-Klaren

Hace poco una escritora francesa nos volvió a recordar la cruel, difícil y central cuestión del ser femenino. Ella escribe:

¿Dónde está ella?
actividad/pasividad
sol/luna
cultura/materia
día/noche
.....
logos/pathos
hombre
_____ (sobre)
mujer

Este texto de Hélène Cixous habla de dos tenores dominantes, y a veces fragmentarios, en la ideología feminista: (a) el reconocimiento de la opresión sexista en la sociedad patriarcal, y (b) la necesidad de

* Castro-Klaren, Sara 2003 *Narrativa femenina en América Latina. Prácticas y perspectivas teóricas* (Madrid: Iberoamericana). Traducción del inglés por Carlos Domínguez, Universidad de Wisconsin, Milwaukee.

construir un sujeto femenino (identidad) en un mundo falocéntrico.¹ No hay duda de que todos los términos con que se ha iniciado este trabajo son nuevos, inestables y además cuestionados dentro y fuera de los círculos intelectuales feministas. Algunos, por ejemplo, cuestionan si en realidad el feminismo como lo hemos llegado a conocer en los últimos veinte años, es en efecto una ideología, en cuanto pueda o no definirse como sistema de creencias políticas que explica los aspectos cognoscitivos y psicológicos de nuestra realidad. Un sistema que sea “capaz de describir y explicar una realidad y también capaz de plantear un futuro plan de acción para cambiar la realidad presente en la búsqueda de sus valores y objetivos manifiestos” (Funlenwider, 1980: 22). Para mí no hay duda de que el feminismo –si por él entendemos la salva inicial de Beauvoir, Friedan, Millet; y de muchos otros estudios empíricos y teóricos que ahora rebalsan los estantes de bibliotecas con textos feministas en economía, antropología, historia, literatura, biología, leyes, filosofía y especialmente psicología y psicoanálisis– de hecho, constituye un cuerpo descriptivo de conocimiento sobre la mujer y su posición universal en relación con los hombres. Un cuerpo suficientemente extenso, diría yo, al menos para satisfacer la exigencia descriptiva. Hay, además, un acuerdo fundamental con respecto a la exactitud de esta descripción. En cuanto a los objetivos, el feminismo está marcado por una escala de pasos preferenciales en cuanto a lo que se debe hacer de inmediato: 1) la reforma feminista busca la igualdad y la eliminación de los prejuicios sexistas en el mundo, en cuanto se constituyen en poder masculino, como una forma de solucionar la injusticia de la situación; 2) El feminismo socialista busca, entre otras cosas, las vías revolucionarias de estructurar las fuerzas de la producción y la reproducción (biológica y social) para que las mujeres no sean doblemente castigadas, como lo son hoy día, en la situación y en la fábula de la familia; 3) Un sector del feminismo radical llega al extremo de soñar con un espacio separado donde la mujer, sin interferencia masculina alguna, pueda escapar de la opresión y así llegué a conocerse y a afirmarse en relación con otras mujeres.

Se puede ver, entonces, una fehaciente base común en la búsqueda de los objetivos del feminismo: la radicación del sexismo en los niveles ideológico y práctico de la experiencia con el concomitante acceso e incremento del poder de la mujer. En la actualidad, esta pos-

1 Derrida en su crítica a Lacan en “La question du style” deja relucir que el discurso psicoanalítico identifica el falo con el logos, en tanto que figuran como entidades trascendentes en las que se funda el significado. Por lo tanto “falocentrismo” representa la fusión del falocentrismo con el logocentrismo de Occidente. Para más detalles véase el texto de Derrida, el artículo de Carolyn Burke “Trigaray Through the Looking Glass” y los textos de Luce Irigaray.

tura se podría presentar a modo de respuesta a la mal intencionada pregunta-reproche de Freud: ¿Qué quieren las mujeres? El caballero no sabía la respuesta. Judith Van Herick ha demostrado en su reciente libro *Freud on Femininity and Faith* (1982) que él no podía saberla, aún si se lo hubiera propuesto, porque su propio sistema de categorías, su propio planteamiento de orígenes, su propia teoría sobre la represión y la civilización, se fundan en lo que él, junto con el resto de la tradición occidental, ha llamado “Lo Femenino”. Para Freud la mujer no pasa por las pruebas de renunciación en relación con la figura paterna, y así en vez de adquirir el principio de la realidad, simplemente busca satisfacción en su relación con el Padre divino. Dado que la mujer confunde todo el proceso, ella termina siendo la corporización de un super-ego débil. Por eso posee un pobre desarrollo del sentido de la moralidad, esta investida de un intelecto restringido y esta en oposición al avance de la cultura, además de tener un insuficiente respeto por la realidad. Los hombres, al contrario, dan el difícil paso más allá de la ilusión y llegan a crear la ciencia. Para los hombres, quienes han internalizado las restricciones paternas, la autorrealización solo existe en el orgullo que deriva del sacrificio de los deseos en el fortalecimiento del super-ego (Van Herick, 1982: 190-192). Van Herick demuestra que, en su preeminencia, la paternidad para Freud se alía con la razón, la realidad y la civilización, y por lo tanto, con valores intelectuales, éticos y culturales (1982: 94). Para Freud, la feminidad es entonces una desviación de lo universal y normativo, y representa las tentaciones sensuales fuera del ámbito de la razón, de la realidad y de la cultura, y fuera del ideal humano. La masculinidad se adquiere rechazando lo femenino. La maternidad es anterior y hostil a la cultura. En el sistema de Freud, estas creencias se transforman en una teoría “científica” de la civilización.

Esta amalgama de biología reestructurada en cultura, sus orígenes y significado, se han convertido en la cuestión candente del feminismo actual. Creo que algunas de las feministas radicales francesas presentan el problema con mayor elocuencia cuando enfatizan que “cualquiera sea el origen de esta opresión –biológico, económico, psicológico, lingüístico, ontológico, político, o cualquier combinación de estos– una polaridad de opuestos basada en la analogía sexual organiza nuestra lengua y a través de ella, dirige nuestra manera de percibir el mundo” (Marks, 1981: 4).

No requiere mucho esfuerzo notar que el problema más agudo de la ideología feminista surge así no tanto al nivel político, sino al nivel de conceptualización y análisis. No saber dónde se sitúa la mujer, o que quiere, no ha sido un impedimento para proveer una descripción de la situación concreta en que las mujeres existen. Nos deja

sin embargo atrapados en un sistema de oposiciones que, me parece, produce la sensación incipiente e inquietante de que si la mujer no es hombre, debe ser mujer (¿verdad?), *pero* si la mujer no esta realmente marcada por el signo de las oposiciones y es, al contrario, como lo dice Freud, “anterior” al hombre, o esta marcada por la relación horizontal del inferior, en sumisión y renunciación, y además, el hombre lo piensa como una simple relación en su sistema de relaciones (parentesco, lengua); si ella es lo no esencial en relación con lo esencial, si ella es lo incidental en relación a lo absoluto que es el Hombre (Beauvoir, 1953), entonces debemos concluir que ella no es ni siquiera el “otro” existencial de Beauvoir, porque ni siquiera es objeto, porque ha sido negada más que objetivada como el otro término propio de la oposición. Virginia Woolf, en su dispersa pero mordaz crítica de la lengua, reconoce la magnitud del problema cuando con cierta timidez afirma: “*Is only a convenient term for somebody who has no real being*” (Woolf, 1957: 4).

El reconocimiento incompleto de la mujer como sujeto a menudo ha conducido a investigaciones basadas en una lógica de identidad oposicional planteada de modo inadecuado. Tomemos por ejemplo el sistema de preguntas y respuestas basado en las simples oposiciones de escritor/escritora y estética masculina/estética femenina, con que se ha intentado racionalizar la cuestionante voz femenina en relación al problema de autoría. En general, se ha utilizado ante el mundo masculino de la escritura el siguiente péndulo lógico: “¿Qué debe hacer la mujer? En última instancia, (reza la respuesta), ella debe escribir como mujer, ¿qué otra solución hay?”. De esta respuesta –que, al mismo tiempo, se constituye en definición– surgen los estudios de los textos firmados con nombres de mujeres para así determinar cómo existen, razonan, sienten y escriben las mujeres. De aquí resulta la necesidad de adelantar hipótesis, tales como la de la “imaginación femenina”, las que, a su vez, pasan inmediatamente a convertirse en tesis. Esta tesis de “la imaginación femenina”, que encarna el tremendo riesgo de convertirse en una versión de un “determinismo biológico” en otros ámbitos, sería reconocida como instancia primaria del anti-feminismo y del sexismo que acabamos de ver en Freud (Kamuf, 1980: 284).

Si presumimos que los textos de mujeres, textos escritos y firmados con nombres de mujer, de hecho contienen o se convierten en una categoría para el análisis y constitución del sujeto femenino, se podría decir que construimos una tautología en vez de un implemento analítico. Presumiríamos aquí que una identidad fija, casi fuera del contexto cultural, establece lo que las mujeres son y lo que las mujeres hacen, de acuerdo con los dictados de la interpretación de una

“imaginación femenina”. Tendríamos pues que aceptar que, basándonos en el estudio de unas cuantas escritoras –las que viven y escriben como miembros de una clase y sociedad específica en un momento histórico determinado–, podríamos establecer una categoría universal de análisis, la que no solo describe, sino que exige una serie de temas, imágenes y posiciones ideológicas en relación (a) a la tradición escritural denominada por el hombre, y (b) a la imagen de la mujer, en esa sociedad y en esa literatura. El estudio de este tipo de crítica literaria temática, y orientada hacia valores de personificación, revela un abordaje ingenuamente representacional y a veces resulta ser contradictoriamente a-histórica. El valor rescatable de libros tales como *The Female Imagination* esta en el residuo empírico del análisis de la imagen de la mujer en textos producidos en la Inglaterra del siglo XVIII. Nada más. Afirmar que “por cierto la mente tiene un sexo, y no es menosprecio de la mujer el tenerlo”, tal como lo hace Patricia Spacks, en *The Female Imagination*, y luego añadir que “de todas maneras, por razones históricas fácilmente discernibles las mujeres característicamente se han preocupado por asuntos más o menos periféricos a los asuntos masculinos... y la diferencia entre preocupaciones y roles tradicionales femeninos y masculinos representa diferencias en la escritura”, es yuxtaponer categorías de pensamiento o posiciones políticas diversas. No se puede reconciliar, o alternar entre las nociones de diferenciación mental debida a identidad sexual con los roles genérico-sociales impuestos o enseñados por una sociedad, sin recurrir a complejos implementos de mediación. No se puede tan llanamente ir de ida y vuelta entre identidad intelectual sexual y roles sociales, y salir luego con la conclusión de que entre escritoras como Jane Austen, las Brontë, George Eliot y otras menos conocidas se formará una sonoridad de autoría femenina.

No hay duda de que sí se puede “ver un *continuum* imaginativo, la recurrencia de ciertos patrones, temas, problemas e imágenes de generación en generación” (Showalters sobre Spacks: 9). Pero lo que necesitamos preguntarnos es de qué manera este fenómeno socioliterario es analíticamente diferente de fenómenos similares en la tradición masculina. Pienso en el *continuum* de imágenes, recurrencia de temas y preocupaciones tradicionalmente agrupadas para distinguir entre escuelas, períodos y movimientos regionales. Más aún, si oponemos “otros” textos femeninos, textos femeninos de “otra tradición”, digamos, *Hasta no verte Jesús mío*, *Retrato de familia*, *Papeles de Pandora*, *En breve cárcel* y *Lazos de familia*, dudo mucho que la “imaginación femenina” –es decir una sensibilidad que se revele a sí misma a través de imágenes específicas de la mujer, o que el rol diferente de la mujer como motivadora de imágenes y patrones– pueda producir una

coincidencia entre las escritoras inglesas de los siglos XVIII y XIX y mujeres como Elena Poniatowska, Rosario Castellanos, Rosario Ferré, Sylvia Molloy o Clarice Lispector.

Peggy Kamuf, una aguda crítica de *The Female Imagination*, cuestionando el todo de la noción de “la escritura femenina” –ya ahora descartada gracias a varios estudios detallados– escribe: “Descubrimos que por escritura femenina Spacks banalmente entiende obras escritas por seres biológicos determinados como las hembras de la especie” (Kamuf, 1980: 285). Existe en el abordaje de la literatura bajo el tenor de “imaginación femenina” una marcada ausencia de análisis del problema de autor y/o autoría. Kamuf sugiere una alternativa a este tipo de “crítica feminista”, una estrategia de lectura textual situada más allá del sexo del “autor” y capaz de desenmascarar la verdad con que el falocentrismo esconde sus ficciones. Así, primeramente miraríamos detrás de la “máscara del nombre propio, el signo que asegura nuestra herencia patriarcal: el apellido del padre como índice de identidad sexual” (Kamuf, 1980: 286).

En *A Literature of their Own*, Elaine Showalters sobriamente advierte sobre los peligros de las generalizaciones sobre la escritura de mujeres en base a muy pocos ejemplos. “La crítica ha reducido y condensado el extraordinario campo y la diversidad de las novelistas inglesas a un pequeño grupo de las más notables, y luego ha procedido a derivar teorías basadas en ellas” (Showalters, 1977: 7). Aunque admite que hay repeticiones y preocupaciones temáticas en común, su estudio reconoce la necesidad de deshacerse de muchas de las presunciones actuales sobre la mujer y sobre la escritora para comenzar a cuestionar algunas de las frases claves que en estas presunciones se fundamentan. Frases como “imaginación femenina”, “estética femenina”, “cuartos propios”, “literatura propia” (prescripción de J. Stuart Mills), “la mente femenina”, etcétera.

Examinando los trabajos de Virginia Woolf y Dorothy Richardson especialmente, Showalters demuestra cómo la incuestionada adopción por parte de Richardson de la noción de una estética femenina se convierte para ella en una racionalización de sus propios problemas individuales de novelista; problemas que Woolf, la proponente de una estética femenina, no enfrentó o no fue capaz de resolver a medida que escribía. Richardson elaboró una teoría que proponía lo informe como la expresión natural de la empatía femenina, y lo estructurado como signo de la limitación masculina (Showalters, 1977: 256). Así, Richardson afirmaría que “los hombres podían ser ordenados porque percibían muy poco” (1977: 256). No es difícil ver que Showalters se propone demostrar que la “estética femenina” en Inglaterra fracasó como anclaje para la autonomía artística del “cuarto propio”, ya que

fundamentalmente “transformaba el código femenino de autosacrificio en la extinción del ser narrativo y aplicaba el análisis cultural de las feministas a palabras, oraciones y estructuras del lenguaje en la novela” (1977: 33). “Porque vieron un mundo dominado por el ego y la violencia”, un mundo que la estética femenina rechazaba, la “ficción de esta generación parece extrañamente impersonal y renunciatoria al mismo tiempo que es abierta e insistentemente femenina” (1977: 240). En vez de ser una vía de autorrealización “la estética femenina se convierte en otra forma de auto aniquilación para las escritoras... [Esta estética] significó una retirada de la experiencia física de la mujer, retirada del mundo material, retirada a cuartos separados y ciudades separadas” (1977: 240).

Showalters va aún más allá en su crítica de la estética de Richardson y afirma que en este caso “la conciencia femenina se convierte en un mundo estéril y cerrado” (1977: 258). La autora de *A Literature of their Own* concluye que privilegiar “otras formas de saber” junto con la “conciencia pasiva” de Woolf, a expensas del testimonio de la experiencia, sujeta a la mujer y la obliga a la repetición de gastados estereotipos. Tal estética femenina le niega la libertad de explorar nuevos asuntos para que así pueda “reemplazar las imágenes secundarias y artificiales de la mujer, recibidas de una sociedad masculina, con entidades auténticas y primarias” (1977: 318).

A esta crítica de la mente femenina como resultado de una biología única, se han unido otras feministas. Ya no se pueden repetir las opiniones neurológicas de Virginia Woolf en relación con las diferencias entre la mente femenina y masculina, basadas en la noción biológica infundada de que “los nervios que alimentan el cerebro difieren entre hombre y mujer”. Afirmaciones como estas, como dice Annette Kolodny, a lo mucho podrían mantenerse como representaciones metafóricas de la diferencia en la experiencia que caracteriza a la entidad sociobiológica masculina de la femenina. Algunas de estas feministas apelan al estudio individual de textos escritos por mujeres para que el conocimiento sobre la escritura femenina pueda proceder de una manera acumulativa a inductiva (Kolodny, 1975: 41). A pesar de que este procedimiento sería mejor, también presupone la elevación de la mujer a un concepto universalizante, es decir, a la contrapartida del *hombre*.

Habiendo visto las insuficiencias teóricas y prácticas de la “estética femenina”, como fue formulada en la década del veinte en Inglaterra, y su reciente reproducción en la crítica en este lado del Atlántico del Norte, nos encontramos después de un viraje en el camino, de vuelta al punto de partida de la búsqueda: ¿Dónde está la mujer auténtica, ella misma? Estamos aún plagadas por el problema de la

identidad y, por tanto, por la lógica de la identidad. De acuerdo con la teoría de la literatura que informa a *The Mad Woman in the Attic*, 1979 (otro de los libros capitales del feminismo norteamericano), por ejemplo la escritura de las mujeres que Gilbert y Gubar examinan bajo el lente de categorías patriarcales, tales como la ansiedad de la influencia de Harold Bloom, se convierte en “una búsqueda de la mujer por su propia historia, por su autodefinición” (Gilbert y Gubar, 1979: 76). Luego haré algunos comentarios sobre la loca *criolla* en el ático, pero ahora permítanme hacer dos observaciones sobre las generalizaciones de Gilbert y Gubar concernientes a la escritura femenina: (a) cómo difiere de la escritura masculina en cuanto ¿no son todos los textos masculinos supuestamente sobre el hombre, su identidad, su naturaleza, su condición en la tierra y en el cielo? ¿No es este el valor principal y *cliché* de la literatura? (b) Esta segunda observación tiene que ver con la cuestión de identidad y su búsqueda como el común denominador tautológico de la escritura femenina: ¿no sería la escritura de cualquier otro sujeto (cartesiano, sartreano, moderno, humano o antropomórfico) de alguna manera sobre sí mismo, sus actos, su lugar, su espacio, etcétera?

Cuando se lee a feministas provenientes de otra vertiente de la tradición de Occidente, parece que el problema de la identidad como una herramienta crítica de análisis residiera en la manera global en que se lo ha concebido. Desde un punto de vista histórico, la “identidad femenina” ofrece problemas análogos a aquellos ya examinados con relación a la “imaginación femenina”. Esto sucede en parte porque ambos términos responden al sentido idealista y tradicional de identidad como algo visible, fijo, constante y siempre igual a sí mismo. Creo que la crítica de Luce Irigaray a la “ciencia” occidental (especialmente al psicoanálisis) muestra claramente que este sentido de identidad ha sido indispensable para la posibilidad de representación en la lengua y en otras estructuras simbólicas de Occidente, y ha sido también fundamental en la elaboración de la teoría de la diferenciación femenino/masculino. Desde la misma tradición post-nietzscheana, Julia Kristeva, redirigiendo la afirmación de Derrida sobre la imposibilidad de buscar a la mujer o lo femenino, escribe respecto a la identidad femenina que “lo femenino es aquello que es imposible decir aunque es formulado por la metafísica” (Jardine, 1981: 10). Creo que lo que Alice Jardine dice en el prólogo a la obra de Julia Kristeva, *Woman’s Time* (1981), sobre el sentido del sujeto femenino en la escritora francesa, comienza a proponer ya otro modo de repensar el problema de identidad: “lo femenino en sí mismo y lo femenino como lo redefine Kristeva, se encuentran atrapados en una serie de redes semánticas que hacen difícil elucidar desde dentro el paradigma identidad/diferencia que nos

ha legado la historia” (Kristeva, 1981: 10). Así, el problema de la identidad de la mujer, es decir, el acceso a su conocimiento, se relaciona directamente con el sistema de sobre-determinación de la representación que hemos heredado del pensamiento occidental, y por lo tanto, a su actual crisis. Luce Irigaray, enfatizando la oposición visibilidad/masculino-invisibilidad/femenino que regula el núcleo de identidad en las teorías psicoanalíticas de Freud y Lacan, escribe que, puesto que lo femenino ha sido concebido simplemente como “la contrapartida de lo masculino, la mujer ha quedado fuera de la teoría, porque como en el sexo femenino no hay nada que percibir, la sexualidad femenina se convierte en un hueco” (Burke, 1981). Es imposible saber, en el contexto del discurso freudiano qué quieren las mujeres, porque ellas no tienen nada con que proyectar su *deseo*. El sexo masculino es el proveedor de identidad porque es unitario, es la representación de lo unívoco, mientras que el sexo de la mujer y por tanto su lengua, se manifestarán ante la lógica masculina como lo plural, autoerótico y difuso. De esta forma, “la lengua y el sistema de representación que se origina en el establecimiento de las diferencias sexuales, aunque establece el sexo masculino como identidad y unidad, no puede traducir el deseo de la mujer” (Burke, 1981). En su discusión sobre el pensamiento de Irigaray, Carolyn Burke dice que para la analista francesa la solución al problema de identidad es dismantelar (deconstruir) las estructuras metafísicas y retóricas operantes en los textos (en todos los textos), no con el propósito de rechazarlas, sino para reinscribirlas de otra manera. Irigaray específicamente cuestiona las estructuras de oposición binaria:

lo mismo/lo otro
 sujeto/otro (objeto)
 masculino/femenino
 visible/no visible
 pene/vagina

“El propósito no es neutralizar las estructuras oposicionales, sino más bien demostrar la desigualdad de los términos atrapados en la oposición” (Burke, 1981: 294-295). Esta propuesta coincide en muchas maneras con la propia llamada de Kristeva a la deconstrucción de la oposición identidad y diferencia para comenzar a percibir el sujeto femenino. Las dos teóricas reinscribirían el término inferior de la oposición con un *status* diferente para no reproducir la opresión anterior en los términos binarios masculino/femenino. Siempre consciente y sospechosa de nuestros sistemas de representación, Kristeva enfatiza la noción de que la nueva inscripción produciría no tanto nuevas fábulas sexuales –basadas en la vagina y/o el falo y la familia– sino más

bien una comprensión del lugar que nos puede tocar en lo que ella llama un contrato simbólico. Kristeva presenta el problema central de la siguiente manera: “Si el contrato social, lejos de ser el de la igualdad entre los hombres, se basa en una relación signada por el sacrificio [teoría freudiana de la renunciación], por la separación y por la formulación de diferencias esencialmente sacrificatorias capaces así de producir un significado comunicable, ¿cuál es nuestro sitio en este orden de sacrificio y/o lenguaje?” (Kristeva, 1981: 23). La búsqueda, por tanto, no es de identidad sino de un espacio desde el cual podamos hablar, el cual se convierte para Irigaray en un espacio “más allá del espejo [es decir, lo femenino como reflexión de lo masculino], un lugar más allá de la economía psíquica del patriarcado, más allá de la ciencia unificada de Occidente” (Irigaray, 1974). Tal lugar, entonces, sería anterior al sitio edípico, sería un lugar fuera de la operación de renunciación o realización de la unidad patriarcal, un lugar donde el deseo de la mujer pueda pasar de ser *el sexo que aún no es ni uno* hacia la formulación de una figura que permita evitar nuevas reappropriaciones dentro del sistema humanista.²

A pesar de sus dislocaciones laberínticas, parecería que el nuevo feminismo francés, llamado “antifeminismo” por su posición “anti-humanista”, desdeñadora del liberalismo anglosajón, se asienta en el reconocimiento general de que lo que se necesita para la construcción de la mujer es la subversión de los sistemas masculinos de representación que hemos heredado. Para algunas, la exploración de la constitución y funcionamiento del contrato simbólico de Kristeva, empezando con el “efecto personal de la experiencia cuando uno enfrenta el contrato como sujeto y como mujer” (1981: 24), basta para iniciar el proceso. Este paso pondría de relieve la singularidad de cada persona tanto como la multiplicidad de la identificación del individuo.

II

Creo que habiendo cimentado el camino para transponer la cuestión idealista de la identidad en la búsqueda e investigación de y sobre la mujer como sujeto de su propia experiencia, haríamos bien en recordar el hecho de que la formulación de un conocimiento subversivo es en parte posible por la irreparable escisión practicada en la ciencia de Occidente desde Nietzsche y acompañada hasta el presente. De especial interés para este trabajo es lo que Foucault llama “la insurrección

2 Humanista = el *hombre* como centro y medida de todas las cosas.
Antihumanista = el Hombre, como Dios ha muerto.

de los conocimientos subyugados". En *Power/Knowledge*, Foucault explica que por conocimiento subyugado entiende dos cosas. Por un lado, se refiere "a los contenidos históricos que han sido enterrados y enmascarados en una coherencia funcionalista o sistematización formal, [porque] solo los contenidos históricos nos permiten redescubrir los efectos de ruptura de conflicto y lucha que el orden impuesto por el pensamiento sistematizante intenta enmascarar" (Foucault, 1980: 82). Por otro lado, Foucault también entiende por conocimiento subyugado el "compuesto de conocimientos que han sido descalificados por ser inadecuados para la tarea o insuficientemente elaborados, conocimientos *naive*, localizados al *fondo* de la jerarquía, *debajo* del nivel requerido de cognición o científicidad" (Foucault, 1980: 82). Parcialmente liberado de la "tiranía de los discursos globales", Foucault nota que la fuerza de este conocimiento diferencial y local,³ se "debe solo a la aspereza con que se opone a todo lo circundante" (Foucault, 1980: 82). El filósofo francés se refiere, por supuesto, a sus propios textos, y por tanto afirma que su discurso es un "conocimiento fundado en y sobre la lucha y supresión, consciente de su ilegitimidad, un conocimiento que se inscribe contra las pretensiones de un cuerpo unitario de teoría" (Foucault, 1980: 83).

Este tipo de conocimiento así generalmente descrito, comienza a tener visos familiares para el lector y crítico de la cultura latinoamericana. Las razones son históricas y bien conocidas. Para comenzar, tanto el escritor latinoamericano como el crítico de literatura latinoamericana ya dan por sentada la cuestión de un nuevo lenguaje apropiado, elaborado para y por nosotros los iberoamericanos, un lenguaje capaz de expresar nuestro mundo y nuestra experiencia como los hemos vivido, un lenguaje que esta más allá del que hemos heredado de Europa. El problema de la reinscripción de la literatura latinoamericana en la tradición europea dominante, y por tanto alienante, marca nuestra literatura desde el Inca Garcilaso, pasando por los cronistas indígenas de la invasión europea, Sor Juana, hasta Guimarães Rosa y Cortázar. Fue solo en los años sesenta que el dinamismo del problema de la autenticidad parecía disminuir en el número de revoluciones ante la creencia de que después de tantos experimentos de apropiación, algunos fracasados y otros exitosos, finalmente se había encontrado *un lugar desde* el cual expresar nuestra experiencia, en las voces de escritores como Vallejo, García Márquez, Arguedas, Rosario Castellanos y tantos más. Y aun así, no se puede dejar de notar que esta insurrección ha sido y ha sido vista como la casi exclusiva actividad de una tradición masculina y machista.

3 Local = "autonomous non-centralized theoretical production —one whose validity is not dependant on the approval of the established regime of thought" (Foucault, 1980: 81).

Si nos propusiéramos aquí la enumeración de un memorial de actos, rebeliones políticas e intelectuales de cada generación latinoamericana desde la ilustración hasta el presente –hágase memoria de nuestros primeros libros de descripción de fauna y flora, de la lucha de los románticos y liberales, de personas tales como Manuel González Prada, Ezequiel Martínez Estrada, José Revueltas, José Carlos Mariátegui, Juan Rulfo, Clorinda Matto de Turner, José María Arguedas y Julio Cortázar, para nombrar solo los puntos de un derrotero de lecturas–, veríamos que la recuperación de nuestros contenidos históricos se da desde la marginalidad y siempre a contrapelo, marcada *de* y enmarcada *en* la aspereza a la que se refiere Foucault. Estos actos de escritura han constituido una tradición de desescritura, de desmantelamiento de agrupaciones semánticas, que posicionadas en otro lugar del “contrato simbólico” acusaban una quiebra de lo establecido por el discurso dominante para originar el lugar de una nueva palabra.

Esta trayectoria histórica de rechazo, desmantelamiento y nuevo origen es desconocida por las autoras de *The Mad Woman in the Attic*, las que caracterizan ciertos rasgos de la escritura de las mujeres inglesas y norteamericanas en relación al sistema literario masculino, como rasgos específicos y exclusivos a la escritura femenina. Gilbert y Gubar trazan un esbozo doloroso de la dialéctica de proyección, internalización y rechazo que caracteriza el intento de las escritoras que ellas estudian por encontrar un lugar desde el cual escribir como mujeres. Las dos críticas definen el lugar de la escritura en términos de un espacio dominado por el padre creador, es decir, el poseedor del falo capaz de *engendrar* y *crear* un texto *penetrador* de la naturaleza y por lo tanto *generador* de la civilización. En este espacio no hay lugar, no hay *situs* para la mujer, ya que ella es por definición sexual ausencia o carencia. La mujer no tiene órgano que le permita, engendrar, penetrar o crear, por lo tanto, no puede localizar su deseo en lugar alguno del espacio literario masculino. Hasta aquí estoy de acuerdo con Gilbert y Gubar. Difiero de ellas en cuanto me parece que esta negación de la mujer por el sistema dominante no es única en la historia, sino que tiene patrones análogos en la historia de las sociedades coloniales. La retórica de la opresión sexual tiene su paralelo en la retórica de la opresión racial o mejor dicho en la Retórica de la Oposición que se ha practicado a través de la historia contra muchos y varios grupos. Si la ideología patriarcal se funda en la presencia/ausencia del sexo para negarle a la mujer un lugar en el círculo del poder, esa misma ideología, desplazando la mirada de la zona genital a la jaula de los sentidos, es capaz de encontrar rasgos faciales y, mejor aún, la ausencia/presencia de la razón como índice de la inclusión o exclusión del poder. Fue la capacidad de ser “racional”, es decir de articular en

más de un nivel el lenguaje del grupo dominante, lo que se puso en juego casi inmediatamente después de la llegada de los europeos al nuevo mundo. A pesar de los debates de Bartolomé de las Casas con Ginés de Sepúlveda, se continuó diciendo, creyendo y legislando sobre la base de que los indios no podían llegar a ser “gente de razón”. Entonces ¿para qué darles la palabra escrita, el sitio de la razón? Se sospechaba que los mestizos sí podían (qué más prueba que el Inca), pero también se sospechaba que usarían “la razón” para fines poco “razonables” tales como intentar subordinar el poder, entonces era menester prohibirles el uso de la razón demostrando primero que no la tenían muy bien desarrollada. En ambos casos siempre se entendió con claridad que negarles el acceso y uso de la palabra escrita era negarles la historia, el conocimiento y, como corolario, el poder. No es pues verdad, como indican Gilbert y Gubar, que Occidente se equivoque en confundir la autoría literaria con la autoridad patriarcal; por el contrario, Occidente reconoce sin ambigüedad alguna la coincidencia entre escritura, conocimiento y poder. Es por eso que todo escritor marginal, digamos el Inca, Sor Juana, Virginia Woolf, e incluso los escritores de la crisis actual de Occidente, se plantean sin excepción y con rigor desesperado los problemas de autor, autoría y autoridad. Tal vez el ejemplo más álgido se dé en una obra subversiva y marginal por excelencia: *El primer nueva corónica y buen gobierno* de Guamán Poma. Consciente de su carencia total de autoridad como indio vencido escribiendo al Rey a finales del siglo XVI, el halcón-tigre enviste a su persona autorial de todo tipo de emblemas históricos y retóricos, hasta que logra convertirse dentro y para los fines de su escritura en príncipe ejemplar. Solo así puede emprender la escritura, es decir, solo así designado por el poder puede dirigirse –autorizadamente– al Rey.

Si la burguesía europea se ve obligada, en su temor por y de la mujer, a convertirla en monstruo de pudrición y error (Gilbert y Gubar, 1979: 30-31), en monstruo que cae fuera de la cultura y se co-rompe en y con la naturaleza, ese mismo grupo dominante practica similar operación con indios, mestizos y mulatos. La retórica, íconos y racionalizaciones del racismo son bien conocidas, así que no la voy a repetir aquí. Lo que sí es de notar es que aún en los casos de defensa y benevolencia hacia los esclavizados no deja de operar una cierta negación. Mientras las Casas desesperado lucha y escribe a favor de la humanidad del indio, queda siempre atrapado en los límites de la retórica de Occidente. Los describe tan buenos, tan *inofensivos*, que los deja neutralizados en una generosidad que por ilimitada es casi inhumana. De aquí se hace inescapable ver la similitud entre el eterno buen salvaje (colaborador) y el eterno femenino marcado por la renunciación al ser (Goethe). Si como Gilbert y Gubar constatan,

la misoginia patristica hace de “las mujeres monstruos sin habla, rellenos de un conocimiento indigesto”, ¿no es esta la misma imagen que Fernández Retamar reclama para América Latina en su rebelde Calibán? Calibán, el bruto balbuciente que *trabaja* para Próspero, el padre civilizador, viene a ser la contrafigura de las mujeres bestializadas que espantan a los lectores de Milton y Swift. Ambas bestias de producción y re-producción roban, no el fuego, sino la palabra. Tránsito de la ley del padre que les obliga a hacer uso rudimentario, ilegítimo y subversivo de la palabra. No alaban al Dios creador de la divina palabra, de las tablas de la ley. Su palabra por el contrario maldice. El Calibán de Shakespeare habla con el poder rudo de su nueva herramienta, tal como Guamán Poma, tuerce y retuerce la retórica de los sermones con el lenguaje grosero de los soldados para enfrentar al poder con la realidad del desposeído.

Calibán:

You taught me language, and my profit on't
Is, I know how to curse
The red plague rid you
For learning me your language!
(Calibán, 366-368)

Guamán Poma:

Y es bueno [escribir] para saber otras cosas y para enmendar sus ánimas y conse[que]ncias los dicho[s] cristianos... y muchas veces dudé... aceptar esta dicha empresa [escribir] juzgando por temeraria mi intención... y se despueblan las indias y no hay quién le ponga remedio... [a] este mundo al revés.

Aprender la lengua del otro “me despoja y desposiona de la mía”, de cualquier otro lugar en el contrato simbólico que yo hubiera encontrado o elegido. Lo dice el Inca, porque las historias hasta entonces escritas son incompletas, porque no saben la lengua del lugar; lo dice Sor Juana porque no quiere como lo manda Sor Filotea (el obispo) escribir de teología, porque “no sabe” de eso, porque su saber es *otro*, lo dice Arguedas que “lucha” con el castellano, lo dice Rulfo que dice que escribe en el lenguaje de “la gente de los pueblos”, lo dice Cortázar que busca los intersticios de las cosas para allí posicionarse y posesionarse de un lenguaje capaz de decir al mundo.

Es verdad que las escritoras se enfrentan a un sistema literario, a un lenguaje como sistema masculino cerrado. Pero es también verdad que los/las escritores, es decir la escritura desde la Colonia, enfrenta y

ha enfrentado problemas de similar configuración en el camino hacia la recuperación de contenidos históricos suprimidos por los sistemas establecidos. A menudo, tal como lo constatamos en los textos del Inca o de Sor Juana, la subversión, la inscripción de lo suprimido, la visión histórica que propone la *otra* visión, la visión negada del ser que, como sujeto, organiza la escritura, se manifiesta en estrategias de escondite, en disimulos que dan lugar a la producción de palimpsestos. Sabemos en algunos casos por qué los textos “románticos” no son románticos sino “bárbaros” (vistos desde el centro), por qué nuestro realismo no se conforma al realismo europeo, por qué nuestros textos se han hecho “universales” (Machado de Assis, García Márquez, Borges) solo dentro de las propias resquebrajaduras del otrora unitario conocimiento de Occidente.

Si la búsqueda de la autenticidad femenina, la búsqueda de un lugar desde el cual se pueda articular la palabra, se ha de llevar a cabo en la recuperación y en la reinscripción de la experiencia de la mujer como sujeto a contrapelo en y del orden patriarcal, entonces la lucha de la mujer latinoamericana sigue cifrada en una doble negatividad: porque es mujer y porque es mestiza. Sin embargo, yo creo que su condición de latinoamericana (dependiente y/o suprimida) le ofrece posibilidades inusitadas.⁴

Existe ahora un buen número de textos escritos por mujeres latinoamericanas, pero todavía no hemos elaborado posiciones teóricas derivadas de la lectura de *esos* textos. Ya es tarde para prestarse a ciegas. La crítica de cualquier texto, sea el “autor” macho o hembra, no puede hoy abordarse con solo los basamentos ingenuamente representacionales que gobiernan los bien publicitados títulos de la crítica feminista norteamericana. A fines de nuestro siglo, la crítica literaria nutrida del neomarxismo y del estructuralismo continental no puede dejar de lado la crisis del humanismo y su dialéctica. Toda nueva crítica tendrá que enfrentar, no doblegarse o seguir, pero sí reflexionar y hacer mella con el pensamiento francés, aunque ese pensamiento (Foucault, Kristeva, Kofman), desde un punto de vista liberal, no se ocupe en sí de la mujer, sino más bien de la problemática de la escritura (es decir, del conocimiento) y del poder.

Para terminar quiero cerrar el circuito con una cita de Rosario Castellanos, la niña que se vio inicialmente rechazada por sus padres porque había nacido hembra, para solo verse más tarde revalorada

4 Tal vez se podría evitar el hecho de repetir formulaciones y experiencias de la metrópolis (Londres, París, Nueva York) que hoy es posible ver claramente como errores históricos de clases medias aisladas en formulaciones tales como la estética feminista.

porque era más blanca que su hermano; porque su obra representa la experiencia de buscarse como sujeto dentro de una historia nacional y continental en que todo parecía estar organizado para negarla:

No, no es la solución
tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoy
ni apurar el arsénico de Madame Bovary
ni aguardar en los páramos de Ávila la visita
del ángel con el venablo
antes de liarse el manto a la cabeza
y comenzar a actuar.

Ni concluir las leyes geométricas, contando
las vigas de la celda de castigo
como lo hizo Sor Juana. No es la solución
escribir, mientras llegan las visitas,
en la sala de estar de la familia Austen
ni encerrarse en el ático
de alguna residencia de la Nueva Inglaterra
y soñar, con la Biblia de los Dickinson,
debajo de una almohada de soltera.

Debe haber otro modo que no se llame Safo
ni Mesalina ni María Egipcíaca
ni Magdalena ni Clemencia Isaura.

Otro modo de ser humano y libre.

Otro modo de ser.

("Meditación en el umbral", en *Poesía no eres tú*, 1972: 326)

BIBLIOGRAFÍA

- Beauvoir, Simone de 1953 *The Second Sex* (New York: Knopf).
- Burke, Carolyn. 1981 "Irigaray Through the Looking Glass" en *Feminist Issues* Vol. 7, No. 2, Summer, pp. 288-306.
- Castellanos, Rosario 1972 "Meditación en el umbral" en *Poesía no eres tú* (México: Fondo de Cultura).
- Cixous, Hélène 1977 "Le jeune née: an excerpt" en *Diacritics* Junio pp. 64-69.
- Derrida 1973 "La question du style" en *Nietzsche aujourd' hui* (París).
- Fernández Retamar, Roberto 1971 *Calibán* (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).
- Funlenwider, Claire K. 1980 *Feminism in American Politics* (New York: Praeger, Rutgers University).

- Furman, Nelly 1980 "Textual Feminism" en *Women and Language in Literature and Society* (New York: Praeger).
- Foucault, Michel 1980 *Power/Knowledge, Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977* (Nueva York: Pantheon Books).
- Gilbert, Sandra y Gubar, Susan 1979 *The Mad Woman in the Attic, The Woman Writer and the Nineteenth Century Literary Imagination* (New Haven: Yale University Press).
- Irigaray, Luce 1974 *Ce sexe qui n'est pas un* (Paris: Editions de Minuit).
- Jardine, Alice 1981 "Introduction to Julia Kristeva's 'Women's Time'" en *Signs*, Autumn, pp. 5-12.
- Kamuf, Peggy 1980 "Writing Like a Woman" en *Women and Language in Literature and Society* (Nueva York: Praeger) pp. 284-298.
- Kolodny, Annette 1975 "Some Notes on Defining a Feminist Literary Criticism" en *Critical Inquiry*, vol. 2, N°1, autumn.
- Kristeva, Julia 1981 *Woman's Time* (Chicago: The University of Chicago Press).
- Marks, Elaine 1981 *New French Feminism* (New Jersey: Prentice-Hall).
- Meyer Spacks, Patricia 1975 *The Female Imagination* (New York: Random House).
- Poma de Ayala, Guamán 1615 *Primer nueva corónica y buen gobierno*
Versión digital de la Biblioteca Real de Copenhague.
- Showalters, Elaine 1977 *A Literature of their Own* (New Jersey: Princeton University Press).
- Van Herick, Judith 1982 *Freud on Femininity and Faith* (Estados Unidos: University of California Press).
- Woolf, Virginia 1957 *A Room of One's Own* (New York: Harcourt Brace Jovanovich).

LA POLÍTICA DE LA POSE*

Sylvia Molloy

El momento en que el garzón arranca el loto, para conducir su agrado al visitante. El otro garzón que apoyándose en el azar de su memoria repite felizmente el verso. Y el poeta que enterrado en su silencio y en el coro de los otros silencios siente como la futura plástica en que su obra va a ser apreciada y recibe como una nota anticipada.

José Lezama Lima, "Julián del Casal".

En un simposio que tuvo lugar hace años, leí un trabajo titulado "Decadentismo e ideología". En él examinaba economías de deseo en la Hispanoamérica finisecular y consideraba la manera en que esas economías determinaban lo que podía llamarse sueltamente las políticas culturales del modernismo. Concretamente, dedicaba especial atención a la ambivalencia, cuando no la desazón, que planteaba la figura de Oscar Wilde en algunos escritores proponentes de proyectos culturales continentales –Darío, Martí e indirectamente Rodó– y veía de qué modo estos escritores recuperaban esa figura tan rica en significados. Mi trabajo intentaba reconstruir la mirada con que Martí registraba *a un tiempo* a Wilde como artista ejemplarmente rebelde y como perverso problemático, como *raro*, si se quiere. Quería recuperar aquel momento sin duda utópico en que los dos "lados" de Wilde podían pensarse no escindidos, antes de ceder a la exquisita presión de una ideología que, en primer lugar, los separaría para, en segundo lugar, supeditar el uno al otro hasta hacerlo desaparecer.

A juzgar por la reacción de uno de los moderadores, la ambivalencia y la desazón de lectura no se limitaban al siglo pasado, ya

* Molloy, *Sylvia 2012 Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad* (Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora).

que su comentario, cediendo a su vez a una ideología vuelta naturalizado hábito de lectura, retuvo uno solo de esos aspectos de Wilde, el que llamaré, por conveniencia, el frívolo. Pasó a considerar la relación entre Wilde e Hispanoamérica en términos de mímica y de mistificación, recalcando su ligereza de gesto superfluo: en Hispanoamérica se había jugado a ser (o a parecer; volveré sobre esta diferencia) Wilde, como quien se pone un disfraz o se coloca un clavel verde en la solapa. El decadentismo era, sobre todo, cuestión de *pose*. El mismo trabajo, leído en una sesión plenaria de la Asociación Internacional de Hispanistas, suscitó una reacción similar por parte de uno de los asistentes, quien preguntó si la ambivalencia de Martí y de Darío con respecto a Wilde no tendría que ver con el hecho de que estaban preocupados por asuntos “más importantes”, es decir, la construcción de una identidad continental.

Estas reacciones no estaban tan lejos de cierta lectura de la literatura finisecular que se hizo en la época misma, aquella lectura que veía la pose como etapa pasajera correspondiente a un primer modernismo de evasión, distinto de un segundo modernismo americanista, el que era “de veras”. Fue esa, por ejemplo, la lectura de Max Henríquez Ureña. A propósito de las “Palabras liminares” de Darío a *Prosas profanas*, escribe: “Rubén asume una *pose*, no siempre de buen gusto: habla de su espíritu aristocrático y de sus manos de marqués [...] Todo esto es *pose* que desaparecerá más tarde, cuando Darío asuma la voz del Continente y sea el intérprete de sus inquietudes e ideales” (Henríquez Ureña, 1962: 97).

Desdeñada como frívola, ridiculizada como caricatura, o incorporada en un itinerario donde figura como etapa inicial y necesariamente imperfecta, la pose decadentista despierta escasa simpatía. Yo quisiera proponer aquí otra lectura de esa pose: verla como gesto decisivo en la política cultural de la Hispanoamérica de fines del siglo diecinueve, verla, sí, como capaz de expresar si no “la voz del Continente” por cierto una de sus muchas voces, y verla, sí, como comentario de las “inquietudes e ideales” de ese continente. Quiero considerar la fuerza desestabilizadora de la pose, fuerza que hace de ella un gesto político. Los comentarios que siguen recogen solo algunos aspectos de esa reflexión.

1. DAR A VER: EL CUERPO (EN) PÚBLICO

En el siglo XIX las culturas se leen como cuerpos: piénsese en las lecturas anatómicas que hace Sarmiento tanto de España como de la Argentina, en las enfermedades de occidente, considerado organismo vivo, vaticinadas por Max Nordau, para dar tan solo dos ejemplos. A su vez, los cuerpos se leen (y se presentan para ser leídos) como declaraciones culturales. Para reflexionar sobre el trabajo de pose, quiero rescatar ese cuerpo, recalcar su aspecto material, su inevitable

proyección teatral, sus connotaciones plásticas; ver qué gestos acompañan, antes bien determinan, la conducta del *poseur*. Pensar sobre todo cómo se construye un campo de visibilidad dentro del cual la pose es reconocida como tal y encuentra una coherencia de lectura.

La exhibición, como forma cultural, es el género preferido del siglo XIX, la escopofilia la pasión que la anima. Todo apela a la vista y todo se especulariza: se exhiben nacionalidades en las exposiciones universales, se exhiben nacionalismos en las grandes paradas (cuando no en las guerras mismas concebidas como espectáculos), se exhiben enfermedades en los grandes hospitales, se exhibe el arte en los museos, se exhibe el sexo artístico en los “cuadros vivos” o *tableaux vivants*, se exhiben mercaderías en los grandes almacenes, se exhiben vestidos en los salones de modas, se exhiben tanto lo cotidiano como lo exótico en fotografías, dioramas, prosas panorámicas. Hay *exhibición* y también hay *exhibicionismo*. La clasificación de la patología –“obsesión morbosa que lleva a ciertos sujetos exhibir sus órganos genitales”– data de 1866; la creación de la categoría individual, *exhibicionista* –categoría que marca el paso del *acto* al *individuo*–, de 1880.

Exhibir no solo es mostrar, es mostrar de tal manera que aquello que se muestra se vuelva más visible, se reconozca. Así por ejemplo los fotógrafos de ciertas patologías retocaban a sus sujetos para visibilizar la enfermedad: como muestran los archivos médicos de la ciudad de París, a las histéricas se les agregaban ojeras, se las demacraba, a efectos de representar una enfermedad que carecía de rasgos definitorios. Me interesa esa visibilidad acrecentada en la medida en que es indispensable para la pose finisecular. Manejada por el *poseur* mismo, la exageración es estrategia de provocación para no pasar desatendido, para obligar la mirada del otro, para forzar una lectura, para obligar un discurso. No difiere esta estrategia del maquillaje, tal como lo entiende Baudelaire: “el maquillaje no ha de esconderse ni evitar ser descubierto; al contrario, debe exhibirse, si no con afectación, por lo menos con una suerte de candor” (Baudelaire, 1954: 914).

El fin de siglo procesa esa visibilidad acrecentada de maneras diversas, según dónde se produce y según quién la percibe. Así la crítica, el diagnóstico, o el reconocimiento simpático (o antipático) son posibles respuestas a ese exceso y a la vez, no hay que olvidar, formas de escopofilia exacerbada. Mírese desde donde se mire, el exceso siempre fomenta la “lujuria de ver”.

2. JUGAR A FANTASMAS

En dos ocasiones, al hablar de un “raro”, recurre Darío a un precepto de la Cábala citado por Villiers de l’Isle Adam en *La Eva futura*: “*Prends garde! En jouant au fantôme, on le devient*” (Villiers, 1970: 103).

En el ensayo de *Los raros* dedicado a Lautréamont, escribe Darío: “No sería prudente a los espíritus jóvenes conversar mucho con ese hombre espectral, siquiera fuese por bizarría literaria o gusto de un manjar nuevo. Hay un juicioso consejo de la Kábala: No hay que jugar al espectro, porque se llega a serlo” (Darío, 1896: 436). Y en “Purificaciones de la piedad”, escrito días después de la muerte de Oscar Wilde, observa Darío que “desdeñando el consejo de la cábala, ese triste Wilde *jugó al fantasma y llegó a serlo*” (Darío, 1901: 471). En ambos casos la frase se usa de manera admonitoria, para señalar los excesos de dos escritores y las trampas del posar. Pero el giro interpretativo que da Darío a la frase es curioso. Jugar al fantasma y llegar a serlo supondría un afantasmamiento, una desrealización, un volverse no-tangible o no-visible. En cambio, la frase de Darío parece indicar lo contrario: un exceso de visibilidad, de presencia. Aplicada a Wilde, que es el “fantasma” que aquí me interesa, significa que el juego de Wilde se volvió excesivamente visible, y que ese exceso llevó a Wilde a su ruina. De hecho Darío lo llama “mártir de su propia excentricidad y de la honorable Inglaterra” (Darío, 1901: 471). Propongo un giro interpretativo adicional para la frase de Darío: que se vea al fantasma como construcción fantasmática de lo que no se puede decir, aquello que carece de visibilidad por innombrado. Wilde *juega* a algo que no se nombra y de tanto jugar a ese algo –de tanto *posar* a ese algo– *es* algo innombrable.

No está de más recordar aquí la densa textura semántica que adquirió el término *posar* en los procesos judiciales de Wilde. En la carta del 1º de abril de 1894 a su hijo Lord Alfred Douglas, escribe el marqués de Queensberry: “No es mi propósito analizar esta intimidad [se refiere a la relación entre Wilde y su hijo], y no hago denuncias. Pero en mi opinión posar a algo es tan malo como serlo (*to pose as a thing is as bad as to be it*)” (Hyde, 1962: 71). Cuando unos meses más tarde se presenta Queensberry en la casa de Wilde, lo acusa nuevamente de pose: “No digo que usted lo sea, pero lo parece, y posa a serlo, lo que es igualmente malo” (Hyde, 1962: 73). En una carta a su suegro, por la misma época, escribe Queensberry: “Si estuviera seguro del asunto (*the thing*), mataría al tipo de inmediato, pero solo puedo acusarlo de posar” (Hyde, 1962: 74). Por fin, el 18 de febrero de 1895, a manera de provocación, deja Queensberry una tarjeta para Wilde en el Albemarle Club de Londres con la errata que pasó a ser célebre: “*To Oscar Wilde posing Somdomite*” –para Oscar Wilde, que posa al so[m]domita”. El resto, como dicen, pertenece a la historia.

Lo innominado (el *algo*, el *lo*, el *asunto*) es desde luego el ser homosexual de Wilde, lo que no cabe en palabras y no existe aún como concepto (es decir, el homosexual como sujeto), pero que el cuerpo,

los gestos, la pose de Wilde *expresan*. “Es importante recordar –escribe Moe Meyer– que Wilde no fue procesado inicialmente por actividad sexual perversa (sodomía) sino por un acto perverso de significación (posar al sodomita). Fue inicialmente un reo semiótico, no un reo sexual” (Meyer, 1994: 98). Que la corona iniciara luego un segundo proceso, acusando a Wilde ya no de *posar* sino de *ser*, muestra la fuerza identificatoria de esa pose. La pose abría un campo político en el que la identificación –en este caso el homosexual– cobraba cuerpo y era re-presentado, inscripto. Los juicios de Wilde, iniciados por la denuncia de una *pose*, brindaron un espacio de clasificación. Como observa Jeffrey Weeks, “Los juicios no solo fueron muy dramáticos, fueron altamente significativos en que crearon una imagen pública para el homosexual” (Weeks, 1977: 21).

3. EL AMANERAMIENTO *VOULU*

Si bien no toda pose finisecular remite directamente al homosexual, sujeto en vías de ser formulado y para cuya formulación, tanto cultural como precisamente legal, será decisivo el aporte de Wilde, sí remite a un histrionismo, a un derroche, y a un amaneramiento tradicionalmente signados por lo *no masculino*, o por un masculino *problematizado*; amaneramiento que, a partir de Wilde, y acaso más en Hispanoamérica que en Europa (retornaré a este punto), se torna crecientemente sospechoso, sujeto del pánico homosexual sobre el que tan persuasivamente ha teorizado Eve Sedgwick (1985). Es decir, la pose finisecular –y aquí esta su aporte decisivo tanto como su percibida amenaza– crecientemente problematiza el género, su formulación y sus deslindes, subvirtiendo clasificaciones, cuestionando modelos reproductivos, proponiendo nuevos modos de identificación basados en el reconocimiento del deseo más que en pactos culturales, invitando a (jugando a) nuevas identidades sexuales. En Hispanoamérica, la pose finisecular plantea nuevas economías de deseo que perturban y tientan a la vez. Por eso –para conjurar su posible carga transgresiva, por lo menos homoerótica– se la suele reducir con la caricatura o neutralizar su potencial ideológico viéndola como mera imitación. Se la acepta como detalle cultural, no como práctica. Se la reduce al afeminamiento jocosos, para citar a un crítico, a “una fastidiosa cháchara de *snoobs* que van a nuestras selvas vírgenes con polainas en los zapatos, monóculo impertinente en el ojo, y crisantemo en el ojal” (Pedro Emilio Coll, en Ulner, 1972: 207).

Nadie mejor que Rodó supo reconocer la carga transgresiva de esa pose, su atractivo a la vez que su amenaza. En su ensayo sobre Rubén Darío, trabajado como el más fino *bibelot*, propone una lectura notablemente simpática, mimética de Darío, donde incorpora su

“amaneramiento *voulu*” (Rodó, 1967: 172), lo ventrilocuiza, a la vez que constantemente procura frenar su exceso voluptuoso:

Nunca el áspero grito de la pasión devoradora e intensa se abre paso al través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. También sobre la expresión del sentimiento personal triunfa la preocupación suprema del arte, que subyuga a ese sentimiento y lo imita; y se prefiere –antes que los arrebatados ímpetus de la pasión, antes que las actitudes trágicas, antes que los movimientos que desordenan en la línea la esbelta y pura limpidez– los mórbidos e indolentes escorzos, las serenidades ideales, las languideces pensativas todo lo que hace que la túnica del actor pueda caer constantemente, sobre su cuerpo flexible, en pliegues llenos de gracia. (Rodó, 1967: 172)

Que la languidez pensativa de esta poesía de pose se percibe como dañina, antes bien, como evirante y posiblemente homoerótica, lo prueba el *caveat* en que culmina la descripción deleitosa de Rodó: “Versos golosos, versos tentadores y finos, versos capaces de hacer languidecer a una legión de Esparta... Si se tratase de ir a la guerra, yo los proscibiría como a la Maga ofertadora de un filtro pérfido y enervador” (Rodó, 1967: 179). José Bergamín, veinte años más tarde, sería más tajante: “La castidad de la desnudez es prueba de virilidad: poesía de Bécquer; la sensualidad de los ropajes, de afeminamiento: poesía de Rubén Darío” (Rodríguez Monegal, 1967: 12).

Rodó inscribe su atracción y su repudio, su exaltación de lo viril, junto al temor de la pose feminizante, en un contexto resueltamente político. Recuérdese el comienzo del ensayo: “*No es el poeta de América*” (Rodó, 1967: 169). En momentos de pánico continental, en que Hispanoamérica teme la penetración polícticultural de Estados Unidos y la consiguiente pérdida de su precaria identidad, la poesía de pose no es, no puede ser, por el futuro autor de *Ariel*, la poesía de América. Si para Rodó la pose es promesa de renovación estética y fuente de gozo, es también amenaza ideológica y foco infeccioso: no vaticina un sano continentalismo. No me detengo aquí en el rescate final que opera Rodó de la pose finisecular, en su elaboración en *Ariel* de un amaneramiento *pro patria*, una homosociabilidad ejemplar purificada de “mórbidos e indolentes escorzos”. Sí quiero llamar la atención, en *Ariel*, sobre un gesto, minúsculo, de Próspero: antes de dirigirse a los jóvenes, en una escena que se modela, a las claras, en el diálogo platónico, “Próspero acarició, meditando, la frente de la estatua” (Rodó, 1967: 207). En esa calculada caricia –único gesto, ya que Próspero, como bien lo ha visto González Echevarría (1985), es solo voz *magisterial*–, en esa pose esta, entera, la *paideia* homoerótica de Rodó.

4. POSE Y PATOLOGÍA

En “La vida de Verlaine”, reseña sobre el libro “piadoso y definitivo” de Edmond Lepelletier, escribe Rubén Darío:

Los amigos de asuntos tortuosos se encontrarán desilusionados al ver que lo referente a la famosa cuestión Rimbaud se precisa con documentos en que toda perspicacia y malicia quedan en derrota, hallándose, en último resultado, que tales o cuales afirmaciones o alusiones en prosa o verso no representan sino aspectos de simulación, tan bien estudiados por Ingenieros. (Darío, 1955: 718)

La cita de Darío me lleva a reflexionar sobre un último aspecto de la pose. No en la pose como signo de amaneramiento, como visibilización de la no-masculinidad, sino en el amaneramiento, la visibilización de la no-masculinidad –la homosexualidad, en el caso preciso de Verlaine– como pose. Aparentemente se trata de una simple inversión de términos. Propongo que es algo más, que los términos no son exactamente reversibles ni equivalentes, que su inversión imprime una nueva dirección en lo que podríamos llamar la epistemología de la pose. El doble itinerario sería el siguiente: 1) La pose remite a lo no mentado, al *algo* cuya inscripción es constituida por la pose misma: la pose por ende *representa*, es una *postura* significativa. Pero 2) Lo no mentado, una vez inscripto y vuelto visible, se descarta ahora como “pose”; la pose sigue representando (ahora en el sentido teatral del término) pero como *impostura* significativa. Dicho más simplemente: la pose dice que se es algo; pero decir que se es ese algo es posar, es decir, no serlo.

Este comentario me sirve para reflexionar, aunque sea brevemente, en la obra de quien se empeñó en trabajar la pose clínicamente, incorporándola en su sistema, con ejemplar ahínco, a la vez como patología y como terapia. Hablo por supuesto de José Ingenieros, ya mencionado por Darío, y de quien se cuenta, por otra parte, que no le disgustaba posar. Escribe Aníbal Ponce: “Su vestidura detonante de refinado y de esteta, sus *boutades* inverosímiles, sus paradojas inagotables, habían hecho de él, en la opinión liviana de los cenáculos, un curioso diletante de la ciencia y del arte: mezcla extraña de Charcot y D’Annunzio con Lombroso y Nietzsche” (Ponce, 1933: 38).¹ Como es

1 Es interesante al respecto la descripción prolijamente xenófoba que hace Manuel Gálvez en *Amigos y maestros de mi juventud*, donde las poses de Ingenieros quedan reducidas no a la frivolidad vestimentaria del *snoob*, sino al mal gusto del italiano guarango: “Debo apresurarme explicar que aquellas prendas, la galera y la levita, no eran como las que todos conocemos. Ingenieros iba embolsado en una espantable y descomunal levita gris, y del mismo color eran el sombrero de copa alta y los anchos pantalones, tan anchos que parecían abombachados. A veces lucía un chaleco blanco

sabido Ingenieros dedicó buena parte de su investigación psiquiátrica al estudio de la simulación, transformándola de fenómeno puramente biológico de adaptación (el mimetismo animal) en categoría moral negativa. La simulación, para Ingenieros, es una estrategia de adaptación que importa un falseo, y es por ende moralmente objetable, es “*un medio fraudulento de lucha por la vida*” (*Simulación*, 1933: 114). “[E]n la simulación –añade– *las apariencias exteriores de una cosa o acción hacen confundirla con otra, sin que efectivamente le equivalga*” (*Simulación*, 1933: 123; subrayado en el original). Para Ingenieros, no se puede simular (posar a) ser lo que se es: la pose necesariamente miente.

And yet, and yet... Hay un curioso desliz, en una serie de ejemplos en *La simulación en la lucha por la vida*, que seriamente cuestiona esta aseveración:

El ambiente impone la fraudulencia: vivir, para el común de los mortales, es someterse a esa imposición, adaptarse a ella.

Quien lo dude imagínese por un momento que el astuto especulador no simule honestidad financiera; que el funcionario no simule defender los intereses del pueblo; que el literato adocenado no simula las cualidades de los que triunfan; que el comerciante no simule interesarse por sus clientes; que el parásito no simule ser útil a su huésped, [...] que el pícaro no simule la tontería y el superior la inferioridad, según los casos; el niño una enfermedad, el maricón el afeminamiento. (*Simulación*, 1933: 185)

El último ejemplo rompe notablemente con el esquema de simulación fraudulenta: el maricón no simula lo que no es (como el astuto especulador que simula ser honesto) sino, podría argüirse, lo que es. La simulación, la pose, parecería recalcar en lugar de reemplazar una carencia. El ejemplo no cabe dentro del planteo de Ingenieros a menos de imaginar una interpretación de proyección ideológica más drástica. El “maricón” es “en realidad” un hombre quien, al simular lo femenino, posa a lo que no es. Así el homosexual, como sujeto que trasciende las categorías del binarismo genérico, queda efectivamente eliminado en el planteo de Ingenieros, reducido a ser “en realidad” una cosa que “simula” ser la otra.

La actitud de *vigilancia* (defensiva) por parte del médico-legista, tal como la describe y pone en práctica Ingenieros, un médico-legista

y la corbata era, generalmente, también blanca. El portador de semejantes horrores se creía elegantísimo, y los ostentaba por todas partes con desparpajo sonriente. Para dar una idea a mis contemporáneos de la falta de gracia de aquella indumentaria, diré que no ha sido igualada, aquí donde los hombres nos vestimos bastante bien, sino por algún pintoresco ministro del presidente Yrigoyen” (Gálvez, 1961: 134).

que efectúa “determinaciones periciales [...] de alto interés penal” (*Simulación*, 1933: 254) con el propósito de “desenmascarar a los simuladores” (*Simulación*, 1933: 254) recuerda la vigilancia de Queensberry, desesperado por ver si Oscar Wilde era o no era *eso*. En el caso de Ingenieros, el desenmascaramiento de la pose, a la vez que confirma su pericia como diagnosticador, produce otro resultado. No lleva a la acusación, sino a un benigno desplazamiento de patologías –no es, se hace; o dicho en términos de época, no es degenerado sino simulador–, y ese desplazamiento produce lo que podríamos llamar un alivio cultural. Este desplazamiento no solo exime al simulador local sino a sus supuestos modelos europeos, de quien nos asegura Ingenieros que “en realidad” siempre fueron fumistas, es decir, *poseurs*: “Entre los literatos novicios es frecuente encontrar sujetos que simulan poseer malas cualidades, creyéndolas verdaderas en los fumistas por quienes están sugestionados” (*Simulación*, 1933: 241). Véase por ejemplo el caso siguiente:

Un joven literato [la versión previa de los *Archivos* agrega: *decadente*], sugestionado por los fumistas franceses, creyóse obligado a simular los refinamientos y vicios fingidos por estos, conceptuándolos verdaderos. Simulaba ser maricón [versión previa dice: *pederasta pasivo*], haschichista, morfinómano y alcoholista. [...] Todo era producto de sus pueriles sugestionaciones, fruto de las fumisterías de los estetas y superhombres cuyas obras leía de preferencia y bajo cuya influencia vivía, tratando de ajustar sus actos y sus ideas al “manual del perfecto literato decadente”. (*Simulación*, 1933: 241)

Otra versión del mismo caso, citada en *Simulación de la locura* de Ingenieros, añade detalles interesantes sobre el trabajo de simulación:

Al poco tiempo manifestó profunda aversión por el sexo femenino, enalteciendo la conducta de Oscar Wilde, el poeta inglés que en aquel entonces acababa de ser condenado en Londres, sufriendo en la cárcel de Reading las consecuencias de sus relaciones homosexuales con Lord Douglas. Escribió y publicó una “Oda a la belleza masculina” y llegó a manifestar que solo hallaba placer en la intimidad masculina.

Algunas personas creyeron verdaderas esas simulaciones, alejándose prudentemente de su compañía; por fortuna, sus amigos le hicieron comprender que si ella podía servir para sobresalir literariamente entre sus congéneres modernistas, en cambio le perjudicarían cuando abandonara esos estetismos juveniles.

El simulador protestó que nadie tenía derecho de censurarle sus gustos, ni aun so pretexto de considerarlos simulados. Mas, comprendiendo que, al fin de cuentas, nadie creería en ellos, renunció a sus fingidas psicopatías. (*Locura*, 1933: 24-25)

De qué modo se simula ser pederasta pasivo y de qué modo se detecta esa simulación –es decir: cuál es la pose, o serie de poses que a la vez señalan una identidad e inconfundiblemente revelan su impostura– es algo que Ingenieros no explicita. El sucinto final de párrafo que acabo de citar es rico en hiatos: el simulado pederasta pasivo “protesta”, luego “comprende” luego “renuncia”, nunca sabremos, a ciencia cierta, a qué. Del mismo modo, creo que también “renuncia” la cultura hispanoamericana del fin de siglo pasado a asumir esas poses que durante un brevísimo momento *significaron* más allá de su propia simulación. Vaciadas de pertinencia, quedaron arrumbadas, como utilería en desuso, en el *closet* de la representación para no hablar del *closet* de la crítica. Creo que era justo devolverles la visibilidad que alguna vez tuvieron.

BIBLIOGRAFÍA

- Baudelaire, Charles 1954 «Le peintre de la vie moderne» en *Ouvres complètes* (Paris: Gallimard).
- Darío, Rubén 1955 *Obras completas I-V* (Madrid: Afrodisio Aguado).
- Gálvez, Manuel 1961 *Recuerdos de la vida literaria vol. 1 Amigos y maestros de mi juventud* (Buenos Aires: Hachette).
- González Echeverría, Roberto 1985 “The Case of the Speaking Sattue: Ariel and the Magisterial Rhetoric of the Latin American Easy” en *The Voice of the Masters: Writing and Authority in Modern Latin American Literature* (Austin: University of Texas Press).
- Henríquez Ureña, Max 1962 *Breve historia del modernismo* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Hyde, H. Montgomery 1962 *The Trials of Oscar Wilde* (New York: Dover Publications).
- Ingenieros, José 1933 *La simulación en la lucha por la vida. Obras completas I* (Buenos Aires: Ediciones L.J. Rosso).
- Ingenieros, José 1933 *Simulación de la locura. Obras completas II* (Buenos Aires: Ediciones L.J. Rosso).
- Lezama Lima, José 1988 *Julián del Casal* (La Habana: Letras Cubanas).
- Molloy, Sylvia 2001 *Decadentismo e ideología: Economías de deseo na América Hispanica Finissecular* (Sao Paulo: Editora da Universidade de Sao Paulo).
- Meyer, Moe (ed.) 1994 *The Politics and Poetics of Camp* (New York/Londres: Routledge).
- Ponce, Aníbal 1933 “Prólogo” a Ingenieros, José *La simulación en la lucha por la vida. Obras completas I* (Buenos Aires: Ediciones L.J. Rosso).

- Rodó, José Enrique 1967 "Rubén Darío. su personalidad literaria. Su última obra" en *Obras completas* (Madrid: Aguilar).
- Rodríguez Monegal, Emir 1967 "Encuentro con Rubén Darío" en *Mundo Nuevo* N°7, pp: 5-21.
- Sedwick, Eve Kosofsky 1985 *Between Me: English Literature and Male Homosexual Desire* (New York: Columbia University Press).
- Ulner, Arnold L. 1972 *Enrique Gómez Carrillo en el modernismo. 1889-1896* (Diss: University of Missouri).
- Villiers de l'Isle Adam 1970 "Mathieu. L' Eve future» en *Ouvres complète I* (Genève: Slatkine Reprints).
- Weeks, Jeffrey 1977 *Coming Out: Homosexual politics in Britain from the Nineteenth Century to the Present* (London: Quartet).

RESISTENCIAS

CUERPOS DE LA NACIÓN: CARTOGRAFÍAS DISCIPLINARIAS*

Beatriz González-Stephan

San Francisco 1998: en frente de la librería *City Lights* se encuentra el viejo *pub Vesubio*. Entramos. Y mientras bebemos vino californiano en la barra, inevitablemente leemos la inscripción en no pequeñas letras que decora el espejo que tenemos delante:

MODERN DANCING and IMMODEST DRESS STIR SEX DESIRE: leading to Lustful flirting, Fornication, Adultery, Divorce, Disease, Destruction, and Judgment.

Resabio obsolescente de una época no muy distante de prohibiciones que solo en apariencia parece superada; tan equívocamente distante como la superficie iridizada que ahora reproduce este fragmento que quiere ser una breve pieza de museo de una sociedad disciplinaria. Pienso en la ironía de los tiempos que corren y no estoy segura de haber salido de la Modernidad. Probablemente desde la acera de enfrente Allen Ginsberg emprendería otra cruzada *beat*, pero esta vez para desestabilizar los nuevos controles mutantes de esta era telemática.

* González-Stephan, Beatriz 1994 "Cuerpos de la nación: cartografías disciplinarias" en *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina* (Caracas: Monte Ávila Editores y Equinoccio Universidad Simón Bolívar).

Vuelvo la mirada hacia el cartel “victoriano” y pienso en matrices de otras épocas que hoy en día hallan terreno para su refuncionalización ¿Qué significó el éxito editorial que ha tenido en días pasados una reposición modernizada del más que centenario *Manual de urbanidad* de Manuel Antonio Carreño realizada por Marisela Guevara bajo el título *Buenos Modales. Nueva guía de comportamiento, etiqueta y urbanidad social* (Caracas, 1997)? El aplauso de la comunidad lectora venezolana estuvo lejos de ser irónico. Esta emulación postmoderna del “Carreño” se esperaba de algún modo dadas las circunstancias de “extrema laxitud”, “corrupción”, y “pérdida de las composturas ciudadanas”, además de largos etcéteras, que podrían ir desde el despliegue de desperdicios por toda la ciudad; el incremento de indigentes desquiciados come-basuras; la propagación del cólera, dengue y miasmas; la institucionalización de formas ilegales de riqueza y del crimen organizado; hasta el descrédito de casi todas las modalidades cívicas vigentes: si acaso la ley se impone en nuestras realidades por la presencia de los camisas negras, cuerpos paramilitares de dudosa extirpe legal.

Otros gestos altamente indicadores de sólida resistencia moderna se podrían sumar a la larga cadena de disoluciones postmodernas: el actual candidato a la presidencia de la República, el comandante Hugo Chávez Frías –líder del Movimiento Bolivariano V República y que diera un fallido golpe de Estado el 4 de febrero de 1992– propone entre los puntos fuertes de su agenda la creación de una Constituyente. Ante el histórico desgaste de las formas políticas liberales, la creencia de que la reposición “pura” de las mismas –de una nueva constitución y también nuevo congreso– activará las anquilosadas panaceas de “moral y cívica” con la esperanza de maquillar con cierto orden burgués de civilidad lo que ninguno de los discursos ilustrados pudo instaurar con solidez, luce a ratos ingenua sin dejar de ser un acicate cautivador. La fascinación aún supérstite que irradia la fe en la “ciudad letrada –con reinversiones finiseculares de héroes y constituciones nacionales– gana en nuestro terreno cada día más adeptos. La imaginación colectiva revive para sí “el Centauro de los Llanos”, (porque Chávez, mitad caballo y mitad hombre, es Páez y Bolívar al mismo tiempo) porque necesita resistir con valores tradicionales nacionales los efectos del nuevo orden globalizado.

La puesta en circulación de manuales y constituciones remozados apela al llamado de ciudadanías ucrónicas, pero en la base a la simultánea pérdida y reconfiguración de los órdenes privado (cuerpo conductual) y público (espacio social). El orden, más imaginado que real, que distribuía la circulación compartimentada de la gente “bien” de la “chimba”, que regulaba lo privado de lo público, que marcaba

cuidadosamente las diferencias étnicas, sexuales, clasistas y nacionales, aparece ahora desdibujado a tan solo horas de este fin de siglo; quedan de él rastros dispersos, que, en su fragmentariedad no menos contundente, preservan vestigios de los tiempos modernos. Frente a la multiplicación de toda clase de hibridaciones, disolución de clásicas fronteras identitarias y la aceleración casi incontenible de zonas de contagio, se redefine y articula un pensamiento –acantonado en las mismas fuentes de la sensibilidad burguesa del siglo pasado– que apela, en posibles términos de nostalgia o *revival* pasatista, a categorías puras, contactos controlados y a una reterritorialización nada democrática de las disimetrías sociales. En el plano político: el resurgimiento de nacionalismos fundamentalistas; en el social: un recrudescimiento de los racismos y distancias clasistas; en el cultural: entre otros varios, la lucha oficial por el monolingüismo en el centro de las metrópolis imperiales y la exacerbación de los rasgos de distinción y prestigio a través de los códigos del consumo.

La emulación del antiguo (pero no viejo) texto del maestro caraqueño, que tuvo a bien diseñar para el mundo hispanohablante el tipo de corporeidad ciudadana que las recientes repúblicas deseaban, no deja de ser otro de los gestos de resistencia de la modernidad, un tanto conservador; pero contrariamente ajustado a los paradigmas neoliberales de reconocimiento y discriminación sociales, en vertiginosa pugna con múltiples grupos y sujetos que negocian un acomodo más equitativo dentro de reglas sociales cada vez menos democráticas, no sin cierta ironía y desde otros ángulos, otros venezolanos más escépticos comentaban la cursilería y fatuidad del gesto, su precariedad ante las nuevas configuraciones de comunidades imaginadas y nuevos cuerpos desembarazados de etiquetamientos binarios, liberados de normativas represoras, desentendidos de las políticas de blanqueamiento eurocéntricas, o bien cuerpos escatologizados por la violencia de la miseria y desarticulación sociales: pretender arreglar con buenos modales el hambre del 70% de un país petrolero o tapar con una pulida compostura la masacre de 45 campesinos indios tzotziles del municipio de Chenalho habida en México el pasado 22 de diciembre de 1997. Más bien creo que debemos pensar que modalidades de civilidad, patrones de conducta, moldes de disciplinamiento corporal dicen de proyectos políticos cuyas implementaciones están lejos de ser blandas. No es una simple cuestión –aunque pudiera parecerlo– de chuparse los dedos o de sacarse los mocos en público, o de permanecer en silencio mientras hablan las personas de más jerarquía. La historia inscribe sus marcas en el cuerpo de los hombres y de las mujeres; y lo vuelve cuerpo sígnico donde el acontecer materializa en él la historia social.

De cualquier forma, las tensiones entre el pasado y un presente en marcha se mantendrán por algún tiempo: el quiebre del paradigma moderno supone en gran medida relocalaciones de importantes porciones de sus legados, y la convivencia con sus opuestos. Precisamente el desvanecimiento de todo lo sólido permite una heterogénea simultaneidad de proposiciones cuyas matrices hoy en conflicto descansan en nudos centrales del pensamiento moderno: en disolución o recomposición.

Cierta ilusión óptica, efectivamente avalada por nuevas formas de composición social, nos podría hacer creer salvadas las clásicas políticas de encerramiento disciplinario del siglo XIX: familia, escuela, cuartel, fábrica, hospital, prisión, psiquiátrico. Estamos en crisis generalizada en relación a todos los ambientes de encerramiento. La familia es un “interior” en crisis como todos los interiores: académico, profesional, clínico. Según Gilles Deleuze, las administraciones nunca dejan de anunciar supuestas reformas necesarias: reformar escuelas, reformar las industrias, los hospitales el ejército, las prisiones. Pero todo el mundo sabe que estas instituciones están acabadas. Solo queda que administren sus últimos ritos y conserven gente empleada hasta que se instalen las nuevas fuerzas que tocan a la puerta. Para Deleuze estas son las sociedades de control, que se encuentran en el proceso de reemplazar a las sociedades disciplinarias.¹ Paul Virilio también analiza continuamente las formas ultrarrápidas de control que reemplazaron a las antiguas disciplinas que operaban en el cuadro temporal de un sistema cerrado.

Recordemos a Foucault: los diferentes internamientos en espacios de encierro a través de los cuales pasa el individuo son variables independientes: cada vez uno debe comenzar desde cero, y aunque existe un lenguaje común para estos lugares, es analógico. Es la prisión la que sirve de modelo analógico. Por su parte, para Deleuze los diferentes mecanismos de control son variaciones inseparables, que forman un sistema de geometría variable cuyo lenguaje es numérico (lo cual no significa necesariamente binario). Los encerramientos son moldes, formas distintas; pero los controles son una modulación, como una figura autodeformante que cambiará continuamente de un momento a otro, como un tamiz que se transmutará en cada punto. La fábrica era un cuerpo que contenía sus fuerzas internas. Pero en una sociedad de control la empresa ha reemplazado a la fábrica, y la empresa es un espíritu, un gas que impone más profundamente

1 Tomamos estas ideas del artículo “Post scriptum sobre las sociedades de control” de Gilles Deleuze. De Michel Foucault son decisivos trabajos *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* y *La verdad y las formas jurídicas*.

un control modulado ejercido a través de estados de metaestabilidad, donde el individuo siempre está sometido a nuevos retos, a entrenamientos perpetuos (que reemplazan a la escuela), a un control continuo (que reemplaza al examen), colocando al cuerpo laboral unos contra otros, atomizando inaprehensible espíritu de empresa. El poder disciplinante individualiza y masifica a la vez. La doble ventaja en la fábrica era que el jefe vigilaba cada elemento dentro de la masa, pero a su vez los sindicatos movilizaban una resistencia de masa.

La absolución aparente de las sociedades disciplinarias (entre dos encarcelamientos) y las prórrogas ilimitadas de las sociedades de control (en variación continua) son dos modos de vida jurídica muy diferentes, y si nuestra ley es titubeante, ella misma en crisis, es porque estamos dejando unas para entrar en otras. El control se ejerce ahora sobre el espacio abierto; no cuentan las barreras sino las computadoras que rastrean la posición lícita o ilícita de cada persona; son poderes modulantes. Pudiera ser que métodos más antiguos, tomados de las anteriores sociedades de soberanía regresaran pero con necesarias modificaciones. En el sistema de prisión: el uso de collares electrónicos que fuerzan a la persona convicta a permanecer en su casa. En el sistema escolar: el abandono de toda investigación universitaria por el entrenamiento perpetuo. En el sistema hospital: la nueva medicina sin doctor ni paciente. Deleuze cambia el viejo topo (animal del encerramiento) por la serpiente (animal ondulatorio).

En esta especie de brecha transicional las nuevas formas de control apenas alcanzan a regular ciertos enclaves dejando muchos otros espacios a la incertidumbre o reciclaje de las formas tradicionales de disciplinamiento, o en el mejor de los casos expuestos a su revisión crítica. Y es precisamente en este límite el que motiva una mirada hacia los momentos fundacionales y expansivos del saber y de la verdad jurídica legitimados, sin duda intrínsecamente comprometidos con la cultura del libro que validó cierto tipo de poder logocéntrico y esquemas verticales de funcionamiento.

La intensa reflexión que se ha venido dando entorno a la cuestión nacional, a la ciudadanía, las relaciones entre lo público y lo privado, la construcción del cuerpo individual como el social, la validez del orden jurídico democrático, hace suponer el carácter nada más que cultural e histórico (en el sentido de provisorio) de estas categorías con las cuales se han constituido aquellas identidades que aún podemos reconocer como Estados nacionales. La certidumbre de existir dentro de los límites de la legalidad o, mejor, en situación de límites; un cierto sentido de las posibilidades expresivas del cuerpo y de la lengua; la imaginación de unos otros semejantes y de otros diferentes; la sensación de pertenencia a un territorio cuya verificabilidad pare-

ciera comprobarse en las representaciones cartográficas; la confianza de estar adscrito a un orden cuya legitimidad descansa en la escritura, fueron los puntos cardinales sobre los cuales debatieron los nuevos estados nacionales postindependistas en la América Latina a lo largo del siglo XIX.

El nuevo espacio político que se abría con las nuevas repúblicas obligaba a una cuidadosa reorientación de la distribución e implementación de los mecanismos del poder, que, a la luz del reciente orden jurídico ciudadano y como consecuencia de los alcances importados de la Ilustración, debía hacerse menos punitivo y evidente que durante el período colonial. Son ampliamente conocidos los niveles de violencia practicados sobre el cuerpo humano de indios, negros, pardos, esclavos, masones, disidentes e independistas criollos, indígenas y cimarrones ejercidos por gobernadores y encomenderos, miembros del Santo Oficio, capataces y hacendados que en nombre del Rey y de Dios exponían los miembros torturados y descuartizados a la vista del espectáculo público, sin despreciar el ilimitado derecho que tenían maestros, padres y maridos de implementar castigos físicos a sus discípulos, hijos y esposas: la autoridad y la ley se imponían sobre el cuerpo con violencia a través de una política sistemática del castigo corporal tanto en el ámbito público como doméstico, donde llagas, cicatrices y hasta la muerte eran parte de un doble juego de señales: de culpas y de poderes.

Pero también en otros órdenes de la vida social, al menos hasta muy entrado el siglo XIX, imperaba la fuerza y expresividad de las pasiones, la violencia de las conductas en el juego, en las relaciones familiares, en las fiestas, carnavales, teatros, trato con los sirvientes, la expresión desinhibida de la sexualidad, de la gestualidad corporal, la sensualidad, el desenfreno, la gritería, la risa: en fin, una sensibilidad poco dada a la contención de toda clase de pulsiones, y que la cultura de los tiempos modernos calificaría de “bárbara” e identificaría no solo con un pasado arcaico y vergonzoso, sino con la incivildad, la infracción y la culpa. La exposición de la violencia tanto en el ámbito penal y de los castigos como los excesos de los “instintos” fueron comprendidos por el nuevo letrado de la república como una “barbarie” que debía ser domesticada o preferiblemente prevenida a través de la activación de múltiples mecanismos de control y sujeción que incidieran en la vigilancia de cada detalle de la vida cotidiana. Un despliegue de un sistema escriturado de “micropenalidades” que atendiese cada operación del cuerpo, de los gestos, de la palabra para lograr una economía de las fuerzas a través de su docilidad-utilidad.

Al respecto vale ilustrar esta nueva sensibilidad con la polémica que se desató en la Caracas de 1790 a propósito de la creación de una

“Casa de la Misericordia” para albergar un creciente número de ex-
pósitos. Los promotores del proyecto alegaban que tratándose de una
situación propia de las mujeres, resultaba más bien urgente “corregir
sus costumbres”, es decir, que la nueva Casa tuviese por función su re-
educación: “corregir las que tenían por bajeza la ocupación que debía
honrarlas aplicándolas a motear, hilar, tejer, beneficiar el algodón, y
otras cosas capaces de sostener en gran parte la misma casa”.² La vio-
lencia de los castigos y el desenfreno de las pasiones había que recon-
ducirlos para construir el *homo economicus* y también la no menos
mujer doméstica(da), sujetos de la nueva sociedad burguesa, prototi-
pos requeridos para la utopía del progreso y de la modernización. La
reorientación de una vitalidad gratuita y explosiva dentro del orden
jurídico republicano suponía una nueva relación entre el poder y el
cuerpo fundado en la disciplina, en la productividad y en la higiene.³
No en vano tanto los catecismos, ahora de urbanidad, y las constitu-
ciones nacionales insistirán tanto en que el ocio es la madre de todos
los vicios como en perseguir la vagancia pública.

El proyecto fundatrix de la nación es civilizatorio en el sentido de
darle, por un lado, a la *escritura* un poder legalizador y normatizador
de prácticas y sujetos cuya identidad quedase circunscrita al espacio
escriturado; y, por otro, organizar un *poder* múltiple, automático y
anónimo que controlase sin cesar y discretamente a los individuos:
lograr que estos fuesen ciudadanos de la *polis*, de una red invisible
de leyes, reglas y textos de policía, vigilados y vigilantes en una mu-
tua complicidad contenedora de posibles transgresiones. La escritura
sería el ejercicio decisivo de la práctica civilizatoria sobre la cual des-
cansaría el poder de la domesticación de la barbarie y la dulcificación
de las costumbres: debajo de la letra (de las leyes, normas, libros, ma-
nuales, catecismos) se replegarán las pasiones, se contendrá aparente-
mente la violencia.

Obviamente la nación que se erigió devino en una realidad me-
ramente escriturada –*ciudad escrituraria* al decir de Ángel Rama–⁴
reservada a una estricta minoría de y para letrados: solo de este modo

2 En “desterrar el vicio y serenar las consecuencias: mendicidad y pobreza en la
Caracas del siglo XVIII” de Frédérique Langue *Revista de Indias*, N° 201, 1994, p. 367.

3 Los dos tomos de José Pedro Barrán, *Historia de la sensibilidad Uruguaya*, Tomo
1 *La cultura “bárbara” (1800-1860)* y Tomo 2 *El disciplinamiento 1860-1920* resul-
tan sumamente aleccionadores en cuanto, a una investigación documentada que da
cuenta del cambio de sensibilidad desde formas más desenvueltas y espontáneas ha-
cia actitudes más contenidas y empaquetadas.

4 Ver *La ciudad letrada* que motivó otras importantes investigaciones; para nues-
tro caso la de Julio Ramos en *Desencuentros de modernidad en América Latina. Litera-
tura y política en el siglo XIX*.

se cumpliría el efecto y el juego de esa “comunidad imaginaria”⁵ que se imagina semejante a partir del circuito que establece la cultura impresa, que finge, por razones lejas de ser simples, desconocer las contradicciones y carácter pluricultural del grupo no solo potencialmente lector sino de la sociedad global. Como acotación, esto quiere decir que las comunidades de fuerte tradición oral no tuviesen a su vez otras reglas de cohesión grupal imaginaria.

A lo que nos referimos es a la operación metonímica en que funcionó no solo el cuerpo letrado de intelectuales sino también al poder de la masa de lo escrito. En este sentido, el cuerpo de textos fundacionales de la nación más que forjarla en sí, la constituyen imaginariamente en una ilusión o simulacro de nación o de ciudadanías supuestas. Son *imagen* (escenificación) de una realidad social que se piensa representación (*Darstellung*), pero que solo resulta ser representativa (*Vortretung*): una imagen de una cosa por otra (la realidad virtual que reemplaza la realidad real: aquí la fuerza de la ficción escriturada); y una imagen (o voz) que está en lugar de otras (un sujeto o clase hablando por todos los otros: la fuerza del patriciado o burguesía criolla en su lucha por el poder interpretativo de la palabra).

La simulación de los textos fundacionales fue obviamente una hipocresía implícita en ellos porque estaban hechos a base de exclusiones y recortes no implicando necesariamente una relación homóloga entre escritura y verdad, o escritura y justicia social.

El modelo liberal de nación que se implementó siguió en sus premisas básicas la fórmula occidental: un poder fuertemente centralizado en la figura de un Estado que “dispone una violencia que no pasa por la guerra: más que guerreros, emplea policías y carceleros, no tiene armas y no tiene necesidad de ellas, actúa por captura mágica inmediata, ‘capta’ y ‘liga’, impidiendo cualquier combate”; fija, sedentariza la fuerza de trabajo porque crea corporaciones, talleres, manufacturas, y porque además recluta entre indigentes una mano de obra forzada; regula todo tipo de movimiento; limita, distribuye, clasifica, jerarquiza territorios e individuos; establece un interior con unidad y sentido frente a un exterior salvaje e irracional; acaba con “*un vagabundeo de banda* y un *nomadismo de cuerpo*; identifica la historia y el libro con su triunfo.”⁶

La configuración del Estado nacional se va concretando en una lenta dinámica que hunde sus raíces en un proceso anterior al XIX,

5 Benedict Anderson en *Imagined Communities. Reflections on the Origen and Spread of nationalism*.

6 En *Mil Mesetas. Capitalismo y Equizofrenia* de Giles Deleuze y Félix Guattari, en particular el capítulo 1 “Introducción: Rizoma”, y 12 Tratado de Nomadología: la máquina de guerra”.

donde ciertas prácticas sociales anticipan modalidades de la futura sociedad liberal disciplinaria. Las rebeliones de esclavos y pardos y la situación cada vez más insostenible de desviantes, vagos y mendigos en la Venezuela del siglo XVIII llevó a las élites económicas a financiar una variedad de establecimientos –la Casa de Corrección destinada a pardos, negros y especialmente a esclavos rebeldes; el hospicio-cárcel de las mujeres blancas y pardas de “mala vida”; las cárceles para indígenas– para encerrar y en casos separar una masa poblacional cuya ociosidad la llevaba a la “ciminalidad” y a “horrorosos vicios”.⁷ En otra dirección, y también por la misma época, el Coronel de ingenieros Don Nicolás de Castro fundó en Caracas una Academia de Geometría y Fortificación, que inauguró un creciente interés por institucionalizar las matemáticas, la topografía y el álgebra en la enseñanza universitaria del país, interés estrechamente vinculado al desarrollo científico de la cartografía y a una agresiva política de fronteras.⁸ Es obvio que las élites criollas se vislumbraron como los nuevos sujetos de un proyecto social también nuevo, donde las estrategias del saber científico –el cálculo y las mediciones– y las políticas de una (re) educación para el trabajo servirán, por un lado, para canalizar sus temores escondidos ante una población llena de “otredades diabólicas” y, por otro, para formalizar su razón histórica como sujetos de sociedades civilizadas, como agentes beneficiados de la riqueza moderna: reencauzar la violencia hacia la plusvalía del capital.

Ahora el ejercicio del poder en las sociedades modernizadas –o al menos que se abocaban a serlo– se vehiculizaba a través de la proliferación de una serie de instituciones (talleres, escuelas, correccionales, hospicios, manicomios, cárceles) y de prácticas discursivas (constituciones, registros, censos, mapas, gramáticas, diccionarios, manuales de urbanidad y tratados de higiene) que conformaban todo un conjunto de “tecnologías especializadas” e instituciones del orden público que coercionaban, controlaban, sujetaban, regulaban, con docilidad el movimiento de los cuerpos para hacer de ellos subjetividades domesticadas –sujetos del Estado– y poder neutralizar los peligros de agentes descentrados. Se las reconoce como “las disciplinas”, y su poder descansaba precisamente en una vigilancia escriturada.⁹

Nada más ingenuo suponer que la percepción que se tiene del cuerpo es el de una realidad naturalizada dada para siempre. El cuerpo

7 “Desterrar el vicio...” *art. cit.*

8 Ver “Cartografía y Cartógrafos en la Venezuela colonial. Siglo XVIII por Hernán González y Manuel Alberto Donis Ríos, en *Memorias del Quinto Congreso Venezolano de Historia*, 1992, Tomo III.

9 Ver especialmente el capítulo “Disciplina” de *Vigilar y Castigar*, pp. 139-230.

–inclusive el cuerpo biológico– es una construcción social y cultural, sobre el cual cada sociedad elabora sus representaciones a base de múltiples saberes. Finalmente, el cuerpo deviene en cada época en la materialización de un conjunto de prácticas discursivas. Ser ese cuerpo individual o social es vivirlo y mirarlo a partir de un complejo tramado de discursos, que revelan y encubren obsesiones, fobias y miedos en los pliegues de lo no dicho. La concepción occidental del cuerpo descansa básicamente en su formulación anatómico-fisiológica proveniente de los saberes de la biología y medicina, y de la emergencia y desarrollo de una concepción individualista del sujeto (“mi cuerpo”) a partir del Renacimiento. Sabemos ya que cuerpo y sujeto son una red de tecnologías, de contruidos.

No podemos preguntarnos nada acerca del cuerpo individual y social, sin antes habernos distanciado de su eminencia física, y ver a través de qué cuadrícula conceptual lo estamos interrogando. Esta distancia que media entre su positividad y su representación solo ha sido posible a partir de un abanico de trabajos de reciente data –sin duda los de Michel Foucault a la cabeza– que, desde la antropología cultural y notablemente desde la Nueva Historia (con sus tendencias hacia la historia de la vida privada, la microhistoria, la historia de los géneros), han incursionado en el modo cómo se han configurado y concebido históricamente aspectos de la vida humana hasta hace poco irrelevantes e intrascendentes (como las sensibilidades, el cuerpo, el dolor, las enfermedades, el aseo, el uso del agua, el vestido, las sexualidades, las mujeres, los niños, la mendicidad, la locura, la domesticación de los animales, etc. etc.) pero no insignificantes.

La hegemonía de los grandes relatos y la simpatía hacia las explicaciones macroestructurales habían desacreditado la posibilidad de otro tipo de investigación más preocupada en aspectos menos visibles de la historia social. La hipertrofia del factor económico y una valoración esquemática de la dinámica interclasista obturaba una comprensión más dialéctica y compleja de las relaciones de poder entre las múltiples manifestaciones sociales. También se visualizó que el tejido social estaba compuesto por una red de “micropolíticas”, invisibilizadas por la hegemonía de una historiografía que había localizado los acontecimientos de la Historia con mayúsculas, y, en otros escenarios, los géneros literarios y sexuados más canónicos y conformes con una perspectiva androcéntrica.

Una mayor atención por la gama de aspectos de la vida privada en todas sus modalidades de expresión; una preferencia por el estudio del detalle, pareciera orientar desde hace un par de décadas las ciencias sociales, sin duda con resultados invaluable tanto en hallazgos insospechados de la historia de la vida cultural de una sociedad como en la poca ortodoxia de los métodos empleados.

Ejerciendo una doble impertinencia, una contra la mirada que las disciplinas del saber han obligado sobre sus corpus textuales (el derecho sobre las constituciones; la literatura sobre la ficción; la lingüística sobre los fenómenos de la lengua; la medicina sobre el cuerpo y otra, sobre una apropiación de textos para leer en ellos un entramado cultural no previsto por la clásica compartimentación del saber moderno, me he aventurado a detenerme particularmente en las *constituciones, gramáticas y manuales* para solo referirme a las formas paradigmáticas fundacionales de una voluntad letrada disciplinaria. Estas apuntan a la configuración del cuerpo ciudadano; otras, como las *antologías e historias literarias* a la fundación del cuerpo literario canónico de la nación.¹⁰

Constituciones, gramáticas y manuales, como géneros discursivos constituyeron a través de sus leyes y normas un campo policial de vigilancia y ortopedia que captaba e inmovilizaba al ciudadano. Aquí el “poder de la escritura” no solo modela sino se erige en fundante y contenedor del mismo objeto que prescribe. En estos casos la identificación entre escritura/disciplina/poder y vigilancia corre paralela con el acto fundacional de la ciudadanía. Al revés: la constitución en sujeto solo es posible dentro del marco de la escritura disciplinaria como requisito previo a su reconocimiento como ciudadano.

La proliferación en múltiples formatos de estas escrituras disciplinarias –que iban desde el artículo de prensa, la hoja suelta, la folletería, hasta el libro– abarcó toda la centuria, intensificándose hacia finales del siglo, cuando la modernización se hizo palpable en las ya crecidas urbes latinoamericanas y la densidad demográfica reclamaba una mayor difusión de estos textos como también el celo de una vigilancia más escrupulosa. Esto no significó que la violencia de las pasiones, la soltura de los cuerpos y lenguajes quedó inmediatamente normada por las constituciones, gramáticas y manuales formulados en las primeras décadas. Más bien habría que pensar en una tensión y si acaso lucha no siempre cómodamente resuelta entre los universos postulados por la escritura reguladora y la dinámica de la realidad.

Pese a ello, es un hecho que el proyecto de nación y ciudadanía fue un imaginario de minorías pero que se postuló como expansivo, y que efectivamente tuvo la capacidad de englobar-domesticar a comunidades diferenciales que ofrecían resistencia a costa de no fáciles negociaciones. En una doble dirección (centrípeta y centrífuga), el cuerpo escriturado de disciplinas –incluyendo las constituciones– tuvo como

10 Ver Beatriz González Stephan *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, y de Hugo Achúgar (comp.) *La fundación de la palabra. Letra y nación en América Latina en el siglo XIX*.

tarea incorporar y modelar a los grupos sociales; y contrariamente, expulsar a aquellos que no lograban mimetizarse con las normas. El programa de escolarización de los gobiernos “ilustrados” del último tercio del siglo se dio la mano en varias oportunidades con la política del exterminio de las poblaciones indígenas (Argentina y México) o campesino-nomádicas (Canudos en Brasil). También la preocupación por limpiar las ciudades de perros, puercos y animales sin dueño comprendió un plan más general: la construcción de hospicios y manicomios sirvió para encerrar a vagos y delincuentes por carecer de oficio estable (y, por ende, propiedades y domicilios fijos), con el pretexto de atender a los “enfermos mentales”, y con ello dar un buen empuje a las ciencias médicas. Y en un sentido muy particular, también la literatura funcionó en muchos casos como práctica disciplinaria: por un lado, la “delincuencia” campesina fue una estrategia que legalizó la recluta de mano de obra para los hacendados y de soldados para el ejército; la casa-hacienda y la milicia fueron claras instituciones disciplinarias que ameritaban construir la diferencia como ilegalidad para contener las masas “bárbaras” dentro de la ley. Y, por otro lado, el género gauchesco –tal como lo sugiere Josefina Ludmer– inscribió dentro de los límites de la cultura letrada la voz del campesino ilegal, para devolvérsela “civilizada” con la aspiración de integrarlo al cuerpo disciplinado de la patria: el libro y lectura fueron ejercicios disciplinarios del nuevo orden jurídico.¹¹

De todo este heterogéneo conjunto de textos normativos, me interesa enfatizar como grupo específico las *constituciones*, las *gramáticas* y los *manuales de conducta* por representar cada uno de ellos una modalidad particular del disciplinamiento y del aparato escriturado de vigilancia, y también como géneros discursivos fundantes de un nuevo sujeto histórico que como clase entraba de lleno en el protagonismo político y social. Se trataba de la burguesía o de una mentalidad burguesa, ya que en el caso de América Latina no se puede hablar con propiedad del desarrollo de una burguesía nacional, sino de asimilaciones y transformaciones de la oligarquía terrateniente con este nuevo sector medio. En todo caso, sí podemos hablar de un nuevo sujeto o lugar de enunciación que prefigura toda la cultura y sus formas sociales a lo largo del XIX. Sujeto o sensibilidad burguesa que requería de instancias legitimantes (constituciones, gramáticas y manuales) para hacerse voz legal y autorizada para decir y hacer el aparato estatal, el militar, el institucional, las nuevas formas de acumulación de riqueza, la distribución de nuevos saberes, y la inauguración de prácticas estéticas como las literarias.

11 Ver su libro *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*.

A diferencia del patriciado o de la antigua clase señorial, que gozaba de una legitimidad basada en valores genealógicos (pureza de sangre), en la virtud (nobleza de alma), y tenencia de la tierra (riqueza no mutable), los nuevos sectores que arriban al escenario histórico debían apropiarse de una serie de máscaras, de maneras, con las cuales apañar o disimular su origen nada noble, y poderse acercar tan solo en la forma a la clase que había detentado “naturalmente” el poder tradicional.

La burguesía, sobre todo en América Latina, en su compulsivo afán por ascender y colocarse, debía adquirir *refinados modales* y un *saber decir* como las formas de su blanqueamiento y occidentalización. Aquí, y en particular en las sociedades multiétnicas –como Cuba, Colombia, Venezuela, México, Brasil, Perú–, buena parte de estos nuevos sectores medios no eran totalmente blancos. Por consiguiente, extremar la limpieza o cuidar meticulosamente los movimientos del cuerpo o educar la dicción no era un asunto de estricta higiene corporal o lingüística, sino un problema de distinción social. Las buenas maneras no solo blanqueaban la piel, sino que representaban ahora un *valor* (y no una virtud) mercadeable, porque tanto la apariencia (limpieza, salud, vestuario) y saber decir eran un capital simbólico que podía colocar a cada individuo (mujer u hombre según el caso) en la jerarquía social más alta.¹² No es casual que el proyecto de la burguesía liberal latinoamericana durante el siglo XIX haya sido el de domesticar su propia *barbarie*; y su deseo de *civilizarse*, mimetizarse tanto con sus antiguos sectores señoriales como con las burguesías noratlánticas en un gesto que no deja de ser de una modernidad conservadora.

Quizás sea la primera clase en la historia que requería construirse, diseñarse, individualizarse. Por ello se *constitucionaliza*: requiere de múltiples micro-tecnologías escritas –leyes, normas, instrucciones, consejos– para saber ser, hablar, escribir caminar, moverse, vestirse, relacionarse, vivir y morir. Sujeto bajo control: etiquetado, pre-escrito, como artículo rentable o de consumo. Sujeto sin rostro: preocupado por la psicologización de su yo y de su espejo. Serán las marcas de su diferenciación/distinción con los de abajo, negros, mestizos, pardos, zambos, indios, rotos, serranos, llaneros, gauchos, costeños...

El cuerpo de *leyes* (las constituciones) le permitió a la burguesía bajo la forma del derecho jurídico un sistema de principios iguali-

12 En otros lugares he desarrollado estos aspectos. Ver Beatriz González-Stephan “Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado”, en *Esplendores y miserias del Siglo XIX. Cultura y Sociedad en América Latina*. Y “Políticas de higienización: la limpieza del cuerpo y lenguas nacionales”, en *Asedios a la Heterogeneidad Cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*.

tarios (de allí que las repúblicas fundadas hayan sido democracias formales); y el conjunto de *normas* (manuales, gramáticas, tratados de retórica e higiene) un sistema de micropenalidades operantes en la vida cotidiana para reintroducir las disimetrías y desigualdades. Estos géneros le permitieron a la nueva clase surgir y afirmarse; pero al poco tiempo, cerrar el paso a nuevas camadas que también buscaban este ascenso. El sistema piramidal no tardó en reconfigurarse bajo otras consignas.

De todas estas tipologías genéricas hubo centenares en cada país latinoamericano durante todo el siglo XIX. Generalmente su fiel reproducción era parte de la misma función y naturaleza de esos textos. Revisar una constitución o un manual es como leerlos casi todos.

Por consiguiente, para agilizar el objetivo de este trabajo, me voy a referir como conjunto modélico a las *Constituciones* venezolanas¹³ del siglo pasado, a la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847) de Andrés Bello, y al *Manual de urbanidad y buenas maneras* (1853) también del venezolano Manuel Antonio Carreño. *La Constitución Federal para los Estados de Venezuela* de 1811 fue la primera de todo el mundo hispánico; la *Gramática* de Bello y el *Manual* de Carreño han pasado a convertirse en libros de cabecera tanto para el buen decir y escribir como de las buenas maneras: obvian las razones para haberlos elegido como ejemplos de estos géneros normativos y disciplinarios.¹⁴

Queremos enfatizar que estos géneros más que describir realidades diseñan escenarios de espacios y ciudadanías posibles. Lo que no quita que en la práctica hubiese habido un progresivo y conflictivo acercamiento y rechazo entre la letra y sus referentes.

13 Las constituciones venezolanas recopiladas y editadas en sus versiones facsímiles fueron publicadas en el volumen 17, *Las Constituciones de Venezuela* por Luis Mariñas Otero, dentro de la colección llevó por título *Las Constituciones Hispanoamericanas* dirigida por Manuel Fraga Iribarne. Para el presente trabajo hemos utilizado las constituciones de 1811, 1819 (de Simón Bolívar), 1830 (de José Antonio Páez), 1857 (de José Tadeo Monagas), 1874 (de Guzmán Blanco). Durante todo el siglo XIX Venezuela tuvo unas 12 constituciones. Todas las referencias y citas se harán de esta edición.

14 La primera edición de la *Gramática* de Andrés Bello aparece en Chile en 1847. Usamos la edición crítica de Ramón Trujillo publicada 1981. En relación al *Manual* de Manuel Antonio Carreño, este salió a la luz en forma de folletos a partir de 1853, y fue publicado como libro en 1854; y el 14 de marzo de 1855, el Congreso Nacional acordó recomendación especial para el uso de esta obra. Citaremos de la edición de 1927, París: Casa Editorial Garnier Hermanos.

A lo largo de nuestro trabajo usaré el nombre genérico de *constituciones gramáticas y manuales* por constituir tipologías discursivas específicas. Sin embargo, los ejemplos concretos los daré a los modelos venezolanos señalados.

1. CUERPO POLICIAL SUBJETIVADO

Constituciones, gramáticas y manuales comparten en su espíritu nuclear el ser discursos que en su forma de leyes, reglamentos y normas no solo previenen de la infracción o error, del castigo o culpa, sino que asumidos sistemáticamente a través del ejercicio continuo van formando un cuerpo policial subjetivado, una represión interiorizada en cada individuo. No persiguen el castigo sino la prevención. Se mueven en el campo de las prohibiciones y de las amenazas sistemáticas para infundar la adecuada dosis de temor en cada individuo ante su posible exclusión o marginamiento de los escenarios legitimados por la autoridad estatal.

También en cierto sentido se podría decir que son la escritura fundacional por antonomasia porque constituyen en sí mismos los centros desde los cuales se irradia la ley del Estado (las *constituciones*), la lengua nacional (las *gramáticas*) y el cuerpo ciudadano (los *manuales*). Cada uno traza desde su ángulo de pertinencia el perfil y requisitos del deseado sujeto que el nuevo espacio jurídico necesitaba. Construyen los marcos del sujeto legal tanto en su condición para ser reconocido como sujeto; para ser aceptado como sujeto de la ciudad escrituraria; y como agente de las fuerzas productivas y morales del proyecto nacional. En este nivel, la modernidad suponía un fuerte compromiso con un *orden legal escriturado*, cuyas políticas de encostramiento del cuerpo y de la lengua estaban al servicio de una nueva economía de mayor rentabilidad social. Y es que las escrituras de policía – escrituras que diseñan el movimiento social de la *polis* – marcan en su límite espacios éticamente diferenciales: por un lado, la urbe, el Estado, la industria, el progreso; por el otro, el campo, el caudillo, la casa-grande. Pero el nuevo orden –el “policial”– va no solo a contraponerlos, sino a desautorizar al segundo: “Después de constituidos los hombres en sociedad han renunciado a aquella *libertad ilimitada y licenciosa* a que fácilmente los conducían sus pasiones, propia solo del *estado salvaje*. El establecimiento de la sociedad presupone la renuncia de estos funestos derechos, la adquisición de otros más dulces y pacíficos y la sujeción a ciertos deberes mutuos.” Y más adelante dentro de la misma *Constitución de 1811*: “La propiedad es el derecho que cada uno tiene de gozar y disponer de los bienes que haya adquirido con su trabajo e industria”.¹⁵

La necesidad de rotular en términos de “salvaje” a la sociedad rural confiere automáticamente a la escritura/ley y por contigüidad a sociedad/ciudadano/trabajo/propiedad la cualidad de valores naturalizados. Obviamente controlar el ocio y el desenfreno implicaba tam-

15 Primera *Constitución de 1811*, pp. 149 y 151.

bién una nueva ética donde la virtud radicaba tanto en el ahorro de pasiones como de riquezas. El deseo de acumular bienes pasa por la escritura policial que modela las pasiones del cuerpo y de la lengua.

2. LA INVENCIÓN DE LA CIUDADANÍA

La función jurídico-política de las *constituciones* y también en cierto modo de las *gramáticas* y *manuales* apuntan, entre otros objetivos, a la invención de la ciudadanía, en el sentido de la creación de un campo de identidad que debía construirse como espacio de elementos homogeneizados para su gobierno más viable. En palabras de Julio Ramos, “una identidad que debía construirse precisamente en la transformación de los materiales ‘bárbaros’ e indisciplinados de las poblaciones, sobre todo campesinas y subalternas, que se resistían a los distintos órdenes de la centralización política y cultural requerida por la nación”.¹⁶

La constitución de un espacio simbólico que identifica *sujetos semejantes*, bien porque hablan y escriben una *lengua común* y porque sus *cuerpos simétricos* se ajustan al mismo patrón, son algunas de las condiciones, entre otras, que van a permitir el establecimiento de un orden mercantil entre las regiones de la nación y su articulación al comercio internacional. Las nuevas formas de comunicación exigían que los cuerpos y las lenguas también unificaran sus lenguajes, así como los ferrocarriles, telégrafos y vapores acercaban territorios y ciudades.

Uno de los atractivos del proyecto modernizador descansaba en la eficacia de la racionalidad, que implicaba una estrategia de uniformización o “mismificación” a todo nivel en aras del mayor beneficio del Estado nacional. Aunque en la configuración de la ciudadanía intervienen numerosos y complejos factores, uno decisivo fue la gramática, en el sentido –y así lo pensaba Andrés Bello– de ser una de las instancias éticas, jurídicas y políticas con mayor poder de intervención para la constitución de la ciudadanía y como discurso fundacional del Estado moderno. La imposición –a través de una pedagogía obligatoria– de una estructura normatizadora de la lengua erradicaría no solo los “hábitos viciosos”, “defectos” y “barbarismos groseros” de “las gentes de poca instrucción”, sino también impediría la proliferación de “multitud de dialectos irregulares, licenciosos y bárbaros” en el continente hispanoamericano, “oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional”.¹⁷

16 En “El don de la lengua” p. 21. Debo a este lúcido trabajo de Julio Ramos la relación establecida entre la lengua y las políticas de pureza dentro del nuevo régimen de legalidades que funda la república.

17 Ver A. Bello “Advertencias sobre el uso de la lengua castellana (serie de artículos publicados entre 1833 y 1834) y el Prólogo” a la *Gramática de la Lengua Castellana*

Muy claramente para Bello, la *gramática* tiene una misión civilizatoria porque, al distribuirse regularmente la norma lingüística, las diversas regiones nacionales quedarían articuladas no solo para efectos del orden mercantil, sino también para que la escritura de la ley (la *constitución*) pudiese propagarse y cumplirse sin equívocos, ya que la fijación de la ley de la lengua permitiría mediante un código transparente la lengua del intercambio comercial como ser la condición de la lengua de la ley. La escritura de la ley requería, por lo tanto, de la estabilización lingüística para la correcta ejecución de las leyes.

La *gramática* en su función jurídico-política crea las condiciones de enunciación del nuevo sujeto jurídico en la medida en que provee los marcos estructurales de la ética del bien decir. La relación entre lengua y ciudadanía presupone la intervención disciplinaria de la autoridad –maestros y padres de familia– sobre “las prácticas viciosas del habla popular” con el fin de corregir la lengua “defectuosa” de la “plebe” y hacer de ellos ciudadanos que “sepan leer y escribir”.¹⁸ Al revés: la constitución en ciudadano exige la competencia de la lengua escrita; y los ciudadanos que están más cerca de la ley de la lengua (de la *gramática*) serán la lengua autorizada para elaborar la escritura de las leyes. De este modo, el poder de la *gramática* controla las *constituciones* y los *manuales* como instancia sobredeterminante al disciplinar la lengua de la ley y de la norma de los cuerpos.

3. DEL ESPACIO PÚBLICO AL ESPACIO PRIVADO

Constituciones, gramáticas y manuales van a distribuirse un campo específico –pero no exclusivo– de intervención reguladora del sujeto civil. *Las constituciones*, tal como el término lo sugiere, son en sí mismas la propia constitución del Gran Derecho: intrínsecamente son un discurso prácticamente autorreflexivo sobre la ley; la autoridad despersonalizada del Estado; la escritura que es su propio límite; voz que diseña espacios, territorios y sujetos de la nacionalidad. Y en esta medida es el discurso que le corresponde intervenir para delimitar el *espacio público* del nuevo orden jurídico. Su coerción incide so-

destinadas al uso de los americanos (1847) recogidos en *Antología de Andrés Bello* de Raúl Silva Castro, pp. 184-206 y 207-216 respectivamente.

18 A. Bello “prólogo”, *op. cit.* La competencia de la lectura y escritura son consustanciales a la ciudadanía. También las *constituciones* amparan como “sujeto legal” aquel que domine el bien decir: Pertenece exclusivamente a la Cámara establecer, organizar y dirigir las escuelas primarias, así de niños como de niñas, cuidando de que se les enseñe a pronunciar, leer y escribir correctamente, las reglas más usuales de la aritmética y los principios de la gramática.” (Art. 7, secc. 3era., Constitución de 1819, p. 1939 *op. cit.*). En este sentido, el letrado fue el ciudadano por excelencia: el “representante” de la ciudadanía.

bre el *cuerpo social* de la patria, donde la vasta extensión territorial es aprehendida como el cuerpo geográfico que debe ser de-limitado, estudiado, fraccionado para ser controlado mediante el aparato bélico. Las *constituciones* modelan el espacio como el gran cuerpo físico –el macro-sujeto– de la nacionalidad. Se es venezolano o paraguayo porque esa identidad está ligada a una tierra cuyas fronteras siempre imaginarias dibuja una escritura.

Las *constituciones*, al expresar el gran poder disciplinario, se hallan consustanciadas con la tradición patriarcal: atienden a las posibilidades del sujeto masculino –con mayor exactitud, a la de cierto sujeto masculino– en tanto único agente privilegiado de la vida pública (de los asuntos administrativos del Estado, del sufragio, de la educación, del cuidado de la moral, de los oficios, de los bienes, de la libertad de expresión).¹⁹ Ya desde este ángulo, podríamos decir que el proyecto fundatriz de las naciones fue básicamente falocéntrico, si nos atenemos a las *constituciones*, ya que la construcción, por ejemplo, de la ciudadanía recae sobre *el* ciudadano, *el* senador, *el* maestro, *el* letrado y *el* padre de familia. La *constitución* abre el espacio –el público– como zona de emergencia de cierto sujeto masculino, quien termina por legitimar la ley de todos y el sistema de normas que regirá las esferas no visibles. Muy a *grosso modo*, la ley no legisla al sujeto femenino; lo excluye de la vida pública; es decir, es un *no* ciudadano.

Si bien las *constituciones* se ocupan de regimentar los aspectos públicos y la dimensión oficial de la vida civil, los *manuales* actuarán con sus incontables reglas de urbanidad y aseo sobre el *cuerpo físico* del individuo, y, particularmente, sobre el *espacio privado y familiar*. Y es que el proyecto civilizador que abraza el Estado moderno solo puede organizar la esfera pública porque implementa un sin fin de pequeños tribunales instalados en todos los resquicios de la vida cotidiana. El gran aparato judicial –que permanece afuera– se desgrana en una variada antropología disciplinaria. La norma –que controla hasta la más leve insinuación del cuerpo, de la mirada del deseo, alguna emoción inoportuna o palabra mal dicha– penetra en los hogares a través de la escuela y de la imprenta para instalarse sutil y perseverante, cual vigilancia invisible en el centro no solo del núcleo familiar o laboral sino dentro de la misma intimidad del individuo.²⁰

19 Se consideran ciudadanos “activos” –los que pueden sufragar– aquellos que: “Hayan cumplido los veinticinco años y sepan leer y escribir”; “Sean dueños de una propiedad raíz, cuya renta anual sea de doscientos pesos, o tener una profesión, oficio o industria útil que produzca trescientos pesos anuales, o gozar de un sueldo anual de cuatrocientos pesos” (Art. 27, Título VII, *Constitución de 1830*, p. 227, *op. cit.*). Estos requisitos van a permanecer prácticamente inalterados hasta más o menos las constituciones de 1870.

20 Los alcances de esta domesticación/represión cubre los espacios más insospechados. Reza el *Manual* de Carreño que “no está permitido a un hombre el permanecer

La formación de la ciudadanía, necesaria para las nuevas condiciones mercantiles, se apoyó sensiblemente en el disciplinamiento del cuerpo y de las pasiones en la distribución de los roles sexuales desde el espacio familiar. No es casual que en los textos disciplinarios la mayor estigmatización punitiva recaerá sobre la mujer: la severidad en la domesticación de su cuerpo y voluntad está en estrecha relación con la propiedad de su vientre –las imbricaciones entre familia, propiedad y Estado–, ser la custodia no solo de una educación que reproduce la contención y la docilidad en los hijos/as sino también la vigilancia de la hacienda privada. Una “buena dueña de casa”, además de ser discreta –lo que equivale a pasar desapercibida–, debe ser ahorrativa en dos direcciones: con los bienes materiales y el deseo de su cuerpo.²¹ El precio de su cosificación ciudadana guarda una relación inversamente proporcional con el incremento de la riqueza privada –eje de la nueva sociedad liberal– y numerosos descendientes varones –que pasarán a engrosar en calidad de cuerpo letrado el demos del Estado republicano–.

Y las *gramáticas* –tal como nos referimos en el punto anterior– nivelarán con un solo código el lenguaje de la calle y de la casa. Fue la bisagra que permitió articular en un solo proyecto lo público y lo privado como los dos escenarios indispensables para el buen desempeño del ciudadano. Por su parte, los manuales reforzarán lo necesario que es el conocimiento de las reglas gramaticales, poseer una buena pronunciación, un timbre moderado de voz, una gesticulación pausada y movimientos estudiados para garantizar el éxito social.

De este modo, estos tipos de textos reparten y organizan entre sí complementariamente campos de identidad nacional, los que atañen a las territorialidades públicas, zonas privadas y canales de comunicación. Directamente operan sobre el *cuerpo* (físico y psíquico, individual y colectivo) y la *lengua* con medidas preventivas, penalizantes y de corrección. Perfilan las condiciones de funcionamiento y enunciación del sujeto legal de la cultura: deciden la lengua y el cuerpo del agente civilizatorio. La casa prepara al ciudadano para el gran teatro del mundo.

en su casa sin corbata, en mangas de camisa, sin medias, ni con los pies mal calzados” (p.55) como tampoco el de “llevar la mano a la cabeza, ni introducirla por debajo de la ropa con ningún objeto, y menos con el de rascarnos. Todos estos actos son siempre asquerosos, y altamente inciviles” (p. 23).

21 “En la mujer –señala Carreño– es el método acaso más importante que en el hombre, pues [...] su destino la llama a ciertas funciones especiales [...] so pena de acarrear a su familia una multitud de males de alta transcendencia. Hablamos de gobierno de la casa, de la inmediata dirección de los negocios domésticos, de la diaria inversión del dinero, y del grave y delicado encargo de la primera educación de los hijos, de que depende en gran parte la suerte de estos y de la sociedad entera” (pp. 44-45).

4. ESTADO, ESCUELA Y FAMILIA: SUJETOS DE AUTORIDAD

Las instituciones que articulan y respaldan buena parte de los dispositivos disciplinatorios son el Estado –con todo su aparato legislativo y judicial–, la escuela y la familia; y, por consiguiente, los sujetos médicos llamados a la implementación y cumplimiento del orden constitucional, lingüístico y conductual son el *juez*, el *maestro* y el *padre de familia* como los agentes autorizados para velar por el cumplimiento de la escritura normatizadora. Por lo tanto, la *obediencia* pasa a convertirse en un ejercicio clave del cuerpo y mente para la hegemonía de este sujeto. La modernidad traerá nuevos reacomodos entre los sexos y el poder: hombre sigue teniendo el saber de la lengua, la lengua de la ley, y así, la autoridad. Y en otro orden de cosas, la figura del médico y del psiquiatra reemplazarán a la comadrona y al cura como las dos nuevas autoridades que regirán la asepsia del cuerpo y la coacción del eros.

La adquisición de la ciudadanía es un tamiz por el cual solo pasan aquellos hombres en competencia del buen decir, mayores de 21 años, casados, “dueños de una propiedad raíz cuya renta anual sea de doscientos pesos, o tengan profesión, oficio o industria útil que produzca trescientos pesos anuales, o gozar de un sueldo anual de cuatrocientos pesos”. Por ende, la escritura –de las leyes y normas– recorta un campo que autoriza la voz del sujeto masculino, blanco, católico, casado, letrado, propietario y/o comerciante; y, al tiempo, inscribe en sus grietas el silenciamiento de los sujetos subalternos, los que constituyen el envés del pasaporte de la ciudadanía. A título de ejemplo, la mujer solo es referida como “la mujer del institutor”, la institutriz, encargada de las niñas, “pero bajo la dirección de su marido” quien es elegido por la Cámara “entre los hombres más virtuosos y sabios”.²² Institutriz (en la *constitución*) o dueña de casa (en los *manuales*), subordinada, sin derecho a la palabra o a la ciudadanía, permanece junto a una legión de pares –niños, sirvientes, locos, enfermos, pobres, indios, negros, esclavos, obreros, analfabetos, homosexuales, judíos– como una menor de edad.

La violencia de la autoridad de este sujeto cuidará en prohibir los maltratos y sanciones físicas en aras de una mayor y aparente dulcificación de las costumbre;²³ ahora la violencia pasa por los filtros de

22 *Constitución de 1819*, P. 194, *op. cit.*

23 Ya desde la primera *Constitución de 1811* hay una restricción contra la violencia física en las penalizaciones: “El uso de la tortura queda abolido permanentemente” Art. 173, p. 153, *op. cit.*); “No se usará jamás del tormento y todo tratamiento que agrave la pena determinada por la ley” (Art. 207, *Constitución de 1830*. P. 252). También los manuales traerán toda una sección para “el trato con los “sirvientes”, sugiriéndoles a los dueños de casa la abstención de los malos tratos, golpes y humil-

las diversas disciplinas o saberes que modificarán-represarán cuerpos, lenguas y ánimos así como también la fisonomía de la tierra. La pedagogía es la gran artífice de la prevención: los saberes que imparte –gramática, geografía, historia, aritmética, cálculo, latín– distribuyen de otro modo las “pulsiones de la barbarie”. Sobre la educación descansará uno de los acicates del progreso, y sobre la figura del maestro las llaves de participación de la ciudadanía letrada.

5. GEOMETRIZACIÓN DE LAS SUPERFICIES: LÍMITES Y FRONTERAS

La fundación de un orden normado por la escritura importa en un doble movimiento la construcción de un espacio cerrado sobre sí – la *polis* con todas sus edificaciones pedagógicas y correctivas–, que puede ser controlado y sus miembros censados; y, al mismo tiempo, la demarcación de límites que van trazando fronteras rígidas que delimitan zonas de identidad “transparentes” y zonas “oscuras” e incomprensibles el espacio abierto del caos, del azar.

Si bien el mundo escriturado recorta un campo sobre otros –por ejemplo, sistemas culturales no centrados en una legalidad grafémica: las comunidades orales–, su límite configura una frontera que no solo separa un *adentro* de un *afuera*, sino que provee al espacio que regimienta (el adentro) de una cuidadosa geometrización del territorio. En palabras de Deleuze y Guattari, el poder del Estado, como en un juego de ajedrez, codifica y descodifica el espacio, y desde el centro de su fuerza gravítica lo estría y lamina.²⁴

Una de las tácticas de la domesticación de la naturaleza es la racionalización –lo que aquí significa fraccionamiento, división, desglose, clasificación– no solo de la tierra (agronomía, geografía), sino también del cuerpo individual (medicina, biología), del social (censos, estadística, sociología) y de la lengua (gramáticas, diccionarios).

laciones. Al parecer era sumamente frecuente que el servicio doméstico padeciera de golpizas de parte de los señores.

24 Una de las tareas fundamentales del Estado –continúan Deleuze y Guattari– es la de estriar el espacio sobre el que reina, o utilizar los espacios lisos como un medio de comunicación al servicio de un espacio estriado. Para cualquier Estado no solo es vital vencer el nomadismo, sino también controlar las migraciones, y, más generalmente, reivindicar una zona de derechos, sobre todo un ‘exterior’, sobre el conjunto de flujos que atraviesan el ecúmene. En efecto, el estado es inseparable, allí donde puede, de un proceso de captura de flujos de todo tipo, de poblaciones, de mercancías o de comercio, de dinero o de capitales, etc.” (del capítulo “Tratado de nomadología: la máquina de guerra”, *op. cit.*, P. 389). De allí que sea ley constitucional “Promover y decretar la apertura de caminos, canales y posadas; la construcción de puentes, calzadas hospitalarias [...] Procurar la más fácil y pronta comunicación de los lugares de la provincia entre sí y la de estos con los de las vecinas; la navegación interior; el fomento de la agricultura y comercio [...]” (*Constitución de 1930*, p. 248, *op. cit.*).

La geometrización convierte la materia en una superficie cuadrícula-da, mensurable para la optimización de su uso, bien sea de riquezas naturales o fuerzas laborales humanas. El ejercicio –consustancial a las disciplinas– trabaja la tierra, el cuerpo y la lengua por partes. Aritmética, matemática, geometría y álgebra son ahora decisivas para el poder controlador del Estado y de la burguesía liberal.

A contrapelo de una gran variedad de géneros que iban desde la novela, la fotografía, las crónicas de viaje, la pintura, que entregaban la ilusión –siempre escriturada– de una geografía de territorios “naturales”, “indómitos” y “salvajes”, fueron las *constituciones* las que con mayor pertinencia fraccionaron el territorio multiplicando la frontera dentro de su continuum liso. Como escritura de “policía” deben tener la capacidad de filtrar la libre movilidad de las masas e individuos como regir su contacto. “Mapean” una territorialidad que ha de ser subdividida en múltiples instancias jurídicas (estados, gobernaciones, municipios, alcaldías), en cuyas fronteras las aduanas vigilan, inspeccionan, fiscalizan mercancías y paralizan el flujo incontinente de hombres y animales. El estriamiento del territorio –y no en vano tanto la mapeología como las relaciones de viajeros tuvieron una notable injerencia en ello– preparó el campo para el inmediato establecimiento de la red de comunicaciones: qué red fluvial la más idónea para el calado de grandes vapores; qué terrenos los menos desnivelados y más alejados de hordas salvajes para la construcción de ferrocarriles. El espacio-nación se contabiliza numéricamente, por regiones, habitantes, por sexos, oficios, capacidades. Cuantificar es saber el potencial de una futura riqueza.

Cada una de su especie, *constituciones*, *gramáticas* y *manuales* son discursos fundacionales de fronteras. Su propio lenguaje está forjado a partir de la prohibición. Una cadena de compuertas que permiten y prohíben el ser o no ciudadano, el tener un cuerpo y ocultarlo, tener una lengua para modificarla o silenciarla. La continuidad del espacio humano discriminado en público privado; las partes del cuerpo individual desmembradas para su función controlada o inhibición; la lengua diseccionada en prolíficas clasificaciones morfológicas: como géneros modélicos del poder normatizador son ejercicios de imposición de límites.

Las disciplinas circunscriben espacios, encierran; la ley ata, centra. Por su lado, los *manuales*, en su afán disciplinador del cuerpo humano, atenderán su domesticación por partes; partes que no deberán entrar en contacto entre sí –los dedos, las manos con la boca, orejas, nariz, ojos, cabeza, piernas, pies–; zonas, flujos, gestos, expresiones, claramente delimitadas para ser cubiertas (“no salgamos nunca de nuestro aposento sin estar ya perfectamente vestidos”, p. 53), elimina-

das (“la costumbre de levantarnos en la noche a satisfacer necesidades corporales, es altamente reprobable”, p. 48) o modificadas (“no acostumbramos llevar la mano a la cabeza, ni introducirla por debajo de la ropa con ningún objeto, y menos con el de rascarnos. Todos estos actos son siempre asquerosos, y altamente inciviles cuando se ejecutan delante de otras personas”, p. 23) en aras de la obtención de un cuerpo aséptico, hierático, serio, distante, contenido. La escritura normadora flagela las pasiones (“dominemos nuestro ánimo y nuestro semblante, y mostrémonos siempre afables y joviales”, y “sacrifiquemos nuestros gustos, nuestras antipatías y aun nuestra comodidad p. 187 y 217) hasta circunscribirlas a zonas ahora abyectas y de la culpabilidad.

Así como las *constituciones* en su distribución del territorio habilitan reservorios para fijar las poblaciones nomádicas –como los indios en Norteamérica o nuestros goajiros y yanomamis– para encerrarlas y poder localizarlas, los *manuales* repliegan el eros y las emociones hacia el fondo de la caja oscura del inconsciente o en las casas para enfermos mentales, donde la psiquiatría tendrá como reto el canalizar civilizatoriamente estas pulsiones represadas.

La civilización es un acto de intramuros, de espacios cerrados que la escritura ha cuidado en delimitar. La monumentalidad de las obras y edificios públicos, de los teatros e hipódromos, plazas y balnearios, escuelas y academias, mansiones y mataderos, acueductos y cementerios, parcelan la vida en todas sus dimensiones. La vida que transcurre extramuros, fuera de la *polis*, es el espacio de la “barbarie”, la superficie lisa aún no estigmatizada por los signos de la escritura disciplinaria.

6. LAS MÁQUINAS DE OTREDADES

Del otro lado de la escritura, lo que la letra deja de nombrar, se levanta una dimensión amenazante que provoca la tensión de esta racionalidad, que solo alcanza a trenzarse sobre el reconocimiento de la mimetización con el orden pre-escrito (de este lado), y negociar la diferencia en términos jurídicos, éticos y culturales de “otredad” (lo de allá) , construida a base de una serie de operaciones donde “lo otro” supone la *penalización*, pesquisa, juzgamiento, exclusión en lo jurídico; la *degradación* (“asqueroso”, “repugnante”, “incivil”, “desagradable”, “vicioso”) en el terreno ético y cultural; y el *fracaso* en lo social y económico.

La naturaleza especular parece ser la condición de la norma de la ley: quien no se mismifica con ella (“cada individuo debe vivir sometido a las leyes”; “es una regla importante de urbanidad el someternos estrictamente a los usos de la etiqueta”) será justo, lengua o territorio incivil; se constituye en la anti-ley; cuerpo y espacio culposos de un no

estado, perseguido por la misma escritura que lo expulsa para luego castigarlo. El poder del Estado forja *otredades* porque si no, no tendría sentido el disciplinamiento, la domesticación. Es la prueba de fuego de la eficacia de las nuevas tecnologías del poder: las disciplinas van recortando las excrescencias (los sobrantes) inadecuados –por inmanejables– de sujetos otros, de otras lenguas y de las otredades del mismo cuerpo.

En el borde de la escritura legal se acumula una otredad indeterminada, extraña especie de “deformidad”, que las *constituciones* apenas alcanzan a designar en términos de vagancia, demencia, bandidaje o criminalidad, para solo referirse a sujetos cuya forma de subsistencia es fundamentalmente nómada o no precisamente sedentaria, porque se dedican al comercio ambulante o al tráfico de ganado (el caso de los llaneros, gauchos y *cangançeiros*). Si se quiere, de otro modo: si la categoría de ciudadano –siempre masculina– implicaba el correlato de rentas anuales tasadas entre los 100 y 600 pesos; si implicaba la tenencia de propiedades raíces; si implicaba una profesión o industria útil, prácticamente el 90% de la población pasaba a convertirse en esa “otredad”, bien fuese por razones de insolvencia económica (pobres, artesanos, pequeños comerciantes urbanos y rurales, deudores), por inadecuación profesional (sirvientes, esclavos campesinos, no letrados), por insuficiencia étnica (indios, negros, pardos, mestizos), por diferencia sexual (mujeres, homosexuales –porque se exigía estar formalmente casado–), y deficiencias físicas o mentales (los enfermos, ebrios, locos).

Las disciplinas limitan porque son limitantes: están regidas por una dinámica logocéntrica que no es capaz de articular otras racionalidades. Entonces el borde se vuelve un muro de contención frente a la amenaza del “afuera”. Este debe ser previamente invalidado a través de un lenguaje descalificador: lo “otro” se vuelve vulgar, grosero, enfermo, salvaje, sucio: en palabras de Dominique Laporte es el “lugar de la mierda”.²⁵ Lugar privilegiado ocupado por los indígenas, que si bien no pueden ser exterminados, el “Estado debe proporcionarles escuelas, academias y colegios en donde aprendan todos los que quieran los principios de Religión, de la sana moral, de la política, de las ciencias y artes útiles [...] y procuren por todos los medios posibles atraer a los referidos ciudadanos naturales a estas casas de ilustración [...] a fin de conseguir por este medio sacarlos del abatimiento y rusticidad”²⁶, porque de otro modo seguirán siendo el excremento

25 En Laporte, Dominique 1980 *Historia de la mierda*.

26 *Constitución de 1811*, p.157, *op. cit.* De acuerdo con esta cita la población indígena yace en la degradación, aberración moral, promiscuidad, es ociosa, inútil, deprimida y salvaje.

social de la ciudadanía conjuntamente con la población de servicio doméstico, plagada de “defectos” y “deformidades naturales”.²⁷

Quizás uno de los aspectos más preocupantes de la fundación de las naciones fue el manejo de la *diferencia*. La ratio monolítica que se impuso dentro de las categorías expansivas homogeneizantes solo le cupo, para autentificar el proyecto que levantaba, agenciar una multiplicidad de dispositivos que rápidamente cancelaban la articulación de heterogeneidades expulsándolas hacia el espacio de la (im)posible “barbarie”. Quiero decir que lo “otro” –y en esos términos– es una construcción poco afortunada, que desde el mismo centro de su locus enunciativo enrarece la *diferencia* en cuanto tal. El poder casi debe fabricar “otredades” porque al aplastarlas/aplanarlas se fortalece y legitima.

Si solapamos ciertos campos semánticos de las *constituciones* y de los *manuales*, y establecemos líneas de contigüidad, podemos observar que uno de los flancos principales de la re-educación, del individuo en sociedad es la domesticación de su ánimo, lo que equivale en términos de las buenas maneras (de la sana cordura) no solo a dejar de gritar, aplaudir, reír, escupir, sonarse la nariz, chuparse los dedos, sino acostumbrarse a “usar de un discreto disimulo”; frente a las ofensas ““opongámosle una serenidad inalterable, y dominémonos hasta el punto de que ni en nuestro semblante se note que nos hemos enojado” (p. 260), es decir, y acercándose a las *constituciones*, se tendrá por enajenado mental o ebrio aquel ciudadano que sea contestatario, que manifieste en voz alta lo que piensa, que discuta, que se oponga, que dé rienda suelta a su ira y resentimiento. Tendrán derechos políticos los ciudadanos que hayan “neutralizado en lo posible las exaltaciones de su espíritu” (p. 256) y conquistado una “elegante exterioridad” (p. 254). Todo lo demás –sudores, olores, acercamientos, hibridaciones– permanecerá bajo el eufemismo de lo/el/los “otro(s)”.

7. POLÍTICAS DE HIGIENIZACIÓN: LIMPIEZA Y CONTACTO CONTROLADO

La modernidad se vio intrínsecamente ligada a políticas de higienización de sujetos, lenguas y territorios que complementaban la anatomía de la vigilancia y coerción con la imposición de categorías puras y no contaminadas. Y es en este sentido que *constituciones*, *gramáticas* y *manuales* (incluyendo los de higiene sexual) al ser escritura de límites establecen campos puros de trabajo. Es más fácil normar lo que se ha homologado, o controlar conjuntos previamente expurgados de cualquier contaminación étnica, lingüística, sexual o social. El escritor y

27 CF, la sección “Modo de conducirnos con nuestros domésticos” del *Manual de Carreño* (pp. 68-70, *op. cit.*).

el gramático, no menos que el príncipe –apunta Dominique Laporte–, descargan la lengua al igual que se hace con la ciudad tanto tiempo mantenida ‘llena de lodos y basuras, escombros y otras inmundicias’: descienden a la letrina para limpiarla [...] De la mierda nace un tesoro: el tesoro de la lengua; del rey, el Estado”.²⁸

La *suciedad* –entendida como los humores y contacto de cuerpos, una sexualidad abierta, la masturbación, el carnaval, los castigos físicos, las riñas de gallos, las corridas de toros, las jergas populares, la dramatización de los funerales– representa una de las metáforas que complementan el gran axioma de la “barbarie”. La *asepsia* y *limpieza* de las calles, lengua, cuerpo y hábitos aparecerán como una de las panaceas del progreso y de la materialización de una nación moderna. Limpiar la res pública de grupos trashumantes “improductivos”, de locos y enfermos (en otras palabras, de indios, cimarrones, negros libertos y “alzados”); la lengua de expresiones “viciosas” (las “malas palabras” ensucian el lenguaje), y el cuerpo de sus olores y pulsiones espontáneas. En este renglón, lo “otro” cobra visos de enfermedad, y, como tal, se temió su contagio.

A la par de las políticas de coerción, se impartió el hábito por la higiene: el aislamiento y desinfección de todo elemento o sujeto contaminante. Como parte de una nueva sensibilidad se desarrolla una fobia por el complejo cultural de la “barbarie” y una compulsión por la corrección y limpieza: “Jamás brindemos a nadie comida ni bebida alguna que hayan tocado nuestros labios”; o “el intentar beber en el vaso en que otro ha bebido, y comer sus sobras”; o “servirnos de los vestidos que ha usado”, recuerda insistentemente Carreño para evitar no solo el contacto de flujos, sino una familiaridad ya poco apropiada para el orden que se deseaba imponer. El cuerpo mismo deberá ser objeto de una serie de estilizaciones –donde la moda ejercerá una función preponderante– porque toda su materialidad estará asociada –sobre todo el cuerpo femenino– a lo sucio, bajo, feo y corrompido. Estos tiempos modernos no liberan el cuerpo; lo convierten en el centro de la abyección: “No está admitido el nombrar en sociedad los diferentes miembros o lugares del cuerpo, con excepción de aquellos que nunca están cubiertos” (Carreño, p. 124). No solo los cuerpos debían desinfectarse, sino que la modernización supuso todo un plan urbanístico que remodeló las ciudades latinoamericanas de acuerdo con una redistribución de sus edificaciones en unidades discretas que alejan de los centros urbanos los desperdicios y el trájín de lo “bajo” de la vida social. A modo de ejemplo, Antonio Guzmán Blanco (1870-1888), entre las innumerables remodelaciones que hizo durante

²⁸ *Op. cit.*, p. 15 y 25

su largo período presidencial, acometió el saneamiento de Caracas construyendo tanto el matadero como el cementerio principal en las afueras de la ciudad, el sistema de canalización de las aguas servidas, acueductos, el basurero municipal, el exterminio de perros callejeros, la habilitación de un leprocomio a 60 kilómetros de la capital, y, en otro sentido, la fundación de las Academias de la Lengua, Historia y Medicina –porque también la lengua y los héroes patrios debían ser preservados en la pureza que legaba el pasado colonial e independentista–, sin contar con la presencia obsesiva que adquirió en su agenda política la creación de escuelas a lo largo y ancho del territorio nacional. No en vano el guzmanato acogió seriamente las exigencias de la civilización: *limpieza, orden y belleza*. Podríamos suponer la complacencia de Freud.

También como parte del programa general de aseo, se implementaron una serie de estrategias que introdujeron un *contacto controlado* en todos los ámbitos de la vida privada y pública. Esto implicó un discreto distanciamiento entre los cuerpos (“jamás nos acerquemos tanto a la persona con quien hablamos, que llegue apercibir nuestro aliento”; o “la mujer que tocase a un hombre no solo cometería una falta de civilidad, sino que apareciera imodesta y desenvuelta; pero aun sería mucho más grave y más grosera falta en que incurriera el hombre que se permitiese tocar a una mujer”, Carreño, p. 32 y 120); el confinamiento a determinados territorios de grupos étnicos indeseables (como serían los territorios Amazonas y la Goagira); el encierro en correccionales, hospicios, cárceles y talleres de sujetos de conducta anormadas por las disciplinas.

Independientemente de los niveles de salubridad ganados para el mejoramiento de la vida social, las políticas de higienización fueron manejadas en muchas oportunidades dentro de un celo irracional, más próximo a los mecanismos policiales del orden y encorsetamiento que propiamente del aseo. En otro orden de cosas, este afán por la limpieza convergió con soluciones dogmáticas y conservadoras –y por qué no pre-fascistas–, donde la persecución de la pureza (del cuerpo, de la lengua, de la sangre) trajo consigo las políticas de inmigración europea para el “mejoramiento de la raza” así como el fomento del hispanismo a finales del siglo como si el blanqueamiento de la población y la canonización del castellano de España garantizaran la utopía del progreso.²⁹

29 A. Bello en el “Prólogo” a su *Gramática* mantiene como horizonte modélico de la lengua “las obras de la Academia española y la gramática de D. Vicente Salvá”, como sus deudas con D. Juan Antonio Puigbanch y Garcés. A pesar de que su gramática es para los hispanoamericanos, “juzo importante la conservación de la lengua de

8. UNA ECONOMÍA DEL CALCO

En palabras de Carreño –para no citar a Foucault–, “las costumbres domésticas, a fuerza de la diaria y constante repetición de unos mismos actos, llegan a adquirir sobre el hombre un imperio de todo punto irresistible, que le domina siempre, que se sobrepone al conocimiento especulativo de sus deberes, que forma al fin en él una segunda voluntad y le somete a movimientos puramente maquinales” (p. 227-228). Y es que el aparato normativo de las disciplinas exige en su puesta en práctica la repetición mecánica de movimientos, gestos, actitudes para corregir las operaciones del cuerpo y de la lengua, lo que permite la sujeción constante de fuerzas y su docilidad-utilidad.

Tanto el conjunto de leyes (de las *constituciones*) como de normas (de las *gramáticas* y *manuals*) pretenden lograr un máximo de eficacia colectiva porque operan a partir de la singularización de los individuos. Trabajan las partes del cuerpo individual y social en su detalle. Separan, distancian, clasifican, reagrupan unidades análogas; crean *conjuntos serializados* que, en su homogeneidad, son dispuestos en grados progresivos de acuerdo a edades, sexos, clases, saberes, conductas, capacidades. Los niños distribuidos en diferentes aulas y edificios según las edades, sexos y bienes los “anormales” o “incapaces” en manicomios o correccionales. Disponer en *series jerarquizadas unidades homogéneas*. Vigilar la diferencia para reubicarla en la escala social correspondiente; dentro de su especie (la fiebre de la taxonomía recorrerá todos los resquicios del saber y de la vida) neutralizar la disparidad para hacerla análoga al conjunto; mediante la repetición infinita del ejercicio regularizar los movimientos del cuerpo y usos de la lengua. La ortografía y la gramática solo se aprenderán a través de las tareas diarias que el maestro exija en la escuela: será el lugar privilegiado de la nivelación de las irregularidades expresivas e inquietudes corpóreas. No en vano guardar silencio, permanecer sentado, desplazarse en fila, serán los moldes de la ortopedia escolar que aún se prolonga en nuestros días.

Las disciplinas normalizan la arritmia de la vida social estableciendo una economía del calco que distribuye en una escala jerárquica *relaciones disimétricas*. Se mantiene la estructura jerárquica; al interior de cada escalafón una serialización mimética. La pretendida igualación de los tiempos postcoloniales no era otra cosa que la refuncionalización del poder monárquico: la violencia y aspereza punitivas

nuestros padres en su posible pureza”, para evitar, según Bello, esas hibridaciones que serían los “dialectos irregulares, licenciosos bárbaros” del habla propiamente americana, que en otras palabras enturbiaría los canales de comunicación, como la sociedad las calles (pp. 128, 129 y 130).

fueron reemplazadas por el trabajo de la estandarización de mecanismos que controlaban tanto la analogía como celaban las jerarquías. El esquema “arbóreo” que rige el logos de los nuevos Estados distribuye sus cargas –previamente lavadas– en comportamientos diferenciales y entre sí subordinados.

Crear singularidades yuxtapuestas dentro del nuevo orden, de individualidades aisladas –unidades discretas, iguales entre sí– para ser localizadas y fácilmente intercambiadas dentro de un conjunto –ahora cuartel, colegio, taller, fábrica– con miras al incremento de una mayor productividad material o eficacia punitiva. La unidimensionalización tiene como ventaja la creación de un horizonte donde las anomalías se destacan con evidencia.

9. LA MIRADA VIGILANTE / EL OJO PUNITIVO

La *Constitución* venezolana que Simón Bolívar escribiera en 1819 propuso un Cuarto Poder, el Poder Moral, integrado por los cuarenta ciudadanos más virtuosos de la ciudad. Este “Areópago”, a la manera de un “Tribunal” honorífico, tendría a su cargo la vigilancia de la moral pública, y “proclamar con aplausos los nombres de los ciudadanos virtuosos y las obras maestras de moral y educación, y pregonar con oprobio e ignominia los de los viciosos y las obras de corrupción y de indecencia”.³⁰ Aunque este punto no se mantuvo en las *constituciones* posteriores, el espíritu de censura y vigilancia fue acogido por otras prácticas sociales –entre ellas los *manuales*– que propagaron invisiblemente dentro de la colectividad un cuerpo anónimo de micropenalizaciones que fungían a modo de un infraderecho. El maestro observa, el médico examina, el padre de familia vigila, cada quien astiba con el celo de su mirada sobre los demás. Las constituciones invitan permanecer al espionaje socializado y a la denuncia (“todo ciudadano es hábil para acusar”); los *manuales* más bien sugieren que la mirada sea discreta, que la vigilancia sea elegante (“no fijemos detenidamente la vista en las personas que encontramos, ni las que se hallen en sus ventanas, ni volvamos la cara para mirar a las que ya han pasado”, p. 82). La vida doméstica y pública están destinadas a ser un gran teatro en el cual todos al unísono son actores y públicos, personajes observados ininterrumpidamente.

La progresiva desaparición del castigo corporal –o al menos su dulcificación– como el abierto y bochornoso escarnio en público fueron reemplazados gradualmente por la implementación de esta nueva sensibilidad punitiva, más sutil e imperceptible: el desarrollo de la mirada vigilante. No sé si se trata exactamente de un *voyeurismo* policial

30 Ver *Constitución de 1819*, p. 189, *op. cit.*

–o tal vez sí– que reprime el deseo, el desorden en el porte, el uso inusual del cuerpo y la voz. Quizás sea el ojo flagelador de tanatos. Los mecanismos policiales, ahora individualmente subjetivados, convierten a cada sujeto en un pequeño tribunal de la inquisición. El temor a ser visto, la vergüenza a ser observado. En todo caso normas y leyes tejen por su parte también un imaginario del control donde el ojo de cada quien se vuelve juez de los demás: la escritura normatizadora forja individuos vigilantes y vigilados. La mirada del juez, del maestro, padre y médico se disemina en múltiples otras miradas que controlan continuamente la más leve transgresión de los límites públicos, privados e íntimos. Por ello se cuidarán las formas, las apariencias, la contención de las emociones, el contacto de los cuerpos, las retóricas del buen decir, porque el ojo del otro recuerda permanentemente fronteras que solo son imaginarias.³¹

Si bien ver y ser visto convierte la vida urbana en una gran mascarada, no es menos cierto que la ciudad finisecular pasa a ser un inmenso observatorio no solo policial, clínico, pedagógico, lingüístico y literario. Bajo una mirada que todo lo escruta para su examen y clasificación analítica se abren los compartimientos del saber moderno, las disciplinas del conocimiento, que sitúa a los individuos en una red de escrituras que lo capta, explica, cura, corrige y adapta. La razón de la ciencia no es menos disciplinaria.

El nuevo régimen jurídico de las nacionalidades suponía una relación también nueva entre el poder y las categorías modernas de productividad; lo que implicaba redefinir las implementaciones del poder entre los sujetos en términos de una mayor rentabilidad de esfuerzos, encauzamiento “útil” de las energías, fiscalización de movibilidades gratuitas, en aras del poder cumplir con la deseada agenda utópica del progreso.

Independientemente de cómo interactuó esta cartografía de escritura de la patria con la dinámica de cada una de las realidades nacionales latinoamericanas, el conjunto de textualidades disciplinarias se propuso como uno de los bastiones del proyecto civilizatorio, y, como tal, creyó en la capacidad domesticadora de la palabra, depositó su fe en el poder del sujeto letrado patriarcal y en la difusión de la pedagogía como máquina de captura/captación/castración de las autonomías “inorgánicas” y “fuerzas confusas de la barbarie”. Para ello jamás fueron suficientes todas las tácticas de intervención controladora –fron-

31 Este ojo punitivo es introyectado hasta tal extremo que la más íntima privacidad es aún controlada. Ya estamos hablando de una policía interiorizada: “También es un mal hábito el ejecutar durante el sueño movimientos fuertes, que a veces hacen caer al suelo la ropa de la cama que nos cubre, y que nos hacen tomar posiciones chocantes y contrarias a la honestidad y al decoro” (Carreño, p. 48).

teriza, geometrizable, compartimentadora, excluyente, serializadora y disimétrica– para erigir las soñadas naciones y ciudadanos blanqueados y asépticos que prescribían los modelos allende los mares.

Suponemos que aquello que se ficcionalizó como “barbarie” –cuerpos “ilegales”, atrapados en sus “pasiones”, y en el “mal decir” de sus lenguas– fue la forma de culturas que se resistieron a la modernización y a su cosificación occidentalizada. Las prácticas efectivamente no legales (porque las rige otra lógica moral) de estos sectores sociales y culturas son negatividades que se resisten a entrar en una economía del control para el mercadeo.

BIBLIOGRAFÍA

- Achugar, Hugo (comp.) 1998 *La fundación por la palabra. Letra y nación en América Latina en el siglo XIX* (Uruguay: FHCE, Universidad de la República).
- Anderson, Benedict 1983 *Imagined Communities. Reflections on the origin and Spread of Nationalism* (Londres, Nueva York: Verso).
- Aranguren, José Luis 1966 (1982) *Moral y sociedad. La moral española en el siglo XIX* (Madrid: Taurus Edics).
- Balibar, Renée y Laporte, Dominique 1974 *Le Français National: Politique et pratiques de la langue nationale sous la Révolution Française* (Paris: Hachette).
- Balibar, Renée y Wallerstein, Imanuel 1991 *Race. Nation Class. Ambiguous Identities* (Londres, Nueva York: Verso).
- Barrán, José Pedro 1992 (1989) “La cultura ‘Bárbara’: (1800-1869)” en *Historia de la sensibilidad en Uruguay* (Montevideo: Edics. de la Banda Oriental) Tomo I.
- Barrán, José Pedro 1992 (1990) “El Disciplinamiento (1860-1920)” en *Historia de la sensibilidad en Uruguay* (Montevideo: Edics. de la Banda Oriental) Tomo II.
- Bello, Andrés 1965 “Advertencias sobre el uso de la lengua castellana” en Silva Castro, Raúl (ed.) *Antología de Andrés Bello* (Santiago de Chile: Edit. Zig-Zag) pp. 184-206.
- Bello, Andrés 1981 “Prólogo” en Trujillo, Ramón *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos, edición crítica* (Tenerife: Instituto Universitario de Lingüística Andrés Bello) pp. 121-131.
- Bourdieu, Pierre 1991 *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (Madrid: Taurus).
- Carreño, Manuel Antonio 1927 *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras* (París: Casa Edit. Garnier Hermanos) Edición corregida y aumentada.

- Deas, Malcolm 1993 *Del Poder y la Gramática* (Colombia: Tercer Mundo Editores).
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari 1988 *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia* (España: Pre-Textos).
- Deleuze, Gilles 1998 (1992) "Post scriptum sobre las sociedades de control" en *October* No. 59. Republicado en "El Papel Literario" de *El Nacional*, 1 de febrero de 1998. Traducción de Juan Antonio Calzadilla.
- Foucault, Michel 1980 *Power/Knowledge. Selected Interviews and Other Writings 1972-1977* (Nueva York: Pantheon Books).
- Foucault, Michel 1988 (1976) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (México: Siglo XXI Edit.).
- Foucault, Michel 1991 (1980) *La verdad y las formas jurídicas* (Barcelona: Gedisa).
- González, Hermann y Donis Ríos, Manuel Alberto 1992 "Cartografía y cartógrafos en la Venezuela colonial. Siglo XVIII" *Memoria del Quinto Congreso Venezolano de Historia* (Caracas: Academia Nacional de Historia) Tomo III pp. 61-85.
- González-Stephan, Beatriz 1995 "Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado" en *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina* (Caracas: Monte Ávila Editores y Equinoccio Universidad Simón Bolívar) pp. 431-455.
- González-Stephan, Beatriz 1996 "Políticas de Higienización: la limpieza del cuerpo y lengua nacional" en Mazzotti, José Antonio y Zevallos, Juan (comps.) *Asedios de la Heterogeneidad Cultural. Libro Homenaje a Antonio Cornejo Polar* (USA: Asociación Internacional de Peruanistas) pp. 217-248.
- González-Stephan, Beatriz 1997 *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* (La Habana: Casa de las Américas) Premio Ensayo 1997.
- Gutiérrez-Jones, Carl AÑO "Rethinking the Borderlands: Between Literary and Legal Discourse" en *Dispositio* Vol. XVI, No. 41, pp. 45-60.
- Habermas, Jürgen 1989 *Identidades nacionales y postnacionales* (Madrid: Tecnos).
- Kingwell, Mark 1995 *A Civil Tongue. Justice, Dialogue, and the Politics of Pluralism* (University Park: The Pennsylvania State Univ. Press).
- Lange, Frédérique 1994 "Desterrar el vicio y serenar las conciencias: mendicidad y pobreza en la Caracas del siglo XVIII" en *Revista de Indias* Vol. LIV, No. 201, pp. 355-381.

- Laporte, Dominique 1980 *Historia de la mierda* (España: Pre-Textos).
- Las Constituciones de Venezuela, Estudio preliminar de Luis Mariñas Otero (Madrid: Edics. Cultura Hispánica, Vol. 17, 1965) de la colección dirigida por Manuel Fraga Iribarne, de *Las Constituciones Hispanoamericanas*, publicación del Centro de Estudios Jurídicos Hispanoamericanos del Instituto de Cultura Hispánica.
- Legendre, Pierre 1979 *El amor del censor. Ensayo sobre el orden dogmático* (Barcelona: Edit. Anagrama).
- Ludmer, Josefina 1988 *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana).
- Nedelsky, Jennifer 1990 "Law, Boundaries, and the Bounded Self" en *Representations* No. 30.
- Rama, Ángel 1984 *La ciudad letrada* (Uruguay: F.I.A.R.).
- Ramos, Julio 1993 "Cuerpo, lengua, subjetividad" en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* No. 38, 1993, pp. 225-237.
- Ramos, Julio 1993 "El don de la lengua" en *Casa de las Américas* No. 193, octubre-diciembre.
- Vigarello, Georges 1988 *Concepts of Cleanliness. Changing attitudes in France since the Middle Ages* (Nueva York/París: Cambridge Press/Edit. de la Maison des Sciences de L' Homme).

TRETAS DEL DÉBIL*

Josefina Ludmer

No hablaremos de la escritura femenina con rótulos ni generalizaciones universalizantes. Con esto queremos decir que rechazamos lecturas tautológicas: se sabe que en la distribución histórica de afectos, funciones y facultades (transformada en mitología, fijada en la lengua) tocó a la mujer dolor y pasión contra razón, concreto contra abstracto, adentro contra mundo, reproducción contra producción; leer esos atributos en el lenguaje y la literatura de mujeres es meramente leer lo que primero fue y sigue siendo inscripto en su espacio social. Una posibilidad romper el círculo que confirma la diferencia en lo socialmente diferenciado es postular una inversión: leer en el discurso femenino el pensamiento abstracto, la ciencia y la política, tal como se filtran en los resquicios de lo conocido.

Hablaremos de lugares. Por un lado, un lugar común de la crítica: la *Respuesta* de Sor Juana Inés de la Cruz a Sor Filotea; por otro un lugar específico: el que ocupa una mujer en el campo del saber, en una situación histórica y discursiva precisa. Respecto de los lugares comunes (los textos clásicos que parecen decir siempre lo que se quiere leer: textos dóciles a las mutaciones), interesan porque constituyen campos

* Ludmer, Josefina 1984 "Tretas del débil" en *La sartén por el mango* (Río Piedras: Ediciones Huracán).

de lucha donde se debaten sistemas e interpretaciones enemigas; su revisión periódica es una de las maneras de medir la transformación histórica de los modos de lectura (objetivo fundamental de la teoría crítica). Respecto del lugar específico, se trata de otro tipo discordancia: la relación entre el espacio que esta mujer se da y ocupa, frente al que le otorga la institución y la palabra del otro: nos movemos, también, en el campo de las relaciones sociales y la producción de ideas y textos. Leemos en esta carta ciertas tretas del débil en una posición de subordinación y marginalidad.

Como se sabe, esta es la respuesta a la carta que le envió el Obispo de Puebla (con la firma de Sor Filotea de la Cruz), quien había publicado por su cuenta un escrito polémico de Juana (contra el sermón de Antonio de Veyra sobre las finezas de Cristo, un escrito teológico y polémico) con el título de *Carta Atenagórica*. Juana responde y agradece esa publicación. Narra algunos episodios de su vida ligados con su pasión por el saber, y finalmente polemiza sobre la interpretación de una sentencia de San Pablo que dice: callen las mujeres en las iglesias, pues no les es permitido hablar.

La escritura de Sor Juana es una vasta máquina transformadora que trabaja con pocos elementos; en esta carta la matriz tiene solo tres, dos verbos y la negación: *saber, decir, no*. Modulando y cambiando de lugar cada uno de ellos en un arte de la variación permanente, conjugando los verbos y transfiriendo la negación, Juana escribe un texto que elabora las relaciones, postuladas como contradictorias, entre dos espacios (lugares) y acciones (prácticas): una de las dos debe estar afectada por la negación si se encuentra presente la otra. Saber y decir, demuestra Juana, constituyen campos enfrentados para una mujer; toda simultaneidad de esas dos acciones acarrea resistencia y castigo. Decir que no se sabe, no saber decir, no decir que se sabe, saber sobre el no decir: esta serie liga los sectores aparentemente diversos del texto (autobiografía, polémica, citas) y sirve de base a dos movimientos fundamentales que sostienen las tretas que examinaremos: en primer lugar, separación del campo del saber del campo del decir; en segundo lugar, reorganización del campo del saber en función del no decir (callar).

Primero: separación de saber y decir. Juana escribe al Obispo que lo que le demoró la respuesta era no saber responder “algo digno de vos” y “no saber agradeceros” la publicación de su propio texto. Juana dice de entrada que *no sabe decir*. El no saber conduce al silencio y se liga con él; pero aquí se trata de un no saber decir relativo y posicional: no se sabe decir frente al que está arriba, y ese no saber implica precisamente el reconocimiento de la superioridad del otro. La ignorancia es, pues, una relación social determinada transferida al discurso:

Juana no sabe decir en posición de subalternidad. Las voces de las autoridades supremas lo confirman: Santo Tomás “callaba porque nada sabía decir digno de Alberto”; a la “madre del Bautista le suspendió el discurso” cuando la visitó “la Madre del Verbo”, y Juana añade: “Solo responderé que no sé qué responder; solo agradeceré diciendo que no soy capaz de agradeceros”. Este es también un lugar, un *locus* retórico denominado “modestia afectada”; no nos interesa como tal sino en la medida en que magnifica a lo otro y lo marca con un exceso que produce no saber decir.

La carta de Juana contiene, por lo menos, tres textos: 1) lo que escribe directamente al Obispo; 2) lo que se ha leído como su autobiografía intelectual, y 3) la polémica sobre la sentencia de Pablo: callen las mujeres en la iglesia. Tres zonas en constante relación de contradicción, tres registros significantes que transforman el sentido de los enunciados. Todo lo dirigido al Obispo implica la aceptación plena del lugar subalterno asignado socialmente y el intento de callar, no decir, no saber (dice, por ejemplo, en la confesión que dirige al Obispo, que entró en religión para “sepultar con mi nombre mi entendimiento y sacrificárselo solo a quien me lo dio”, pues había pedido a Dios que le quite la inteligencia, “dejando solo lo que basta para guardar su Ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer; y aun hay quien diga que daña”. Pero en el interior del texto autobiográfico afirma casi inmediatamente que entró en religión por la “total negación que tenía al matrimonio”). Aquí, en la biografía, escribe que calla, estudia y sabe. Nos interesa esta en la medida en que dibuja otro espacio del texto, el propio, despojado de retórica, y donde escribe lo que no dice en las otras zonas. Su historia, que ella narra como historia de su pasión de conocimiento, aparece para nosotros como una típica autobiografía popular o de marginales: un relato de las prácticas de resistencia frente al poder. (Observemos, además: un género menor, la autobiografía, en el interior de otro, la carta.) Nos interesa la primera escena, que emerge como el punto de partida de su epistemofilia: cuenta que engañó a la maestra (“le dije que mi madre ordenaba me diese lección”) y que guardó silencio ante la madre: “y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre...”; “y yo lo callé”. Su primer encuentro con lo escrito se condensa, en la biografía, en *no decir que sabe*.

La autoridad materna y el superior se ligan así estrechamente: son esos a quienes no se dice, al Obispo por no saber decir, y a la madre “y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden”. El silencio constituye su espacio de resistencia ante el poder de los otros. Lo mismo ocurre con las escrituras sagradas que Sor Filotea le aconseja estudiar: Juana reitera el no decir por no saber y ahora,

otra vez, por miedo al castigo; hablar de asuntos sagrados se le hace imposible “por temor y reverencia”, por peligro de herejía: “Dejen eso para quien lo entienda, que yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de decir alguna proposición malsonante o torcer la genuina inteligencia de algún lugar”. (Una digresión: aquí surge la relación de la *Respuesta* con el único texto que, según escribe Juana allí mismo, escribió por gusto: *El sueño o Primero sueño*. La *Respuesta* puede leerse en uno de sus cortes como un comentario al poema en la medida en que este desarrolla una teoría del conocimiento y del impulso epistemológico, y a la vez postula la imposibilidad de captar lo Absoluto. Tanto la *Respuesta* como el *Primero Sueño* se abren con el tema del mutismo y el silencio; en el poema el silencio se constituye, además, en punto final: en la cumbre el entendimiento, perplejo, calla).

Hay así tres instancias superiores: la madre, el Obispo y el Santo Oficio, que imponen temor y generan no decir: no decir que sabe (a la madre), decir que no se sabe decir (al Obispo), y no decir por no saber (el campo de la teología). En el primer caso ella estaba en proceso de saber, en el segundo escribe la *Respuesta* y exhibe en citas su saber, y en el tercero se mueve precisamente en la *Carta Atenagórica*, a propósito de cuya publicación escribe esta. El movimiento consiste en despojarse de la palabra pública: esa zona se funde con el aparato disciplinario, y su no decir surge como disfraz de una práctica que aparece como prohibida. Juana decide entonces que el *publicar*, punto más alto del decir, no le interesa. Lo que una cultura postula como su zona valorada y dominante, allí es donde Juana dice “no sé”, no digo, me abstengo, y marca otra vez que decir, escribir, publicar (que ahora constituyen una serie) es una exigencia que proviene de los otros y se liga con la violencia: “Y, a la verdad, yo nunca escrito, sino violentada y forzada y solo por dar gusto a otros; no solo sin complacencia sino con positiva repugnancia”.

El decir público está ocupado por la autoridad y la violencia: otro es el que da y quita la palabra. El Obispo publica (y ella a la vez que agradece protesta: no quiero publicar, me fuerzan); el Obispo escribe (y ella: no sé responderos); el Obispo ordena estudiar lo sagrado (y ella: no sé, tengo miedo). Juana, en tanto mujer, dice que es aquella a quien se otorga y se quita y se exige la palabra (pensemos en la confesión), no quien la toma como su dueña. Nos interesa especialmente el gesto del superior que consiste en dar la palabra al subalterno; hay en Latinoamérica una literatura propia, fundada en ese gesto. Desde la literatura gauchesca en adelante, pasando por el indigenismo y los diversos avatares del regionalismo, se trata del gesto ficticio de dar la palabra al definido por alguna carencia (sin tierra, sin escritura), de sacar a

luz su lenguaje particular. Ese gesto proviene de la cultura superior y está a cargo del letrado, que disfraza y muda su voz en la ficción de la transcripción, para proponer al débil y subalterno una alianza contra el enemigo común. Es muy posible que la publicación de la carta respondiera precisamente a la necesidad del Obispo de enfrentar a otros. El gesto del Obispo, que se disfraza de Sor Filotea de la Cruz para escribir a Juana, es la transferencia a la carta del gesto de la publicación de la palabra del débil: él tapa su nombre-sexo para abrir la palabra de la mujer y publica, dándole nombre, el escrito de Juana (ella, a su vez, dio la palabra a los indios en sus poemas). Pero el dar la palabra y el identificarse con el otro para constituir una alianza implican una exigencia simultánea: el débil debe aceptar el proyecto del superior. El Obispo, que horizontaliza las relaciones con Juana al tomar nombre femenino, quiere recuperarla para el campo sagrado y que abandone lo que no cuadra a la religión. Si se llama Filotea (amante de Dios) es porque desde ese lugar es posible escribir a Sor Filosofía (amante del saber, autora de la Carta digna del saber ateniense). El seudónimo del Obispo y la publicación del texto-polémica constituyen la definición misma del proyecto que tiene para Sor Juana. Y allí es donde ella erige su cadena de negaciones: no decir, decir que no sabe, no publicar, no dedicarse lo sagrado. En este doble gesto se combinan la aceptación de su lugar subalterno (cerrar el pico las mujeres), y su treta: no decir pero saber, o decir que no sabe y saber, o decir lo contrario de lo que sabe. Esta treta del débil, que aquí separa el campo del decir (la ley del otro) del campo del saber (mi ley) combina, como todas las tácticas de resistencia, sumisión y aceptación del lugar asignado por el otro, con antagonismo y enfrentamiento, retiro de colaboración.

Juana hace entrar en contradicción saber y decir; ese es el punto de partida de la cadena contradicciones que proliferan en el texto. Su lugar propio es el del estudio y el saber; si escribir es “fuerza ajena”, “lo mío es la inclinación a las letras”; no estudio para decir, enseñar ni escribir, sino “para ignorar menos”. Y cubre de silencio el espacio del saber: los libros son mudos (“sosegado silencio de mis libros”, “teniendo solo por maestro un libro mudo” dice en tono de queja); la lectura se desarrolla desde San Ambrosio, maestro de San Agustín, sin habla. Desde esa otra red, donde se juega ya no su decir sino su verdadera práctica, Juana escribe sobre el silencio femenino.

Segundo movimiento: saber sobre el no decir. Este movimiento implica una reorganización del campo del saber. Para discutir la sentencia de Pablo sobre el silencio de las mujeres en la iglesia, erige una doctrina de la lectura (no propia, no revulsiva sino estrictamente escolástica) que niega la división entre saber profano y saber sobre el más allá, en un árbol de las ciencias (a la manera del de Raimundo Lulio)

en cuya cúspide se encuentran los textos sagrados. Para llegar a ellos y a la teología, como le aconseja el Obispo, dice que “hay que subir por los escalones de las ciencias y las artes humanas; porque ¿cómo entenderá el estilo de la Reina de las Ciencias quien aún no sabe el de las ancillas?” Y enumera: lógica, retórica, física, aritmética, geometría, arquitectura, historia, derecho, música, astrología. Estas ciencias están encadenadas unas con otras. En el registro de su biografía cuenta las dificultades que tuvo para estudiar estas ciencias (esclavas, puesto que sin ellas no hay altura); le prohibieron durante tres meses el estudio, pero (el gesto de la resistencia) “aunque no estudiaba en libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y del libro toda esta máquina universal”. Siempre es posible, entonces, anexar otro espacio para el saber. No solo no hay división entre saber sagrado y profano, sino que no hay división entre estudiar en libros y en la realidad. Ha descubierto “secretos naturales” mientras guisaba: “Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite y, por el contrario, se despedaza en el almíbar”. Y finalmente, en la medida en que no hay división ninguna en su campo, no es posible escindir mujeres y hombres para el saber, que solo admite la diferencia entre necios, ignorantes, soberbios por un lado, y sabios y doctos por el otro. Juana encontró un espacio pues situado más allá de la diferencia de los sexos. Y el conocimiento, adquirido en silencio, le permite leer de otro modo la sentencia de Pablo sobre el silencio que deben guardar las mujeres: en la Iglesia primitiva, dice, ellas se enseñaban doctrina unas a otras en los templos, y el rumor de conocimiento confundía a los apóstoles cuando predicaban. Por eso Pablo les mandó callar. “No hay duda que para la inteligencia de muchos lugares es menester mucha historia, costumbres, ceremonias, proverbios y aun maneras de hablar de aquellos tiempos en que se escribieron para saber sobre qué caen y a qué aluden algunas locuciones de las divinas letras”. Juana nos da aquí una lección de crítica literaria e ideológica; la verdad dogmática y el régimen jerárquico, nos dice, borran de lo escrito la huella de la historia: a partir de una circunstancia concreta y dada, se erigió un dogma autoritario y eterno, una ley trascendente sobre la diferencia de los sexos. Este es su saber y decir sobre el silencio femenino.

Finalmente acepta que las mujeres no hablen en los púlpitos y en lecturas públicas, pero defiende la enseñanza y el estudio privado (defiende su escritura en verso y la polémica con Vieyra). Aceptar, pues, la esfera privada como campo “propio” de la palabra de la mujer, acatar la división dominante, pero a la vez, al constituir esa esfera en zona de la ciencia y la literatura, negar desde allí la división sexual. La treta (otra típica táctica del débil) consiste en que, desde el lugar asignado y aceptado, se cambia no solo el sentido de ese lugar sino el sentido

mismo de lo que se instaura en él. Como si una madre o ama de casa dijera: acepto mi lugar, pero hago política o ciencia en tanto madre o ama de casa. Siempre es posible tomar un espacio desde donde se puede practicar lo vedado en otros; siempre es posible anexar otros campos e instaurar otras territorialidades. Y esa práctica de traslado y transformación reorganiza la estructura dada, social y cultural: la combinación de acatamiento y enfrentamiento podían establecer otra razón, otra científicidad y otro sujeto del saber. Ante la pregunta de por qué no ha habido mujeres filósofas puede responderse entonces que no han hecho filosofía desde el espacio delimitado por la filosofía clásica sino desde otras zonas, y si se lee o escucha su discurso como discurso filosófico, puede operarse en una transformación de la reflexión. Lo mismo ocurre con la práctica científica y política.

Desde la carta y la autobiografía, Juana erige una polémica erudita. Ahora se entiende que estos géneros menores (cartas, autobiografías, diarios), escrituras límites entre lo literario y lo no literario, llamados también géneros de la realidad, sean un campo preferido de la literatura femenina. Allí se exhibe un dato fundamental: que los espacios regionales que la cultura dominante ha extraído de lo cotidiano y personal y ha constituido como reinos separados (política, ciencia, filosofía) se constituyen en la mujer a partir precisamente de lo considerado personal y son indisociables de él. Y si lo personal, privado y cotidiano se incluyen como punto de partida y perspectiva de los otros discursos y prácticas, desaparecen como personal, privado y cotidiano: ése es uno de los resultados posibles de las tretas del débil.

BIBLIOGRAFÍA:

de la Cruz, Sor Juana Inés 2017 Carta atenagórica y respuestas a Sor Filotea (Barcelona: Linkgua).

de la Cruz, Sor Juana Inés 1714 *Primero Sueño* (Madrid: Imprenta Real).

EL DISCURSO COMPETENTE*

Marilena Chauí

Como sabemos, la ideología no es solamente una representación imaginaria de lo real que sirve al ejercicio de la dominación en una sociedad fundada en la lucha de clases, como tampoco es solamente la inversión del proceso histórico por la cual las ideas ocuparían el lugar de los agentes históricos reales. La ideología, forma específica del imaginario social moderno, es la manera necesaria en la que los agentes sociales representan para sí mismos el *aparecer* social, económico y político, de tal manera que esa apariencia (que no debemos tomar simplemente como sinónimo de ilusión o falsedad), por ser el modo inmediato y abstracto de manifestación del proceso histórico, es el ocultamiento o la disimulación de lo real. Fundamentalmente, la ideología es un cuerpo sistemático de representaciones y de normas que nos “enseñan” a conocer y a actuar. La sistematicidad y la coherencia ideológicas nacen de una determinación muy precisa: el discurso ideológico es aquel que pretende coincidir con las cosas, anular la diferencia entre el pensar, el decir y el ser y, de ese modo, engendrar una lógica de la identificación que unifique pensamiento, lenguaje y realidad para, a través de esa lógica, obtener la identificación de todos los sujetos sociales con una imagen particular universalizada, esto es,

* Chauí, Marilena 2007 *Cultura e democracia* (San Pablo: Cortez). Traducción: Laura Arese y Hernán García Romanutti.

la imagen de la clase dominante. Universalizando el particular a través del borramiento de las diferencias y contradicciones, la ideología gana coherencia y fuerza porque es un discurso lleno de lagunas que no puede ser completado. En otras palabras, la coherencia ideológica no es obtenida a pesar de las lagunas, sino por el contrario, gracias a ellas. Porque jamás podrá decir la totalidad, la ideología es aquel discurso en el cual los ausentes garantizan la supuesta veracidad de aquello que está explícitamente afirmado.

Sabemos también que, por definición, en la ideología las ideas están siempre “fuera de lugar”, una vez que son tomadas como determinantes del proceso histórico cuando, en verdad, son determinadas por él. Evidentemente, esto no significa que las ideas sean un reflejo invertido de lo real, sino que solo indica que ellas no preceden a lo real, pues lo expresan, sea en la forma inmediata del aparecer, sea en la forma mediata de la reflexión. Por otro lado, afirmar que en la ideología las ideas están “fuera de lugar” nada tiene que ver con la geografía (como nos podría llevar a creer, por ejemplo, la interminable repetición de que en Brasil se piensa con ideas extranjeras). “Fuera de lugar” remite a la circunscripción del espacio social y político de una sociedad determinada. En suma: las ideas deberían estar en los sujetos sociales y en sus relaciones, pero en la ideología son los sujetos sociales y sus relaciones los que parecen estar en las ideas.

También sabemos que la ideología no tiene historia. Esto no significa que la ideología sea un *corpus* inmóvil e idéntico de representaciones y normas (pues la experiencia nos muestra, a cada paso, los cambios ideológicos). Decir que la ideología no tiene historia significa apenas decir, en primer lugar, que las transformaciones ocurridas en un discurso ideológico no dependen de una fuerza que le sería inmanente y que lo haría transformarse y, sí, que tales transformaciones resultan de otra historia que, por medio de la ideología, la clase dominante procura escamotear; en segundo lugar, y más profundamente, significa que la tarea precisa de la ideología consiste en producir una cierta imagen del tiempo como progreso y desarrollo para así exorcizar el riesgo de enfrentar efectivamente la historia. Afirmer que la ideología no tiene historia es, por tanto, afirmar que en ella, además de “fuera de lugar”, las ideas están también “fuera del tiempo”. Aunque paradójica, esta constatación es inevitable. La paradoja de la expresión “fuera del tiempo” resulta del hecho de que, estando la ideología al servicio de la dominación de una clase social históricamente determinada, la actualidad de la dominación ejercida exigiría necesariamente que las ideas estuviesen enclavadas en su propio tiempo. Para que tal paradoja se deshaga es preciso que comprendamos la diferencia entre saber e ideología.

El saber es un trabajo. Por ser un trabajo, es una negación reflexionante, esto es, una negación que, por su propia fuerza interna, transforma algo que le es externo, resistente y opaco. El saber es el trabajo para elevar a la dimensión del concepto una situación de no-saber, esto es, la experiencia inmediata cuya obscuridad pide el trabajo de la clarificación. La obscuridad de una experiencia no es otra cosa sino su carácter necesariamente indeterminado y el saber no es otra cosa que el trabajo para determinar esa indeterminación, esto es, para tornarla inteligible. Solo hay saber cuándo la reflexión acepta el riesgo de la indeterminación que la hace nacer, cuándo acepta el riesgo de no contar con garantías previas y exteriores a la propia experiencia y a la propia reflexión que la trabaja. Ahora bien, para que la ideología sea eficaz es preciso que realice un movimiento que le es peculiar: recusar el no-saber que habita la experiencia, tener la habilidad para asegurar una posición gracias a la cual pueda neutralizar la historia, abolir las diferencias, ocultar las contradicciones y desarmar toda tentativa de interrogación. Así, gracias a ciertos artificios que le son peculiares (como, por ejemplo, elevar todas las esferas de la vida social y política a la condición de “esencias”), la ideología se vuelve dominante y adquiere forma propia siempre que consiga conjurar o exorcizar el peligro de la indeterminación social y política, indeterminación que posibilita que la interrogación sobre el presente (¿qué pensar?, ¿qué hacer?) sea inutilizada por las representaciones y normas previas que fijan definitivamente el orden instituido. Sobre este prisma, se torna posible decir que en la ideología las ideas están fuera del tiempo, aunque al servicio de la dominación presente. En efecto, afirmar que en ella las ideas están fuera del tiempo es percibir la diferencia entre lo histórico o instituyente y lo institucional o instituido. La ideología teme todo cuanto pueda ser instituyente o fundador, y solo puede incorporarlo cuando perdió la fuerza inaugural y se tornó algo ya instituido. Por esa vía podemos percibir la diferencia entre ideología y saber, en la medida en que, en este las ideas son producto de un trabajo, mientras que en aquella las ideas asumen la forma de conocimientos, esto es, de ideas instituidas.

Acudamos a la ayuda de un ejemplo. Se acostumbra imaginar que el Santo Oficio condenó a Galileo porque la física galileana ponía en riesgo una representación del mundo que servía de sostén a la dominación teológico-política medieval. Siendo así, se vuelve comprensible la rehabilitación del saber galileano cuando la burguesía toma el poder y encuentra en la nueva física una presentación del espacio y del tiempo que conviene al ejercicio de su práctica económica y política. De esa manera, la demolición del poder teológico político medieval hace de la *scienza nuova* un conocimiento válido que se convierte,

de a poco, en ideología de la nueva clase dominante, laica y profana. Ahora, si nos asomamos un poco a la historia, veremos que los acontecimientos ocurrieron de un modo bastante diferente. En primer lugar, sobre todo, no hubo laicización de la política, sino apenas un desplazamiento del lugar ocupado en ella por la imagen de Dios como poder uno y trascendente: Dios bajó del cielo a la tierra, abandonó conventos y púlpitos y se fue a alojar en una imagen nueva, esto es, en el Estado. No quiero referirme con esto al derecho divino de los reyes. Me refiero a la representación moderna del Estado como poder uno, separado, homogéneo y dotado de fuerza para unificar, por lo menos de derecho, una sociedad cuya naturaleza propia es la división de clases. Es esta figura del Estado que designo como la nueva morada de Dios. En segundo lugar, y consecuentemente, no hubo pasaje de una política teológica a una política racional ateológica o atea, sino apenas una transferencia de las cualidades que eran atribuidas a la Divina Providencia a la imagen moderna de la racionalidad. La nueva *ratio* es teológica en la medida en que conserva, tanto en política como en ideología, dos aspectos fundamentales del poder teológico: por un lado, la admisión de la trascendencia del poder en relación a aquello sobre lo cual este se ejerce (Dios en relación al mundo creado, el Estado en relación a la sociedad, la objetividad de las ideas en relación a aquello que es conocido); por otro lado, la admisión de que solamente un poder separado y externo tiene fuerza para unificar aquello sobre lo cual se ejerce (Dios unifica el mundo creado, el Estado unifica la sociedad, la objetividad unifica el mundo inteligible). Ahora, si no es la laicización de la racionalidad (pues no hubo tal cosa) lo que explica la aceptación de la física galileana por la burguesía, ¿de dónde nace la incorporación de esa física como modelo de la racionalidad moderna? El saber galileano se tornó aceptable y pasible de incorporación una vez que fueron accionados dispositivos económicos, sociales y políticos que permitieron acoger el saber nuevo; no porque fuera innovador ni porque fuera verdadero, sino porque perdió la fuerza instituyente una vez que se transformó de saber sobre la naturaleza en conocimientos físicos, una vez que fue neutralizado y pudo servir para justificar la supuesta neutralidad racional de una cierta forma de dominación. En ese pasaje de lo que era instituyente a la condición de discurso instituido o de discurso de conocimiento, asistimos al movimiento por el cual la ideología incorpora y consume las nuevas ideas, siempre que hayan perdido las ataduras con el tiempo originario de su institución, quedando así fuera del tiempo. Y lo dicho acerca de Galileo podría ser dicho, por ejemplo, respecto de Freud. Este dijo que, con el psicoanálisis, trajo la peste a la humanidad. ¿Cómo explicar, entonces, que ese flagelo haya podido convertirse en todo el mundo,

en una terapia adaptativa y de ajuste, si aquello a lo que esa terapia pretende ajustarnos es exactamente lo que vuelve posible la neurosis, la psicosis y la locura?

El caso Galileo (como el caso Freud) nos enseña algo que podríamos designar con la expresión: *discurso competente*.

El discurso competente es aquel que puede ser pronunciado, escuchado y aceptado como verdadero o autorizado (estos términos ahora son equivalentes) porque perdió los lazos con el lugar y el tiempo de su origen. Así, no es paradójico ni contradictorio en un mundo como el nuestro, que cultiva patológicamente la cientificidad, que surjan interdicciones al discurso científico.¹ Podemos decir que precisamente porque la ideología contemporánea es cientificista, le cabe el papel de reprimir el pensamiento y el discurso científico. Es en este contexto de hipervalorización del conocimiento llamado científico y de simultánea represión al trabajo científico que podemos captar mejor el significado de aquello que aquí designamos como discurso competente.

El discurso competente es el discurso instituido. Es aquel en el cual el lenguaje sufre una restricción que podría ser resumida así: no cualquiera puede decir a cualquier otro cualquier cosa en cualquier lugar y en cualquier circunstancia. El discurso competente se confunde, pues, con el lenguaje institucionalmente permitido o autorizado, esto es, con un discurso en el cual los interlocutores ya fueron previamente reconocidos como poseedores del derecho de hablar y escuchar, en el cual los lugares y las circunstancias ya fueron predeterminados para que esté permitido hablar y escuchar y, en fin, en el cual el contenido y la forma ya fueron autorizados según los cánones de la esfera de su propia competencia.

Cabe, entonces, indagar lo que significa esa repartición, circunscripción y demarcación del discurso en cuanto a los interlocutores, el tiempo, el lugar, la forma y el contenido. Sin embargo, antes de intentar responder a estas cuestiones es necesario hacer una observación. Con frecuencia, la crítica del discurso competente acostumbra a caer en una confusión que es, a fin de cuentas, un engaño: la confusión resultante de la identificación entre discurso competente y discurso elitista, en oposición al discurso democrático, identificado con el discurso de masas. Todos saben cómo la Escuela de Frankfurt fue tachada de elitista por haber recusado sistemáticamente la llamada "cultura de masa". Aquellos que critican a los frankfurtianos lo hacen por ignorar uno de los puntos fundamentales de la Escuela en lo que concierne al análisis del concepto de "masa". Para los pensadores de

1 Este artículo fue presentado durante la 29ª reunión de la SBPC (Sociedade Brasileira para o Progresso da Ciência) que había sido prohibida por el poder central.

la Teoría Crítica, la cultura llamada de “masa” es la negación de una cultura democrática, pues en una democracia no hay masa; en ella, el aglutinado amorfo de seres humanos sin rostro y sin voluntad es algo que tiende a desaparecer para dar lugar a sujetos sociales y políticos válidos. Así, al intentar aquí una crítica del discurso competente, procuraremos no caer en el engaño de la falsa oposición elite-masa, elite-popular. Por el contrario, no solo es importante evitar que la crítica de la competencia desemboque en populismo; también es fundamental mostrar que aquellas dos oposiciones no tienen sentido dentro del discurso competente.

Para alcanzar la región donde mejor se determina y mejor se efectúa el discurso competente, necesitamos referirlo a un fenómeno histórico preciso: la burocratización de las sociedades contemporáneas y la idea de Organización que se encuentra en la base de ese fenómeno. La burocratización es un

proceso que se impone al trabajo en cualquier nivel en que se lo considere –tanto en el trabajo de dirección como en el de los ejecutantes– y que, al imponerse, impone un cuadro social homogéneo tal que la estabilidad general del empleo, la jerarquía de los asalariados y las funciones, las reglas de promoción, la división de la responsabilidades, la estructura de la autoridad, tengan como efecto crear una única escala de *status* socioeconómico, tan diversificada como sea posible. (Lefort, 1971: 289)

El fenómeno de la burocratización, que Hegel y Marx habían circunscrito a la esfera del Estado, devora a toda la sociedad civil, distribuida en burocracias empresariales (en la industria, las finanzas y el comercio), escolares, hospitalarias, de salud pública, sindicales, culturales, partidarias, etc. El proceso de burocratización de todas las esferas de la vida social, económica y política, de todas las manifestaciones culturales (de la jerarquía de la universidad a la de las iglesias, “populares” o no) se realiza bajo el amparo de una idea directriz: la idea de Organización, entendida como existencia en sí y para sí de una racionalidad inmanente a lo social y que se manifiesta siempre de la misma manera, bajo formas diversas, desde la esfera de la producción material hasta la esfera de la producción cultural. A medida que la complejidad de la vida social aumenta en el modo de producción capitalista y en las formaciones históricas denominadas “socialistas”, el Estado se expande en todos los sectores, encargándose de una parte considerable de la vida humana, de tal modo que por su mediación el tejido de la sociedad civil se vuelve cada vez más ceñido y encerrado sobre sí mismo. La ideología dispone entonces de un recurso para ocultar esa presencia total o cuasi total del Estado en la sociedad civil: el discurso de la Organización.

En la comprensión de la ideología del discurso competente, el punto de mayor interés para nosotros reside en el doble movimiento por el cual el crecimiento del poder del Estado es negado y afirmado por ese discurso. La dificultad para percibir que se trata de un único y mismo movimiento con dos caras, o de un doble movimiento simultáneo de afirmación y negación, proviene del hecho de que hay, aparentemente, dos modalidades diferentes del discurso de la competencia, cuando en verdad se trata de un solo y mismo discurso. En una palabra: tendemos a distinguir el discurso del poder y el discurso del conocimiento, es decir, el discurso del burócrata y el discurso del no-burócrata.

Consideremos primero la apariencia de que hay dos discursos competentes diversos para, a continuación, darnos cuenta de que se trata de un único discurso con dos caras.

Burocratización y Organización presuponen las siguientes determinaciones: a) la creencia en la realidad en sí y para sí de la sociedad, de tal modo que la racionalidad de los *medios* de acción inutiliza automáticamente cualquier cuestión acerca de la racionalidad de los *finés* de la acción; b) existencia de un sistema de autoridad fundado en la jerarquía de tal modo que subir un grado en el escalafón corresponde a la conquista de un nuevo *status*, una nueva responsabilidad y un nuevo poder que no dependen de aquel que ocupa el puesto, sino que pertenecen al propio grado jerárquico, es decir, la reificación de la responsabilidad y del poder alcanza el grado máximo en la medida en que es el cargo, y no su ocupante, el que posee determinadas cualidades; c) como consecuencia, surgimiento de un proceso de identificación de los miembros de cualquier burocracia con la función que ejercen y con el cargo que ocupan, identificación que se expresa en la existencia de un ceremonial prefijado que garantiza el reconocimiento recíproco de los miembros en su calidad de superiores y subalternos, así como el reconocimiento de la competencia específica de cada uno según el puesto que ocupa; d) la dirección, que no trasciende la burocracia o la organización, sino que forma parte de ella bajo la forma de administración, esto es, la dominación tiende a permanecer oculta o disimulada gracias a la creencia en una *ratio* administrativa o administradora, de tal manera que dirigentes y dirigidos parezcan estar regidos únicamente por los imperativos racionales del movimiento interno de la Organización. En una palabra: se tiene la impresión de que nadie ejerce el poder porque este parece emanar de la racionalidad inmanente al mundo organizado o, si se prefiere, de la competencia de los cargos y funciones que, solo por azar, están ocupados por determinados hombres.

En ese contexto, podemos aprender la primera modalidad del discurso competente que se distribuye en tres registros: existe el discurso competente del administrador-burócrata, el discurso competente del

administrado-burócrata, y el discurso competente y genérico de los hombres reducidos a la condición de objetos socioeconómicos y sociopolíticos, en la medida en que aquello que son, aquello que dicen o hacen, no depende de su iniciativa como sujetos sino del conocimiento que la Organización juzga poseer sobre ellos. Esa primera modalidad de la competencia se encuentra sometida a la norma restrictiva del “no cualquiera puede decir a cualquier otro cualquier cosa en cualquier lugar y en cualquier circunstancia”.

Para comprender la otra modalidad o la otra cara del discurso de la competencia, necesitamos tener en cuenta la transformación sufrida por la propia ideología burguesa con el proceso de burocratización.

En su forma clásica, el discurso burgués es legislador, ético y pedagógico. Se trataba de un discurso pronunciado desde lo alto y que, gracias a la trascendencia conferida a las ideas, nominaba a lo real, poseía criterios para distinguir lo necesario de lo contingente, la naturaleza de la cultura, la civilización de la barbarie, lo normal de lo patológico, lo lícito y lo prohibido, el bien y el mal, lo verdadero y lo falso: ponía orden en el mundo y enseñaba ese orden. Hacía de las instituciones como la Patria, la Familia, la Empresa, la Escuela, el Estado (siempre escritos con mayúsculas), valores y reinos fundados de hecho y de derecho. Por esa vía, el discurso nombraba a los detentores legítimos de la autoridad: el padre, el profesor, el patrón, el gobernante y, consecuentemente, dejaba explícita la figura de los subordinados y la legitimidad misma de esa subordinación. Producía conocimientos sobre la historia en términos de progreso y continuidad, ofreciendo así un conjunto de referencias seguras fijadas en el pasado y cuya obra era continuada en el presente y sería acabada en el futuro. Era el discurso de la tradición y de los jóvenes, es decir, un discurso que se dirigía a oyentes diferenciados por generación y unificados por la unidad de la tarea colectiva heredada.

Con el fenómeno de la burocratización y de la organización, la ideología dejó de ser discurso legislador, ético y pedagógico, fundado en la trascendencia de las ideas y los valores, para convertirse en discurso anónimo e impersonal, fundado en la pura racionalidad de hechos racionales. No dejó de ser legislador, ético y pedagógico, pero dejó de fundarse en esencias y valores, así como dejó de ser pronunciado desde lo alto para fundarse en la racionalidad inscrita en el mundo y proferirse ocultando el lugar desde el cual es pronunciado. Tomó entonces una nueva cara: se volvió discurso neutro de la cientificidad o del conocimiento.

Bajo el signo de la Organización aparece en el mundo de la producción un conocimiento acerca de la racionalidad tal que esta ya no es considerada como fruto o aplicación de la ciencia al mundo

del trabajo, sino como ciencia en sí, ciencia encarnada en las cosas. La idea de Organización sirve para cimentar la creencia en la existencia de estructuras (*infra* o *supra*, poco importa) que existen en sí y funcionan bajo la dirección de una racionalidad propia e independiente de la voluntad y de la intervención humanas. Lo real, la acción y el conocimiento quedan así consustanciados, identificados. En el interior de esa “sustancia”, esto es, de la Organización, los hombres ya encuentran pre-trazadas las formas de acción y de cooperación “racionales”, es decir, aquellas que les están permitidas. Y cada sujeto imagina conocerse a sí mismo por la mediación del conocimiento que la Organización juzga poseer respecto de él. La ideología, presentando un nuevo modo de representar la racionalidad y el objeto racional, se realiza ahora por medio del enorme prestigio conferido al conocimiento, confundido con la ciencia o la científicidad.

¿Qué es el discurso competente en cuanto discurso de conocimiento? Sabemos que es el discurso del especialista, pronunciado desde un punto determinado de la jerarquía organizacional. Sabemos también que habrá tantos discursos competentes como lugares jerárquicos autorizados a hablar y a transmitir órdenes a los grados inferiores y a los demás puntos del mismo nivel jerárquico. Sabemos también que es un discurso que no se inspira en ideas y valores sino en la supuesta realidad de los hechos y en la supuesta eficacia de los medios de acción. Finalmente, sabemos también que se trata de un discurso instituido o de la ciencia institucionalizada y no de un saber instituyente e inaugural y que, como conocimiento instituido, tiene el papel de disimular bajo una capa de científicidad la existencia real de la dominación.

Aun así, esas determinaciones del lenguaje competente no deben ocultarnos lo fundamental, esto es, el punto a partir del cual tales determinaciones se constituyen. La condición para el prestigio y para la eficacia del discurso de la competencia como discurso de conocimiento depende de la afirmación y la aceptación tácitas de la incompetencia de los hombres en cuanto *sujetos* sociales y políticos. En este punto, las dos modalidades del discurso de la competencia convergen en una sola. Para que ese discurso pueda ser pronunciado y mantenido es imprescindible que no haya sujetos, sino apenas hombres reducidos a la condición de objetos sociales. Ahora bien, exactamente en el instante en que tal condición es satisfecha (el discurso administrativo como racionalidad de lo real), la otra modalidad del discurso competente entra en escena para ocultar la verdad de su primera cara. Es decir, el discurso competente como discurso de conocimiento entra en escena para intentar devolver a los objetos socioeconómicos y socio-políticos la cualidad de sujetos que les fuera sustraída. Esa tentati-

va se realiza a través de la competencia privatizada. Invalidados como seres sociales y políticos, los hombres serían revalidados a través de una competencia que les corresponde en tanto sujetos individuales o personas privadas. Ahora, esa revalidación es un engaño en la medida en que implica apenas la transferencia, para el plano individual y privado, del discurso competente del conocimiento cuyas reglas ya están dadas por el mundo de la burocracia y de la organización. O sea, la competencia privada está sometida a la misma reificación que preside la competencia del discurso de conocimiento. Basta que prestemos una cierta atención al modo por el cual opera la revalidación de los individuos por el conocimiento para que percibamos el fraude.

Sabemos que una de las maneras más eficaces de producir en los objetos socioeconómicos y sociopolíticos la creencia de que son sujetos, consiste en elaborar una serie de discursos secundarios o derivados, por cuyo intermedio la competencia es otorgada a los interlocutores que pudieren asimilarlos. He aquí la razón por la que la partición entre elite y masa es, sino ilusoria, por lo menos un falso problema. ¿Qué tipo de discursos secundarios o derivados son estos? Son aquellos que enseñan a cada uno cómo relacionarse con el mundo y con los demás. Como escribe Lefort (1977), el hombre pasa a relacionarse con su trabajo por la mediación del discurso de la tecnología, a relacionarse con el deseo por mediación del discurso de la sexología, a relacionarse con la alimentación por mediación del discurso dietético, a relacionarse con la crianza por mediación del discurso pedagógico y pediátrico, con el lactante por medio del discurso de la puericultura, con la naturaleza por mediación del discurso ecológico, con los demás hombres por medio del discurso de la psicología y la sociología. En una palabra: el hombre pasa a relacionarse con la vida, con su cuerpo, con la naturaleza y con los demás seres humanos a través de mil pequeños modelos científicos en los cuales la dimensión propiamente humana de la experiencia ha desaparecido. En su lugar surgen miles de artificios mediadores y promotores de conocimiento que constriñen a todos y cada uno de aquellos que se someten al lenguaje del especialista, quien detenta los secretos de la realidad vivida y que, indulgentemente, permite al no-especialista la ilusión de participar del saber. Ese discurso competente no exige cualquier sumisión, sino algo muy profundo y siniestro: exige la interiorización de sus reglas, pues aquel que no las interioriza corre el riesgo de verse a sí mismo como incompetente, anormal, asocial, como detrito o desecho. Estamos de vuelta en el Discurso del Método, pero ya no como proyecto de dominación de la naturaleza (pues hace mucho la sociedad burguesa se encargó de esa tarea) sino más bien como exigencia de interiorización de reglas que nos aseguren que somos competentes

para vivir. La invasión de los mercados letrados por una avalancha de discursos de popularización del conocimiento no es signo de una cultura enloquecida que perdió el rumbo del buen saber: es apenas una de las manifestaciones de un procedimiento ideológico por el cual la ilusión colectiva de conocer solo confirma el poderío de aquellos a los que la burocracia y la organización determinaron previamente como autorizados a saber.

La ciencia de la competencia acabó por ser bienvenida, pues el saber es peligroso solo cuando es instituyente, negador e histórico. El conocimiento, es decir, la competencia instituida e institucional no es un riesgo, pues es instrumento de un enorme proyecto de dominación y de intimidación social y política. Como podemos notar, no basta una crítica humanista o humanitaria del delirio tecnocrático, pues este es apenas un efecto de superficie de un proceso oscuro en el cual conocer y poder encontraron su forma particular de articulación en la sociedad contemporánea. Tal vez por eso mismo hoy la furia inquisitorial se abata, en ciertos países, contra ese saber enigmático que, a falta de un nombre mejor, llamamos “ciencias del hombre” y que, cuando no son meras institucionalizaciones de conocimientos, erigen el pensamiento y se expresan en discursos que, no por casualidad, son considerados incompetentes. Cabe recordar, todavía, que en materia de incompetencia, en los tiempos que corren, la filosofía ha obtenido sistemática y placenteramente el primer lugar en todos los rankings de la competencia.

BIBLIOGRAFÍA:

- Chauí, Marilena 2007 *Cultura e democracia* (San Pablo: Cortez).
 Lefort, Claude 1971 *Elements pour une critique de la bureaucratie* (Ginebra: Editorial Droz).
 Lefort, Claude 1977 “Maintenant” en *Libre* N° 1 (Paris: Payot).

EL FÁRMACON COLONIAL: *THE BIOISLAND**

Miriam Muñiz Varela

“El hombre ha tenido desde el principio la facultad de utilizar una parte de la energía disponible para el crecimiento, no biológico sino técnico, de sus riquezas. Las técnicas tienen en suma la posibilidad de ampliar -de retomar- el movimiento elemental del crecimiento que la vida efectúa en los límites de lo posible”.

Georges Bataille

“Podría ser que el problema concierne ahora a la existencia de aquel que cree en el mundo, ni siquiera en la existencia del mundo, sino en sus posibilidades de movimientos e intensidades para hacer modos de existencia todavía nuevos, más próximos a los animales y a las piedras. Puede ser que creer en este mundo, en esta vida se haya vuelto nuestra tarea más difícil, o la tarea de un modo de existencia por descubrir en nuestro plano de inmanencia actual”.

Gilles Deleuze y Félix Guattari

BIOECONOMÍA, COLONIALIDAD Y EL SUJETO EXPERIMENTAL DIAGRAMA CONCEPTUAL

Es mi proposición en este ensayo destinado a otra manera de pensar la economía y el capitalismo, combinar los discursos filosóficos de Deleuze, Guattari y Bataille, y la referencia a los de Ridley Scott en la película *Blade Runner*, en una reflexión que incorpore las transformaciones biotecnológicas del último cuarto del siglo XX. Esto requiere ir más allá de las categorías tradicionales modernas y a la misma vez establecer una alerta sobre nuestros modos de existencia, que en el caso específico de Puerto Rico lo represento con el término del “fármakon”. En cuanto al concepto de bioeconomía, lo propongo para dar cuenta del cambio operado en las mutaciones del capital a la luz de un modo de producción/ consumo donde la vida es tomada a cargo por la ciencia y la tecnología en el desarrollo de la valoración y acumu-

* Muñiz Varela, Miriam 2013 *Adiós a la Economía* (San Juan: Ediciones Callejón).

lación de nuevas riquezas y modos de vida. Es este el motivo que me lleva a cuestionar la pertinencia actual del papel que Michel Foucault le asignó a la biopolítica moderna. Es mi contención que ese papel se ha transformado a partir de un declive de las regulaciones biopolíticas a finales del siglo XX, sobre todo en los llamados sistemas de salud y de intervenciones médicas. Hoy, tanto en Estados Unidos como en Puerto Rico, el biopoder, los dispositivos de salud/enfermedad y sus consecuentes intervenciones médicas, se dirigen a la vida individual y en función de las ganancias globales del complejo biofármaco y las poderosas compañías de seguros. De ahí que no solo partimos de la crítica que hace Georges Bataille sobre lo que se ha entendido por economía, sino también a la matriz eurocéntrica del propio concepto de biopolítica. Esto último nos lleva a incorporar el concepto de “colonialidad del poder”, acuñado por Aníbal Quijano, que combinado con las pistas que ofrece Giorgio Agamben sobre el papel que tiene la “nuda vida” y la tanatopolítica sobre determinadas poblaciones y no otras, nos permite establecer importantes diferencias con Foucault y un ajuste con las formas dominantes del biopoder económico actual. Es conocido que el pensamiento de Deleuze y Guattari se identifica con la potencia de los acoplamientos colectivos y maquínicos, propios de una perspectiva experimental, que no descansa en la constitución cerrada del sujeto moderno. De otro lado, Ridley Scott, inclinándose por su vector más terrorífico que poético, nos mostraba en *Blade Runner*, la violenta combinación de las capacidades tecnoposthumanas, al servicio de nuevas formas de esclavitud y dirigidas al control y vigilancia de un submundo infrahumano de existencia. Este insoportable escenario le servía como denuncia al “discurso humanista” y su ideología universalista de los “derechos humanos” dedicados a ennoblecer los logros del progreso tecnomoderno. Sin embargo, el afamado director no dejaba de reconocer el fracaso de las tareas de “domesticación/neoesclavitud/colonización”¹ aplicada a los “*replincants*” postbiológicos de la *Tyrell Corporation*, afirmando la resistencia a un poder despótico que programaba su “utilidad destructiva” por cuatro años. Scott, de manera paradójica, dejaba tanto en Rachel como en Roy, la posibilidad de otra existencia, sostenida por la esperanza del amor y la añoranza de una memoria grabada con lazos de afectos, quizás todavía “humana o hasta demasiado humana”. La película anticipaba con ellos, aunque de manera extrema, la encarnación de “criaturas híbridas”, que por qué no, también corresponden a las condiciones de

1 Para un debate filosófico sobre las tareas de la domesticación humana, véase Sloterdijk, 2000. También, el concepto de “sociedad disciplinaria” alude a esta tarea de normalización/domesticación (Foucault, 1980: 117).

existencia heterogénea y plural de nuestra contemporaneidad aunque sin reconocimiento por el derecho moderno.² De manera que las demandas de justicia y deseos de libertad no van dirigidos a ninguna ley, sino a denunciar el vínculo y la complicidad entre violencia y derecho que somete de manera excluyente, y a veces despótica, a las poblaciones que el ordenamiento jurídico del Estado dice tener que representar y proteger. Asunto este al que Walter Benjamín desde temprano en el siglo XX le dedicó un texto imprescindible con el cual denunciaba la violencia que viene de la ley, en un ensayo que mucho tiempo después de su aparición, fue retomado por Jacques Derridá en uno de sus textos emblemáticos (Benjamin, 1995).³

Por el lado de Bataille, planteo el concepto de bioeconomía, para ser inscrita pero también contrastada con su propuesta de una “economía general” planetaria. La economía en Bataille se caracteriza por la abundancia, creación e invención que, desplegada en la técnica, hace desbordar la exuberancia de la vida y la posibilidad “no utilitaria” de la misma, por tanto, sin equivalencias dinerarias, en su derroche o gasto. El que Georges Bataille en 1933 le dedicara a “la noción de gasto” y posteriormente en 1949 en *La parte maldita* una porción de su obra radical y arriesgada sobre el “erotismo”, al “exceso”, al excedente productivo y a su consecuente gasto como don, regalo, fiesta, lujo, sacrificio, y que al gastarlo neutralizara el movimiento entrópico, como dinámica del intercambio dinerario capitalista, no dejaba de ser extraño (Bataille, 1987).⁴ Antes, pero sobre todo ahora, a partir de la “revolución genética” que impulsa la biotecnología, “la parte maldita” aumenta con extrema velocidad como también su valoración dineraria y propietaria. Sin embargo, y de manera paradójica, son esas intervenciones biomédicas y moleculares múltiples las que sostienen

2 La obra de Bruno Latour, desde su más difundida *We have never been modern* hasta su propuesta del “*actor-network theory*”, ha sido una apuesta por develarnos la complejidad que ocultan las formas di-cotómicas en el orden disciplinario-científico moderno, en la eficacia de sus oposiciones entre naturaleza, sociedad y tecnología, y como consecuencia la imposibilidad de dar cuenta de los modos de existencia que fusionan o acoplan a los sujetos y los objetos (1993 y 2005).

3 Véase Derridá, Jacques 1992 “*Force of Law: The Mystical Foundation of Authority*” en *Deconstruction and the Possibility of Justice* (New York / London: Routledge) pp. 3-67. He trabajado esta crítica al derecho en el ensayo “La universidad y la ley: las paradojas de la impotencia” en Nina, Daniel 2006 *Ni una vida más para la toga*, (San Juan: Ediciones Callejón) pp. 105-118. Y también en el artículo “Pensar la violencia para hablar de...” en 1999 *Bordes* No. 7 pp. 1-6.

4 Vea el concepto de bioeconomía, referido a la producción biotecnológica, especulación dineraria, deuda y capital financiero en Cooper, Melinda 2008 *Life as Surplus, Biotechnology & Capitalism in the Neoliberal Era*, (USA: University of Washington Press).

la desimbolización actual de la muerte, capaz de ser resistida, enfrentada y deconstruída, con nuevas técnicas en la creación de materiales vitales, como forma en que se realiza esa abundancia que la bioeconomía pretende capturar. Dicho de otra manera, el impulso permanente a la destrucción, a las crisis, bajo el neoliberalismo financiero actual, viene acompañado de una multiplicación técnica sin precedentes, como también de mutaciones y creaciones insospechadas de formas diversas de vida.

Nos referimos por un lado a la nueva fábrica de materiales moleculares que no solo multiplican las capacidades vitales, sino otras formas emergentes de vida a partir de la intervención técnica en la genómica y proteómica. Se supera así la oposición moderna entre lo natural y lo artificial alterando las concepciones tradicionales de lo que hemos entendido como vida biológica.⁵ Por ejemplo, ya no se muere de vejez, la muerte deja de ser una necesidad natural. Hay actualmente novedosas ramas de la medicina como lo son la “medicina de resurrección” y la “medicina de trasplante” que transforman las fronteras habituales entre la vida y la muerte. Debido al desplazamiento y deconstrucción biomédica de la muerte, esta se ha diferido y se ha convertido en un proceso biológico útil y extremadamente rentable.⁶

A partir del desciframiento del genoma humano y el tránsito del ADN a su transcripción al ARN, como cadena que transporta el material genético, se logró detectar las variaciones de proteínas y enzimas en la secuencia genética. Craig Venter, de Celera Genomics, desde que logró patentizar, dicen que también su secuencia genética, abrió el camino a la “*genoeconomics*”, constituyendo un nuevo paradigma que él mismo definió como “probar que podemos investigar y hacer dinero a la vez” (Rabinow, 2008: 82).⁷ Por eso una vez la secuencia ya está leída, la competencia que impulsa el negocio es por acceder a otras funciones de los materiales no informáticos que acompañan y transportan al código. Se trata del polimorfismo o variabilidad encontrado de un genoma a otro, mostrado por las diversas funciones de las miles de proteínas que codifican el ADN. De esa manera se determinan los “marcadores” que van a indicar los riesgos o predisposición a desarrollar determina-

5 Es interesante anotar que ya George Cangulheim nos señalaba que en el siglo XVIII no existía ni la vida en sí misma ni la biología, ambas eran parte de la historia natural. Ver (Canguilhem, 2008: 3-21) y (Benton: 26-27).

6 Sobre este tema es obligada la consulta del libro de Celine Lafontaine *La Société Post-Mortelle, la mort, l'individu et le lien social à l'ère des technosciences* (2004: 77-92).

7 También el importante y abarcador análisis de uno de los textos que sigo muy de cerca en mis actuales investigaciones, de Nikolas Rose “*The Politics of Life Itself, Biomedicine, Power and Subjectivity in the Twenty-First Century*” (2007: 77-130).

da condición. Se esperaba poder establecer diagnósticos, manejar en la fábrica molecular su modificación genética y conseguir las posibles curas. El llegar a definir los “marcadores” creó la posibilidad de la fabricación de proteínas sintéticas y con ella la creación artificial de la vida. Con lo cual se impulsa un imaginario capitalizado, motivado por el “paradigma del riesgo”, que aunque generalizado para la biosociedad, sus intervenciones médicas están dirigidas al individuo y al desarrollo de lo que vendría ser una medicina a la carta totalmente privada e individualizada. La competencia y el negocio no solo están puestos en las nuevas prácticas médicas sobre posibles diagnósticos, curas, terapias y tecnologías reproductivas, sino que también están acompañados por una diversidad de productos financieros, asignándoles valores dinerarios a los nuevos biomateriales, como también a las formas inmateriales de la bioseguridad.⁸ El desarrollo económico, el desarrollo científico y el desarrollo tecnológico están indisolublemente ligados. El modo bioeconómico no condiciona la investigación a la “verdad” y mucho menos al cuidado y protección de la vida, entendida como política social para la población, sino a su rentabilidad financiera.

Justamente esta enorme fuente de abundancia y riqueza que hoy circula incesantemente en los circuitos financieros nos obliga a impugnar el paradigma de la escasez sostén de los discursos miserables y catastrofistas, tradicionales de la economía. Hoy parece ser que la única escasez, es la que procede del cuerpo humano, fragmentado en los múltiples materiales biológicos que sirven en la reconstrucción, expansión y creación de la vida.

De ahí la necesidad de acoplar al humano no solo a los materiales biológicos procedentes de fuente animal (porcino y bovino) sino también los que vienen de la fábrica de “naturaleza artificial”. La vida se abre como nunca antes a nuevas formas de investigación y experimentación, con la consecuencia de lo ya advertido por Bruno Latour: la proliferación y generalización de híbridos, que transforman las fronteras de lo que habían entendido los modernos por especie humana, paradigma que también ha sido cuestionado en la amplia e importante obra de Latour.⁹

8 Para un análisis sobre el papel de Graig Venter en la creación de la genómica, además de una visión amplia de las transformaciones técnicas y las implicaciones económicas de la biotecnología, vea “*Biocapital, The Constitution of Postgenomic Life*” (Sunder Rajan, 2006: 47-61). Venter llegó a hacer referencia a la película *Blade Runner*, descartando que con la biotecnología podíamos llegar a desarrollar una “*Blade Runner-like society*” (Zizek, 2010: 310). Vea “*The rise and fall of the gene*” (Rose, 2007: 45). También, para un debate interesante acerca de las transformaciones biotecnológicas, vea “*L’Homme Biotech: Human ou Posthuman?*” (Béland, 2006).

9 Latour, 1993: 46-47.

El discurso económico, con su tono fatalista, no hace más que invisibilizar y no reconocer lo que son las nuevas formas de producción de valor y de riquezas por el capitalismo bioeconómico, riqueza que la máquina del capital financiero captura por medio de la deuda. Por lo que no se devuelven a sus productores las riquezas y los valores que la creación humana realiza con sus nuevos acoplamientos técnicos y las dimensiones sociales de esa producción. Tampoco la ofrece generosamente al consumo, como en la variante que conformó el capitalismo distributivo del Estado Benefactor Keynesiano, en lo que Bataille llamaba “obras improductivas”, sacadas de la circulación y del intercambio dinerario, gastando ese exceso o excedente. Para esto, Bataille nos advertía que se necesitaba un cambio absoluto de los principios económicos, el cambio total de la moral en la que se fundan y concluía que “pasar de las perspectivas de la economía restringida a las de la economía general comporta, en verdad, un cambio copernicano” (1987: 61).

Con el modo bioeconómico la fuente de valor es la vida misma. Nada ni nadie es improductivo, los marginales, los desempleados, los ilegales, los informales, los incapacitados, los encerrados, los algarete, los autónomos, pero también los enfermos y hasta los “cuasivivos” o “cuasimuertos”, todos abonan a la abundancia. Al discurso económico, como hemos venido argumentando, decretar la improductividad y promover la exclusión económica sobre la seguridad social de amplias poblaciones condenándolas al abandono y la precariedad, cuando no a la muerte, lo que hace es, ahora introduciendo la línea reflexiva de Giorgio Agamben, transformar el “bios” en “zoe”

De manera que la distinción griega, al servicio de una cualificación política de la vida humana que Agamben destaca, se trastoca por la biopolítica moderna, en una persistente ambigüedad, oscilando el “bios” (política) en “zoe” (sin forma política). Por lo que para Agamben la biopolítica moderna fijada por Michel Foucault desde el siglo XVIII, no es otra cosa que un biopoder que logra hacer valer como “humanas” unas vidas más que otras (1998).

La importancia de la obra de Deleuze y Guattari se hace notar cuando uno pretende trazar los espacios de experimentación del paradigma biotecnológico y sus efectos sobre el sujeto, el objeto y los saberes asociados a los diagramas identificatorios que caracterizaban al “sujeto soberano” moderno. Con estos autores, se trata de devenires, flujos de existencias parciales y de objetos transicionales, que componen modos de subjetivación que no pasan por la centralidad del sujeto ni por el individuo.¹⁰ El “sujeto experimental” incorpora al

10 La importante obra que hicieron juntos Gilles Deleuze y Félix Guattari se nutre también de dos pensadores que habían quedado rezagados por los intelectuales

objeto técnico y lleva consigo todas las capacidades autopoiéticas de la “naturaleza”. Una especie de “*hibris*” desbordante y polimorfa que no encuentra su lugar en lo simbólico, ni en variados sistemas de representaciones y que tampoco es reconocida por la ley, a menos que no sea como atributos propietarios del capital. Como tampoco dejan de estar sometidos a los mecanismos de captura en las formas del biopoder o abandonado como “nuda vida” o “zoe” en las formas extremas de la “colonialidad”. Aquí el análisis se desplaza a la propuesta que de ese concepto hace Aníbal Quijano. El concepto de “colonialidad del poder” pretende destacar lo que el análisis del poder político de la modernidad encubrió y es la permanencia histórica por más de 500 años en América y posteriormente en el resto del mundo, a las formas de un poder donde el racismo, el dominio masculino y de clase, conlleva no solo la exclusión/subordinación de unas poblaciones, sino también su abandono y muerte.¹¹ Condición que, en la reflexión de Agamben, recaería para los que él designa como “nuda vida” (mera vida) lo que le sirve para destacar y a la vez diferenciar o problematizar el concepto de biopolítica acuñado por Michel Foucault; destacando como el “poder soberano” sigue actuando al interior de la biopolítica moderna, asunto este que Foucault había por lo menos minimizado.¹² Para Agamben se trata de esa zona de suspensión de la ley mediante lo que, siguiendo a Carl Schmitt, denomina “estado de excepción” umbral de pura violencia, sin “forma de vida”

franceses durante buena parte del siglo XX, ahora han sido recuperados, nos referimos a la obra reeditada de Gabriel Tarde “*Les lois de l’imitation*” (2001) y Gilbert Simondon, “*Du mode d’existence des objets techniques*” (2001). Véase Deleuze y Guattari “*Mil Mesetas*” (1988) y “¿Qué es la Filosofía?” (1994). La obra de Keith Ansell Pearson es un buen ejemplo de las influencias del pensamiento de Deleuze aplicado a otras formas de vida. Un ejemplo, entre otros, de la misma autora, es “*Germinal Life*” (1999).

11 En otras referencias de este libro he abundado sobre ese concepto. Esa relación con la muerte (tanatos) que yo enfatizo bajo el concepto de colonialidad del poder es analizado desde otra perspectiva en el importante texto de Mbembe “*Necropolitics, Public Culture*” (2003). Vea el interesante paralelismo que hace Žižek entre la película “*Avatar*”, de J. Cameron y la expropiación de las riquezas de bauxita, valoradas en 4 trillones de dólares de la tribu *kondh* en el estado de Orissa, al sur de la India (2010: 394).

12 “La tesis foucaultiana debe ser corregida... el espacio de la nuda vida que originalmente estaba situada al margen del orden jurídico, va coincidiendo de manera progresiva con el espacio político, de forma que exclusión e inclusión, externo e interno, bios y zoe, derecho y hecho, entran en una zona de irreductible indiferenciación” (Agamben, 1998: 16-17). También “Medios sin fin” (Agamben, 2000: 40). Tal parece que tampoco Michel Foucault, al desarrollar el concepto de biopolítica, tomó en cuenta los trabajos de Hannah Arendt que, sin duda, lo ponían en entredicho (2003: 71-96).

lo que le permite trazar las tensiones y ambigüedades entre bios y zoe en las formas de la existencia social contemporánea.

En vez de mantener la “soberanía” actuando en la biopolítica moderna como hace Agamben, más acorde con la experiencia europea, la sustituyó por la “colonialidad” a partir de la experiencia americana. De manera que el poder biopolítico que mantiene esa tensión entre bios y zoe, ni siquiera ocurre, porque la “colonialidad” es la forma persistente que adquiere el poder soberano imperial, y este no es desplazado por el biopolítico tal y como lo describe Foucault para la Europa decimonónica. Con lo cual habría que proponer, que lo que exhibe la historia del poder en América es justamente lo opuesto a la biopolítica moderna. Con poblaciones que ni siquiera están representadas bajo las figuras del Estado Moderno, debido a su inexistencia, de ahí que el abandono y la muerte, que tanto destacó Agamben para la Europa del siglo XX, sería la condición ordinaria en la “excepción americana”.

El concepto de biopolítica aparece en Historia de la sexualidad, publicado en 1976 por Michel Foucault pero fue desarrollado en sus conferencias en el *College de France* entre 1975 y 1976 (2003: 209-219). Con ese concepto Foucault sostiene que el poder específicamente moderno es aquel que toma a la vida a su cargo, para cuidarla y hacerla productiva, de ahí que privilegie las políticas públicas del Estado para mejorar las condiciones de higiene y salud de la población. De manera que la biopolítica se distinga, en el cambio del siglo XVII al XVIII, del poder soberano caracterizado por un poder absoluto de “hacer morir y dejar vivir”. En otras palabras, un poder cuyo componente no era su atención al bios sino el poder vía tanatos.

A fin de cuentas, lo que atribuimos al concepto de “soberanía” va de la mano con la “colonialidad del poder”, no son excluyentes, e incluso la rebasa, cuando asistimos a los tiempos donde ya no figura como protagonista. Los equívocos sobre el concepto de “soberanía”, al desconocer su genealogía de matriz europea, le ha servido muy bien a las formas de dominación desarrolladas con la modernidad, pero también y de manera muy eficaz, al aparecer como opuesta a la colonialidad, revistiéndose la soberanía de un carácter emancipatorio. La ruptura que reclama Michel Foucault entre el poder soberano y el biopolítico (2003: 211-248) no eliminó, o mejor no tomó en cuenta, las formas históricas de la colonialidad, como expresión de la soberanía imperial ensayadas con la ruta atlántica. Tendríamos igualmente que reconocer que a Foucault habría que ubicarlo dentro de la tarea de reconstrucción del concepto de soberanía moderna que, en otra dirección, ya Hannah Arendt había iniciado. Es esa la tradición del pensamiento político contemporáneo, de necesaria referencia para activar los cuestionamientos a los límites y encubrimientos que tiene

el concepto de “soberanía” cuando se traduce a su variante europea emancipatoria. Contribuir a otras reflexiones sobre la actualización de otras formas del biopoder, como las que se dan bajo el dominio de la bioeconomía, es lo que pretendemos con nuestra reflexión. Incluso, ir más allá de los límites biológicos del poder, por ejemplo, los que se derivan de las técnicas de reproducción y selección de la vida, que nos llevarían a plantear un paradigma posbiológico, donde ni lo humano ni la muerte tienen sus límites definidos. Estos tratamientos posbios, permiten descontar como operativas las fronteras entre bios y zoe tal y como se plantean en la obra de Giorgio Agamben, cuando el debate sobre la cualificación política de la vida humana tendría que ir por otros derroteros. Ya no es solo lo que queda fuera del ámbito político de la vida cuando esta se fragmenta en materiales bioeconómicos, sino el reto de pensar lo político desde la dimensión ética a la que obliga el paradigma biotecnológico.

Por otro lado, habría que también incorporar otras formas de la tanatopolítica, no necesariamente asociada con el poder soberano estatal, sino aquel donde las matanzas y las guerras corresponden a lo que opera al margen de la ley y que se convierte en el negocio altamente rentable de las mafias del narcotráfico. Ese es el que las poblaciones destinadas a desaparecer son también las que históricamente han reproducido las formas de la “colonialidad”. Por ejemplo, el largo y abultado expediente de la “guerra infinita” que cobra miles de vidas en México, Colombia y Puerto Rico. Aquí el “estado de excepción” lo declaran tanto las corporaciones mafiosas que imponen el terror, como también la legalidad del Estado que las permite, manteniendo la ilegalidad de las sustancias, que se producen e intercambian en un mercado/ economía que nunca está en crisis. El mejor ejemplo es Estado Unidos, por ser el país al que va destinado el consumo de drogas, pero que no vive el estado de terror que el negocio de la droga trae aparejado, con el destino de la cárcel o la muerte para unas poblaciones y no otras. Por lo que a la importante aportación de Agamben, sobre la condición política contemporánea, habría que añadirle todo lo antes dicho, como también las que se derivan de los “estados de emergencia/ excepción” provocados por las crisis económicas y las amenazas de los terrorismos institucionalizados.¹³

De otro lado y para añadir complejidad a la reflexión de la heterogeneidad del poder contemporáneo, tendríamos que a partir de la transformación radical que opera el descubrimiento y la secuencia del genoma humano, y su posterior reconversión en cadena para reprodu-

13 Ver el concepto de “estado de excepción” en “Medios sin fin” (Agamben, 2000: 38) y “Estado de excepción” (Agamben, 1998: 96-100).

cirlo, incorporar como hemos venido adelantando, el papel central de las ciencias y las técnicas, tanto como motor económico, como también a cargo privadamente y de manera individual, del cuidado y la salud.

El nacimiento de la clínica foucaultiana es desplazada por la tecnomedicina, desarrollando otras fuentes de diagnósticos y transformando las prácticas de salud/enfermedad, convirtiéndolas en actividades sometidas al cálculo y la ganancia. Con el juicio clínico anulado, manejado desde la diversidad de técnicas de sonidos y visualización digital computarizadas, los médicos dejan de tener el monopolio del diagnóstico, aunque ellos sean los encargados de transmitirlo, cuando se dan las condiciones para producir esa acertividad. Somos muchos los que hemos sido testigos de los múltiples tanteos, de esa llamada “medicina intuitiva” que ya no parece operar a partir de las pretendidas certezas objetivistas iniciadas con Bichat (Foucault, 1963: 205-211).¹⁴ De lo dicho, se puede concluir que el gobierno de lo humano deja de estar atado a la “gubernamentalidad de poblaciones”, categoría problemática por homogénea, en las políticas estatales de higiene y prácticas médicas, tal y como Foucault las formuló, y se instala en el ámbito somático molecular al que se accede con los desarrollos privados/individuales de la tecnomedicina. El ciudadano moderno previamente convertido en trabajador y posteriormente transformado en consumidor, transita ahora con esos mismos hábitos individuales, pero con una buena dosis de incertidumbre a las categorías de enfermo/paciente/cliente, incorporados tanto a las corporaciones *biopharmas*, como a las políticas de salud privatizadas con fondos públicos, insolventes por los costos del pillaje de las aseguradoras o en pleno deterioro por la poca calidad de los servicios de salud (Rose, 2007: 3).¹⁵

La figura abstracta de la población, privilegiada por Foucault en la gubernamentalidad moderna, se disuelve bajo las formas somáticas/corporales capturadas por el biocapital. Se describe así, lo que es mi propuesta en este texto, el desplazamiento de la biopolítica por el de la bioeconomía en el gobierno de los humanos, sus mutaciones y múltiples acoplamientos, como también en las otras formas que no adquieren o que rebasan esa condición del ser y que también aparecen con valor económico.

14 También Canguilhem (2008: 43).

15 Ya hemos advertido que este es un texto fundamental para consultar muchos de los asuntos que aquí expongo, aunque el análisis de Rose no introduce las tesis que yo propongo. Utiliza el concepto de bioeconomía para significar el dominio de la ganancia y no de la salud, y a la revolución genética la que proporciona las formas nuevas del biovalor que captura la potencia de la vida para ser rentabilizada por el capital. Véase el concepto de *New Economy*; Washington, DC: Brookings Inst. Press), 2006, p. 73.

La película de Ridley Scott sirve de trasfondo para trazar el recorrido de la biotecnología y el sujeto experimental que la posmodernidad bioeconómica produce, aunque también obligaría, como ya hemos señalado, a ampliar el limitado campo de estas reflexiones. De igual modo que el pasaje para Puerto Rico de “La Isla del Encanto” a “*the Bioisland*” funciona como laboratorio donde localizar las formas de la colonialidad bioeconómica.

PLUS DE BIOS

Puerto Rico ha sido, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, “*the experimental island*”, insertada durante un primer momento en las tácticas de la eugenesia biopolítica del control de la población.¹⁶ La fase fordista caracterizada por la sociedad de consumo masivo, fue acompañada con el slogan de “lo mejor de dos mundos” y se le bautizó como “La Isla del Encanto”. No era para menos, haber logrado extender el “*American way of life*”, sin el establecimiento industrial que lo acompañó y sin la generalización del asalariado moderno, de manera que el Estado no solo debía ocuparse del cuidado y salud de la población, sino también ocuparse de su control reproductivo y disponer sobre su exceso, adelantaban en la Isla las formas postindustriales contemporáneas. Repetimos lo que hemos señalado en otros capítulos del libro, con tazas de dos cifras de desempleo aún en su etapa industrial, con 6 de cada 10 personas fuera del mercado laboral, además de una masiva emigración. A la misma vez que se producía la expansión de un sujeto consumidor y letrado con altísimo nivel de población diplomada incluyendo grado universitario, endeudado pero propietario, con lo cual no hacía más que confirmarse “el milagro puertorriqueño” del siglo XX (Rose, 2007: 31-40).

Se trató de una particular combinatoria que reprodujo las formas avanzadas del capitalismo como sociedad de consumo y Estado del Bienestar con la regulación biopolítica de la población (Foucault, 2003: 211-248). Lo que conllevó la extensión de cuidados a la vida en la implantación de los sistemas sanitarios, de medicalización y salud pública, pero atravesadas por la “colonialidad del poder”, vigentes en las medidas biotécnicas aplicadas;¹⁷ que en un primer momento ope-

16 Ana María García, en su película *La Operación* (San Juan), 1982, identifica como “genocidio” la campaña masiva de esterilización de las mujeres en Puerto Rico. La Isla sirvió también como terreno experimental de la pastilla anticonceptiva. Para un excelente análisis sobre esto y otros temas, véase Duprey (2010: 137-143).

17 Por ejemplo, Paul Rabinow, destacado antropólogo dedicado a varios estudios etnográficos sobre la biotecnología incorporando en ellos importantes debates filosóficos contemporáneos, señala: “*For example, the fact that the human genome has been mapped, and population differences at the molecular level identified, does not mean that*

raban tanto en la política de control reproductivo isleño como de la emigración poblacional. Es la colonialidad, que una vez más recuerdo es una forma de poder no limitado a la instancia estatal, la que distribuye los diversos tratamientos y exclusiones de esas poblaciones como también conforme a los teóricos poscoloniales la que construye la jerarquización de los saberes/discursos universalistas modernos en particular los que corresponden a la “ciencia occidental” y la “economía moderna” y su derivado discurso del desarrollo, con una clara matriz de dominio eurocéntrico.¹⁸ Finalmente, la que mantiene el poder de “hacer morir” no solo por la amenaza de la pena de muerte sino también en la “violencia soberana”, que produce la suspensión o abandono de la ley sobre los cuerpos cuya “forma o modo de vida” no importan para los que el “estado de excepción” sobre determinadas poblaciones adquiere permanencia. Puesto de esta manera y distanciándome del concepto de “soberanía” como categoría moderna asociada exclusivamente al estado nacional,¹⁹ podríamos proponer que la “colonialidad” sirve a la actualización de lo que se ha llamado desde la perspectiva europea el “poder soberano”, y que continúa insertada al interior del biopoder. Ese es el término que Foucault usaba indistintamente con el de biopolítica. Esto plantea una gran ambigüedad, porque en el intento de Foucault de desplazar por un lado el asunto del “trabajo” y poner como central a la “vida”, tratando de superar el reduccionismo economicista marxista, y del otro, liberando al sujeto del monopolio de la ley y el Estado para adscribirlo a una constitución a partir de una amplia red social/política de individuación y resistencia, parece no tomar en cuenta que la política es justamente “el suplemento” a toda bios. Es aquello que se resiste a ser pensado a partir de ningún darwinismo naturalista de lo social.²⁰

older understandings of race disappear in the light of this new knowledge” (Rabinow, 2008: 3). También, “*A machine to make a future, Biotech chronicles*” (Dan-Cohen y Rabinow, 2005: 53-61).

18 Los textos de los teóricos poscoloniales (Edward W.Said, Homi Bhaba, Stuart Hall y Gayatri Chakravorty Spivak, entre otros) son extremadamente importantes sobre estos aspectos. Algunos de los más importantes se recogen en “*Reader*”, de la perspectiva poscolonial en Mbembe (2003: 11-40).

19 Un análisis detenido de cómo el concepto de soberanía, originado en los absolutismos monárquicos, se trastocó vía el concepto de nación en el transcurso del siglo XVIII, reformulándose en una doble representación, tanto como “soberanía estatal” y como “soberanía del pueblo”, véase “*Sovereignty of the Nation*” en *Empire* (2000: 93-113). Para un debate sobre el concepto de nación en Puerto Rico, véase “Nación Postmortem, Ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad” (Pabón, 2002).

20 Para un amplio debate sobre el concepto de biopolítica, su eficacia y sus límites, vea los artículos publicados en el primer número de la revista *Multitudes*, en particular a Ranciere, “*Biopolitique ou politique?*” (2000), y Latour, con su texto, “*Biopouvoir et vie publique*” (2000: 88-102).

La “polis”, la política o mejor lo político, siguiendo la tradición gramsciana trata, justamente, de lo común, de lo social, en el interés colectivo de darle “forma a la vida” tanto en sus modos múltiples como en los singulares y diversos en los que no deja de manifestarse como subversión o como “poder constituyente”. No hay determinismo biológico que encuentre en los genes ese destino común y a la vez diferenciado como afirmación de otra forma de vida, distinta al poder constituido como lo es, por ejemplo, el dominio blanco, masculino y heterosexual. Como tampoco lo político se reduce a la forma estatal pública, o a los dispositivos de institucionalidad disciplinaria o de gobernabilidad biopolítica., los atraviesa a todos ellos pero también los rebasa (Negri, 2000: 93-114).²¹

En el caso de los intelectuales vinculados con la “autonomía italiana” (Negri, Virno, Lazaratto) el concepto de biopolítica se conserva.²² Para ellos, la biopolítica se resignifica a partir de una lectura spinoziana/marxista en los conceptos de “multitud” y “general intellect” como figuras nuevas y propias del posfordismo.²³ Se trata aquí de una potencia común /social de autovaloración de la vida, que de manera ambigua escapa o resiste al biopoder, a partir de una subjetivación colectiva que, afirmando la vida la transforma a la misma vez, de manera singular. El problema es que, en estas interpretaciones, aún las más potentes, dejan de lado las formas en que dentro del “Imperio” actúa la “colonialidad” como poder tanto en sus formas históricas/globales pero también en la manera de reorganización posfordista/biotecnológica. A nivel mundial se integran zonas de miseria y núcleos de hiperexplotación con zonas de opulencia e intervenciones biotecnológicas múltiples. La mejor manera de ilustrar esto último es aludiendo a la empresa biotecnológica transnacional Monsanto, establecida por todo el planeta con una encomienda muy distinta a la que impulsó la colonización moderna. Ahora, le corresponde un nuevo mecanismo de “acumulación originaria” que como expresión de la colonialidad se convierte en una máquina de apropiación de saberes, incluso aquellos que habían sido despreciados por la racionalidad científica moderna. La biopropiedad (patentes, copyright, etc.) permite apropiarse de la vida, su

21 También, “*Who is the Subject of the Rights of Man*” (Rancière, 2004) En línea: <<http://www.16beavergroup.org/mtarchive/archives/001879.php>>.

22 Sobre estas concepciones de la biopolítica, véase “*Empire*” (Hardt y Negri, 2000: 22-42) y “*Multitud*” (Hardt y Negri, 2006). También, “*Commonwealth*” (Hardt y Negri, 2009: 56-63). También, “*Du biopouvoir a la biopolitique*” (Lazzarato, 2000: 45-57).

23 Hay en Paolo Virno las mejores páginas sobre el posfordismo y su relación con el concepto de “multitud” y “general intellect” (2003: 66-68). También, “*Virtuosismo y Revolución, La acción política en la era del desencanto*” (2003: 57-66) y “*El posfordismo en medio de una fábula*” (Muníz Varela, 2006: 58-59).

forma y de las fuentes de la biodiversidad del planeta y por tanto del control de fabricar lo viviente. Esa nueva “colonización” y “conquista” va dirigida a los lugares donde esa biodiversidad se encuentra, que es en las zonas tropicales y subtropicales por lo que aquí también América del Sur vuelve a ser un destino preferente. Una nueva explotación y expropiación de riquezas a partir de lo que podíamos llamar un “plusvalor de segundo grado” ya no basado en la “fuerza de trabajo”, sino en un “cerebro colectivo”. Esta bioacumulación necesita controlar los conocimientos locales que las poblaciones del planeta han producido por cientos de años, sus técnicas para el manejo de la existencia como parte de la riqueza común planetaria, y que ahora es expropiada y mercantilizada por la biopropiedad de las empresas de la Vida Inc (Castro Gómez, 2006: 27-50).²⁴

Lo que propongo es que cuando las riquezas globales dejan de ser producidas por “la fuerza” ligada al asalariado y cuando el conocimiento y las “ciencias de la vida” se han convertido en el motor de las “fuerzas productivas” y su producto es la vida misma como en el posfordismo, tanto la “economía política” como la “biopolítica” se transforman en “bioeconomía”.

Como vemos, el paradigma bioeconómico basado en la relación capital/vida ya no necesita desarrollar las formas de regulación política asignadas al proletariado. Con el pasaje a la genética y a lo molecular se ha producido una ruptura cualitativa con la política, degradándose las formas regulatorias modernas de tipo orgánico tradicionales. Tanto la política tradicional referida a la “comunidad” y al “sujeto de derecho” como la biopolítica referida a las estrategias de “governabilidad de poblaciones” partían de la relación entre los valores del capital y el trabajo. Mientras que el nuevo biocapital produce y se reproduce sin necesidad de la filiación de “sujetos”, llámese “proletariado” o “clase trabajadora” y su “plusvalor” lo extrae no del trabajo asalariado/industrial, sino del llamado “capital humano” apropiándose de todas las fuentes de su constitución: afectos, saberes, técnicas, etc., denominadas “externalidades positivas” en el vocabulario economicista. La vida como vida sociobiológica está hoy en el corazón de los sistemas de producción, financiamiento y mercantilización, los cuales forman parte de la máquina de captura que el capital ejerce, especialmente, vía el crédito y el endeudamiento (Lazzarato, 2004: 146-179).²⁵

24 Para el papel de la Monsanto en la biotecnología y las formas de la colonialidad en la India, vea “*Biocapital, The Constitution of Postgenomic Life*” (Sunder Rajan, 2006: 250-251). Para la Monsanto en Puerto Rico, vea “Balada transgénica, biotecnología, globalización y el choque de paradigmas” (Ruiz Marrero, 2005: 240-241).

25 Sobre estos aspectos véase también a “*Life as Surplus, Biotechnology & Capitalism in the Neoliberal Era*” (Cooper, 2008: 28-35). Véase las importantes aportaciones

Es ella, la vida, la que ofrece el nuevo material especulativo, redefiniéndose sus formas a través de procesos diversos, contradictorios y paradójicos de mercantilización, consumo, cura etc. La manipulación del código genético y la experimentación con las cualidades o artificios potenciales del operativo con lo “natural” se instalan directamente en “lo real” del cuerpo. “Sujetos/objetos experimentales” compuestos por objetos parciales, prótesis temporales y variadas combinatorias maquinicas. Lo cual implica que las técnicas de poder ya no dependen y pueden desligarse del registro de lo simbólico, desafiliados de la autoridad de la ley, como también de las estrategias gramaticales que sostienen los discursos. La “fuerza de ley” procede directamente de la bioeconomía y su control dinerario. Las mutaciones tecnocientíficas son las que aseguran la rentabilidad de los mercados y el vínculo con los sistemas financieros a escala global. Podemos adelantar la conclusión del hecho que, en las finanzas, en tanto producción a la vez de valor dinerario y de deuda, logra desplazar a la gobernabilidad, heredera de la pastoral cristiana con la que Foucault asociaba la biopolítica. El resultado es que se minimiza el componente político como mecanismo de regulación, tal y como Foucault lo pensó, este se incorpora a la dinámica de reproducción del nuevo biocapital, sin necesidad de intervención de lo que se había entendido como sistema político para la gubernamentalidad de poblaciones, a menos que no sea bajo las formas excluyentes del “estado de excepción” ya sea el de la crisis o el de emergencia económica y el del narcotráfico.

IN BETWEEN

El nuevo modo de producción bioeconómico responde a un paradigma que despliega no pocas paradojas. Moviliza en beneficio propio todas las prerrogativas fundamentales de la especie “homo sapiens”: “facultad de lenguaje, autorreflexión, afectos, tonalidades emotivas y gustos estéticos, carencia de instintos especializados, adaptación a lo imprevisto, familiaridad con lo posible” (Virno, 2003: 82-85). Todos estos elementos que indican que la producción de valor hace rato que tiene como componente la dimensión subjetiva. Estas capacidades de individuación y singularidad de la existencia componen una potencia infinita, no necesariamente fácilmente capturable, porque tienden a la abundancia, característica de la desmesura del signo y de las significaciones. Siguiendo a Guattari (1990: 56-75), decimos que es un tanto difícil mantener el concepto de “sujeto”, cuando nos referimos a estos acoplamientos antropotécnicos que definen espacios de experi-

sobre el neoliberalismo del siglo XX que hace Foucault “Nacimiento de la biopolítica” (2010: 61-67).

mentación del ser con técnicas performativas y vectores de subjetivación que escapan al dominio del yo y sus identificaciones de autoridad tradicionales. Si no que, más bien, se trata de un “sujeto experimental”, ambiguo, cuasiobjeto, cuasisujeto, que se organiza alrededor de nuevos flujos, conexiones, devenires, objetos y semióticas con las cuales se le concede eficacia estética, plástica y creativa a la existencia. El bios se hace más técnico y la técnica se hace más bios. De ahí que sea fácil reconocernos en lo que ya habíamos planteado: todo es productivo, aunque no todo se captura.

En este terreno también las paradojas se extienden, se impulsa una gramática permanente de la falta, de la enfermedad, del riesgo y a la vez de la cura, del cuidado de sí, del ponerse en forma y de una estética generalizada (Lipovetsky, 2003: 99-128). En otras palabras se hace rentable la insatisfacción permanente que caracteriza al “discurso capitalista” convertido en psicoeconomía del deseo, abonando al repertorio de los nuevos malestares de la cultura. Esta especie bioeconómica parece tener su propio mecanismo de selección, porque la “forma de vida” es asunto de cada cual tanto para la prosperidad, el cuidado y el goce como para la depresión, el abandono y la muerte.

La riqueza y el valor bioeconómico se nutre de la vida en toda su extensión y se aprovecha de la imposibilidad de medir el “intelecto generalizado” convertido en “capital humano” para someter su abundancia a las equivalencias del tiempo de trabajo y al dinero como medida de su valor. Se trata de una explotación de “segundo grado”, distinta a la forma clásica señalada por Marx (Rullani, 2000: 87-113). Sin reconocer que la reproducción de esas capacidades cognitivas responde no a formas individuales y sí a las condiciones de existencia social, de lazos de cooperación, de espacios de libertad y participación, que permiten la manifestación de la potencia creadora e inventiva de los seres singulares. De una parte, este excedente de valor no se reparte en el viviente, su destino bursátil opera justamente con valores a la inversa que los del salario y el empleo.²⁶ Y del otro, tampoco se invierte en los “factores de desarrollo”, todos vinculados a la calidad de la vida: educación, salud, cultura, etc. Lo cual implica que los soportes que permiten desarrollar el “capital humano” han sido abandonados. Con la precariedad generalizada lo que está en juego es la propia fuente de la que se nutre la actual acumulación no industrial y establece la ambigüedad valorativa, incluso de lo que ahora podríamos entender tanto por producción, productividad o competitividad y por supuesto también por solidaridad o comunidad. Todos estos términos adquieren otra significación, se trata de una semántica ya no referida a las formas tradicionales y a las cate-

26 Lazzarato, 2000: 124-148.

gorías con que entendíamos el capitalismo y la sociedad. Todo parece indicar que estamos en el umbral de otro modo de producción que ya no puede separarse, en su expansión y “desarrollo” de otras condiciones de existencia. La “manera de producir” y “la forma de existir” forman parte simultáneamente de las cualidades performativas de los actores que a la misma vez son ahora la fuente principal de riquezas.

Sin embargo, las formas de vida “realmente existentes” no muestran estas virtudes. La “colonialidad bioeconómica” adquiere en Puerto Rico un expediente extremo, cuando el discurso del desarrollo biotecnológico aparece descarnada y literalmente como el “espectro de lo viviente” en una sociedad que no cesa de reproducir en medio de la exuberancia y el lujo la destrucción especulativa, la pobreza en medio de la riqueza y finalmente la indiferencia generalizada con respecto a la “forma de vida” de una buena parte de la población, sometida también al discrimin racial y de género.

A lo mejor es ese el escenario que la nueva “industria de lo viviente” requiere como modalidad de experimentación. Lo viviente es también aquello que llega a su límite: el cadáver, con sus órganos aún vivos, el “cuerpo enfermo” listo para ser traficado o tratado como material de experimentación.²⁷ La “mera-nuda vida” se instala en esas poblaciones que “sobran” atrapadas en la precariedad o sometidas a la política de exterminio dictada por el narcotráfico en contubernio con el narcoestado policíaco/carcelario.²⁸

Al final vale recordar el planteamiento que funciona como hilo conductor de este texto: hay que analizar la producción bioeconómica de la vida y la apropiación del biocapital de lo común, para imaginar lo político por venir, reconociendo que esta ya no seguirá los mismos fines que Foucault le asignó a la biopolítica moderna, y mucho menos a la que él terminó identificando de manera bastante ambigua como la nueva forma de gubernamentalidad impulsada por el neoliberalismo económico del siglo XX.

27 El comercio de órganos, tejidos, óvulos, etc., es uno de los negocios más lucrativos del planeta. En Puerto Rico, la compañía “*Pearls of Life*” ofrece \$2.000 dólares a las mujeres que donan sus óvulos (Morales Blanes, 2007: 20). Ver “En aumento donación de órganos” (Parés, 2003: 16). También, “*Tissue Economics, blood, organs, and cell lines in late capitalism*” (Mitchell y Waldby, 2006: 1-31).

28 El Dr. Enrique Vázquez Quintana indicaba que el riesgo de vivir en Puerto Rico es de 23.2/100 habitantes cuando en el resto del mundo es de 10.7/100 habitantes (2007: 77). Vea también el reporte multisectorial realizado por la Universidad de Puerto Rico y la Universidad de Vanderbilt, Tenesí, el cual señala lo desarticulado e inefectivo del sistema de salud de Puerto Rico, y los altos indicadores de enfermedades crónicas como es el caso del 15% de los puertorriqueños diagnosticados con asma (Parés, 2008: 4).

EL FÁRMACON

La propuesta del “fármakon colonial” me lleva a otra mirada sobre la Isla, primero como laboratorio de la modernidad fordista y ahora como campo de experimentación de la bioeconomía posfordista. Al modo del fármakon griego que sostiene a la misma vez efectos con sentidos opuestos.²⁹

Por un lado, como ya hemos analizado, una sociedad que puede a la misma vez reproducir la vida, ya fuera por la nobleza en la función “curativa” de su establecimiento *biophármaco* o en las formas más extendidas de su consumo, en particular los que se refieren a los gastos de salud, en el que la Isla ocupa el segundo lugar en el mundo. A la misma vez que son desechadas poblaciones, ya fueran recluidas en las cárceles, expulsadas a la emigración o destinadas a enfermedades crónicas y hasta la muerte no solo por la guerra del narcotráfico, sino en muchas otras formas de experimentación de sustancias químicas y de intervenciones médicas. Otra vez particularizamos en lo que venimos indagando: “bios” y “zoe” de manera diferenciada, ambigua y simultánea. A la misma vez, las formas dinerarias en que se asume el cuidado de la vida, destinada y capturadas por las corporaciones *biopharmas* y la bioeconomía walgreenizada.³⁰

La idea del “fármakon” combina, al modo de la figura gramatical del oxímoron, en una misma estructura sintáctica dos significados opuestos que originan un nuevo sentido, de modo que “el remedio es también veneno”, o que “lo que cura también mata”; cualquiera puede constatar esta doble función con simplemente leer las advertencias de los efectos secundarios de cualquier medicamento. Sin embargo, mi estrategia al usar el concepto tiene un alcance más amplio. Lo propongo para representar el modo en el que se reorganiza y resignifica las transformaciones más recientes del capitalismo bioeconómico en Puerto Rico incluyendo su encubrimiento en los discursos de moda con que se revive y se reanima el espectro del desarrollo. Este dejó de estar referido al paradigma industrialista que animó el proyecto de

29 “No existe remedio inofensivo. El fármakon no puede nunca ser simplemente benéfico... El fármakon se encuentra siempre cogido en la mezcla. Ese doloroso goce, ligado a la enfermedad tanto como a su apaciguamiento, es un fármakon en sí”. Ver “La Farmacia de Platón” (Derrida, 1975: 148).

30 Curiosamente, la Bioisla que produce una buena parte de los medicamentos que se producen en el mundo tiene que comprar las medicinas a un precio tres veces mayor al que las venden, por ejemplo, en Canadá. De 1990 al 2000, la venta de medicamentos ha subido de \$660 millones a \$2.650 millones. Walgreens despacha 1.000 recetas diarias comparado con 150 el promedio de los otros establecimientos, y de las 60 farmacias que tiene, Walgreens espera expandirlas a 450 y reclamar leyes más flexibles (Lama, 2004: 3).

“manos a la obra” fracasado con la crisis del fordismo y a tono con los tiempos posmodernos lanza el proyecto de “mentes a la obra”, matriz de la llamada “economía del conocimiento” en la que la Isla parece tener ventajas comparativas.³¹ Curiosamente es esta ventaja la que en los últimos años parece estar en peligro dado los datos alarmantes del éxodo de ingenieros, médicos y una amplia gama de profesionales.³² Habría que añadir que las grandes corporaciones *biopharmas* ubican fuera de Puerto Rico a los profesionales puertorriqueños especializados, por su conocimiento de las reglamentaciones federales sobre los medicamentos producidos por esa industria globalizada. Pero lo más alarmante es que eso que llamamos el modo bioeconómico parece no tener la capacidad de emplear al personal de alta cualificación educativa desarrollado en Puerto Rico (Lama, 2008: 3),³³ sino que hay que recordar lo que aparece a la misma vez de manera paradójica como el fracaso del sistema educativo con un alto por ciento de estudiantes (entre 50%- 60%) desertores, que abandonan tanto la escuela superior sin terminarla y la educación universitaria sin graduarse.

Podríamos convenir que esta fase de la emigración pos- fordista, forma parte de lo que se ha llamado la “fuga de cerebros”, que no es otra cosa que la distribución global de los asociados a la corporación biocapitalista transnacional con una repartición global de los cuerpos. La emigración fordista, no solo era producto del sobrante de una reducida implantación fabril, en el tránsito de una economía agrícola

31 El directivo de mayor rango del Citibank en Puerto Rico, Álvaro Jaramillo, señalaba cómo esta población de alta formación educativa es desaprovechada en la Isla. También, que las corporaciones farmacéuticas radicadas aquí tienen las operaciones financieras en Irlanda (González, 2007: 53). También señala que Citigroup se va de Puerto Rico tras 88 años y después de haber sido la sexta entidad bancaria. Se van a China buscando el mercado de \$2 trillones de dólares en ahorro (González, 2008: 31). Sobre F. Bonnani vea, “Vital retener talentos” (Alfaro, 2006: 70), en el cual el principal directivo de Amgen destaca la importancia de invertir en la educación.

32 El 30% de la población adulta tiene algún grado universitario. La matrícula de estudiantes en ciencias a nivel graduado es solo 8% en Estados Unidos, mientras que en Puerto Rico es de 68% (Andújar, 2007: 84) (Dietz, 2003: 165. Se señala que el Recinto de Mayagüez de la Universidad de Puerto Rico es el primero en ingenieros químicos graduados en comparación con las universidades norteamericanas, así como el tercero en mujeres ingenieras graduadas. También, “Sobresale Mayagüez, Mayagüez es la meca de los ingenieros químicos” (Alfaro, 2007: 56) (Morales Blanes, 2007: 10). Por otro lado, se señala que se tiene más educación con menos ingresos, el promedio por familia es de \$20.900 en el 2007 (2008: 28).

33 Curiosamente, señalaba la economista María Echautegui en un amplio estudio sobre el empleo, que la mayor parte de los empleos en la Isla requieren poca formación y son de bajos salarios (entre \$6.13-\$9.38) y el personal con grado universitario no tiene un lugar en el mercado (2007: 54). Sobre deserción escolar, vea “Vitales las universidades” (Méndez, 2010: 4-5).

a una manufacturera, sino que además correspondía a una suerte de blanqueamiento de la población isleña que a su vez diferenciaba racial y sexualmente los que iban a ser incluidos en los puestos de trabajo y aquellos y aquellas que quedarían irreversiblemente excluidos del mismo (Santiago-Valle, 1995: 28-43). Por tanto el tránsito al posfordismo en los ochenta se dio con una gran parte de la población desafecta a la “ética del trabajo”; de manera que estaba lejos de reproducirse las subjetividades propias de la sociedad disciplinaria.³⁴ De otro lado, las técnicas biopolíticas asociadas con el fordismo, esas a las que Foucault le asignó encargarse de la vida, cuidarla, hacerla productiva, no reprimirla ni matarla, se extendían ampliamente a la población. Eso fue así tanto en el aparato sanitario/higiénico como en el escolar/superior. Se trataba de una población adaptada al sistema médico/hospitalario y a su derivado farmacológico, segmentado por clase en su manejo público o privado. El sistema educativo corría la misma suerte, ampliamente extendido, aunque de manera progresiva diferenciando su calidad en las opciones públicas o privadas y sometiendo a efectos multiplicadores de discriminación y exclusión social, según la población escolarizada viniera de una u otra opción educativa y por tanto de clase social. También esto tenía efectos en la continuidad de estudios universitarios, aunque ahí de manera mas amortiguada no solo por la importancia de la Universidad del Estado, sino porque desde finales de la década del setenta se extiende la forma educativa universitaria norteamericana lo cual traza una transformación masiva al acceso de la educación universitaria privada, ampliándose las instituciones encargadas de ofrecer, también de manera masiva, los grados asociados y graduados. El sistema de becas y de préstamos federales de forma generalizada se torna también un modo de vida para una juventud que rechaza el trabajo *taylorizado*, en el que no se le reconoce sus capacidades cognitivas y creativas dado el estrecho mercado de trabajo ya ampliamente flexibilizado y desregulado, con salarios estancados. No por casualidad la variante puertorriqueña del fordismo ya había determinado durante las últimas décadas del siglo XX que había “demasiados manos”, ahora el posfordismo parece advertirnos que hay “demasiadas mentes”. Curiosa paradoja esta con los discursos económicos de moda acerca de la “economía del conocimiento” y del “capital humano” representados muy bien en la “bioisla”.³⁵

34 Análisis de estos aspectos en el ensayo anterior de este libro. Para una investigación amplia y detallada de las transformaciones recientes de la economía de Puerto Rico, vea *The Economy of Puerto Rico* (Bosworth, Collins y Soto-Class, 2006: 23-37 y 73). En particular, el comentario de José. J. Villamil en esa publicación, *ibid.*, pp. 75-78.

35 Por ejemplo, el 40% de los ingenieros y el 50% de los puertorriqueños con doctorado trabajan en Estados Unidos (González, 2006: 40). La fuga de médicos, enfer-

Aún más, la promesa del nuevo discurso vuelve a rondar la imagen del milagro, puesta de manera más radical que la que heredamos del imaginario del conquistador español. El nuevo “El Dorado” son las biotecnologías y estas han seleccionado a la Isla como su lugar estable de residencia por lo cual el gobernador de turno la bautizaba como corresponde, la “bioisla”. Lo cierto es que el recién inaugurado discurso científicista corría con un cierto desfase. Veamos:

Durante la década de los ochenta, la Isla se convirtió en el enclave de la producción farmacológica norteamericana, enclave porque la investigación y el desarrollo (I+D) de los nuevos productos y nuevas patentes que sirvieron para el relanzamiento y hegemonía de esa industria norteamericana en el mundo, se mantenía en la costa este de Estados Unidos, asignándose a Puerto Rico estrictamente la manufactura de sus medicinas. De esa forma Puerto Rico se convirtió desde hace varias décadas en una de las zonas productoras más importantes del capital y la producción global de esa industria. Vendiendo desde Puerto Rico todo el Advil que se consume en el mundo, pero también el Prozac, Xanax, Viagra, Zocor, Lipitor, etc.³⁶ Esa industria a nivel global tenía en un primer momento sus mercados repartidos, a Irlanda le correspondía el europeo, a Singapur el asiático y a Puerto Rico, las américas. Son las medicinas, productos médicos y ahora los biotecnológicos fabricados en Puerto Rico, punta de lanza que está detrás de los tratados de libre comercio con Centro y Sur América en la competencia de las *Biopharmas* USA con la Europea. Esas industrias *biopharmas* no se fueron al dejar de operar la cláusula 936 del código de rentas internas federal, ahora se acogen a la 30-A. Su actual fase de expansión biotecnológica alcanza inversiones totales para el 2004 de \$3.5 billones de dólares, y ya para ese año la Isla era la segunda jurisdicción federal en ese desarrollo después de New Jersey. En Puerto Rico se ubican 16 de las 20 más grandes de estas empresas, con 57 plantas, siendo la Pfizer el mayor fabricante químico de medicamentos del mundo con 9 de sus 10 principales productos fabricados aquí,

meras y tecnólogos médicos por salarios más altos de E.U. se confirma en el Editorial “Atraídos por E.U. futuros médicos especialistas” (2008: 58). La reforma de salud implantada desde 1993 eliminó gran parte de las residencias que los estudiantes de Medicina realizaban en la Isla. El 33% de los estudiantes egresados de la Escuela de Medicina de la UPR se van a Estados Unidos y se gradúan al año 110 galenos (González, 2006: 40).

36 La producción biotecnológica de Puerto Rico es el 25% de la producción mundial, y el eje más importante de la manufactura de medicamentos en este hemisferio (Jasquille, 2008: 85). También, “Procuran que la isla sea centro de investigación” (Delgado: 2008: 46). Un análisis detallado de las *Biopharmas* se encuentra en “Descodificando la Bioeconomía” (Lama, 2008: 4).

y Amgen es la mayor corporación biotecnológica mundial y tiene a Puerto Rico como su zona principal de inversión. En Puerto Rico la bioeconomía posfordista parecería venirle como anillo al dedo a la nueva marca de promoción y venta global de la Isla: “*The Bioisland*”.³⁷ La fórmula de la expansión es clara, casi no pagan impuestos y sus ganancias son superbillonarias. Son varias las condiciones favorables que presenta la Isla para esas corporaciones, entre las principales están: 1) las deducciones y exenciones contributivas con tasas entre 7% al 10% legislado en el 2001, por cierto, las biotecnológicas están completamente exentas, por ser plantas pioneras. Por ejemplo, en Estados Unidos tributan al 33% y en Puerto Rico también se benefician de los acuerdos que hagan con el Fideicomiso de Ciencia y Tecnología al que se le ha asignado un subsidio estatal de \$125 millones en los próximos 10 años, 2) la alta productividad del trabajador puertorriqueño, su formación educativa superior pero con salarios por debajo de los de Estados Unidos y 3) la “estabilidad política” y “financiera” que ofrece el “status” de la Isla.³⁸ De igual manera, los empresarios señalan como desventajas los altos costos energéticos, los lentos trámites de permisos y el estancamiento económico. Valdría incluir aquí, aunque viene de otro tipo de consejeros, lo que denominan las formas de dependencia, que a veces se perciben como si fuera una especie de maldición u otro veneno más. Se trata de la “dependencia económica y política” de Estados Unidos donde los fondos federales van dirigidos a los que “no trabajan”. En la versión peyorativa se les llama “el mantengo estatal” y en la benévola, son el producto de un “paternalismo

37 Para los datos que configuran la nueva marca *The Bioisland*, vea “Del Laboratorio a la Comercialización” (Custodio, 2008: 3-4). Puerto Rico es sin duda el eje más importante de la manufactura de medicamentos en este hemisferio y son las plantas de aquí las que realizan los montajes más rápidos para esa manufactura. De las 20 medicinas de más venta en el mundo, 19 se fabrican aquí. Las ciencias vivas son referidas a 10 res (Ramírez, 2007: 37).

38 Antonio García Padilla, Presidente de la Universidad de Puerto Rico, resalta la importancia del Fideicomiso de Ciencia y Tecnología, y los planes de desarrollo para Puerto Rico en la ruta de investigación biotecnológica. Por ejemplo, señala que la Pfizer, la mayor farmacéutica química mundial, corre una operación con dos o cuatro personas con grado doctoral, mientras que Amgen, la mayor biotecnológica, necesita 80 doctores (Custodio, 2008: 9). Por otro lado, Hiram Ramírez Rangel, en la reseña del libro de Gary Pisano, “*Science Business: The promise, the reality and the future of Biotech*” (2007), señala que aún la promesa de la biotecnología pronosticada desde hace 30 años, no se cumple. El desarrollo comercial de una medicina puede tomar hasta 15 años y costar un billon de dóla- plantas, entre las que están Amgen, Abbot, Bristol Meyer, Lilly, etc., que sostienen 4.000 empleos directos, el 95% está en las biofarmacéuticas y el 5% en las bioagrícolas (2007: 9-17). Estas plantas utilizan los profesionales de aquí para que establezcan las operaciones, por ejemplo, en Irlanda, Inglaterra, Estados Unidos, el Caribe y América Latina (2007: 9).

populista”. Es curiosa la virulencia con que a veces se articula este discurso, que por cierto está bastante generalizado y lo comparten una variedad de sectores políticos y económicos. Típico de ese discurso es diferenciar y enfrentar las poblaciones, entre aquellos, disciplinados, trabajadores, buenos contribuyentes y ciudadanos cargando injusta y desproporcionadamente, con la carga del sistema contributivo y con esos “otros”, vagos, desertores, delincuentes, criminales, drogadictos, viviendo del “mantengo” que los “buenos puertorriqueños” sostienen. Estos discursos gozan de una gran aceptación pero no hacen más que desplazar a un sector poblacional, responsable de las desdichas, las fuentes múltiples de los malestares contemporáneos que hemos venido analizando. De otro lado neutralizan o encubren los mecanismos económicos de expropiación de riquezas y corrupción del tesoro público, verdadera fuente de creación de supermillonarios.

Siguiendo por el lado de las ventajas que ofrece la bioisla, habría que destacar que el gobierno de Estados Unidos ha ubicado esa producción biotecnológica a un nivel estratégico, subsidiando el 90% de su investigación (Luttwak, 2000: 06-210).³⁹ Es probable que los próximos “lobbys” en el congreso demócrata estén dirigidos a asignar a Puerto Rico algunos de esos fondos, lo cual sin duda habría que celebrar. De todas maneras, el arreglo del enclave que las ubica aquí como corporaciones foráneas parece tener ciertas ventajas, porque se eximen de pagar impuestos federales y por tanto declaran aquí una buena porción de sus ganancias globales y para USA reservan los costos altísimos de la investigación y desarrollo de nuevas patentes de modo que disminuyen su carga contributiva. Mucho me temo que de la fórmula famosa de Investigación+Desarrollo solo veamos lo que sean capaz de obtener de los subsidios gubernamentales, hasta ahora estas empresas invierten \$33 mil millones en I+D pero nada en Puerto Rico.⁴⁰ Lo que sí parece ser un terreno en expansión es lo que corresponde a la fase de ensayo del nuevo producto y su aplicación a una población bajo control, sirviendo también la Bioisla como isla experi-

39 En Estados Unidos se invierten \$284.000 millones anuales en la investigación científica, vea “Medidas para seducir a científicos” (Custodio, 2008: 34). Para un análisis sobre el debate entre lo público y lo privado en la investigación del proyecto de genoma humano, vea “*Biocapital, The Constitution of Postgenomic Life*” (Sunder Rajan, 2006: 183-205).

40 En el 2003 las empresas norteamericanas en Estados Unidos invirtieron en el sector biotecnológico \$33.6 billones (Rose, 2007: 35). También señala que en la conferencia sobre biocapital en Europa en el 2005, se definió a la biotecnología como el motor de la economía de conocimiento y la base del crecimiento de la riqueza. Por lo tanto, Rose no duda que se convertirá en los biovalores financieros para una burbuja futura (2007: 34).

mental.⁴¹ De manera que se continúe esa larga tradición de tener a la población puertorriqueña como “conejiillo de indias”, como lo fue con el “agente naranja”, las pastillas anticonceptivas, o las mujeres esterilizadas entre otros tantos experimentos; Puerto Rico ocupa el segundo lugar en el mundo, solo precedida por Panamá, en mujeres esterilizadas. La demógrafa Judith Rodríguez, señalaba este dato, resaltando que 25 años después de la campaña de esterilización masiva que abarcó 1/3 parte de las mujeres en edad reproductiva, ahora la cifra alcanza el 60% de féminas casadas o en relación estable entre 15-49 años de edad. Se estima que esta cifra aumentará en los próximos años a un 80%, sobre todo, si se toma en cuenta que en las mujeres con un hijo, pacientes de la Reforma de Salud, las esterilizaciones alcanzaron el 90% en el 2006.⁴² Con la diferencia que ahora ese papel experimental, es de forma sistemática, dada la fase expansiva de investigaciones y experimentos de la biomedicina. Es de sobra conocido que la biotecnología, es el sector de punta de la creación de nuevos productos para el siglo XXI y la Isla aparece como un lugar extremadamente valioso para las pruebas clínicas del bioproducto, en particular, los que serán los sustitutos de los medicamentos químicos.⁴³

Actualmente las ganancias en la Isla de estas corporaciones dedicadas a las “Ciencias de la Vida” son el triple que las obtenidas en USA, alcanzando más de \$20 billones anuales y sus empleos no pasan del 3% del total. Una economía donde 2/3 partes del ingreso personal procede principalmente de tres fuentes: los salarios del gobierno, la economía informal que equivale al 20% del valor del PNB y las transferencias federales, descansando en los asalariados las mayores cargas impositivas, con salarios estancados, desempleo de dos dígitos y

41 Los llamados “*clinical trials*” de la industria biotecnológica se desarrollan la mayor parte fuera de Estados Unidos. En 1990 fueron 271 estudios, en 1999 aumentaron a 4.458 y alcanzaron 10.000 pruebas en 2003 (2007: 271). Ese material constituye una especie de “biobanco” o “*bodyparts*” al modo de los “*autoparts*” (2007: 267). El carácter experimental del biocapital y el papel que juegan en países excoloniales, como la India, y su aún posición desigual en la división internacional del trabajo, marcada por la “colonialidad del poder”, en las características que asume la producción *biopharma*, se analiza con todo detalle en el importante libro ya citado de Sunder Rajan (2006: 56-68) y el de Cooper (2008: 15-73).

42 Véase estos datos ofrecidos por la demógrafa Judith Rodríguez en “Por las nubes las cifras de esterilizaciones” (2008: 16). Hay que recordar la manera dramática que esto se expone en la película “La Operación”, (San Juan), 1982, de Ana María García.

43 Por ejemplo, en Puerto Rico se han probado el 98% de las pruebas clínicas del VIH y es el líder en la investigación de los inhibidores de proteínas que permitirán retrasar el virus. En referencia al investigador Dr. Javier Morales García (Rivera, 2007: 107). En Puerto Rico se podría descubrir la cura del cáncer, la esclerosis múltiple y hasta las fobias (Lama, 2008: 4).

un nivel de pobreza del 48% de la población y del 60% de las familias, cifra subestimada porque se computa en base al nivel de precios de USA cuya inflación es considerablemente inferior (Bosworth, Collins y Soto-Class, 2006: 48).

La Nueva Babilonia padece del mismo encubrimiento de la retórica industrialista conservada hasta el fin de las famosas 936 (1996). La economía de Puerto Rico funciona todavía en su aparato industrial tecnificado, a la manera tradicional de la división internacional del trabajo, como un rico “enclave colonial” con miras de obtener superganancias (tres veces más que en USA) libres de impuesto que facilitan su acumulación de capital a escala global. Lo que muestra esta zona fronteriza que ocupa Puerto Rico, es el combinar una posición clásica de las formas históricas en la “división internacional del trabajo” pero ahora en función de punta de la estrategia biocapitalista mundial.

De otra parte, esas enormes riquezas producidas aquí, con el recurso de un “capital humano”, educado en la Isla, no solo tienen pobres efectos multiplicadores internos, si no que la compensación salarial, que es lo que se queda en la Isla, disminuye cada vez más con respecto a su productividad en relación a la porción asignada a la propiedad del capital.⁴⁴ El cuadro de la expropiación se torna aún más extremo cuando analizamos el precio de los productos de la vida inc. Para simplificar, el precio de las medicinas es abusivamente más caro que en el resto del mundo, teniendo aquí uno de sus mercados cautivos. Por ejemplo en 10 años, de 1993 a 2003, el gasto en medicinas aumentó de \$993 millones a \$2,600, más de 250%.⁴⁵ El costo de los servicios de salud privatizados por las aseguradoras y que el documental de Michael Moore, *Sicko* describe de manera dramática, muestran la paradoja que representa el sistema de salud de los Estados Unidos. Siendo Estados Unidos la mayor potencia militar del planeta y la más rica economía del mundo, pero con un sistema de salud privatizado que opera en función de superganancias y que deja fuera a una buena parte de la población, a la misma vez que es el más costoso

44 José A. Delgado. “El lado oscuro de las 936”, en referencia al libro del CNE y Brookings Institution, op. cit., *El Nuevo Día*, 24 de mayo nomy of Puerto Rico, Restoring Growth, (San Juan: Center for the New Economy; Washington, D. C.: Brookings Inst. Pres), 2006, p. 17 y “Desarrollo económico e independencia” (Irizarry, 2007: 78). Ver “Más caro comprar en Puerto Rico” (Arbelo, 2007: 8). Y sobre el mismo tema “Divulgan estudios del senador Orlando Parga sobre los precios más altos en la isla” (Díaz, 2007: 5). En ese escrito los gerentes para Puerto Rico de Walgreens y Wal-Mart explican por qué cobran más caros sus artículos. Debemos añadir que Wal-Mart controla el 30% del mercado de alimentos del país (Maldonado, 2002: 2).

45 Estado Libre Asociado de Puerto Rico, Junta de Planificación, “Gastos de Consumo Personal”, en Ingreso y producto, Tabla 5, 2004, p. 6.

del mundo. Por ejemplo, Estados Unidos invirtió \$6.700 por persona y espera invertir \$1.200 para el 2015 (Fontanet, 2007: 80). En Puerto Rico, los costos de los servicios de salud alcanza \$8.000 millones, lo que equivale al 10% del PNB y es el principal renglón de consumo de las familias; esos gastos son mayores que los de Canadá, Francia y Suecia (Vélez, 2007: 60).

El “fármakon” se torna más dramático, al dar cuenta de la condición de salud de la población. La situación de deterioro en los servicios y el estado de la salud de la población, con los indicadores más altos en varias enfermedades crónicas son renglones que merecerían un mayor detenimiento. Sobre estos aspectos habría que hacer referencia al informe multisectorial preparado por la Universidad de Puerto Rico en conjunto con el Centro para el Mejoramiento de la Salud de la Universidad de Vanderbilt en Tennessee. Después de afirmar el Informe que enfermarse en Puerto Rico, aunque no sea de gravedad podría ser mortal, y que los pacientes se enfrentan a un sistema que pierde médicos consistentemente ya que emigran buscando mejores salarios, señala además el deterioro en la infraestructura de esos servicios con una reforma de salud desarticulada y fragmentada. Con un diferencial significativo entre las asignaciones federales entre la Isla y Estados Unidos, forzando a la emigración de los pacientes de la tercera edad que sufren enfermedades crónicas de larga duración (Parés, 2003: 11). A este cuadro hay que añadirle que la Isla está en los primeros tres lugares de Estados Unidos en enfermedades crónicas como la diabetes, la obesidad, el asma, las enfermedades mentales, el cáncer.⁴⁶ Por ejemplo Puerto Rico ocupa el primer lugar en preeminencia de asma, en ataques cerebrales, en diabetes de adultos y niños, en autismo infantil y enfermedades cardiovasculares (Parés, 2008: 4).⁴⁷

Si la bioisla sostiene los sentidos opuestos que el “fármakon” permite, correspondería recordar que en Puerto Rico operan 20 de las 60 organizaciones mafiosas del mundo. Entran más de 150 toneladas métricas de droga al año con un valor de más de \$20 mil millones y aquí se quedan \$5 mil millones con alrededor de 1.500 puntos de droga, el resto se ubica en Estados Unidos, y solo se verifican el 2% de los 10 millones de furgones que llegan al año. Además, como ejemplo

46 Siendo (el cáncer) la segunda causa de muerte, con 4.829 puertorriqueños muertos en 2004. Para el 2006 el costo total de esa enfermedad en Puerto Rico alcanzó \$1.203,3 millones (Parés, 2008: 6).

47 También, el Dr. Ibrahím Pérez señala que 1 de cada 6 puertorriqueños tiene alguna enfermedad mental (2007: 67). Hay un millón de personas en la Isla que padecen de algún impedimento físico o mental, ver “Crece la población con impedimento” (Prensa Asociada, 2007: 75).

de los bienes de importación para el consumo, el automóvil ocupa un lugar privilegiado, con ventas de más de 130 mil anuales (hay 2.8 millones de carros en la Isla), ocupando el primer lugar del mundo en proporción por milla cuadrada. También la Isla alcanza los primeros lugares del mundo en celulares, computadoras, conexión de Internet, solo por mencionar algunos ejemplos y el “rico puerto” es el cuarto en volumen de carga de los Estados Unidos. Además de que somos el noveno país que más gasta en energía (petróleo) proporcional a la población, sin que la Autoridad de Energía Eléctrica haya financiado la investigación de fuentes alternas de energía en lo que tiene de historia (Mulero, 2003; Rivera, 2003: 50; Roldán, 2003: 18). Curiosamente, la droga, los medicamentos, la gasolina, los carros, el petróleo, están todos relacionados en el origen de la farmacología y la biotecnología, y son ellas también las que protagonizan el gran negocio y a la vez el lado oscuro del fármakon que se oculta con la Bioisla.

El abandono de “la política” por “la economía”, tal y como lo hemos descrito, nos obliga a recomponer desde una perspectiva ética, lo político del modo de ser humano, donde la vida no quede sometida al cálculo restrictivo, ni del salario, ni de la deuda, ni de las equivalencias del mercado, para satisfacer los mecanismos de obtención de superganancias y de la corrupción. Por el contrario, partir recordando a Félix Guattari de una valoración ecológica de la vida y de la inmensa riqueza producida por los nuevos agentes colectivos que abonan justamente a la abundancia y requieren su distribución o gasto desde otra perspectiva, esa que obligaría al cambio copernicano de “la economía” propuesto por Georges Bataille.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio 1998 *Estado de excepción* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo) Trad. Flavia Costa.
- Agamben, Giorgio 1998 *Homo Sacer, el poder soberano y la nuda vida* (Valencia, Pre-Textos) Trad. Antonio Gimeno.
- Agamben, Giorgio 2000 *Medios sin fin* (Valencia: Pre-Textos) Trad. Antonio Gimeno.
- Andújar, Carlos 2007 “Riqueza del capital humano” en *El Nuevo Día*, 24 de mayo.
- Ansell Pearson, Keith 1999 *Germinal Life* (London / New York. Routledge).
- Alfaro, Ana 2006 “Vital retener talentos” en *El Nuevo Día*, 30 de octubre.
- Alfaro, Ana 2007 “Sobresale Mayagüez, Mayagüez es la meca de los ingenieros químicos” en *El Nuevo Día*, 14 de septiembre.

- Arendt, Hannah 2003 "The Origins of Totalitarianism" en *The Decline of Nation-State and the End of The Rights Europa?* (Madrid: Editorial Tecnos).
- Arvelo, Gilberto 2007 "Más caro comprar en Puerto Rico" en *El Nuevo Día*, 5 de diciembre de 2007.
- Bataille, Georges 1987 *La Parte Maldita* (Barcelona: ICARIA) Trad. Francisco Muñoz Escalona.
- Béland, Jean Pierre 2006 *L'Homme Biotech: Human ou Posthuman?* (Canadá: Les Presses de l'Université Laval).
- Benjamin, Walter 1995 *Para una crítica de la violencia* (Buenos Aires: Editorial Leviatán) Trad. Héctor A. Murena.
- Benton, Michael 2008 *The History of Life* (USA: Oxford University Press).
- Bosworth, Barry; Collins, Susan y Soto-Class, Miguel 2006 *The Economy of Puerto Rico: Restoring Growth* (San Juan: Center for the bioeconomía).
- Canguilhem, Georges 2008 *Knowledge of Life* (New York: Fordham University Press), 2008.
- Castro Gómez, Santiago 2006 "Le chapitre manquant d'Empire" en *Multitudes* No. 26, Otoño.
- Cooper, Melinda 2008 *Life as Surplus, Biotechnology & Capitalism in the Neoliberal Era* (USA: University of Washington Press).
- Custodio, Marie 2008 "Medidas para seducir a científicos" en *El Nuevo Día*, 12 de septiembre.
- Custodio, Marie 2008 "Del Laboratorio a la Comercialización" en *El Nuevo Día*, 17 de septiembre.
- Dan-Cohen, Talia y Rabinow, Paul 2005 *A machine to make a future, Biotech chronicles* (Princeton and Oxford: Princeton University Press).
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix 1994 *¿Qué es la Filosofía?* (Barcelona: Anagrama) Trad. Thomas Kauf.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix 1998 *Mil Mesetas* (Valencia: Pre-Textos) Trad. José Vázquez Pérez.
- Delgado, Ileana 2008 "Procuran que la isla sea centro de investigación" en *El Nuevo Día*, 20 de septiembre.
- Delgado, José "El lado oscuro de las 936" en *El Nuevo Día*, 24 de mayo.
- Derridá, Jacques 1992 "Force of Law: The Mystical Foundation of Authority" en *Deconstruction and the Possibility of Justice* (New York / London: Routledge).
- Derridá, Jacques 1975 "La Farmacia de Platón" en *La Diseminación* (Madrid: Editorial Fundamentos) Trad. José Martín Arancibia.

- Díaz, Marian 2007 “Divulgan estudios del senador Orlando Parga sobre los precios más altos en la isla” en *El Nuevo Día*, 31 de octubre de 2007.
- Dietz, James 2003 *Puerto Rico Negotiating Development and Change* (Boulder: Lynne Rienner Publishers).
- Duprey, Marlene 2010 *Bioislas, Ensayos sobre biopolítica y gubernamentalidad* (San Juan: Ediciones Callejón).
- Echautégui, María 2007 “Por debajo de la mesa” en *El Nuevo Día*, 20 de mayo.
- Editorial, 2008 “Atraídos por E.U. futuros médicos especialistas” en *El Nuevo Día*, 9 de abril.
- Estado Libre Asociado de Puerto Rico, Junta de Planificación 2004 “Gastos de Consumo Personal” en *Ingreso y producto*.
- Fontanet, Julio 2007 “Michael Moore y nuestra salud” en *El Nuevo Día*, 2 de agosto de 2007.
- Foucault, Michel 1963 *El nacimiento de la clínica* (Argentina: Siglo XXI) Trad. Francisca Perujo.
- Foucault, Michel 1980 *La verdad y las formas jurídicas* (Barcelona: Gedisa).
- Foucault, Michel 2003 “Hay que defender la sociedad” en *Cursos del College de France 1975-1976* (Madrid: Akal) Trad. Horacio Pons.
- Foucault, Michel 2010 *Nacimiento de la biopolítica* (Argentina: Fondo de Cultura Económica) Trad. Horacio Pons.
- González, Jonisabel 2006 “Difícil reclutar profesionales de la salud” en *El Nuevo Día*, 23 de octubre.
- González, Jonisabel 2007 “Banqueros sacan la cara por el sector privado” en *El Nuevo Día*, 18 de septiembre.
- González, Jonisabel 2008 “CitiGroup reporta pérdidas astronómicas” en *El Nuevo Día*, 19 de abril.
- Guattari, Félix 1990 *Las Tres Ecologías, Trad. Umbelina Larraceta* (Valencia: Pre-Textos).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2000 “Sovereignty of the Nation” en *Empire* (USA: Harvard University Press).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2006 *Multitud* (España: De Bolsillo) Trad. Juan Antonio Bravo.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2009 *Commonwealth* (Cambridge: Harvard University Press).
- Irizarry, Edwin 2007 “Desarrollo económico e independencia” en *El Nuevo Día*, 29 de mayo de 2007.
- Jasquille, Boris 2008 “Millonaria cosecha” en *El Nuevo Día*, 10 de febrero.

- Lafontaine, Celine 2004 *La Société Post-Mortelle, la mort, l'individu et le lien social à l'ère des technosciences* (Paris: Seuil).
- Lama, Rafael 2004 "La venta de medicamentos" en *El Nuevo Día*, 25 de abril.
- Lama, Rafael 2008 "Descodificando la bioeconomía" en *El Nuevo Día*, 17 de septiembre.
- Latour, Bruno 1993 *We have never been modern* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press).
- Latour, Bruno 2000 *Biopouvoir et vie publique* (Paris: Association Multitudes).
- Latour, Bruno 2005 *Reassembling the Social, an introduction to actor-network theory* (New York: Oxford University Press Inc.).
- Lazzarato, Mauricio 2000 "Du biopouvoir a la biopolitique" en *Multitudes* No. 1.
- Lazzarato, Mauricio 2004 *Les revolutions du capitalisme* (Paris: Les Empecheurs de penser en rond).
- Lipovetsky, Gilles 2003 *Metamorfosis de la cultura liberal* (Barcelona: Anagrama) Trad. Rosa Alapont.
- Luttwak, Edward 2000 *Turbocapitalismo* (Barcelona: Crítica).
- Maldonado, José 2002 "El año de la transformación", Revista Negocios en *El Nuevo Día*, 29 de diciembre.
- Mbembe, Achille 2003 *Necropolitics, Public Culture* (Durhan and London: Duke University Press).
- Méndez, Milly 2010 "Vitales las universidades" en *El Vocero*, 27 de julio.
- Millán, Carmen 2003 "Alto el precio a pagar por la salud" en *El Nuevo Día*, 7 de julio.
- Mitchell, Robert y Waldby, Catherine 2006 *Tissue Economics, blood, organs, and cell lines in late capitalism* (Durham y London: Duke University Press).
- Morales Blanes, Sandra 2007 "Donación de óvulos" en *El Nuevo Día*, 10 de octubre.
- Mulero, Leonor 2003 "Un edén del contrabando" en *El Nuevo Día*, 22 de junio.
- Muniz Varela, Miriam 1999 "Pensar la violencia para hablar de..." en *Bordes* No. 7.
- Muniz Varela, Miriam 2006 "La universidad y la ley: las paradojas de la impotencia" en *Ni una vida más para la toga* (San Juan: Ediciones Callejón).
- Muniz Varela, Miriam 2006 "El posfordismo en medio de una fábula" en *Revista Entorno, Colegio de Arquitectos y Arquitectos Paisajistas de Puerto Rico* No. 5.

- Pabón, Carlos 2002 *Nación Postmortem, Ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad* (San Juan: Ediciones Callejón).
- Parés, Marga 2003 “En aumento donación de órganos” en *El Nuevo Día* 4 de julio.
- Parés, Marga 2008 “Un riesgo enfermarse en la Isla” en *El Nuevo Día*, 6 de septiembre.
- Parés, Marga 2008 “Retos en Salud” en *El Nuevo Día*, 12 de septiembre.
- Pérez, Ibrahim 2007 “Alarmante la enfermedad mental” en *El Nuevo Día*, 26 de noviembre.
- Pisano, Gary 2007 *Science Business: The promise, the reality and the future of Biotech* (Massachussets: Harvard University Press).
- Prensa Asociada 2007 *Crece la población con impedimento*.
- Rabinow, Paul 2008 “Marking Time” en *The Anthropology of the Contemporary* (USA: Princeton University Press).
- Rancière, Jacques 2000 *Biopolitique ou politique?* (Paris: Association Multitudes).
- Rancière, Jacques 2004 *Who is the Subject of the Rights of Man* en línea: <<http://www.16beavergroup.org/mtarchive/archives/001879.php>>.
- Rivera, Aurora 2007 “Líder en la investigación VIH” en *El Nuevo Día, Por Dentro*, 26 de noviembre de 2007.
- Rodríguez, Judith 2008 “Por las nubes las cifras de esterilizaciones” en *El Nuevo Día*, 16 de noviembre de 2008.
- Roldán, Camila 2003 “Cuesta arriba la fiscalización” en *El Nuevo Día*, 29 de julio.
- Rose, Nikolas 2007 *The Politics of Life Itself, Biomedicine, Power and Subjectivity in the Twenty-First Century* (USA: Princeton University Press).
- Rivera, Daniel 2003 “Vinculado con la droga el 90% de los asesinatos” en *El Nuevo Día*, 18 de julio.
- Ruiz Marrero, Carmelo 2005 *Balada transgénica, biotecnología, globalización y el choque de paradigmas* (San Juan: Proyecto de Bioseguridad de Puerto Rico).
- Rullani, Enzo 2000 “Le capitalisme cognitive: du déja-vu” en *Multitudes* No. 2 mayo.
- Santiago-Valle, Kelvin 1995 *Bordes*.
- Simondon, Gilbert 2001 *Du mode d'existence des objets techniques* (Aubier: Paris).
- Sloterdijk, Peter 2000 *Normas para el Parque Humano* (Madrid: Siruela) Trad. Teresa Rocha.

- Sunder Rajan, Kaushik 2006 *Biocapital, The Constitution of Postgenomic Life* (Durham and London: Duke University Press).
- Tarde, Gabriel 2001 *Les lois de l'imitation* (Paris: Les empecheurs de penser en rond).
- Vázquez Quintana, Enrique 2007 "El riesgo de vivir en Puerto Rico" en *El Nuevo Día*, 13 de marzo.
- Vélez, Gustavo 2007 "Costos de la salud" en *El Nuevo Día*, 20 de mayo.
- Virno, Paolo 2003 *Gramática de la Multitud Para un análisis de las formas de vida contemporáneas* (Madrid: Traficantes de Sueños) Trad. Adriana Gómez.
- Virno, Paolo 2003 *Virtuosismo y Revolución, La acción política en la era del desencanto* (Madrid: Traficantes de Sueños) Trad. David Gómez, H. Romero y R. Sánchez Cedillo.
- Zizek, Slavoj 2010 *Living in the End Times* (London, New York: Verso).

ESCENARIO DEMOCRÁTICO Y POLÍTICA DE LAS DIFERENCIAS*

Nelly Richard

El paso de la política como *antagonismo* (la dramatización del conflicto regido por la mecánica del enfrentamiento dictatorial) a la política como *transacción* (la democracia de los acuerdos con su fórmula del pacto y su tecnicismo de la negociación) no podía sino traer paradojas y desconciertos:

en los procesos de democratización, cuando se rompen las ataduras y se hace trizas el proyecto negativo de la dictadura frente a la cultura, y cuando se establece la libertad creativa y de expresión, pareciera vivirse una nueva paradoja. Las energías que se expresaron en el mundo cultural y que contribuyeron a desatar el proceso de democratización, parecieran agotarse y subsumirse en el mundo renacido de la política, donde todo es negociación, concertación, búsqueda de consenso y atenuación del debate cultural para evitar cualquier riesgo (real o imaginario) de regresión autoritaria. (Garreton; Sosnowski; Subercaseaux, 1993: 8-9)

¿Cómo se formularon tales paradojas en el medio cultural chileno de la transición democrática y cómo afectaron la renovación de sus lenguajes, la rearticulación de sus fuerzas culturales y de sus energías críticas?

* Richard, Nelly *La insubordinación de los signos* 1994 (Santiago de Chile: Cuarto Propio).

EL JUEGO DE LAS SIMBOLIZACIONES CULTURALES

Artistas e intelectuales levantan habitualmente su queja contra el hecho que la cultura es siempre objeto de marginaciones y postergaciones, comparado con la prioridad que tienen las demandas mayoritarias (educación, justicia, trabajo, salud, etc.) en el calendario de problemas fijado por la agenda nacional. Y es cierto que la cultura está siempre a la merced de algún recurso *sobrante*, porque ella misma es concebida por la racionalidad política como un *excedente* de sentido. Las metáforas del arte y de la literatura siempre nos hablan de excedencia y desmesura, al recargar de *formas indirectas* el contenido práctico-comunicativo del mensaje que regula el intercambio social. La política tiende a protegerse de la ambigüedad de los signos con la que juegan las metáforas culturales funcionalizando a la cultura, convirtiéndola en un mero *producto* a administrar mediante aparatos de regulación y de coordinación burocráticas. Ese funcionalismo instrumental castiga, de hecho, la manera que tienen las metáforas artísticas y literarias de malgastar el presupuesto comunicativo del lenguaje práctico ornamentándolo con sus suntuosos y suntuarios arabescos de signos, de traicionar la concepción representacional del mensaje artístico vehiculado por formas que se desempeñan accesoriamente en la tarea de expresar el compromiso del arte con una verdad a transmitir.

Para imaginar nuevas relaciones entre cultura y política, hace falta primero romper el esquema mecanicista de una determinación causal entre lo real-social (la racionalidad productiva) y lo ideológico-cultural (la expresividad simbólica). Ese esquema no hace sino reprimir la autonomía-heteronomía de las formas, al suponer que el arte y la literatura solo deben encargarse de reflejar los conflictos que se encuentran ya formulados y consignados por la razón social. Como si la cultura fuera un mero suplemento-complemento expresivo que, si bien detenta el privilegio de transfigurar la realidad en símbolos, carece del protagonismo suficiente para criticar la organización discursiva de esa realidad desde modelos de significación alternativa. Entrar a valorizar tal protagonismo, implica reconocer la capacidad que tiene la cultura de transformar y rearticular las determinantes sociales mediante un juego cruzado de contrarréplicas que exacerbaban las *asimetrías* y los *desfases* hasta romper con la uniformidad de las programaciones de series trazadas por la racionalidad dominante. La relación de estructuras entre estética y sociedad es una relación basada no en correspondencias lineales de formas y contenidos, sino en respuestas desencajadas por las múltiples fracturas de signos de la creación simbólica que estremecen cualquier orden de traspaso lineal entre texto y contexto. La cultura no ilustra las tensiones sociales como si estas

fueran el referente preconstruido que la obra debe pasivamente reflejar. Lo que hacen las prácticas artístico-culturales es desmontar y reformular activamente tensiones y antagonismos a través de figuras de lenguajes que intervienen la discursividad social redistribuyendo sus signos cambiados en nuevas constelaciones múltiples y fluctuantes. Es entonces cuando estas prácticas artístico-culturales burlan el afán de totalización unificante de la ideología. Es entonces cuando se muestran capaces “de trasuntar un pensamiento articulado, pero también sus *vacilaciones* y *desfallecimientos*, las zonas más oscuras en que se gesta la ideología, recogiendo los conflictos y contradicciones de su tarea interpretativa de una realidad concreta” a través de lo que deja *residuos* (Rama: 1983: 242). Tal como lo señalaba Ángel Rama, es entonces cuando “la multiplicidad de niveles y planos en que simultáneamente se desarrolla la obra” forma un “producto compuesto donde quedan las huellas de las fuentes, en diversa intensidad y profundidad, pero también los del funcionamiento concreto del campo de fuerzas” que esa obra desplazó y reconfiguró en diseños alternativos a los establecidos por las codificaciones dominantes (1983: 242).

Revalorizar la cultura desde un punto de vista democrático, implica potenciarla como el escenario de las mediaciones simbólico-institucionales donde códigos e identidades traman interactivamente significaciones, valores y poderes. Un escenario donde se forman los registros que articulan el sentido y donde batallan los sentidos en torno a los múltiples conflictos de legitimidad e interpretación que animan el debate de las formas. Esta revalorización de la cultura como *teatro de representaciones* exige pensar sobre “los mecanismos del lenguaje figurado, de la ficción y del artificio” en cuanto “pueden ayudarnos a elaborar construcciones más agudas acerca de la sociedad, conformada también, y en gran parte, por deseos esquivos, por espejos, por sombras y por máscaras” (Escobar: 1991). Estas sombras y máscaras les hacen saber a los investigadores de las ciencias sociales que no pueden seguir ignorando que “hay cuestiones básicas que pueden recibir formulaciones más sutiles y eficaces si son concebidas, también, como conjunto de maniobras ficcionales” asociadas “al potencial debelador del tropo que disfraza, oscurece y falsea por un lado para, por otro, intensificar las significaciones y sugerir accesos nuevos de comprensión” (1991).

Tomando en cuenta la desmovilizadora crisis de proyectos que afecta a la ciudadanía en el horizonte *post* (leitmotiv de cualquier comentario de fin de siglo sobre el debilitamiento de las ideologías y el fracaso de las utopías), es difícil creer que la política logrará recapturar la imaginación social sin hacer el gesto de aventurarse en los “rodeos y merodeos” (Escobar) de las simbolizaciones culturales. Son

ellas las que nos convencen –en palabras de García Canclini– de que “quizás el mayor interés para la política de tomar en cuenta la problemática simbólica no reside en la eficacia puntual de ciertos bienes o mensajes, sino en que los aspectos teatrales y rituales de lo social vuelven evidente lo que en cualquier interacción hay de oblicuo, simulado y diferido” (García Canclini, 1989: 327). Son estas actuaciones simbólicas tramadas por la *figuratividad* de los mensajes culturales, las que recrean una densidad de acontecimientos de sentido capaz de reintensificar la materia de los signos hoy mayoritariamente vaciada por el tecnicismo instrumental del *dato*.

LAS REDEFINICIONES DEL INTELECTUAL

La reapertura democrática normalizó las condiciones de producción y de comunicación socioculturales al rehabilitar los formatos de intervención pública (la prensa, la televisión, las universidades, los ministerios, etc.) que la censura del régimen autoritario había prohibido o restringido. Esta normalización de las prácticas desdramatizó el sentido de las relaciones entre cultura y política que estaban fijadas, bajo dictadura, por la dialéctica del enfrentamiento.

El nuevo contexto –en el que la institución pasó de autoritaria a conciliadora, de represiva a dialogante– volvió obsoleta la figura rígida de la exterioridad radical que era el modelo de oposición al sistema durante el período anterior; cuando lo integrado y lo marginado se regían por la severa topografía del adentro/afuera. Este reordenamiento institucional del juego de relaciones entre cultura y política llevó a artistas e intelectuales a revisar su imaginario de la ruptura ligado a una cultura oposicional que extraía su pathos de la negatividad contestataria. Para quienes resolvieron no plegarse a las maniobras gestonarias del reacomodo administrativo, el desafío de reelaborar nuevas tácticas de crítica institucional significó aprender el “trayecto que va de gestos rígidos, fijados, a gestos móviles, astutos” (Valdés, 1983: 137): un trayecto que prolongó la lección del camino aprendido por la “nueva escena” –en la década pasada– al “recorrer un espacio que no respondía a trazados preconcebidos” y al “postular una exploración en el sentido, una percepción de la experiencia del autoritarismo por otros medios que los que entonces ofrecía el discurso ideológico” (1983: 137).

Todos estos cambios de formatos y conductas relanzaron necesarias preguntas sobre la tarea de los artistas, críticos e intelectuales hoy insertos en el aparato institucional de la transición democrática y puestos al servicio de la legalización del consenso, en cuanto a su capacidad de seguir formulando “opiniones que desacomodan, impugnan, interrogan y abren el horizonte” de los significados mayoritariamente convenidos y aceptados (Brunner, 1990).

Las definiciones del intelectual más cargadas de emblematicidad en América Latina habían sido las tradicionalmente forjadas por el pensamiento de izquierda. Ese pensamiento valorizaba el intelectual como productor o articulador de ideologías que ponía su capacidad racionalizadora-sintetizadora de ideas e ideales al servicio del programa de luchas sociales y de enfrentamientos políticos modelizado por el instrumento revolucionario del partido. Era el intelectual que comunicaba una “visión de mundo”, avalado por la certeza de detentar las claves de inteligibilidad de la historia y de ser el encargado de transmitir las al resto de la sociedad como verdad universal. Era el intelectual que hablaba en representación-delegación de los intereses de clase de los sectores desposeídos y enajenados (el pueblo, las masas) anticipando y movilizándolo su toma de conciencia colectiva del significado último de los combates de la historia. El enfoque gramsciano del “intelectual orgánico” corrigió esa programática de Vanguardia-Revolución, al resituar las relaciones entre clase intelectual, sectores sociales y partidos políticos, dentro de una configuración más plural y estratificada de luchas de poder y competencia hegemónica. La concepción del intelectual orgánico de Gramsci como “representante de la hegemonía” pasó, a su vez, a ser discutida por el nuevo modelo del “intelectual sectorial” de Foucault: un intelectual que *sitúa* su crítica al poder en el interior de la multiplicidad dispersa de sus redes de enunciación y circulación buscando hacerlas estallar mediante tácticas oblicuas de resistencia *local* a las jerarquías del sistema. Estas sucesivas redefiniciones del intelectual marcan diversos tipos de relaciones entre teoría y práctica, saber y militancia, crítica e ideología. Y esas relaciones a su vez comprometen diversas versiones de cómo articular el nexo entre las fronteras cerradas de la cultura como práctica especializada y el campo abierto de la intervención social. Si, por un lado, “la idea romántica de la continuidad orgánica entre cultura, ideología y política produce unificaciones a menudo indeseables”, por otro lado, “la afirmación de una autonomía radical entre las esferas, evita pensar en la complejidad formal y conceptual de los nexos” (Sarlo, 1985). Sortear el reduccionismo de tal oposición, implica –en la voz de Beatriz Sarlo– “repensar las relaciones entre cultura, ideología y política, como relaciones gobernadas por una tensión ineliminable que es la clave de la dinámica cultural, en la medida en que cultura y política son instancias disimétricas y, por regla general, no homológicas”, y pensar también esas relaciones no como invariables “sino como producto de las formas de la cultura y de las funciones de la ideología y la política en momentos determinados de una sociedad” (1985), expuestas entonces a inevitables ajustes y reconversiones.

¿Cuáles ajustes y reconversiones marcan la situación del intelectual en el Chile de hoy?

Cabe desde ya señalar que la precariedad del medio cultural chileno no permite que la figura del intelectual se instituya tan públicamente como ocurre en otros contextos latinoamericanos donde ejerce un rol preponderante en la constitución del pensamiento cultural nacional. Pero, aunque informalmente cumplidos, ciertos desempeños públicos retratan como intelectuales a quienes ocupan posiciones significativas en algún segmento de la trama socio-cultural, simbolizando un prestigio de autoridad frente a la opinión pública. Es particularmente el caso de los científicos sociales que, después de haber intervenido bajo dictadura en la reflexión teórico-política sobre el proceso de redemocratización chilena, se encuentran hoy incorporados a las gestiones de ministerios del gobierno de la transición democrática. Legalizados como expertos por la máquina institucional de las políticas de gobierno, el economista y el sociólogo de prestigio exhiben hoy la racionalidad planificadora de su saber como garantía técnica de eficiencia. Esta racionalidad hace que, “tal como antes los intelectuales se dedicaban a convertir la teoría en ideología, ahora los que se vinculan al poder, la traducen en medidas” (Garreton, 1992). El imperativo de planificación del orden exige una traductibilidad del pensar que debe ser capaz de organizar el conocimiento en términos de servicios y rendimientos: ¿cuáles son, entonces, los márgenes sobrantes para que esos intelectuales despliegan en ellos temas *no funcionales* a la administratividad del orden?

Esta institucionalización de la función intelectual en tiempos gobernados por el imperativo normalizador de la recuperación-consolidación del orden, reabre la pregunta –ya formulada en otros contextos de redemocratización latinoamericana– de cómo aprender a regularizar los mecanismos de consenso democrático sin que este consenso genere puro consentimiento y haga que “la inquietud se estanque en los hábitos de la institución y que el intelectual no sea más que un intérprete del orden” (Altamirano, 1986):

Si la modernidad no ha de ser únicamente una cultura de la eficiencia y de la razón instrumental, si la democracia no ha de ser solo preservación del estado de derecho y ritualización de la competencia política, siempre aparecerán, más allá del poder y de los que aspiran al poder, más allá de la institucionalización académica o estatal, intelectuales que hagan preguntas impertinentes, reinterpreten el conflicto, lo hagan aparecer y legitimen cuestiones que no figuran en la agenda pública ni merecen la atención de los media. (1986)

Estas preguntas impertinentes que se rebelan contra el excesivo disciplinamiento institucional (contra sus saberes demasiado norma-

tivos, sus razones demasiado ortodoxas) son las únicas cargadas de una energía crítica que puede corregir la melancólica impresión de quienes sienten –juntos a José Joaquín Brunner– que, “con el paso del tiempo”, se han convertido “sus conversaciones sobre la cultura en algo que se asemeja cada día más a un intercambio entre funcionarios” (Brunner, 1994: 71), debido al signo de “una época que confunde la cultura con la burocracia y emplea las políticas culturales para racionalizar su propia falta de sentido” (1994: 75).

DIVERSIDAD CULTURAL Y PLURALISMO CRÍTICO

La problemática de la cultura democrática se resume generalmente al problema de la democratización cultural: es decir, al problema de cómo ampliar los niveles de acceso de la población masiva a los bienes culturales que forman parte del patrimonio artístico de la cultura nacional. En tanto “modelo de política cultural”, la democratización cultural

tiene como objetivo repartir el capital y la acumulación cultural que existe en la sociedad. Se trata de una propuesta extensiva que busca facilitar el acceso de las mayorías a los bienes culturales, bienes que abarcan de preferencia las expresiones artísticas legitimadas por la tradición. Se trata también de lograr una mejor distribución geográfica y social de la infraestructura a través de la cual circulan esos bienes (cines, bibliotecas, librerías. etc.). (Subercaseaux, 1991)

Pero falla el sentido más proyectivo de esta democracia cultural si las políticas que buscan una redistribución más igualitaria del consumo social, no se preocupan a la vez de estimular mecanismos de participación creativa en el trabajo de elaboración y definición de los registros de arte y de cultura socialmente activos que conforman el material simbólico en base al cual una sociedad se piensa a si misma. La democracia no debe solo ser “pluralidad cultural”, sino también “polisemia interpretativa” (García Canclini, 1989) en cuanto a su disposición para abrir las significaciones en curso a una diversidad de puntos de vistas que module comprensiones variadas y variables de la realidad social y de sus simbolizaciones culturales. Este ejercicio que consiste en multiplicar lecturas y en confrontar interpretaciones es solo posible si se activan zonas de debate crítico que reflexionen y polemiquen en torno a la organización de los discursos de la cultura y a la fabricación de sus mensajes artísticos según códigos que deben ser permanentemente reevaluados desde el punto de vista de lo que incluyen o excluyen. Estas necesarias zonas de debate y reflexión han pasado a ser hoy en Chile completamente secundarias en relación a las otras dimensiones del arte y de la cultura que acaparan diariamen-

te los recursos y atenciones de la escena pública. Predominan imágenes que subliman el arte a través de representaciones del artista y de la creación que los hacen flotar en un plano desmaterializado, donde ilustran fetichistamente un *plus* de sensibilidad o imaginación destinado a retocar –decorativamente, “femeninamente”– la discursividad social. La escena pública no piensa la cultura ni como *proyecto intelectual* ni como *debate de ideas*. Le niega la capacidad de tener la misma densidad de significados que la que, supuestamente, contienen las tribunas políticas, encargadas por la prensa y la televisión de ser las únicas en exhibir reales pugnas de argumentaciones: “no hay en Chile una filosofía de acción cultural que ponga a los creadores y sus obras en un plano tan relevante de la vida pública como el que ocupan empresarios, banqueros, políticos y futbolistas. La celebración del artista y su obra es puntual, mezquina y segmentada. El intelectual y el artista están arrinconados en su creación, reducidos a la soledad y sienten que su presencia le es indiferente al poder y a los medios de comunicación”, dice Antonio Skármeta (1994: 96).

El escenario democrático ha hecho prevalecer una dimensión de cultura-espectáculo que lo llena de visibilidad y de figuración numérica hasta que el simbolismo complaciente de lo mayoritario borre los matices del pliegue crítico-reflexivo y disipe las ambigüedades de todo lo que no contribuye directamente a la vistosidad de las actuaciones. Esta dimensión de cultura-espectáculo ha privilegiado un modelo de pluralismo que se congracia con la pluralidad reuniendo la mayor diversidad de opiniones, pero cuidándose de que ninguna confrontación de tendencias desarmonice el equilibrio que lleva las diferencias a coexistir pasivamente bajo un régimen neutral, alineadas todas por igual bajo la fórmula reconciliatoria –y conciliadora– de la suma. Una fórmula sin duda necesaria para el ejercicio de la tolerancia hacia la máxima diversidad de opiniones, pero no suficiente para que esa diversidad *articule* una competencia de lecturas que diseñe alternativas de sentido, que potencie las energías confrontacionales de cada diferencia para romper así el neoeclecticismo laxo del “todo vale”. Solo un cierto partidismo de la diferencia lograría que lo plural y lo múltiple pasaran de *variedad indiferenciada* a ser juego contrastado de *variantes diferenciadoras*, introduciendo cortes y demarcaciones de sentido capaces de problematizar las tendencias más homogeneizadoras del pluralismo oficial.

En la introducción a su libro sobre la literatura post-golpe en Chile que retrasa el itinerario de la “nueva escena”, Eugenia Brito –a comienzos de los noventa– decía: “creo que este período de transición a la democracia pueda tal vez generar, en la crítica literaria, el marco teórico requerido para repensar ciertas experiencias del país bajo

perspectivas más amplias e integradoras. Sin embargo, tal integración debería salvaguardar las diferencias: de otro modo caeríamos otra vez en la visión única de un proceso” (Brito, 1990: 12). El llamado a “salvaguardar las diferencias” pretendía que se respetara la multiplicidad y las contradicciones de una secuencia artística no uniforme que dio lugar a estrategias alternativas y divergentes de resistencia cultural; estrategias cuyas posturas y contraposturas no han sido suficientemente delimitadas ni confrontadas. Aún faltan las oportunidades de debate crítico que lleven sus gestos a “jugar unos con otros y sobre todo unos contra otros, hasta producir un efecto que no está en ninguno y se aprovecha de la fuerza de todos” (Valdés, 1994: 146). Ese juego apela a la capacidad de articular “una mirada política” sobre las prácticas culturales, en el sentido de una mirada capaz de fijarse “en aquellos discursos, prácticas, actores, acontecimientos que afirmen el derecho a intervenir en contra de la unificación, exhibiendo frente a ella, el escándalo de otras perspectivas”, y que “ponen en el centro del foco las disidencias” (Sarlo, 1985) como una manera de criticar lateralmente la hegemonía de los grandes pactos simbólicos y discursivos –el mercado, la institución– que tienden a estandarizar las conductas de los receptores culturales.

La consigna de recuperación-consolidación del orden en la fase de transición democrática ha priorizado metas de estabilidad que tendieron a postergar los contrapuntos diferenciadores. Una cierta ritualización del consenso ha cumplido con eliminar las señas rememoradoras de cualquier enfrentamiento de posiciones que amenazaran con romper la voluntad general de apaciguamiento de los conflictos. Trasladada al campo de la cultura, esa consigna de moderación oficial ha favorecido las prácticas más acordes con el nuevo formato de distensión nacional que llama a *aquietar* en lugar de *inquietar* el orden del sentido, y ha desfavorecido aquellas otras prácticas que siguen concibiendo el lenguaje como zona de disturbios.¹

Existe una demanda generalizada por lenguajes transparentes y comunicaciones directas que busca obsesivamente desprenderse del “oscuro formalismo” y del “rebuscado esteticismo” (Cárcamo, 1993) impuestos por “la retórica en extremo intelectualista” de la “nueva escena” en los años recientes (Cárcamo, 1993). La pesada carga de autorreflexividad crítica depositada en prácticas que sometieron a revisión de signos cada mediación conceptual y lingüística del sistema cultural,

1 Así lo demuestra la colocación del tema de la «escena de avanzada» en la mesa sobre “la incorporación de los márgenes” (junto a las mujeres, el exilio y las etnias indígenas) en el Seminario *Cultura, autoritarismo y redemocratización* (Universidad de Maryland-Diciembre de 1991).

terminó por generar un contradiscurso de la simplificación que se expresa en el llamado a la entretención, al relajo placentero y a la gratificación del consumo artístico a través de obras dóciles. Vista desde la literatura, la situación de hoy parecería señalar que el reciente apoyo editorial a las tendencias estimuladas por el mercado literario privilegia las “concepciones de la literatura como producto destinado a un público masivo que busca mayoritariamente una comprensión del mundo narrado en un lenguaje representacional y realista, más o menos adecuado con lo establecido” (Olea, 1994: 142), desatendiendo aquellas otras escrituras que operan un descentramiento de la convención literaria o que llevan el significante a transitar por las orillas menos frecuentadas del imaginario narrativo. Vista desde las artes visuales, la situación indica también una notoria tendencia a apartarse “de cualquier intento crítico destinado a poner en crisis el sistema artístico” para favorecer “el reencuentro con el público” en torno a “la concomitancia entre comercio y posesión artística, entre producción y mercado” (Ivelic, 1983: 131), dejando fuera del circuito de validación institucional las obras más problematizadoras. Experimentaciones de formas, confrontaciones de estilos y batallas de códigos, son vistas como operaciones que amenazan con fracturar y dislocar el “lugar común” – “sentido común” (Eltit, 1983: 160) del pensamiento en serie de la institución cultural y de los productos en serie del mercado de la cultura. Estas operaciones que exceden el orden de las significaciones pasivas conflictuando su gramática de obediencia y conformidad discursiva, son sin embargo las más capaces de innovar con signos para formular nuevos puntos de vistas sobre lenguajes y subjetividades que entren a formar parte activa –y cuestionadora– de una cultura democrática de la(s) diferencia(s).

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Carlos 1986 “El intelectual en la represión y en la democracia” en *Punto de Vista* (Buenos Aires). No. 28 Septiembre
- Brito, Eugenia 1990 *Campos Minados* (Santiago: Cuarto Propio).
- Brunner, José Joaquín 1990 “6 preguntas a J. J. Brunner” en *Revista de Crítica Cultural* (Santiago) Mayo.
- Brunner, José Joaquín 1994 “Preguntas del futuro” en *1990-1994; la cultura chilena en transición* (Santiago: Secretaría de Comunicación y Cultura).
- Cárcamo, Luis Ernesto 1993 “La tentación del significante” en *Suplemento Literatura y Libros de La Época* (Santiago) Domingo 5 de Septiembre.

- Cárcamo, Luis Ernesto 1993 “La escena emplazada” en *Suplemento Literatura y Libros del diario La Época* (Santiago) Domingo 29 de Agosto.
- Eltit, Diamela 1983 “Acerca del hacer literario” en Garretón, Miguel Antonio et al. (ed) *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica).
- Escobar, Ticio 1991 “Cultura y transición democrática en Paraguay” en *Revista de Crítica Cultural (Santiago)* No. 3 Abril.
- García Canclini, Néstor 1989 *Culturas híbridas* (México: Grijalbo).
- Garretón, Miguel Antonio 1992 “Los intelectuales han muerto” en *Página Abierta* (Santiago). No. 74 Septiembre.
- Garretón, Manuel Antonio; Sosnowski, Saúl; Subercaseaux, Bernardo 1993 *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile* (Santiago: Fondo de Cultura Económica).
- Ivelic, Milan 1983 “La transgresión de los límites” en Garretón, Miguel Antonio et al. (ed) *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica).
- Olea, Raquel 1994 “Brevísima relación de la literatura actual” en *1990-1994; la cultura chilena en transición* (Santiago: Secretaría de Comunicación y Cultura).
- Rama, Ángel 1983 “Indagación de la ideología en la poesía” en Altamirano, Carlos; Sarlo, Beatríz *Literatura/Sociedad* (Buenos Aires: Hachette).
- Sarlo, Beatríz 1985 “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” en *Punto de Vista* (Buenos Aires) No. 25 Diciembre.
- Skármeta, Antonio 1994 “Todas las libertades, la libertad” en *1990-1994; la cultura chilena en transición* (Santiago: Secretaría de Comunicación y Cultura).
- Subercaseaux, Bernardo 1991 “Política y cultura; desencuentros y aproximaciones” en *Nueva Sociedad* (Caracas) No. 116 Diciembre.
- Valdés, Adriana 1983 “Gestos de fijación, gestos de desplazamiento” en Garretón, Miguel Antonio et al. (ed) *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica).

SOBRE LAS AUTORAS

BEATRIZ SARLO

(Argentina, 1942), escritora y latinoamericanista ampliamente reconocida por sus investigaciones en torno a la cultura latinoamericana y los vínculos estrechos que guarda con los procesos sociales y políticos que la atraviesan. También destaca por su labor como directora del Centro Editor de América Latina y de la Revista *Punto de vista*. Ha escrito numerosos libros sobre literatura argentina, modernidad y postmodernidad que, entre otras cosas, han introducido a teóricos del marxismo, como Raymond Williams y Walter Benjamin, para el estudio de las representaciones en el continente. De entre la heterogeneidad y complejidad de su producción destaca *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* (1988). De cara a los intereses de esta antología, hemos elegido el Capítulo III de este libro. “Decir o no decir: Erotismo y represión”, probablemente el más femenino del conjunto. Más que por filiaciones de género, el capítulo interesa porque muestra las estrategias discursivas de Sarlo para hacernos incursionar en el panorama cultural de la Argentina martinfierrista de la mano de tres escritoras de la época: Norah Lange, Alfonsina Storni y Victoria Ocampo.

MARTA TRABA

(Argentina, 1930), poeta, narradora y crítica de arte contemporáneo latinoamericano, que por distintas razones pelegrinó por muchas ciudades del Mundo, desde Buenos Aires –donde estudió Filosofía y Letras– hasta Montevideo, Caracas, San Juan de Puerto Rico, Washington, Princeton, París, Barcelona, siendo Bogotá la ciudad que más se benefició con su presencia, donde fundó en la Universidad Nacional de Colombia el Museo de Arte Moderno de Bogotá. Durante muchos años, colaboró como columnista de la revista *Semana*, el periódico *El Tiempo* y con el programa sobre el arte en la Televisora Nacional. Participó en las principales polémicas sobre el arte contemporáneo latinoamericano y los distintos movimientos artísticos en Colombia. Entre sus numerosas obras –poéticas, narrativas y ensayísticas– destacan *El museo vacío* (1958), *La pintura nueva en Latinoamérica* (1960), *Los cuatro monstruos cardinales* (1965), *Dos décadas vulnerables en las artes plásticas latinoamericanas* (1973), *De la mañana a la noche* (cuentos) (1986) y *Arte en América Latina (1900-1980)* (1994).

MÁRGARA RUSSOTTO

(Italia, 1946), se ha desempeñado como poeta, profesora universitaria y crítico literario. Ha sido reconocida con el Premio de Poesía de la Bienal “José Rafael Pocaterra” por su obra *Brasa* (1979); con el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal por *Tópicos de la retórica femenina* (1993); y con el Premio de Poesía de la Bienal “José Antonio Ramos Sucre” por *Épica mínima* (1996). De entre su producción también destacan los poemarios *Restos del viaje* (1979), *Viola d'amore* (1986) y *Éxtasis*. Poemas apócrifos de Sor Juana (2000). Fue profesora de la Universidad Central de Venezuela (UCV), institución desde la cual impulsó nuevas áreas de investigación en el campo de los estudios de la mujer y de su contribución a la Literatura latinoamericana del siglo XIX.

MIRLA ALCIBÍADES

(Venezuela, 1953), investigadora venezolana jubilada del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” (CELARG), que actualmente se desempeña como investigadora independiente. En 1993 recibió el premio de investigación auspiciado por la Academia Venezolana de la Lengua en ocasión del Centenario de *El Cojo ilustrado* de Caracas. Formó parte del equipo editor del *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América* (DELAL) como Asistente de la Coordinación Académica. Es secretaria, por Venezuela, de las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (Jalla).

Son conocidas sus compilaciones sobre Sor Juana Inés de la Cruz y José Carlos Mariátegui, amén de otros títulos, entre los que destacan:

Publicidad, comercialización y proyecto editorial de la empresa de cigarrillos El Cojo (1997); *Manuel Antonio Carreño* (2005); *Periodismo y literatura en Concepción Acevedo de Tailhardath* (2007); *Venezuela en José Martí* (2010); *Carlos Brandt* (2010); *Mujeres e Independencia: Venezuela 1810-1821* (2013).

SARA CASTRO-KLAREN

(Perú, 1941) es teórica y profesora de cultura y literatura latinoamericana en la Universidad Johns Hopkins donde fundó y dirigió el Programa de Estudios Latinoamericanos. Nacida en Distrito de Sabandía, enseñó en varias instituciones educativas, como Georgetown, Stanford y Dartmouth, y se desempeñó como Jefe de la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso durante dos años (1984-1986). Fue editora del *Manual de estudios de América Latina* preparado por la Biblioteca del Congreso y publicado por la Universidad de Texas Press. Sus publicaciones más destacadas son: *El mundo mágico de José maría Arguedas* (1973); *Understanding Mario Vargas Llosa* (1990); *Escritura, sujeto y transgresión en la literatura latinoamericana* (1989); editora junto con Sylvia Molloy y Beatriz Sarlo de *Latin American Women Writers* (1991); editora y articulista de *Narrativa femenina en América Latina: prácticas y perspectivas teóricas* (2003). Es autora de numerosos artículos sobre la historia cultural y la literaria colonial y contemporánea de América Latina y el Caribe.

SILVIA MOLLOY

(Argentina, 1939), escritora argentina residente en Estados Unidos desde hace más de treinta años. Profesora Emérita de la Universidad de New York, institución en la cual coordinó, durante varios años, el Programa de Escritura Creativa en Español. Ha sido también profesora en las universidades de Princeton y Yale y, pese a la brevedad de su producción narrativa, se ha destacado con algunos títulos, entre los que destaca *En Breve Cárcel*, escrita en 1981, aunque la censura del régimen militar en su país, restringió su circulación confinándola a una recepción de “entendidas”. En 2002 publica *El Común Olvido*, novela a la que le sigue el libro de relatos *Varia Imaginación* en 2003 y la obra *Desarticulaciones* en 2010. Reconocida por su trabajo de crítica literaria con la aparición, en 1979, de *Las letras de Borges y Acto de presencia*, en 1996. Ha sido, también, coeditora de los libros *Women’s Writing in Latin America* (1991) e *Hispanism and Homosexualities* (1998).

BEATRIZ GONZÁLEZ-STEPHAN

(Venezuela, 1952) es profesora del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Rice, egresada de la Universidad Católica

Andrés Bello de Caracas (1974), con Maestría en Literatura Hispanoamericana por el Instituto Pedagógico Universitario de la misma ciudad (1982) y Ph.D. en Literaturas de América Latina por la Universidad de Pittsburgh en 1985. En 1987 se hizo acreedora del Premio Casa de las Américas a la mejor literatura latinoamericana por su trabajo *La Historiografía Literaria Del Liberalismo Hispanoamericano Del Siglo XIX*, premio que logró posicionarla como una de las voces más potentes de la crítica latinoamericana contemporánea.

JOSEFINA LUDMER

(Argentina, 1939), investigadora y profesora de varias Universidades en Argentina y EEUU. Durante la dictadura militar formó parte de la “Universidad de las catacumbas”, dando clases en su casa de teoría literaria. Doctora Honoris Causa (UBA). Profesora Titular de Teoría Literaria II (UBA, 1984-91), Investigadora Principal del CONICET y profesora visitante en diversas universidades norteamericanas. Dictó literatura latinoamericana en la Universidad de Yale (1991-2005), de la cual ahora es profesora Emérita. Es autora de numerosos libros, ensayos y artículos publicados sobre Jorge Luis Borges, Manuel Puig, Felisberto Hernández, Guillermo Cabrera Infante, Alfonsina Storni, Sor Juana Inés de la Cruz y muchos otros. Ha publicado *Cien años de soledad. Una interpretación* (1972, 1985), *Onetti. Los procesos de construcción del relato* (1977 y 2009), *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (1988, 2000), *El cuerpo del delito. Un manual* (1999) y *Aquí América Latina. Una especulación* (2010).

MARILENA CHAÚÍ

(Brasil, 1941) es filósofa y ha sido profesora, por más de cuarenta años, en la Universidad de San Paulo, donde dicta las cátedras de Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea, Ética y Filosofía política y Filosofía brasileña. Posee cuatro Títulos Honoris Causa de Universidades de Brasil, Argentina y Francia. Hasta la fecha ha publicado 38 libros, tres de los cuales -*A nervura do real* (1999), *Convite a Filosofia* (1994) y *Cultura e Democracia. O discurso competente e outras falas* (1981)- fueron reconocidos como los mejores libros de Brasil en sus respectivos años de publicación. En sus investigaciones trabaja los temas de la ideología, cultura y democracia, el neo-liberalismo, la Universidad y la educación, además de hacer reflexiones y teorizaciones a partir de las obras de Baruch Espinoza y Maurice Merleau-Ponty, arrojando una notable cantidad de artículos en revistas, intervenciones en conferencias y obras colectivas.

MIRIAM MUÑIZ VARELA

(Cuba, 1948) es catedrática e investigadora del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Puerto Rico, en donde se dedica a impartir cursos sobre Desarrollo en América Latina y el Caribe, Estudios Poscoloniales y Teoría Social y Economía Política. Su línea de investigación es economía política, más concretamente, crítica al discurso del desarrollo y las transformaciones del capitalismo, en particular, la concepción del fordismo y el posfordismo. Es articulista que trata temas de *bioeconomía*, las *biotecnologías* en nuevas concepciones del discurso capitalista. En 2013 las Ediciones Callejón publica su primer libro bajo el polémico título *Adiós a la Economía* con una serie de ensayos, de no menos polémico contenido, dedicados a pormenorizar la crisis que atraviesa Puerto Rico en las últimas décadas y las transformaciones ocasionadas en la, como la misma autora llama, *Bioisla*.

NELLY RICHARD

(Francia, 1948) es teórica cultural, crítica, ensayista, académica chilena de origen francés, fundadora de la *Revista de Crítica Cultural*, autora de un importante número de artículos académicos y libros entre los cuales se destacan *Márgenes e Instituciones: Arte en Chile desde 1973* (1981), *Cuerpo Correccional* (1980), *La estratificación de los márgenes* (1989), *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática* (1993) y *La subordinación de los signos* (1994). A lo largo de su trayectoria se convirtió en referencia obligatoria para comprender los encuentros/desencuentros y el subyacente común presente en los estudios latinoamericanos, estudios culturales y la crítica cultural como la necesidad de “transformar críticamente lo real” desde la cultura y asumir lo cultural como campo de lucha, des-centrando los mecanismos de jerarquía y control tradicionales, des-articulando las formaciones hegemónicas de poder; esto es, “reformular transversalmente la problemática de la dominación”.

SOBRE LAS EDITORAS

NELLY PRIGORIAN

Investigadora III del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Fundación CELARG), cineasta, licenciada en Estudios Liberales por la UNIMET (Venezuela), con maestría en Filosofía Teórica y Práctica por la UNED (España), tesista del Doctorado en Ciencias Sociales y Humanidades por la USB (Venezuela) con el tema “Nihilismo político: la negación del otro en los escenarios de ruptura político-social”. Fue coordinadora de los Premios Internacionales de novela Rómulo Gallegos, de ensayo Mariano Picón Salas, y de poesía Víctor Valera Mora. Cofundadora de la Red Centros CLACSO Venezuela. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO “Ciencias sociales en América Latina y el Caribe: tendencias, perspectivas y desafíos”. Líneas de investigación: Arte y Política, Nihilismo Político, y Transdisciplinariedad. Autora de múltiples artículos en revistas arbitradas donde explora los temas de poder, nihilismo, relacionalidad modal en textos literarios. Co-compiladora del libro América Latina y el Caribe: un continente, múltiples miradas (2013).

CARMEN DÍAZ OROZCO

Profesora Titular en la Universidad de los Andes, Historiadora del arte de formación, con maestría en literatura Iberoamericana y doctorada

por el IPEALT (Université de Toulouse – Le Mirail), donde realizó la tesis doctoral titulada: “La Lujuria bajo control. Cuerpo y sexualidad ciudadana según los Manuales de Urbanidad en la Venezuela del siglo XIX. 1825 – 1854” (*La luxure sous contrôle. Corps et sexualité citoyenne selon les manuels d’urbanité dans le Venezuela du XIX siècle: 1825 – 1854*). Fue directora del Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres” de la Universidad de Los Andes en Mérida (Venezuela) y Coordinadora de la Maestría en Literatura Iberoamericana adscrita al mismo Instituto. Se ha dedicado al análisis de las relaciones entre arte y literatura, en cuyo campo ha publicado numerosos artículos en revistas de su país y del extranjero. Autora de *El Mediodía de la Modernidad en Venezuela. Arte y Literatura en El Techo de la Ballena*. Compiladora de *Mirar las grietas* (2005), *Laberintos del Poder* (2006) y *Leer en Voz Alta* (2011).

Las mujeres que traemos a colación en este volumen –algunas más conocidas que otras y muchas marcadas por la persecución política, el exilio y otras experiencias de represión y desarraigo– despliegan una reflexión crítica potente acerca de problemas neurálgicos de la cultura en América Latina y el Caribe, desde una conciencia lúcida y manifiesta de su propia condición de mujeres en la lucha por un espacio de enunciación –e interpretación– singular en la cultura.

Muchos de los nombres que consideramos al respecto no son ni extraños, ni desconocidos en el campo del pensamiento latinoamericano contemporáneo. No podríamos tampoco afirmar que el de estas mujeres haya sido un pensamiento “sumergido” o “silenciado”, en los términos en los que se suele asumir esta categoría. Sin embargo, queremos recuperar de ellas los trabajos por los que merecieron una distinción ineludible en el campo donde se abrían paso con no pocas dificultades: sus producciones más relevantes, sus momentos más significativos y de ruptura: la singularidad de su estilo. Por otra parte, dado el creciente y manifiesto conservadurismo que, en nuestros días, tiende a desdibujar, difuminar y borrar genealogías y herencias críticas en el campo de las Ciencias Sociales y las Humanidades, estamos convencidas de la urgencia y necesidad de recuperar lo que, de lo contrario, quedará sumergido en el más absoluto de los olvidos.

De la Presentación

Patrocinado por



Agencia Sueca
de Desarrollo Internacional



Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

CLACSO

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Beatriz **Sarlo**

Marta **Traba**

Márgara **Russotto**

Mirla **Alcibíades**

Sara **Castro-Klaren**

Sylvia **Molloy**

Beatriz **González-Stephan**

Josefina **Ludmer**

Marilena **Chauí**

Miriam **Muñiz Varela**

Nelly **Richard**

ISBN 978-987-722-256-2



9 789877 222562